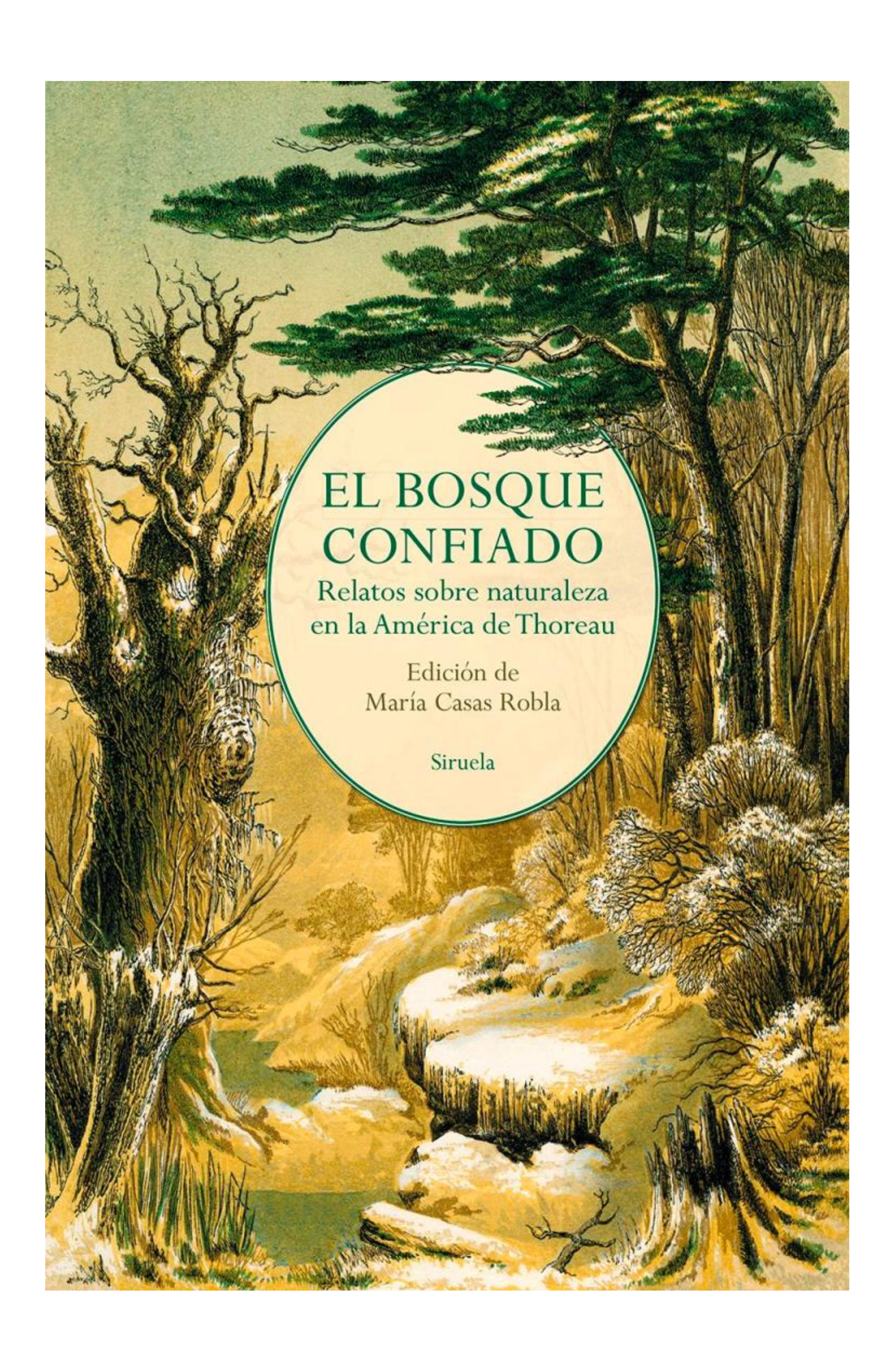

EL BOSQUE
CONFIADO
Relatos sobre naturaleza
en la América de Thoreau
Edición de
María Casas Robla
Siruela

EL BOSQUE CONFIADO

Relatos sobre naturaleza en
la América de Thoreau

Edición y prólogo de
María Casas Robla



Libros del Tiempo

Edición en formato digital: mayo de 2023

En cubierta: *Woods in Winter*, H. W. Longfellow,
ilustración para el verso:
«Where, twisted round the barren oak, the summer»;
Lebrecht Music & Arts / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-27-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

A la memoria de Jesús Casas Alonso, mi padre,
et in Arcadia ille

A Carmen Calvo Cantero

Robé a los bosques,
los confiados bosques.
Los árboles incautos
sacaron sus vainas y sus musgos
para mi fantasía complacer.
Escudriñé sus curiosos abalorios,
cogí, me llevé.
Qué dirá el solemne abeto.
¿Qué el roble?

EMILY DICKINSON

Prólogo

Cuando un árbol gigante se suicida,
harto de estar ya seco y no dar pájaros
sin esperar al hombre que le tale,
sin esperar al viento,
lanza su última música sin hojas
—sinfónica explosión donde hubo nidos—,
crujen todos los huesos de madera,
caen dos gotas de savia todavía
cuando estalla su tallo por el aire,
ruedan sus toneladas por el monte,
lloran los lobos y los ciervos tiemblan,
van a su encuentro las ardillas todas,
presintiendo que es algo de belleza que muere.

GLORIA FUERTES,
«En los bosques de Penna, (USA)»

La partícula de Dios

El árbol gigante del poema de Gloria Fuertes que abre estas líneas introductorias era, probablemente, un hermoso roble, como aquel bajo el que iba a descansar Whitman del mundo y de sí mismo, o quizá era ese «lejano nogal, doblado sobre el agua, a donde acuden a morir los guerreros más viejos» que pervive en la «memoria de la nieve» de Julio Llamazares. Fuera lo que fuera, en mi cabeza es un álamo, un chopo, de tronco blanco y copa alargada, como si fuera una pluma, que, junto a sus hermanos, como un ejército ordenado,

fila tras fila, recorre aún el paisaje de mi niñez, ese regreso imposible al no-hogar de los emigrados.

No estaba entonces en mi mente el recuerdo del árbol en la columna de los templos clásicos y de las actuales iglesias, que tan bien describe Óscar Martínez en *Umbrales*: «Un viajero sensible todavía sería capaz de escuchar el lejano sonido de los árboles. Si lo hace, se dará cuenta de que, al traspasar una puerta flanqueada por columnas, lo que en realidad está haciendo no es otra cosa que cruzar la frontera del bosque sagrado en el que desde hace milenios el ser humano imaginó la morada de los dioses». Pero sí ha estado, con el paso de los años, esa sensación de estar en un lugar sagrado, significativo, cuando me encuentro en un bosque o contemplo el mar o, cuando a una altura de no más de tres mil metros, me lanzo simbólicamente hacia el todo, o la nada, como el cuadro de Caspar David Friedrich, *El caminante en un mar de nubes*, que bien podría ser un primo lejano del personaje que contempla el remolino del Maelstrom en el cuento de Poe recogido en esta antología.

Porque, como afirmó Chateaubriand, «los bosques preceden a las civilizaciones; los desiertos las siguen». Cuando el progreso no nos parece un avance, sino un retroceso; cuando hemos perdido la consciencia de ser una partícula ínfima del Ser universal y, con ella, la capacidad de afirmar, de veras, así sí, que «saldremos juntos» de las desgracias (o pandemias); cuando los árboles se suicidan porque no dan pájaros, ni frutos, ni siquiera dan otros árboles y anuncian, esta vez sí, la llegada del apocalipsis (crisis climática), pues sus cinco jinetes —Contaminación, Desertificación, Globalización, Capitalismo y Consumismo— hace tiempo que pasean entre nosotros pregonando una mala nueva a la que hacemos oídos sordos; cuando todo esto sucede ante nuestros ojos, que ya perciben el desierto que llega, volvemos o quisiéramos volver al bosque, donde los árboles —como los Elms que Tolkien imaginó con forma humana y lento hablar— nos protegen de la oscuridad, nos devuelven la vida y ese ser primigenio que hemos perdido por el camino en algún bar, en una tienda de ropa, en el último modelo de teléfono móvil.

Regresamos al bosque, como hace doscientos años hicieron, no lejos de ese árbol de Pensilvania donde Gloria Fuertes vio morir un árbol gigante, los filósofos, pensadores y narradores que firman los textos que componen esta antología, cuyo tronco es la línea que une

a Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau y Walt Whitman, y cuyas ramas están formadas por todos aquellos que, en algún momento, compartieron sus ideas sobre la naturaleza, la contemplación del paisaje, la preservación del medio ambiente y la grandeza de una nación recién nacida: los Estados Unidos del siglo XIX. Emulo a Emerson, en el prefacio de este libro, compuesto por un fragmento de sus ensayos sobre la naturaleza, al decir que regreso al bosque porque regreso «a la razón y a la fe. Allí siento que nada puede sucederme —ni deshonra ni calamidad (si no daña mis ojos)— que la naturaleza no remedie. De pie, sobre la tierra desnuda —mi frente bañada por una brisa ligera y erguida hacia el espacio infinito—, todo egoísmo mezquino desaparece. Me convierto en un globo transparente, no soy nada, lo veo todo, las corrientes del Ser Universal circulan a través de mí. Soy una partícula de Dios».

¡Cuán cerca de lo bueno está lo salvaje!

En las décadas que inauguran el siglo de los avances científicos, que culminará en la aplicación de todos ellos en ese campo de ensayo de las máquinas supuestamente progresistas, y en ese corrector del presunto progreso que es la guerra a gran escala, el pensamiento está dominado por la corriente cultural llamada Romanticismo que vertebró, desde Alemania, una Europa más preocupada por el individuo y su psique que por la comunidad, más por la contemplación de lo sublime y lo misterioso en el arte y la naturaleza que por la realidad, más por la reivindicación de la patria que por la de la humanidad. Este romanticismo aparentemente naturalista, restringido en Europa por la historia, por las ruinas de la historia, en los Estados Unidos es el romanticismo de los grandes espacios, del individuo que ha de colonizar una extensa tierra de promisión sin contemplaciones ni ensimismamientos, sino recurriendo a sus manos, a sus pies, no a su intelecto. Nada es sublime, hay que poner los pies en el barro y mancharse para conquistar terreno. Es así como nace una nueva forma de narrar la experiencia de la naturaleza más cercana a la tinta que a la pluma, más apegada a la descripción sencilla de la realidad que a su intelectualización. Es así como surgen *Walden* o

Moby Dick.

Desde principios de siglo hasta 1830, este romanticismo de grandes espacios aparece de soslayo o plenamente en la obra de escritores como Washington Irving, James Fenimore Cooper —sobre todo en las novelas de Natty Bumppo, el hijo de padres caucásicos criado por mohicanos que protagoniza el mayor éxito comercial de Cooper hasta nuestros días, *El último mohicano*— y Edgar Allan Poe, a quien lo salvaje no interesaba en términos filosóficos nada más que para domesticarlo, pues consideraba la mano del hombre más precisa que la mano de dios (como puede verse en uno de sus relatos más conocidos, «La propiedad de Arnheim»).

Desde 1830 hasta el final de la guerra civil estadounidense, el relevo de este romanticismo naturalista lo toman los llamados new englanders, pues se concentran, como los que serán sus sucesores, en Nueva Inglaterra, región del noreste del país que comprende los estados de Maine, Vermont, New Hampshire, Massachusetts, Connecticut y Rhode Island, que linda con la Pensilvania donde se suicidan los grandes árboles y con el Ohio que verá partir las grandes caravanas de colonos hacia la tierra de promisión del Oeste. Con una marcada vena satírica y otra mística, asociados con las universidades de Harvard y Cambridge, y encabezados por el poeta Henry Wadsworth Longfellow y su largo e influyente poema indígena, *La canción de Hiawatha*, los new englanders son los predecesores inmediatos de los fundadores del transcendentalismo, que tanto influiría en el concepto no solo de paisaje o naturaleza, sino en el de patria de los estadounidenses.

Es la obra de Ralph Waldo Emerson y su discípulo, Henry David Thoreau, la que le da una vuelta al panorama por su radicalismo transcendentalista, que influirá en autores tan relevantes como Louisa May Alcott y Margaret Fuller, o en otros más centrados en el problema de la esclavitud, como Harriet Beecher Stowe. Alrededor de aquellos dos escritores, entre 1830 y final de siglo, con especial incidencia en las décadas que preceden y suceden a la guerra civil (1861), se concentran la obra de Francis Parkman y sus experiencias en el camino de Oregón con indígenas americanos y caravanas de pioneros; la de otros más conocidos para los lectores en español, como los vecinos y amigos Nathaniel Hawthorne y Herman Melville; y todo ello desemboca en el nacionalismo naturalista de Walt Whitman, que tanto influyó en la idea de América tras la

publicación de *Hojas de hierba* (1855).

Desde la guerra civil hasta 1914, la influencia de los filósofos de Concord, llamados así por esa localidad de Massachusetts, muy cercana a Harvard, donde residieron Emerson y otros escritores y filósofos transcendentalistas, se deja notar en autores más locales, cuya obra apenas empieza a difundirse en otros idiomas, como Bret Harte, Mary Noailles Murfree, Wendel Dean Howells, Sarah Orne Jewett o Mary E. Wilkins Freeman, hasta llegar a Jack London, Mark Twain, Stephen Crane, Emily Dickinson o Kate Chopin.

Pero volvamos un momento, sin pretender ser exhaustivos, al discípulo aventajado de Emerson, considerado hoy en día el fundador del ecologismo, Henry David Thoreau, «profeta de los bosques» y auténtico hilo conductor de esta antología.

Thoreau nació el 12 de julio de 1817 en Concord, Massachusetts, uno de los lugares emblemáticos del inicio de la guerra de independencia estadounidense y centro intelectual de los estados que conformaban la región de Nueva Inglaterra, donde se concentraban algunos de los autores más prestigiosos del momento: el mencionado Ralph Waldo Emerson («el sabio de Concord») o los escritores Hawthorne, Whitman y Melville. El padre de Thoreau era un comerciante de poco éxito, cuya fábrica de lápices no heredaría su hijo hasta poco antes de morir. Thoreau realizó estudios de literatura en Harvard, donde ingresó en 1833. Su retiro, entre 1845 y 1847, a una cabaña construida con sus propias manos a orillas del lago Walden, en un terreno que le había comprado a su amigo y mentor Emerson, lo convertiría en un referente tanto para sus contemporáneos como para las sucesivas generaciones que, hasta hoy en día, siguen leyendo y admirando su obra en todo el mundo. Poco o nada esperó él, sin embargo, de la publicación de sus experiencias de vida durante sus años de retiro, pues a aquellas alturas había intentado ser, entre otros oficios, escritor, maestro de escuela y agrimensor (cuyo trabajo como tal se entrevé en «Caminar», 1851), pero estaba demasiado apegado a la naturaleza para triunfar tanto en el mundo propio de los intelectuales como en el de los negocios.

Participó, ciertamente, del primero, intentando formar parte del transcendentalismo, pero la vena mística que recorría esta corriente filosófica, con su regreso a la divinidad y a la esencia del ser humano a través de la contemplación de la naturaleza —lo que, a la

postre, fue una de las causas de que cayera en el olvido—, no iba con él, devoto de un dios más inmanente que transcendental, a quien le gustaba vivir en la naturaleza sin colocarla en un pedestal, sino, como bien afirma Carlos Jiménez Arribas en la introducción a su traducción de *Walden* (2020), intentando «restituirle su realidad incontestable a cada cosa, no solo al bosque, sino a sus habitantes humanos: carboneros, vagabundos nativos, afroamericanos, leñadores, plantas y animales».

Objetor de conciencia, abstencionista (el impuesto que no pagaba, y por el que llamó a la desobediencia civil, el *poll tax*, era el que permitía ejercer el derecho al voto), vegetariano, amante del trabajo manual y de la comida sencilla, Thoreau no quería *ganarse la vida*, tal y como predicaban todos aquellos que sobrevivieron a la crisis financiera de 1837, sino *vivir*, y clamaba contra la deshumanización del trabajo en la era industrial. Pretendía algo que muchos siguen reclamando: la reforma del individuo ha de preceder a la de la sociedad.

En cuanto al éxito de su obra, en gran medida se debe al empeño de su editor, George H. Mifflin, hasta el punto de ser libro de lectura escolar obligada desde 1888. Pero, además del empeño loable y oportuno de Mifflin, la enorme difusión de su obra se debe no solo a lo que cuenta, sino a cómo lo cuenta: Thoreau llevó hasta sus últimas consecuencias el estilo llano que profesaba Emerson, basado en el instinto natural y literario, y no en una concepción novelesca y una mirada más cercana a lo científico que a la experiencia consciente del mundo natural.

Así pues, es ese estilo completamente nuevo, además de cierta idea de la naturaleza como reducto en el que refugiarse de los males del mundo, lo que veremos en los relatos que componen esta antología.

Agua, aire, fuego y tierra

La naturaleza indómita y su belleza como parte de la divinidad; los restantes seres vivos, con los que deberíamos compartirla sin agresión; los seres humanos, llamados salvajes *sensu estricto*, que alguna vez fueron capaces de respetarla, lo mismo que quienes desearon ser como ellos y volvieron al bosque, o los que abrieron

las puertas de su casa a los cuatro elementos, todos estos temas, con sus transversalidades relacionadas con la protección del medio natural de un incipiente ecologismo, aparecen en los textos que componen esta antología, donde elecciones y eliminaciones vienen definidos tanto por el grado de conocimiento de su autora sobre el hilo conductor, las restricciones inherentes al formato libro y la relevancia de los autores escogidos.

El texto de Emerson, «Naturaleza», que antecede, a modo de prefacio, a la sucesión de relatos, no requiere mayor explicación: aparece como presentación de las ideas que influyeron en la concepción de la naturaleza y el paisaje de la narrativa estadounidense desde el siglo XIX hasta nuestros días. Es central, en este mismo sentido, «Caminar», de Thoreau, todo un manifiesto sobre la necesidad de contactar con el mundo natural que nos rodea, donde podemos leer afirmaciones tan contemporáneas como «¡Ay, el cultivo humano! Poco se puede esperar de una nación cuando el suelo vegetal se ha agotado y se ve obligada a fabricar abono con los huesos de sus ancestros. Allí el poeta subsiste solo con su grasa superflua, y el filósofo se queda en los huesos».

Thoreau habla en este relato de la necesidad de una literatura que dé expresión a la naturaleza: «Tendría que existir un poeta que pusiera vientos y ríos a su servicio, a hablar por él; que clavara las palabras a sus emociones primitivas, como los granjeros clavan estacas en primavera cuando la helada se ha levantado; que buscara su origen siempre que las utilizara, trasplantándolas a la página con la tierra adherida a sus raíces; cuyas palabras fueran tan auténticas, nuevas y naturales, que parecieran abrirse como los brotes en la cercanía de la primavera, aunque estuvieran medio ahogadas entre dos hojas mohosas en una biblioteca; sí, para florecer allí y dar sus frutos cada año, de acuerdo con su especie, al lector fiel, en armonía con la naturaleza circundante». ¿Y acaso no será Whitman ese poeta cuyos «Pensamientos bajo un roble. Un sueño» cierra, a modo de postfacio, esta selección? Este texto tampoco necesita de aclaraciones: es el final del hilo conductor que arranca en Emerson y la síntesis perfecta de lo que aquí se quiere mostrar: «Tuve una especie de trance onírico el otro día, en el que vi a mis árboles favoritos salir de paseo, arriba, abajo y alrededor, y de forma muy curiosa, uno de ellos se inclinó al pasar junto a mí y susurró: “Hacemos todo esto en esta ocasión, y excepcionalmente, solo por

ti”».

Recurro ahora a los presocráticos para que presten su rotunda división de la composición de la vida a esta breve presentación de los relatos y sus autores.

Por pura casualidad cronológica, ya que están ordenados por su fecha de publicación, el agua es protagonista de dos de los textos que abren *El bosque confiado*: «El viaje», de Washington Irving, y «Descenso al Maelstrom», de Edgar Allan Poe. En el primero, la inmensidad del mar que preside la travesía del Atlántico «nos vuelve conscientes de haber sido expulsados del refugio seguro que es una vida ya resuelta y enviados a la deriva a un mundo incierto». El agua regresa casi al final de la selección para protagonizar la lucha del hombre contra el mar embravecido en «El bote», de Stephen Crane. El relato cuenta la experiencia del propio autor como parte de una expedición a Cuba que anduvo cuatro días a la deriva. Esta experiencia produjo la tuberculosis que acabó con la vida del autor de *La roja insignia del valor* a los veintiocho años. Paul Auster, que firma una biografía sobre Crane publicada en 2021, lo ha calificado como «el Mozart de la literatura» por su lirismo y su corta carrera.

Un eclipse total que es, para quien lo observa, «como si las sensaciones hubieran surgido tan conectadas con la naturaleza del espíritu que no pudieran ser comentadas de manera irreverente o casual», y la obsesión por las tormentas protagonizan, desde el aire, los relatos de James Fenimore Cooper y Herman Melville. En «El vendedor de pararrayos», de este último, lo cómico e irónico de un encuentro entre lo satánico y lo divino, presentes en cualquier persona, podría estar «basado en hechos reales», ya que en la época en que se escribió el relato abundaban los vendedores de tales artefactos que recorrían los Estados Unidos.

Y es en cierta medida el cielo, como parte de una naturaleza salvaje más digna de consideración que los seres humanos, el foco de los dos relatos breves de Kate Chopin, «Un tipo ocioso» y «La noche llegó despacio». La magistral autora de narrativa brevísima, bien conocida por «El despertar» y «La historia de una hora», reivindicada por la segunda ola feminista, y por fin sobradamente publicada en nuestros días, se ocupa aquí, con su particular estilo precursor, de la necesidad de silencio y de retiro en la naturaleza.

El fuego como centro del hogar más que como elemento

aniquilador es un personaje más de los relatos de Louisa May Alcott, «Chiquilladas transcendentales», Harriet Beecher Stowe, «Nuestra casa», y Wiliam Dean Howells, «Mi año en una cabaña de troncos». El primero es una sátira de la experiencia vivida por la autora y su familia para cumplir los anhelos del padre, Amos Bronson Alcott, seguidor de las ideas transcendentalistas de Emerson, en su intento de vivir en comunidad con la naturaleza en Fruitlands, una comuna agraria fundada en Harvard por él y Charles Lane en 1840, donde se practicaba una vida realmente frugal: nada de alimentos procedentes de los animales, nada de alcohol, nada de agua caliente o luz artificial. Ni siquiera animales para labrar la tierra, y mucho menos ninguna propiedad particular, o dinero como medio de intercambio de bienes. La celebérrima autora de *Mujercitas*, clásico entre los clásicos, llega en él a una conclusión que bien podría aplicarse a nuestros tiempos: «Vivir por nuestros principios, cueste lo que cueste, es una especulación peligrosa, y el fracaso de un ideal, no importa cuán humano o noble sea, es más difícil de perdonar y olvidar por el mundo que el robo de un banco o las grandes estafas de los políticos corruptos».

Cuarenta y cuatro años después de que *La cabaña del tío Tom*, publicada en 1852, se convirtiera en el segundo libro más vendido tras la Biblia en los Estados Unidos, como reacción indignada a la Segunda Ley para esclavos fugitivos, y ayudara a difundir de manera sencilla las ideas abolicionistas, Harriet Beecher Stowe señalaba, en la colección de artículos de la que procede «Nuestra casa», las complejidades de la vida familiar de los estadounidenses tras la brecha que supuso la guerra civil. El relato que recoge esta antología habla, como si fuera anteayer, de cómo construir una casa sostenible y ecológica, y propone, ya entonces, un retorno a las casas antiguas para promover el ahorro energético: «Mejores, mucho mejores eran las viejas casas de los tiempos antiguos, con sus grandes fuegos rugientes y habitaciones en las que entraba la nieve y silbaban los vientos invernales. Entonces, sin duda, se te enfriaba la espalda mientras tu cara ardía; el agua se helaba por la noche en tu aguamanil; el aliento se congelaba en carámbanos sobre las sábanas y podías escribir tu nombre en la capa de nieve que se había colado por las grietas de las ventanas. Pero te levantabas lleno de vida y vigor, prestabas atención a las tormentas en curso sin un solo escalofrío y no dudabas en atravesar montones

de nieve que te llegaban a la cabeza en tu camino diario a la escuela. Tocabas las campanillas del trineo, tirabas bolas, vivías en la nieve como el junco y tu sangre fluía y palpitaba por tus venas en una corriente llena de vida buena, alegre y real, ¡nada de la sangre negra que se arrastra y obstruye el cerebro, y entorpece las ruedas de la vitalidad!».

Este deseo de volver a lo primitivo, a vivir con menos, aunque en este caso sea algo transitorio y vivido como una aventura por un chiquillo, está en el relato de William Dean Howells. Hombre religioso, defensor de la justicia social desde un punto de vista moral e igualitario, era muy crítico con los efectos sociales del capitalismo industrial. En 1893 publicó este relato sobre su estancia cuando era niño en una cabaña de troncos siguiendo el ideal de Thoreau, a quien había conocido, junto a Hawthorne, Emerson y Whitman, en un viaje a Nueva Inglaterra al servicio de la campaña de Lincoln a la presidencia, para la que escribía panfletos.

Los relatos de tierra son aquellos relacionados con nuestros congéneres, plantas y animales. Así, en «Retoños y voces de pájaros», procedente de uno de los libros más celebrados y singulares de Nathaniel Hawthorne, *Musgos de una vieja rectoría*, el protagonista hace un recuento de las flores, árboles, animales y pájaros que le alegran la vista en su recluido mundo parroquial.

La autora de «Una garza blanca», Sarah Orne Jewett, hija de una familia acomodada de new englanders, alimentó su amor a la naturaleza gracias a la enfermedad: aquejada desde niña de artritis reumatoide e hija de médico, el tratamiento prescrito fue el ejercicio, por lo que se acostumbró a caminar por la naturaleza. Referente de autoras posteriores como Willa Cather, destaca en su obra, incluido este relato proteccionista, la reproducción del habla popular y las vidas y las voces de las mujeres de su época.

Mary E. Wilkins Freeman utiliza de manera magistral la estructura del relato clásico para contarnos la relación entre un anciano y su casa, y el árbol, un gran olmo, que ve desde su ventana. Conocida y reconocida por dos colecciones de cuentos, *Un idilio modesto y otros relatos* (1887) y *Una monja de Nueva Inglaterra y otros relatos* (1891), sus narraciones hablan sobre la vida en Nueva Inglaterra en un estilo directo, y con ocasionales toques de humor, muy lejos del sentimentalismo habitual en la literatura popular. Educada entre congregacionistas ortodoxos, las restricciones

religiosas que hubo de padecer son uno de los temas constantes de su literatura. Fue la primera en recibir en abril de 1926 la medalla William Dean Howells de Narrativa de la Academia de las Artes y de las Letras, distinción que han recibido autores como Willa Cather, Eudora Welty, William Faulkner, John Cheever, Shirley Hazzard, o Richard Powers. Uno de sus relatos «The Revolt of Mother», que ilustra la lucha de la mujer en el medio rural, inició la discusión sobre los derechos de las mujeres en el campo e inspiró otros sobre la falta de control de las finanzas familiares por parte de las mujeres y las mejoras en la estructura de las granjas a principios del siglo XX.

Cerrando este apartado ficticio de los relatos de tierra, y también la antología, «Historia de una perra» es un ejemplo excelente de la narrativa humorística de Samuel Langhorne Clemens, Mark Twain para las letras, y de su inquebrantable amor por los animales. Homenaje —directo o indirecto— al *Diálogo de los perros* de Cervantes, insiste y precede a un género, tan efectivo como utilizado desde entonces en fábulas moralizantes, o con recado, en el que se da voz y discurso humano a los animales. Desde poco después de su publicación, se convirtió en uno de los textos emblemáticos del movimiento contrario a la utilización de animales en laboratorio por cualquier motivo, precedente de *Historia de un caballo* (1907), una novela breve en la que Twain da voz a Soldier Boy, el caballo del mítico Buffalo Bill.

El quinto elemento

No sigo aquí a los presocráticos, sino a Luc Besson, si bien, como supondrán, no me voy a referir a éter, sino que pretendo situar al hombre salvaje en el contexto de la antología. Salvaje en su acepción de «primitivo o no civilizado», «no domesticado», y en su etimología latina, *silvaticus*, «propio del bosque». Aquí se encuadra un buen número de relatos en los que aparecen los pioneros, que caminan y cabalgan hacia la tierra prometida al oeste de Ohio, al encuentro de lo salvaje y de lo inculto, para domesticarlo, para contemplarlo, o para exterminarlo, como a los nativos americanos.

Aquí están Francis Parkman y su «Travesía de las montañas». Miembro de la élite bostoniana educada en Harvard, un genuino

new englander, pues, impregnado de las ideas de Emerson y los filósofos de Concord, Parkman emprendió el camino hacia las regiones no domesticadas por la civilización occidental para conocer en persona a los rudos montañeses de las Rocosas y visitar a los pueblos nativos antes de su desaparición. Con solo veintidós años, se había preparado para esta expedición durante toda su vida: de niño, fueron las colecciones de seres del bosque, luego montar a caballo y disparar mejor que nadie en Nueva Inglaterra.

A Parkman le acompaña Charles Egbert Craddock, seudónimo de Mary Noailles Murfree, con sus relatos encadenados sobre montañeses «Entre barrancos» y «¿Cuánto iba a durar?». Murfree ha sido considerada el máximo exponente de la literatura de los Apalaches, y su estilo comparado con otros autores incluidos en esta antología, como Bret Harte y Sarah Orne Jewett. Sus relatos, llenos de pintoresquismo y de color local, empezaron a aparecer, en la década de 1870, en publicaciones como el *Appleton's Journal* o la famosa revista *Atlantic Monthly*.

Poca presentación necesitan el autor y su relato cuando se trata de Jack London y «El silencio blanco». Como tantos otros textos de London, transcurre en el Yukón, y habla de la vida en la frontera y las frágiles relaciones entre el hombre, la naturaleza y los animales salvajes. El título proviene de una frase acuñada por el autor para referirse a los paisajes helados del norte de los Estados Unidos.

Bret Harte, que escribió con gran éxito para delicia de todos los que soñaban con las tierras primitivas del Oeste, y precursor de la iconografía del género *western*, con sus ganaderos, bandidos, diligencias, tahúres, sheriffs, vaqueros y forajidos, con la que ha crecido generación tras generación de estadounidenses y ciudadanos del mundo, es prácticamente un desconocido fuera de la narrativa anglosajona. En «La sirena de Lighthouse Point», como en tantos de sus relatos, maneja con gran soltura la parodia llena de humor.

Concluyo aquí esta breve introducción a la antología, que pretende dar una muestra de la narrativa de una época y un tema concreto, con la mejor intención de que, al transponerlo, deje recado en quien lo lea de esa marca batida cada mes por los indicadores de la crisis climática que tantos siguen negando, cuando la contaminación acaba con más vidas que las recientes pandemias, y la esperanza de vida de los bosques ha sufrido una reducción

drástica. Recurro de nuevo a Whitman para insistir en la necesidad de reconsiderar nuestras prioridades y volver a estar cerca de la casa y el árbol:

Cantos del camino público.
La tierra es lo que basta.
No deseo las constelaciones más próximas:
sé que están muy bien donde están,
sé que ellas bastan a quienes pertenecen.

(Sin embargo, también llevo aquí, mi vieja carga deliciosa:
llevo a los hombres y a las mujeres, los llevo conmigo a dondequiera que vaya;
juro que no me es posible abandonarlos:
estoy lleno de ellos, y anhelo colmarlos a mi vez.)

A modo de prefacio

RALPH WALDO EMERSON
(1803-1882)

NATURALEZA
(fragmento)[1]

Para estar en soledad, un hombre necesita abandonar tanto su habitación como la sociedad. No estoy solo cuando leo y escribo, aunque nadie esté conmigo. Si alguien quisiera sentirse solo, dejad que mire las estrellas. Los rayos que provienen de esos mundos celestes se interpondrán entre él y lo que toca. Se diría que la atmósfera fue concebida transparente con este fin: brindar al hombre la presencia perpetua de lo sublime en los cuerpos celestes. ¡Qué magníficas se ven desde las calles de las ciudades! Si las estrellas brillaran solo una noche cada millar de años, ¡cómo creerían y adorarían, y preservarían los hombres durante generaciones el recuerdo de la Ciudad de Dios que les ha sido mostrada! Sin embargo, esas mensajeras de belleza brillan cada noche e iluminan el universo con su sonrisa admonitoria.

Las estrellas despiertan cierta reverencia pues, aunque siempre presentes, son inaccesibles. En cualquier caso, todos los objetos naturales despiertan una sensación afín cuando la mente se abre a su influjo. La naturaleza nunca se viste de vulgaridad. Ni el hombre más sabio consigue arrancarle sus secretos ni pierde la curiosidad al darse cuenta de su perfección. La naturaleza jamás se convierte en el juguete de un espíritu sabio. Las flores, los animales, las montañas reflejan la sabiduría de su mejor momento tanto como lo deleitaron en la simplicidad de su niñez.

Cuando hablamos así de la naturaleza, tenemos en mente algo

singular y altamente poético, es decir, una impresión integral causada por múltiples objetos naturales. Esto es lo que distingue al árbol del poeta de la madera del leñador. El paisaje encantador que vi esta mañana está indudablemente formado por veinte o treinta fincas. Este campo es de Miller, aquel de Locke, y de Manning el bosque que hay más allá. Pero ninguno de ellos posee el paisaje. Hay una finca en el horizonte que ninguno puede tener sino aquel cuya mirada las integra a todas: el poeta. Esto es lo mejor de los terrenos de esos hombres, aunque sus títulos de propiedad no les concedan ningún derecho sobre él.

A decir verdad, pocos adultos pueden ver la naturaleza. La mayoría no aprecian el sol o lo hacen de manera superficial. El sol ilumina la mirada del hombre pero brilla en los ojos y el corazón del niño. El amante de la naturaleza es aquel cuyos sentidos internos y externos todavía están acoplados unos con otros; aquel que ha conservado el espíritu de la infancia incluso en la madurez. Su relación con el cielo y la tierra forma parte de su sustento diario. En presencia de la naturaleza, le recorre una alegría salvaje a pesar de sus tribulaciones. La naturaleza dice: «Esta es mi criatura, y a pesar de sus aflicciones impertinentes, será feliz conmigo». No solo el sol y el verano, sino cada hora y cada estación rinden su tributo de alegría, porque cada hora y cada cambio se corresponden con un estado mental diferente y lo avalan, desde el atardecer sofocante a la medianoche más sombría. La naturaleza es un escenario que se adapta igual de bien a una pieza cómica que a una tragedia. Para la buena salud, el aire es un elixir de virtudes increíbles. Al cruzar un campo despoblado, entre charcos formados por la nieve, bajo un cielo nublado de atardecer, sin pensar en nada especialmente bueno, he disfrutado de una alegría perfecta. Soy tan feliz que me da miedo. En el bosque, el hombre también se deshace de los años, como la serpiente de su piel, y en cualquier etapa de su vida es siempre un niño. La juventud perpetua habita en el bosque. En estas plantaciones divinas, ataviadas como para una fiesta perenne, reina el decoro y la santidad, y sus invitados no ven cómo podrían cansarse de ellas ni en un millar de años. En el bosque regresamos a la razón y a la fe. Allí siento que nada puede sucederme —ni deshonra ni calamidad (si no daña mis ojos)— que la naturaleza no remedie. De pie, sobre la tierra desnuda —mi frente bañada por una brisa ligera y erguida hacia el espacio infinito—, todo egoísmo

mezquino desaparece. Me convierto en un globo transparente, no soy nada, lo veo todo, las corrientes del Ser Universal circulan a través de mí. Soy una partícula de Dios. Los nombres de mis mejores amigos suenan entonces extraños y fortuitos: ser hermano o amigo —señor o criado— es una nimiedad, una molestia. Soy el amante de la belleza incontenible e inmortal. En la espesura encuentro algo más querido y congénito que en calles o pueblos. En el paisaje calmo, y especialmente en la distante línea del horizonte, el ser humano contempla algo tan hermoso como su propia naturaleza.

La alegría mayor que los campos y bosques procuran es la sugerencia de una relación oculta entre el ser humano y las plantas. No estoy solo ni soy ignorado. Ellas asienten hacia mí y yo hacía ellas. El balanceo de las ramas en la tormenta es, a la vez, nuevo y viejo para mí. Me toma por sorpresa y, aun así, no me es desconocido. Su efecto es como el de ese pensamiento elevado o esa gran emoción que me invaden cuando creo que juzgo bien o hago algo correcto.

Pero es cierto que el poder de producir esta alegría no reside en la naturaleza, sino en el ser humano, o en la armonía entre ambos. Es necesario disfrutar de estos placeres con moderación, pues la naturaleza no se disfraza siempre con el atuendo de fiesta; la misma escena que ayer exhalaba perfume y relucía como en los juegos de las ninfas, hoy puede estar cubierta de melancolía. La naturaleza siempre se viste con los colores del espíritu. Para aquel agobiado por la desgracia, el calor de su propio hogar alberga tristeza. Siente por el paisaje una especie de desdén, como quien acaba de perder a un amigo querido. El cielo no es entonces tan grandioso ni tan valiosa la población sobre la que se cierne.

[1] Publicado en 1836, *Nature* sienta las bases del pensamiento del filósofo de Concord y traza las líneas generales del transcendentalismo, una nueva manera de mirar la naturaleza, lejos de las distracciones mundanas, para comprender mejor la esencia del ser humano y de la divinidad. Ofrecemos aquí el capítulo uno.

EL BOSQUE CONFIADO

WASHINGTON IRVING
(1783-1859)

EL VIAJE[2]

Barcos, barcos, os avistaré
en el mar,
iré y os juzgaré
por lo que protegéis
y mostráis,
por vuestro fin y propósito.
Uno navega para comerciar y traficar,
otro para proteger a su país de la invasión,
un tercero vuelve a casa cargado de riqueza y fortuna.
Hola, querido mío, ¿adónde irás?

De un viejo poema

Para el americano que visita Europa, el largo viaje que ha de emprender es una preparación excelente. La ausencia temporal de escenarios mundanos y de ocupaciones produce un estado mental peculiar, preparado para recibir impresiones nuevas y vívidas. El vasto espacio de agua que separa los hemisferios es, en sí, como una página en blanco. No existe una transición gradual por la cual, como en Europa, los rasgos y la población de un país se mezclen casi de manera imperceptible con los de otro. Desde el momento en que pierdes de vista la tierra que has dejado atrás, todo es vacío hasta que pones el pie en la costa opuesta y te ves lanzado de repente al bullicio y las novedades del otro mundo.

Cuando viajas por tierra, existe una continuidad de situaciones y una conexión entre personas y acontecimientos que prolongan tu

historia vital y mitigan la sensación de ausencia y aislamiento. Arrastramos, ciertamente, «una larga cadena»[3] en cada recodo de nuestro peregrinaje y, sin embargo, esta permanece intacta: podemos regresar eslabón a eslabón y sentir que el último de ellos aún nos aferra al hogar. Pero un extenso viaje oceánico nos aleja de inmediato. Nos vuelve conscientes de haber sido expulsados del refugio seguro que es una vida ya resuelta y enviados a la deriva a un mundo incierto. Interpone un golfo, no meramente imaginario sino real, entre nosotros y nuestros hogares, un golfo sometido a la tempestad, al miedo y a la incertidumbre, que vuelve palpable la distancia y el regreso, incierto.

Este, en fin, fue mi caso. Cuando vi las últimas líneas azules de mi tierra natal desvanecerse como una nube en el horizonte, me pareció como si hubiera cerrado un libro sobre el mundo y sus inquietudes y tuviera tiempo para reflexionar antes de abrir el siguiente. Aquella tierra que se desvanecía ante mi vista también albergaba todo lo que me era más querido. ¡Qué vicisitudes ocurrirían en ella, qué cambios tendrían lugar en mí antes de visitarla de nuevo! ¿Quién puede asegurar, cuando se pone a vagabundear, que no será arrastrado por las corrientes inciertas de la existencia, o cuándo podrá regresar, o si será o no su destino volver a los escenarios de su niñez?

He dicho que en el mar todo es vacío, debería rectificar esta impresión. Para alguien dado al ensueño y a perderse en fantasías, un viaje por mar está lleno de asuntos que meditar; sin embargo, las maravillas de las profundidades y el cielo distraen la mente de asuntos mundanos. En los días de calma, me gustaba acodarme en la barandilla de proa o subir a la cubierta principal y allí pensar en silencio durante horas sobre el regazo en calma del mar estival; perderme en la sucesión de nubes doradas sobre el horizonte, inventándoles reinos de hadas y poblándolas con mi propia Creación; o contemplar las suaves olas que ondulan sobre sus volúmenes plateados, como si fueran a morir lejos en costas felices.

Notaba una deliciosa sensación, entre la seguridad y el temor, cuando miraba hacia abajo con vértigo a los monstruos de las profundidades y sus toscos brincos: a los bancos de marsopas que se revolcaban alrededor de la proa; a las orcas que asomaban lentamente su vasto cuerpo sobre la superficie; o al tiburón voraz, que se lanzaba como un espectro a través de las aguas azules. Mi

imaginación podía conjurar todo aquello que había oído o leído sobre el mundo acuático bajo mis pies: a los bancos de seres con aletas que vagan por valles fantasmagóricos, a los monstruos informes que acechan en los cimientos de la tierra, y a todos aquellos espectros indomables que engrosan los cuentos de pescadores y marineros.

A veces, una vela distante que se deslizaba en el confín del océano podía ser objeto de otra conjetura solitaria. ¡Qué interesante este fragmento del mundo que se apresura a reunirse con la gran masa de la existencia! Un monumento glorioso a la invención humana, que ha triunfado sobre el viento y las mareas y unido en comunión los límites del mundo, que ha favorecido el intercambio de bienes al verter los lujos del Sur en las regiones estériles del Norte, y así ha reunido las partes desperdigadas del ser humano entre las que la naturaleza parecía haber levantado una barrera infranqueable.

Un día avistamos en la distancia un objeto informe a la deriva. En el mar, todo aquello que rompe la monotonía de la vastedad atrae la atención. Era el mástil de un derrelicto, aún conservaba restos de paño con los que se habían atado a él algunos miembros de la tripulación en un intento de evitar ser arrastrados por el oleaje. No había manera de averiguar el nombre del navío. Evidentemente, había estado sin gobierno durante meses: racimos de moluscos se habían adherido a él y largos bancos de algas lucían a sus costados. «Pero, ¿dónde está la tripulación?», pensé yo. Su lucha había acabado hacía tiempo, se habían hundido entre el rugido de la tempestad, sus huesos blanqueaban las cavernas del abismo. El silencio y el olvido, como las olas, se cernieron sobre ellos y nadie puede contar ya el relato de su final. ¡Qué suspiros flotarían tras el barco! ¡Qué plegarías serían ofrecidas junto al fuego del hogar! ¡Cuán a menudo las amantes, las mujeres, las madres habrán rebuscado en las noticias algún apunte casual sobre este vagabundo del abismo! ¡Cómo se habrá transformado la esperanza en ansiedad, la ansiedad en temor, y el temor en desesperación! Por desgracia, ningún recuerdo regresará jamás para que el amor lo atesore. Todo lo que se sabrá es que salió del puerto, «¡y nunca más se supo!».[4]

El avistamiento del naufragio, como es habitual, dio lugar a muchos relatos tristes. Más aún al anochecer, cuando el tiempo, que

hasta entonces había sido benigno, se volvió rudo y amenazador, con indicios de una de esas tormentas repentinas que a veces rompen de pronto la serenidad de una travesía estival. Cuando nos sentamos en el camarote alrededor de la débil luz de una lámpara que hacía la oscuridad menos espantosa, todo el mundo conocía una historia de naufragio y desastre. El capitán nos contó una, breve, que me afectó de manera particular:

«En una ocasión —dijo—, mientras navegaba en un barco bueno y robusto a lo largo de la costa de Terranova, uno de esos bancos espesos de niebla que se dan por la zona nos hizo imposible ver más allá de nuestras cabezas, incluso durante el día. Por la noche, el tiempo empeoró tanto que no podíamos distinguir ningún objeto a mayor distancia del doble de lo que medía nuestro barco. Mantuve encendida la luz de la cofa y una vigilancia constante, a la búsqueda de las barcas de pesca que acostumbran a anclar cerca de la costa. El viento nos golpeaba e íbamos a buen ritmo a través de las aguas. De repente, el vigía dio la voz de "barco a la vista" poco antes de que estuviéramos encima de él. Era una goleta pequeña, al pairo, de costado hacia nosotros. Toda la tripulación estaba durmiendo y se habían olvidado de encender una luz. La embestimos justo por el medio. La fuerza, el tamaño y el peso de nuestro barco la empujó bajo las olas, pasamos sobre ella y continuamos veloces nuestro curso. Mientras los restos se hundían debajo de nosotros, pude ver a dos o tres miserables medio desnudos saliendo aprisa de los camarotes. Abandonaron las camas para ser tragados entre gritos por las olas. Oí sus llantos confundirse con el viento. La explosión que nos perforó los oídos barrió todo sonido posterior. ¡Nunca olvidaré aquel llanto! Fue poco antes de que pudiéramos virar el barco y volver con dificultad. Regresamos tan cerca como pudimos al lugar donde creíamos que estaba anclado. Navegamos alrededor durante varias horas en la densa niebla. Encendimos bengalas y prestamos atención por si oíamos un "hola" de algún superviviente. Pero todo estaba en silencio, no vimos u oímos nada más de ellos».

Confieso que estas historias pusieron punto final durante un tiempo a todas mis bonitas fantasías. La tormenta creció con la noche. El mar fue presa del caos. Había un sonido repentino y aterrador de olas turbulentas y marejadas discontinuas. El abismo llamando al abismo. De vez en cuando, las nubes negras sobre

nuestras cabezas parecían partirse por el resplandor de los relámpagos, que reverberaba sobre la espuma del oleaje y convertía aquella noche extraordinaria en doblemente horrible. Los truenos bramaban sobre el furioso derroche de las aguas y eran repetidos y prolongados por las montañas de olas. Cuando vi el barco tambalearse y zambullirse entre aquellas cavernas rugientes, parecía un milagro que recuperara la estabilidad o se mantuviera a flote. Las vergas se sumergían en el agua, la proa estaba casi enterrada bajo las olas. A veces, el inminente oleaje parecía a punto de aplastarlo y solo la pericia del timonel lo salvaba del impacto.

Cuando me retiré a mi camarote, el terrible escenario me siguió. El silbido del viento contra las jarcias sonaba como un lamento funerario. El crujido de los mástiles, los estiramientos y quejidos de los mamparos, mientras el barco luchaba contra el mar embravecido, eran aterradores. Al escuchar rugiendo en mis oídos el sonido de las olas que se precipitaban contra el costado del barco, me pareció que la muerte se estaba burlando de aquella cárcel flotante mientras perseguía a su presa: la simple pérdida de un clavo o una juntura abierta podían ofrecerle una entrada.

Sin embargo, un día hermoso, con un mar calmo y una brisa favorable, pronto alejó todas estas reflexiones sombrías. En el mar es imposible resistirse a la alegre influencia de las placenteras aguas y del buen viento. Cuando el barco se engalana con todos sus lienzos y cada vela se hincha, y se acelera jubiloso sobre las olas rizadas, se muestra tan altivo, tan galante, que parece enseñorearse de las profundidades.

Podría llenar un libro con las ensoñaciones de un viaje por mar, porque para mí es una fantasía sin fin, pero ya es hora de alcanzar la costa.

Era una bonita y soleada mañana cuando el emocionante grito de «¡Tierra!» sonó en la cofa. Solo los que lo hayan experimentado pueden hacerse una idea de la cantidad de sensaciones que inundan el pecho de un americano cuando ve Europa por primera vez. Surgen una infinidad de asociaciones solo con nombrarla. Es la tierra prometida, repleta de todo lo que se ha escuchado en la niñez o de lo que se ha reflexionado en los años de estudio.

Desde ese instante hasta el de la llegada todo es entusiasmo febril. Los barcos de guerra que merodean como guardianes gigantes a lo largo de la costa; los cabos de Irlanda estirándose

hacia el canal; las montañas de Gales elevándose hacia las nubes… Todos son objeto de un interés intenso. Mientras navegábamos río arriba por el Mersey, exploré las orillas con un catalejo. Mi mirada se concentró con placer en los limpios *cottages*, con sus setos recortados y su césped verde. Vi la ruina compacta de una abadía cubierta de hiedra y la afilada aguja de una iglesia que se alzaba en la cumbre de una colina cercana: todo muy propio de Inglaterra.

La corriente y el viento eran tan favorables que el barco pudo llegar al muelle de una sola maniobra. El muelle estaba atestado de gente: algunos espectadores ociosos y otros ansiosos, expectantes por sus amigos o familiares. Pude distinguir al propietario de la mercancía consignada. Lo reconocí por su ceño fruncido y su aire inquieto. Con las manos encajadas en los bolsillos, silbaba pensativo y caminaba de un lado a otro. La multitud le había abierto un pequeño espacio en deferencia a su relevancia efímera. Se produjeron repetidos vítores y saludos entre la costa y el barco a medida que los amigos se reconocían. Advertí en especial a una joven de atuendo humilde, pero conducta curiosa. Se inclinaba hacia delante entre la multitud, su mirada recorría el barco mientras este se acercaba a la orilla para atrapar algún rostro anhelado. Parecía decepcionada y triste. Entonces oí una voz débil pronunciar su nombre. Era de un pobre marinero que había estado enfermo todo el viaje y suscitado la simpatía de todos. Cuando el tiempo era bueno, sus compañeros extendían en cubierta y a la sombra un colchón para él, pero al final su enfermedad se agravó tanto que se lo llevaron a la litera y él solo suspiraba por poder ver a su mujer antes de morir. Lo habían ayudado a subir a cubierta cuando remontamos el río y estaba apoyado contra los obenques con un semblante tan exhausto, tan pálido y horrendo, que no había duda de que ni siquiera una mirada amorosa lo reconocería. Sin embargo, al sonido de su voz, los ojos se dirigieron hacia sus facciones. Ella reconoció de inmediato todo su dolor, se agarró las manos, exhaló un débil gemido y allí permaneció, retorciéndolas en una agonía silenciosa.

Todo eran prisas y ajetreo: los encuentros con los conocidos —los saludos de los amigos—, las consultas de los hombres de negocios. Únicamente yo permanecía solo y ocioso. No tenía amigos con los que encontrarme, ningún saludo que recibir. Pisaba la tierra de mis ancestros, pero me sentía extranjero.

2 *The Sketch Book of Geofrey Canyon, Gent* [El cuaderno de viaje del caballero Geoffrey Canyon] (1819-1820) es una colección de treinta narraciones, entre las que se encuentra «The Voyage», publicada en siete entregas, que recoge principalmente las impresiones de Irving en Inglaterra, con seis capítulos dedicados a América entre los que se cuentan los famosos relatos basados en el folclore estadounidense «Rip Van Winkle» y «La leyenda de Sleepy Hollow». Miscelánea de géneros —viaje, ensayo breve, relatos—, el libro tuvo un gran éxito dentro y fuera del país natal de Irving y, gracias a él, pudo dedicarse plenamente a la escritura.

3 Referencia a un poema de Oliver Goldsmith (1728-1774), poeta temprano de la naturaleza, «The Traveller» [El viajero]: «*My heart untravell'd fondly turns to thee; /still to my brother turns, with ceaseless pain/ and drags at each remove a lengthening chain*».

4 «And was never heard of more!», probablemente una referencia a las *Historical Collections of The Indias in New England*, de Daniel Gookin (1612-1687), publicadas en 1792, y concretamente al capítulo dedicado a relatar el naufragio de dos barcos durante un viaje de Boston a Inglaterra en 1657.

JAMES FENIMORE COOPER
(1789-1851)

EL ECLIPSE[5]

El eclipse solar que me han pedido que describa tuvo lugar en verano de 1806, el lunes 16 de junio. El punto álgido de sombra cayó sobre el continente americano cerca de los 42 grados de latitud. Estaba entonces visitando a mis padres en el hogar familiar de las montañas de Otsego, aquella parte del país donde el eclipse fue más impresionante. Mis recuerdos del gran evento y de los incidentes del día son tan vívidos como si hubieran sucedido ayer.

El lago Otsego, lugar de nacimiento del río Susquehanna, está muy cerca de la latitud 42. La localidad donde vive mi familia esta bellamente situada al pie del lago, en un valle entre dos sierras de altura similar y de carácter bastante agreste. El Susquehanna, una corriente rápida y clara, fluye desde la orilla sureste del lago. Lo cruza un elevado puente de madera que une la calle principal de la pequeña ciudad con los prados y pastos de la orilla oriental del río. Tenía a mi alcance, pues, todo lo que podía desear —lago, río, montaña, bosque y viviendas— para captar los diferentes efectos del variado movimiento de luz y sombra a lo largo de aquel día extraordinario.

Durante las semanas que precedieron al suceso, la población del área afectada por el eclipse vivió en un estado casi de ansiedad. En la tarde-noche del 16 de junio,[6] nuestro círculo familiar apenas podía pensar o hablar de poco más. Mi padre y mis cuatro hermanos vivían allí, y cuando paseábamos por el angosto vestíbulo de la casa o nos sentábamos a la mesa, nuestra conversación se dirigía casi por completo a los movimientos de planetas y cometas, ocultaciones y eclipses. Estábamos todos exaltados por la idea de

que nos esperaba un espectáculo soberbio y fuera de lo normal que millones de seres vivientes no podrían contemplar. Había cierto egoísmo en la sensación de que éramos unos privilegiados, pero creo que lo que sentíamos era demasiado intelectual para ser indigno.

Muchas eran las predicciones sobre el tiempo, las esperanzas y miedos que sobre este punto relevante expresaban diferentes personas cuando la tarde empezó a caer. Una nube pasajera podría velar la gran visión; la lluvia o la niebla mermarían de manera lamentable lo sublime del momento. Yo no me contaba entre los pesimistas. Había consultado con celo el excelente barómetro del vestíbulo, uno de los pocos que había en el estado al oeste de Albany. Era propicio. Prometía un tiempo seco. Nuestra última mirada aquella noche, antes de que el sueño nos rindiera, se volvió hacia el cielo estrellado.

El primer movimiento de la mañana fue abrir la ventana para comprobar de nuevo el estado del cielo. Al levantarme temprano de la cama, lo encontré sereno y sin nubes. Había amanecido ya, pero las tinieblas de la noche persistían sobre el valle. Mis ojos descansaron un momento en la vista conocida: el lago límpido, con su entorno de exuberantes bosques y fincas, su airosa ensenada y sus distintos pueblos; los montes donde cada barranco, cueva y cañada habían sido hollados mil veces por mis pies infantiles. Todo me era tan querido como el rostro de un amigo, y era como si el paisaje, adorable en su belleza estival, estuviera a punto de asumir una dignidad hasta el momento desconocida. ¿O acaso las sombras de un gran eclipse no iban a caer sobre cada ola y rama en pocas horas? Había un punto en el paisaje que a un extraño probablemente le hubiera pasado por alto, o quizá habría considerado feo, pero que era familiar a los ojos de todos los del lugar, dotado por nuestra gente con los honores de un monumento antiguo: el tronco alto y gris de un pino muerto y sin ramas, que se erguía en la cumbre de la sierra oriental desde los tiempos de la fundación de la localidad, y que todavía permanecía erecto, aunque sacudido desde entonces por un millar de tempestades. En mis fantasías infantiles era un emblema imaginario, o en términos populares, el «poste de la libertad» de alguna generación anterior. Ahora, sin embargo, la línea consabida del tronco alto, con su peculiar tono gris plateado, era para los ojos del joven marino como

el mástil de un barco fantasma. Recuerdo haberlo saludado con una sonrisa, la primera muestra de reconocimiento que le daba a la vieja ruina del bosque desde mi regreso.

Un objeto de mucho mayor interés atrajo mi mirada. Descubrí una estrella —una estrella solitaria— centelleando débilmente en un cielo que había cambiado de tono al gris pálido del amanecer, mientras vívidos toques de color comenzaban a sonrojarlo hacia el este. No había ninguna otra cosa visible, ni nubes ni la bruma más ligera. Aquella estrella solitaria me era de gran interés. Seguí en la ventana, mirándola y perdiéndome en una suerte de ensoñación. La estrella tenía un cuerpo pesado, sería un planeta, y mi mente se llenó de imágenes de planetas y soles. Mi pensamiento se perdía entre vagas ideas de magnitud y distancia, y el tiempo requerido por la luz para atravesar el aparente vacío sin límites que se abre ante nosotros, y los seres que debían vivir en un orbe como aquel, con un espíritu, una vida, sentimientos y aspiraciones como los míos.

Pronto el sol se alzó a la vista. Capté un destelló de luz candente entre el follaje del bosque de la sierra oriental. Contemplé, como había hecho cientos de veces antes, el rubor de los cielos, la iluminación gradual de los distintos montes, coronados por un perfil ondulante e irregular de pinos a unos sesenta metros de altura; la luz dorada que se deslizaba silenciosa por la falda de las montañas occidentales y dejaba a su paso una visión nítida de huertos y campos, hasta que el lago, el valle y el pueblo descansaron sonrientes bajo el alegre brillo del cálido sol.

La reunión familiar comenzó temprano. Pronto nos rodeamos de amigos y conocidos, todos ansiosos y emocionados, y cada uno con su vidrio coloreado para la ocasión. A las nueve, el aire frío, habitual en las noches estivales del área montañosa, había desaparecido y el calor del pleno verano inundaba el valle. Los cielos seguían sin una nube: jamás nos dio nuestro clima, ya de por sí luminoso, un día más resplandeciente. No había una brizna de aire y podíamos ver los efluvios del aire cálido reverberar aquí y allá en la lisa superficie del lago. Por todas partes había una sensación de calor y bochorno propia del mediodía.

Dejamos la casa y atravesamos el terreno hasta la estrecha y herbosa calle que se abre entre la verja y el lago. Allí no había ramas tronchadas que nos estorbaran la vista: ante nosotros se

apreciaban a la perfección los cielos, las montañas boscosas y la cristalina lámina de agua. A medida que se acercaba la hora del eclipse, nuestra inquietud y emoción crecían hasta alcanzar casi una impaciencia infantil. Los mayores comentaban los detalles de un eclipse anterior. Dejándolos con sus recuerdos, me alejé paseando, vidrio en mano, por la calle principal de la localidad. En la pequeña ciudad, apenas una vivienda o un rostro me eran ajenos, y esto añadía un placer adicional a aquel encuentro en el hogar, con mis paisanos entusiasmados por el eclipse cercano. Aún no había mucho bullicio, aunque todo tenía un tinte poco habitual a esas horas ajetreadas de un día de verano. Muchos estaban ocupados en sus tareas cotidianas, las mujeres y los niños iban y venían con cubos de agua, la escoba y la aguja no habían sido dejadas de lado, se oían el martillo del herrero y la sierra del carpintero al pasar frente a sus talleres. Yuntas cargadas y coches de viajeros circulaban por las calles: el tráfico cotidiano y tranquilo no había cesado aún. Un carro rebosante de heno cruzaba en ese momento el puente desde los campos; el conductor todavía estaba soñoliento, totalmente ajeno al movimiento de los cielos. Sin embargo, la gente en general permanecía alerta. Había en cada casa alguien que observaba, y muchos grupos que pasaban por la calle mostraban un rostro ansioso, vuelto hacia el cielo, y las conversaciones entusiastas reflejaban el más vivo interés. Se decía que entre nuestra gente había uno o dos filósofos de la escuela escéptica que habían escogido no comprometerse con la creencia en un eclipse total del sol, simplemente porque no habían presenciado ninguno. Ver es creer, nos han dicho, aunque el axioma admita discusión. Puesto que estos dignos vecinos no lo habían visto, ningún razonamiento o indicio podría inducirles a creer en el eclipse. ¡He aquí la dignidad de la razón humana! ¡He aquí el juicio particular elevado a grado sumo! Ávido por ser testigo de la conversación de una de esas dignas personas, dada mi inclinación infantil a divertirme, fui en su busca. Había dejado el pueblo por negocios, pero, fiel a sus principios, antes de subir aquella mañana a su caballo, le había dicho a su mujer que «no escapaba del eclipse», ¡qué va! Incluso afirmó con noble candor, que, si le pillaba en el curso del viaje, ¡no se negaría a reconocerlo!. Esto era altamente prometedor.

Acababa de regresar con mis familiares, a quienes había dejado de guardia, cuando uno de mis hermanos, más atento o con mejor

vista que sus compañeros, ¡exclamó que veía claramente una línea oscura, dibujada en el borde occidental del disco solar! Todos los rostros se volvieron hacia arriba de inmediato y a través del vidrio pudimos ver, en efecto, un objeto oscuro pero indistinto que ensombrecía la luz del sol. Una exclamación de regocijo, casi triunfante, salió de manera involuntaria de nuestros labios. No íbamos a ser decepcionados, no había ninguna nube que velara el gran evento: la visión, casi sobrenatural en su dignidad sublime, estaba a punto de sernos revelada. Tras un increíblemente breve instante distinguimos la forma oval de la luna. Siguió otro estallido de alegría, pues uno tras otro afirmamos que apreciábamos de forma nítida el oscuro perfil ovalado, dibujado contra la corriente de luz dorada. Poco a poco, al principio casi imperceptible a nuestros ojos, la oscura y misteriosa esfera se agrandó sobre la luz mientras una atenta quietud que rozaba la reverencia inundó nuestros emocionados espíritus.

Aún no podía percibirse ningún cambio en la luz solar que caía sobre el lago y las montañas. El lugar vestía su habitual aspecto alegre, luminoso y brillante de otros días de junio. La gente, sin embargo, llenaba ahora las calles —había abandonado sus labores cotidianas, pospuestas de momento— y todos los ojos miraban hacia arriba, aunque el cambio en la potencia de la luz era tan pequeño que para un observador cuidadoso aquello que incitaba a mirar al cielo parecía más un engaño de la vista que una percepción real. Poco a poco una quinta, incluso una cuarta parte del disco solar se oscureció, pero el ojo desguarecido todavía era incapaz de soportar el torrente de luz: solo se podía notar el progreso del fenómeno a través del vidrio coloreado. El calor del mediodía, sin embargo, empezó a descender y algo del frío de la mañana regresó al valle.

Estaba mirando hacia arriba, intentando captar el primer instante en que el perfil oscuro de la luna fuera visible al ojo desnudo, cuando pasó un conocido: «¡Venga conmigo!», dijo en voz baja agarrándome del brazo y llevándome fuera de allí. Era hombre de pocas palabras, pero había una expresión en su rostro que me indujo a acompañarlo sin duda alguna. Me condujo al Tribunal de Justicia y, desde allí, a un edificio adjunto y a una habitación ocupada por dos personas. En una ventana, mirando hacia el cielo, había una figura que enseguida llamó mi atención. Era un hombre

de rostro demacrado y brazos encadenados, un prisionero sentenciado a muerte. A su lado estaba el carcelero.

Una tragedia horrible había ocurrido recientemente en nuestra pequeña ciudad. El maestro de escuela de una pequeña aldea del condado había golpeado con rigor a uno de los alumnos a su cargo por un error insignificante. La víctima era una niña pequeña, su sobrina. Se decía que un defecto de nacimiento le había impedido pronunciar claramente ciertas palabras que el profesor requería de ella. Para vencer lo que consideraba obstinación por parte de la niña, el hombre continuó golpeándola de tal manera que nunca se recobró de las heridas y murió pocos días después. El miserable fue arrestado, juzgado por asesinato, condenado y sentenciado a morir en la horca. Era el primer delito capital del condado de Otsego, lo que produjo una gran impresión. Hasta aquel endiablado momento, el carácter del maestro había sido intachable. Estaba profundamente arrepentido, más allá de toda duda, del crimen al que había sido arrastrado, en apariencia, más por una idea equivocada del deber que por una severidad connatural a su temperamento. No se había dado cuenta del gran daño físico que estaba causando a la niña. Tan grande era su contrición que había despertado la simpatía de la gente a su favor y se había enviado al gobernador del estado una petición de moratoria de la condena, aunque no de perdón. Pero llegó el día señalado por el juez sin tener aún la respuesta del mensajero. El gobernador estaba en su casa de campo a casi ciento treinta kilómetros de Albany. La petición se había retenido hasta el último momento para nuevas firmas y esos ciento treinta kilómetros de más que el mensajero tenía que recorrer más allá de Albany no fueron incluidos en el cálculo. No se había recibido ningún despacho, pero sí indicios ciertos de que no habría aplazamiento. Llegado el día, gentes de Chenando y Unadilla, y del valle del Mohawk acudieron a la ciudad para ver el doloroso y aún desconocido espectáculo público de una ejecución. Aquel día, al mirar hacia abajo desde una posición elevada sobre la calle principal, esta parecía pavimentada de rostros humanos. La hora sonó; el prisionero fue sacado de la cárcel, sentado, según costumbre, sobre su ataúd, y conducido al lugar de ejecución acompañado por dos pastores evangelistas. Su aspecto de sufrimiento extremo supera cualquier descripción. Yo había visto a otros culpables expiar sus crímenes con su vida, pero nunca tal

agonía, ese aferrarse a la vida, aquel terror ante la cercanía de la muerte que translucía aquel miserable. Mientras se acercaba a la horca, se levantó de su asiento y, retorciendo sus brazos encadenados, dio la espalda al temido objeto, como si su mera visión fuera demasiado espantosa para soportarla. Los pastores tardaron en devolverlo a un grado decente de compostura. Se rezó la última plegaria, y su propio y ferviente «¡Amén!» aún sonaba ronco, suplicante y casi desesperado, a oídos de la multitud, cuando llegó el aplazamiento. Se le concedió una moratoria breve y el prisionero fue devuelto a la miserable celda de la que lo habían sacado por la mañana.

Tal era el desdichado que aquella mañana había sido trasladado desde su mazmorra para que contemplara el grandioso fenómeno del eclipse. En los doce meses anteriores solo había visto el sol en una ocasión. Las cárceles de aquellos días eran literalmente mazmorras ajenas a la luz del día. Nunca podré olvidar esa figura impactante, retrato del sufrimiento absoluto, su emoción, su dolor. Puedo verlo ahora, de pie ante la ventana, pálido y demacrado tras un año de confinamiento, herido por la pena, sus mejillas surcadas por un llanto constante, su entera figura dando fe del profundo y devastador poder de la culpa consciente y del remordimiento. He aquí un hombre sacado de las profundidades del sufrimiento para ser confrontado de inmediato con la demostración más grande de la Omnipotencia que el Creador se digna revelar al género humano. El miserable criminal, de hecho, un asesino, aunque no intencionado, parecía mirar hacia arriba el terrible espectáculo con una intensidad y una claridad mental más allá de la nuestra, adquirida gracias a una agonía apenas menos amarga que la de la muerte. Era como si el telón que nos oculta el mundo después de la tumba ya hubiera sido bajado para él. Permanecía tan quieto como una estatua, con los brazos elevados y las manos esposadas entrelazadas, la verdadera imagen del dolor impotente y la desgracia. Quizá la mente humana no haya concebido instrumento moral más poderoso para aumentar el efecto del movimiento sublime de los cuerpos celestes que esa imagen de la culpa que ofrece el penitente. Fue un suceso a grabar en la memoria para siempre. Y una lección que no desestimé.

Cuando salí del Tribunal de Justicia, un sombreado amarillento, un color antinatural se derramaba por la tierra. Había tenido lugar

un gran cambio. Los árboles de las cumbres distantes habían perdido su verdor y su aspecto diáfano, y tenían el contorno de una imagen sombría grabada sobre aquel cielo extraño. El lago mostraba un aspecto espeluznante, muy inusual. Todos los seres vivos parecían haber sido arrojados a un estado de nerviosismo. Los pájaros revoloteaban arriba y abajo, muy agitados. Parecían recelar de que aquello fuera la llegada paulatina del atardecer y se mostraban indecisos sobre sus movimientos. Incluso los perros, criaturas honestas, se volvían inquietos hacia sus amos. La expresión intrigada y alegre de interés y curiosidad, que había aparecido temprano en la mañana en casi todo semblante asombrado, se había vuelto de ansiedad o seriedad de acuerdo con el propio carácter. Las casas habían perdido a sus propietarios. Mientras la luz disminuía más y más a cada segundo, los niños regresaban en tropel junto a sus madres. Las mujeres buscaban preocupadas a sus maridos. La esposa americana tiende más que cualquier otra a aferrarse con afectuosa confianza a un brazo fuerte en busca de apoyo. Los hombres estaban muy callados y serios. Muchos trabajadores dejaron sus tareas para estar cerca de su mujer e hijos a medida que la sombra y la oscuridad aumentaban.

Me coloqué de nuevo junto a mi padre y mis hermanos ante la verja de nuestra propiedad. El sol estaba oblicuo, hacia el sur y el este, en la posición más favorable para poder observarlo. Recuerdo haber examinado en vano la extensa cubierta oscura en busca de una simple nube. Era uno de esos días ausentes de nubosidad, menos raros en América que en Europa. La constante luz decreciente, la aproximación gradual de la oscuridad se volvió de lo más impresionante mientras contemplábamos aquel estado completamente translúcido de los cielos. Los pájaros, que volaban inquietos un cuarto de hora antes, parecían ahora convencidos de que la noche estaba al llegar. Apenas se veían golondrinas entrando en las chimeneas, los vencejos regresaban a sus pequeños nidos, las palomas volaban a sus palomares y, a través de la puerta abierta de un pequeño granero, vi a los pollos ir hacia el gallinero.

El flujo habitual de luz solar se había vuelto tan débil que podíamos mirar hacia arriba durante un largo rato de manera constante sin el menor daño. El sol parecía una luna joven de tres o cuatro días, aunque obviamente con un creciente mayor y más brillante. Al mirar un instante hacia el oeste, una chispa surgió ante

mis ojos. Por un segundo pensé que era una ilusión óptica, pero al siguiente vi con claridad que era una estrella. Aparecieron a la vista una tras otra, más rápidamente que al atardecer, hasta que tal vez cincuenta estrellas habían surgido ante nosotros en una estrecha y oscura zona del cielo, coronando los pinos de las montañas occidentales. Esta maravillosa visión de las estrellas durante las horas del mediodía llenó los espíritus de sensaciones peculiares.

De repente uno de mis hermanos gritó: «¡La luna!». Más rápidos que el pensamiento, mis ojos miraron de nuevo hacia el este y allí flotaba ella, claramente visible, hasta un grado que casi asustaba. La forma esférica, el aspecto, la dignidad, la sustancia del cuerpo celeste se mostraban con una nitidez que yo no había visto antes, o casi. Se la veía grandiosa, oscura, majestuosa y divina, como si demostrara su poder de robar por completo los rayos del sol. No somos más que niños grandes. En la vida cotidiana juzgamos los objetos por su aspecto exterior. Estamos acostumbrados a pensar en el sol, y también en la luna, como fuentes de luz, tan etéreas, casi espirituales, en su esencia. Pero la materia real de la luna se revelaba entonces ante nuestros sentidos con una fuerza de convicción, con una claridad de percepción que cambió nuestras ideas consabidas sobre el planeta. No había niebla que se interpusiera, ningún falso juego de sombras, sino una masa enorme de materia obvia interpuesta entre el sol, sobre nosotros, y la tierra en la que estábamos parados. El encuentro de dos barcos que navegan con cursos opuestos en el mar es apenas más evidente que ese movimiento de un mundo ante otro. Una oscuridad similar a la de la noche temprana cayó sobre el lugar.

Mis pensamientos se volvieron hacia el mar. Marinero de corazón, ya familiarizado con el rostro del océano, me imaginé siendo testigo de la grandeza de aquella vasta nube de sombra sobrenatural al caer de repente sobre el mar en la hora más luminosa del día. El claroscuro de las olas, siempre repleto de interés, debía de ser a esa hora de un efecto sublime. Y mi fantasía estaba repleta de imágenes de goletas de blanco velamen, bergantines y barcos deslizándose como espíritus alados sobre las olas oscuras.

Algo cotidiano e insignificante me sacó del ensueño: un ruido sordo de pezuñas sobre el puente. Unas pocas vacas, creyendo que la noche las había sorprendido, volvían a casa desde los pastos que

circundan la villa. No había duda de que las amables criaturas estaban engañadas, pues la penumbra no era mucho mayor que la del crepúsculo que normalmente les hacía volver las cabezas hacia su casa. El rocío caía de manera perceptible, tanto como a cualquier hora de la noche anterior, y el frío era tan acusado que el termómetro había caído muchos grados desde el intenso calor matutino. El lago, las colinas y los edificios de la pequeña ciudad habían sido tragados por la oscuridad. La ausencia de las luces habituales en los hogares la volvía aún más impresionante. Todo trabajo había cesado, y solo las voces susurrantes de la gente rompían la quietud absoluta con murmullos contenidos.

«¡Chissst, el chotacabras!», murmuró un amigo a mi lado, y en ese mismo instante, mientras escuchábamos en un profundo silencio, percibimos con nitidez, desde la orilla oriental del río, el salvaje, lastimero canto de ese solitario pájaro nocturno, repetido lentamente a intervalos. Un murciélago revoloteaba alrededor de nuestras cabezas. Ahora eran visibles muchas estrellas, pero no en número suficiente para disminuir la oscuridad. Solo en un punto del distante horizonte septentrional aún perduraba algo del resplandor del atardecer.

Doce minutos después de las once, la luna se dejó ver con nitidez máxima; un enorme orbe negro que oscurecía el sol tan cerca que la gran luminaria estaba oculta por completo. Sentimos todos una intensidad en nuestra atención que nos dejó sin aliento. Parece haber algo instintivo en cómo disfruta el hombre de todos los fenómenos celestes. El pacífico arcoíris, las pesadas nubes de una gran tormenta y el vívido rayo eléctrico nunca fallan en atraer la atención de manera peculiar, distinta de aquella con que observamos cualquier espectáculo de la tierra. Conectarse allí con todos los grandiosos movimientos de los cielos era parecido a un sentido innato de interpelación, una expectación inquieta, similar al asombro, que podría retrotraerse hasta los ecos de las grandes profecías cristianas, y que susurraba a nuestros espíritus y dotaba a nuestra vista de cierta presciencia mental misteriosa. Aquella hora impresionante, que ahora rememoro, se asemeja a una sensación, propia de la juventud, que convertía en un solo ser a aquel grupo familiar, todos aparentemente unidos por el asombro más profundo —hablo con conocimiento—, por una visión clara que yo ya había sentido ante la majestad del Todopoderoso, acompañada por la

humildad y, confío, por la creencia en mi propia y absoluta insignificancia. Ese movimiento de la luna, ese sublime viaje de los mundos, a menudo vuelve a mi imaginación, e incluso en este día lejano, de una manera tan clara, majestuosa y casi tan pavorosa como me pareció entonces.

Un grupo de formas silenciosas y oscuras permanecía junto a mí, una misma emoción parecía gobernarlas a todas. Mi padre estaba de pie, inamovible, a unos cinco metros, pero no podía distinguir sus facciones. Transcurrieron tres minutos de oscuridad absoluta. Parecieron extrañamente largos por la intensidad de la sensación y la corriente abrumadora de pensamientos que llenaba la mente.

Hasta hoy mismo, los sentimientos producidos por este majestuoso espectáculo son de humildad y reverencia. Era como si el gran Padre del Universo hubiera velado su rostro con furia de manera visible y casi palpable. La retirada de la luz había sido espantosa, pero ¡cuán más glorioso, más sublime fue su regreso! La corona de luz sobre la luna se volvió más brillante, los cielos se iluminaron detrás, las estrellas desaparecieron, y la luz empezó a jugar en las cumbres de las montañas lejanas. Y entonces una corriente de agradecida, celebrada y consoladora luminosidad cayó sobre el valle con una dulzura y un poder inconcebibles para la mente, a menos que el ojo la haya contemplado. No puedo comparar este repentino, alegre retorno de la luz, después del eclipse, con nada que me sea familiar. Sin duda fue parecido al cambio que produce el transcurrir de una nube negra, esa transición instantánea pero multiplicada más de mil veces. Parecía hablarles directamente a nuestros espíritus, garantizando plenamente su protección, su graciosa piedad, y ese amor divino que ha producido todas las gloriosas combinaciones de la materia para nuestro disfrute. Tampoco, para terminar, era como el amanecer paulatino del día o la propia salida del sol. No había gradación en el cambio. Fue repentino, asombroso, como lo que la imaginación nos enseña a esperar del advenimiento de una visión celestial. Sé que, desde el punto de vista de la filosofía, estoy equivocado, pero a mí me pareció que se podían ver los rayos del sol fluyendo en torrentes a través de la oscuridad hasta que iluminaron el bosque, las montañas, el valle y el lago con su brillante, afable caricia.

Hubo otro gran movimiento cuando el creciente del sol reapareció y la luna encauzó su curso a través del vacío. Venus aún

brillaba intensamente.

Este segundo viaje de la luna duró solo un momento ante el ojo desnudo. Cuando terminó, mi mirada recayó en lo que me rodeaba. La calle, ahora más nítida que nunca, estaba llena de gente. En el camino que se extiende un kilómetro y medio desde el valle, a lo largo de la ladera de las montañas, había treinta carretas con viajeros y grupos de gente que venían de las colinas. Todas se habían detenido, impelidas, aparentemente, tanto por una reverencia inconsciente como por curiosidad. Todos los rostros estaban vueltos hacia el cielo y los ojos encandilados por la grandeza de lo que veían. Unas mujeres permanecían en la calle, cerca de mí, con los ojos perdidos y las manos crispadas, y se oían sollozos en distintas direcciones. Incluso los hombres educados y reflexivos que tenía a mi lado permanecían callados, absorbidos por sus pensamientos. Pasaron algunos minutos antes de que la profunda impresión del espectáculo nos permitiera hablar. En un momento semejante, el alma del hombre se inclina con humildad ante su Creador.

Los cambios inusitados de luz, a través de cuyas gradaciones la luminosidad diurna se había recuperado por completo, debían de ser muy similares a aquellos con los que había desaparecido sin que lo percibiéramos. Recuerdo, sin embargo, el instante preciso en que pude distinguir las hojas de hierba a mis pies, y de nuevo, más tarde, las sombras del follaje en el paseo de grava. Lo primero que vieron otros fueron los lirios blancos del jardín floral de mi madre, que podían apreciarse desde las ventanas de la casa. Muy pronto, todo ser vivo se regocijaba de nuevo con la bendita restauración de la luz tras el espantoso momento de aquella noche al mediodía.

Los hombres que asisten a un hecho extraordinario son propensos, después de un tiempo, a entretenerse contando sus impresiones. Pero no recuerdo haber oído a ninguno que hablara espontáneamente de sus sentimientos en el momento más solemne del eclipse. Es como si las sensaciones hubieran surgido tan conectadas con la naturaleza del espíritu que no pudieran ser comentadas de manera irreverente o casual. Solo puedo decir que, en mi vida variada y azarosa, gracias a la que he tenido la fortuna de ver la tierra, el cielo, el océano, así como al ser humano en gran parte de sus facetas, nunca he contemplado nada que mostrara de forma tan simple la majestad del Creador, o que enseñara al hombre

de manera tan contundente una lección de humildad, como un eclipse total de sol.

[5] Con tan solo dieciséis años, el exitoso autor de *El último mohicano*, describió, entre 1833 y 1838, el eclipse solar que tuvo lugar el 16 de junio de 1806. El texto se publicó de manera póstuma, en 1869, en la revista *Putnam's Monthly*.

[6] El eclipse de 1806 tuvo lugar el 16 de junio a las 16.24 horas. Todo lo que describe Cooper aquí se refiere a la tarde-noche del día anterior, el 15 de junio, aunque en el relato se mencione la fecha posterior.

EDGAR ALLAN POE
(1809-1849)

DESCENSO AL MAELSTROM[7]

> Los caminos de Dios en la Naturaleza, como en la Providencia, no son como los nuestros, ni los modelos que ideamos en ningún modo acordes a la vastedad, profundidad y el carácter inescrutable de Sus obras, *que poseen una hondura mayor que el pozo de Demócrito*.
>
> JOSEPH GLANVILLE

Habíamos alcanzado la cumbre del risco más elevado. Durante unos minutos el viejo pareció demasiado exhausto para hablar.

—No hace mucho —dijo al fin— le habría guiado por esta ruta tan bien como el más joven de mis hijos, pero hace tres años me sucedió algo que no le había pasado nunca a ningún mortal, o al menos, ninguno que sobreviviera para contarlo, y las seis horas de terror mortal que tuve que soportar me rompieron el cuerpo y el alma. Usted presupone que soy *muy* viejo, pero no es así. Bastó un solo día para que mis cabellos se tornaran del negro azabache al blanco, se debilitaran mis piernas, y mis nervios se trastornaran tanto que ahora tiemblo ante el más mínimo esfuerzo y me asusta hasta una sombra. ¿Puede creer que apenas puedo asomarme desde este pequeño precipicio sin sentir vértigo?

El «pequeño precipicio» sobre cuyo borde se había tumbado a descansar, con tan poco cuidado que la parte más pesada de su cuerpo sobresalía y solo le impedía caer el apoyo de un codo sobre la profunda y escurridiza arista; ese «pequeño precipicio» de rocas

negras y satinadas se elevaba unos quinientos o seiscientos metros, completamente vertical, sobre la secuencia de peñascos que habíamos dejado atrás. Nada habría podido tentarme para que me acercara a seis metros del borde. En realidad, estaba tan nervioso por la arriesgada postura de mi compañero que me tumbé cuan largo soy en el suelo, me agarré a unos arbustos cercanos, y no me atreví ni a echar un vistazo al cielo mientras luchaba en vano contra la idea de que la base de la montaña corría peligro por la furia de los vientos. Y hasta mucho después no pude hallar en mí el valor suficiente para sentarme y mirar a la lejanía.

—Debe superar sus miedos —dijo el guía—, pues le he traído aquí para que pudiera disfrutar de la mejor vista posible del suceso que le he mencionado y para contarle toda la historia con el lugar al alcance de sus ojos. Estamos ahora —continuó, de aquella manera suya tan minuciosa—; estamos ahora muy cerca de la costa noruega, a 68 grados de latitud, en la gran provincia de Nordland y en el sombrío distrito de Lofoden. El monte en cuya cima estamos sentados es el Helseggen, el Nuboso. Ahora incorpórese un poco, agárrese a las matas si se marea, así, y mire hacia arriba, más allá del cinturón de niebla a nuestros pies, hacia el mar.

Miré aturdido y contemplé una gran porción de océano cuyas aguas como la tinta trajeron a mi memoria el relato sobre el *Mare Tenebrarum* del geógrafo nubio. Un panorama tan deplorablemente desolado que ninguna imaginación humana podría concebirlo. A derecha e izquierda, tan lejos como alcanzaba la vista, se extendían, como murallas del mundo, las líneas del acantilado negro y horrible, cuyo aspecto lúgubre se intensificaba contra un oleaje encabritado en crestas blancas y espectrales, que gemía y aullaba de manera constante. Justo enfrente del promontorio en cuya cima estábamos, y a una distancia de ocho o nueve kilómetros, era visible una isla pequeña e inhóspita o, mejor dicho, distinguible entre el fragor del oleaje que la envolvía. A unos tres kilómetros de la costa, se levantaba otra de tamaño similar, tremendamente escarpada y árida, rodeada a intervalos por grupos de rocas oscuras.

El aspecto del océano entre la isla más lejana y la orilla tenía algo de extraordinario. A pesar de que en ese momento soplaba tal vendaval desde tierra que, mar adentro, un bergantín permanecía al pairo, con la vela mayor doblemente arrizada y el casco sumergido por completo constantemente, de tal modo que desaparecía de la

vista, aún no había nada que pareciera una marejada normal, sino un corto, rápido y furioso chapoteo en todas direcciones, tanto contra el viento como en dirección contraria. Había poca espuma excepto en la inmediata vecindad de las rocas.

—La isla lejana —dijo el viejo— es conocida por los noruegos como Vurrgh. La que está a mitad de camino es Moskoe. Aquella a kilómetro y medio hacia el norte es Ambaaren. Allí están Islesen, Hotholm, Dlimen, Sandflesen y Estocolmo. Son las denominaciones originales de los lugares, pero esta necesidad de poner nombre a todos es algo que ni usted ni yo podemos entender. ¿Oye algo? ¿Aprecia algún cambio en el agua?

Llevábamos cerca de diez minutos en la cima del Helseggen, al que habíamos ascendido desde el interior de Lofoden, por lo que no vimos el mar hasta que apareció ante nosotros al coronar el monte. Mientras el viejo hablaba, percibí un fuerte sonido que iba aumentando gradualmente, como el mugido de un gran rebaño de búfalos en una pradera americana, y al instante percibí a nuestros pies, en el océano, que lo que los marineros llaman «mar picada» estaba transformándose con rapidez en una corriente que fluía hacia el este. Mientras la miraba, la corriente adquirió una velocidad monstruosa; a cada instante sumaba celeridad a su precipitado ímpetu. En cinco minutos, todo el océano hasta Vurrgh fue azotado por una furia ingobernable, pero su poder se concentraba entre Moskoe y la costa. Allí, el gran lecho de agua, surcado y marcado por un millar de corrientes contrarias, estalló de repente en una convulsión frenética —jadeando, hirviendo, silbando— y giró en gigantescos e innumerables vórtices, y todo ello se lanzó al unísono hacia el este a una velocidad que el agua nunca adquiere sino en las cascadas.

En pocos minutos, la escena sufrió otro cambio radical. La superficie general se hizo algo más lisa y los remolinos desaparecieron uno tras otro, mientras se hacían visibles unas vetas de espuma prodigiosas donde antes no se veía ninguna. Luego, aquellas vetas, que se extendían desde lejos y se mezclaban entre ellas, adoptaron el movimiento giratorio de los remolinos amainados y parecieron formar el germen de uno más grande. De repente —muy de repente— este adquirió una existencia clara y definitiva, con un diámetro de más de kilómetro y medio. El límite del vórtice lo constituía un ancho cinturón de espuma brillante,

pero ninguna porción de esta se deslizaba hacia la boca del fabuloso embudo, cuyo interior, hasta donde podía apreciar la vista, era un muro de agua liso, brillante y negro azabache, que se escoraba en un ángulo de unos 40 grados respecto al horizonte y giraba una y otra vez de manera vertiginosa con un movimiento oscilante y jadeante, y enviaba a los vientos una voz aterradora, entre el chillido y el rugido, que ni siquiera la poderosa catarata del Niágara eleva al cielo en su agonía.

La montaña temblaba en sus mismos cimientos y las rocas se balanceaban. Me tiré de bruces al suelo y me agarré a las escasas matas, presa de un nerviosismo excesivo.

—Esto —dije al fin al viejo—, esto *no puede* ser otra cosa que el gran remolino del Maelstrom.

—Así lo llaman a veces —dijo él—. Los noruegos lo llamamos el Moskoe-strom, por la isla de Moskoe que está en el medio.

Las descripciones conocidas de este vórtice no me habían preparado de ninguna manera para lo que veía. La de Jonas Ramus, que quizá sea la más precisa, no da la menor idea de su magnificencia ni del horror del panorama o de la sensación violenta y perturbadora de *novedad* que confunde al que lo contempla. No conozco desde qué perspectiva lo contempló el escritor en cuestión, ni la hora, pero nunca pudo ser desde la cima del Helseggen, no durante una tormenta. Sin embargo, hay algunos pasajes de su descripción que pueden ser citados por sus detalles, aunque su capacidad para transmitir la impresión que da el espectáculo es demasiado débil. «Entre Lofoden y Moskoe —dice—, la profundidad del agua oscila de treinta y seis a cuarenta brazas, pero del otro lado, hacia Ver (Vurrgh), disminuye tanto que no permite el paso de una embarcación sin riesgo de que dé contra las rocas, lo que sucede incluso con el tiempo más calmado. En pleamar, la corriente discurre, con una rapidez asombrosa, hacia la costa entre Lofoden y Moskoe, y el rugido de su impetuoso reflujo hacia el mar es casi igual al de las cascadas más altas y temibles. El ruido se oye a varios kilómetros, y los remolinos y pozos son tan grandes y profundos que, si atrajeran a un barco, este sería absorbido inevitablemente, arrastrado al fondo y hecho pedazos por las rocas; y cuando las aguas se calman, esos pedazos emergen a la superficie. No obstante, estos intervalos de tranquilidad solo suceden en el cambio de la bajamar a la pleamar, y con buen tiempo, pero, al

cabo de un cuarto de hora, la violencia regresa de manera gradual. Cuando la corriente está embravecida y su furia incrementada por una tempestad, es peligroso acercarse a menos de siete millas. Barcas, veleros y navíos han sido arrastrados por no tener cuidado cuando estaban a su alcance. Sucede a menudo que las ballenas se aproximan a la corriente y son dominadas por su fuerza, y entonces es imposible describir sus aullidos y bramidos en sus vanos esfuerzos por desengancharse. Una vez, un oso que intentaba ir nadando de Lofoden a Moskoe fue capturado por la corriente y absorbido, mientras rugía de manera tan espantosa que se le podía escuchar desde la orilla. Grandes troncos de pinos y abetos, después de ser tragados por la corriente, reaparecen tronchados y retorcidos hasta un punto que parecen haberles salido cerdas. Esto muestra claramente que el fondo está formado por rocas puntiagudas, entre las que han dado vueltas de un lado a otro. Esta corriente está regulada por el flujo y reflujo del mar, que tiene lugar de manera regular cada seis horas. En 1645, por la mañana temprano del domingo de Sexagésima, se encrespó con un ruido y fuerza tales que desprendió los sillares de las casas junto a la costa».

Respecto a la profundidad del agua, no veo cómo se ha podido comprobar en absoluto en la inmediata cercanía del vórtice. Esas «cuarenta brazas» han de ser solo una referencia a tramos del canal cerca de las costas de Moskoe o Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoestrom debe ser incalculablemente mayor, y no hay mejor prueba de este hecho que la que puede obtenerse echando un vistazo al abismo del remolino desde la cima del Helseggen. Al mirar desde lo alto de este pico el clamoroso Flegetonte, no pude evitar sonreír ante la simpleza con que el honrado Jonas Ramus recoge, como hechos difíciles de creer, las anécdotas de las ballenas y los osos, porque a mí me pareció, de hecho, algo evidente que el navío de línea más grande jamás construido, al acercase al dominio de aquella atracción mortal, podría resistirlo tanto como una pluma un huracán, y desaparecería por entero y de una sola vez.

Los intentos de explicar el fenómeno, algunos de los cuales, recuerdo, me parecieron suficientemente plausibles tras una lectura atenta, ahora cobraban un cariz muy diferente e insatisfactorio. La idea admitida de manera general es que este, al igual que otros tres remolinos más pequeños entre las islas Feroe, «no tienen otra causa

que la colisión entre olas que se alzan y caen, en flujo y reflujo, contra escollos y bajíos, y confinan el agua de manera que esta se precipita como una catarata; y por esto, cuanto más alta está la marea, más profunda es la caída, y su resultado natural es un remolino o vórtice cuya succión prodigiosa es suficientemente conocida por experimentos menores». Esta es la definición de la Enciclopedia Británica. Kircher y otros imaginan que, en el centro del canal del Maelstrom, hay un abismo que atraviesa el globo y desemboca en alguna parte muy remota: se ha nombrado en alguna ocasión y de forma categórica el golfo de Botnia. Esta opinión, perezosa en sí misma, era la que mi imaginación estaba dispuesta a admitir mientras miraba, pero, al mencionársela al guía, me sorprendió bastante oírle decir que, aunque era el punto de vista casi universalmente aceptado sobre el asunto por los noruegos, sin embargo, no era el suyo. En cuanto a la idea general, confesó su incapacidad para comprenderla, y en esto estuve de acuerdo con él, porque, aunque concluyente sobre el papel, se vuelve incomprensible e incluso absurda ante el rugido del abismo.

—Ahora que ha podido echarle un buen vistazo —dijo el viejo—, si rodeáramos este peñasco para colocarnos a sotavento y amortiguar el rugido del agua, le contaría una historia que le convencería de que algo sé sobre el Moskoestrom. —Me coloqué donde quería y continuó—. Mis dos hermanos y yo teníamos una goleta aparejada para la pesca de unas setenta toneladas, con la que acostumbrábamos a faenar entre las islas más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. En los bruscos remolinos del mar hay buena pesca en el momento justo si uno tiene el valor de intentarlo; no obstante, entre todos los hombres de la costa de Lofoden, solo nosotros tres solíamos ir a las islas, como le digo. Los caladeros habituales están bastante lejos, hacia el sur. Pueden capturarse peces a cualquier hora sin demasiado riesgo, por eso son los lugares preferidos. Sin embargo, los sitios que existen aquí, entre las rocas, no solo producen la mejor calidad, sino que son mucho más abundantes; así, solíamos obtener en un solo día lo que los más inexpertos en el oficio no conseguían ni en una semana. De hecho, hicimos de ello un asunto de reflexión apremiante: el riesgo de la vida en el trabajo y el valor que satisface al capital.

»Resguardábamos el barco en una cala a unos ocho kilómetros de este punto y, con buen tiempo, era nuestra costumbre aprovechar la

tregua de quince minutos para atravesar el canal principal del Moskoestrom, lejos de la hoya, para anclar en algún lugar cerca de Otterholm o Sanflesen, donde los remolinos no son tan fuertes como en otros lugares. Allí nos quedábamos hasta que se acercaba la hora en que el agua volvía a calmarse y sopesábamos el regreso a casa. Nunca nos aventuramos sin que hubiera un viento intenso para ir y volver, uno que sabíamos que no nos fallaría durante el regreso, y rara vez nos equivocábamos en nuestros cálculos sobre este asunto. En seis años, solo dos veces nos vimos obligados a pasar allí la noche, detenidos por una calma chicha, algo sin duda raro por aquí; y en una ocasión tuvimos que permanecer en el lugar cerca de una semana, muertos de hambre, debido a una galerna que empezó a soplar tras nuestra llegada y embraveció de tal modo el canal como para pensárselo. No obstante, habríamos sido conducidos mar adentro —pues los remolinos nos hicieron dar vueltas y más vueltas con tal fuerza que, al final, se nos atascó el ancla y tuvimos que arrastrarla—, si no hubiera sido porque nos dejamos llevar por una de esas innumerables corrientes cruzadas, que surgen hoy y mañana desaparecen, que nos dirigió a sotavento de Flimen, donde, gracias a la buena suerte, nos detuvimos.

»No le contaré ni la vigésima parte de las dificultades que afrontamos en los caladeros —no es un lugar bueno en el que estar, incluso con buen tiempo—, pero siempre viramos a tiempo de esquivar la zarpa del Moskoestrom sin incidentes, aunque a veces tuviera el corazón en la boca cuando faltaba o pasaba un minuto de la calma. En ocasiones, el viento no era tan fuerte como pensábamos al partir, y entonces íbamos más lentos de lo que deseábamos, mientras la corriente volvía el pesquero inmanejable. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años y yo dos muchachos robustos. Nos habrían venido bien en esos momentos, tanto para remar como para pescar después. Pero, de algún modo, aunque nos arriesgábamos nosotros mismos, no teníamos el ánimo para dejar que los jóvenes corriesen peligro, pues, al fin y al cabo, era un riesgo terrible, esa es la verdad.

»Dentro de tres días se habrán cumplido tres años de lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18…, un día que la gente de esta parte del mundo nunca olvidará, porque sopló el huracán más tremendo que haya venido jamás de los cielos. Sin embargo, durante toda la mañana, y hasta avanzada la tarde, había una brisa

suave y constante del suroeste y el sol brillaba resplandeciente, así que ni el marinero más viejo de entre nosotros podía predecir lo que vino después.

»Los tres, mis dos hermanos y yo, habíamos cruzado las islas sobre las dos de la tarde, y habíamos cargado el pesquero con una buena pesca que, como los tres notamos, fue mayor aquel día que ningún otro. Eran justo las siete por mi reloj cuando levamos ancla y partimos a casa para evitar durante el mar en calma lo peor del Strom, que sabíamos sería a las ocho.

»Partimos con un viento fresco a estribor y, durante algún tiempo, nos deslizamos a buen ritmo, sin imaginar nunca el peligro, porque de hecho no veíamos el menor motivo. De pronto nos sorprendió una brisa procedente del Helseggen. Era de lo más raro —algo que no nos había pasado nunca—, y empecé a preocuparme sin saber exactamente de qué. Colocamos el barco a favor del viento, pero no logramos alejarnos de los remolinos y, cuando estaba a punto de proponer que regresáramos adonde habíamos anclado, al mirar hacia el este, vi todo el horizonte cubierto por una nube singular de color cobre que ascendía a una velocidad increíble.

»Mientras tanto, la brisa que nos empujaba desapareció y apareció la calma chicha por todas partes. Pero la situación no duró lo suficiente para darnos tiempo a pensar. En menos de un minuto la tormenta estaba sobre nosotros —y, en menos de dos, el cielo entero se encapotó—, y con esto y la espuma, se volvió todo tan oscuro que no podíamos vernos los unos a los otros en el barco.

»Es un disparate intentar describir el huracán que comenzó entonces. Ni el marinero más viejo de Noruega había sufrido nada como aquello. Habíamos dejado las velas al viento antes de que nos alcanzara y al primer soplo los mástiles cayeron por la borda como si hubieran sido serrados. El palo mayor se llevó consigo a mi hermano pequeño, que se había atado a él por seguridad.

»Nuestro barco era como la pluma más ligera que jamás se hubiera posado en el agua. Tenía la cubierta entera al ras, con tan solo una escotilla a proa que solíamos cerrar por costumbre cuando estábamos a punto de cruzar el Strom, como medida de precaución contra el mar picado. Si no hubiera sido por ello, nos habríamos hundido enseguida, pues en algunos momentos estuvimos sumergidos por completo. No puedo decir cómo escapó mi hermano

mayor de la muerte porque nunca he tenido la oportunidad de averiguarlo. Por lo que a mí respecta, tan pronto como solté el trinquete, me tiré sobre la cubierta, con los pies contra la estrecha borda de la proa y las manos aferradas a una armella cercana al pie del trinquete. Fue el mero instinto el que me empujó y, sin duda, fue lo mejor que podía hacer porque estaba demasiado aturdido para pensar.

»A ratos nos encontrábamos completamente inundados, como digo, y durante todo ese tiempo yo contenía la respiración, agarrado a la armella. Cuando ya no podía aguantar más, me ponía de rodillas, todavía aferrado, y sacaba la cabeza. Luego nuestro pequeño barco dio una sacudida, como un perro cuando sale del agua, y esto lo sacó del mar en parte. Intentaba salir lo mejor que podía del estupor que me invadía para recobrar mis sentidos y ver qué podía hacerse cuando alguien me agarró del brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón saltó de alegría, porque estaba seguro de que había caído por la borda. Pero al instante siguiente toda mi alegría se convirtió en horror: puso su boca junto a mi oído y gritó la palabra "¡Moskoestrom!".

»Nadie sabrá nunca cuáles fueron mis sentimientos en aquel momento. Temblé de pies a cabeza como si tuviera el más violento acceso de fiebre. Sabía a ciencia cierta lo que quería decir con esa única palabra, sabía lo que deseaba hacerme entender. Con el viento que nos empujaba, ¡estábamos ligados al remolino del Strom y nada podría salvarnos!

»Usted ya sabe que, al cruzar el canal del Strom, siempre lo hacíamos por un camino alejado y por encima del remolino, incluso con el mejor tiempo, y entonces teníamos que esperar y vigilar cuidadosamente la llegada del mar calmo. Pero, en aquel momento, íbamos a cruzar el mismísimo vórtice, ¡y con un huracán como aquel! "Seguro —pensé—, que llegaremos allí justo antes de la calma, aún tenemos algo de esperanza". Sin embargo, al instante siguiente, me maldije por ser tan loco como para soñar con esperanza alguna. Sabía muy bien que estábamos condenados, incluso si hubiéramos ido en una embarcación diez veces mayor que un navío de noventa cañones.

»En aquel momento, el primer envite de la tempestad había cesado, o quizá ya no lo notábamos porque navegábamos por delante de ella. En todo caso, las aguas, que en un primer momento

habían sido contenidas por el viento y permanecían lisas y espumosas, se convirtieron en verdaderas montañas. Un cambio singular había tenido lugar también en los cielos. Alrededor, y en cada dirección, seguían negros como el alquitrán, pero sobre nosotros se abrió de repente una grieta circular de cielo despejado —tan limpio como nunca lo había visto— de un azul intenso y brillante y, a través de ella, brillaba con fuerza la luna llena con un lustre que no le había visto nunca. Iluminó todo a nuestro alrededor con una gran nitidez, pero, ¡oh Dios, qué escena iluminaba!

»Hice un par de intentos de hablar con mi hermano, pero, de alguna manera que no podía entender, el estruendo había aumentado tanto que no conseguía que oyera una sola palabra, aunque le gritaba al oído con todo lo que me daba la voz. Entonces sacudió la cabeza, pálido como la muerte, y levantó un dedo como si quisiera decir "¡Escucha!".

»Al principio no entendí qué me indicaba, pero pronto un pensamiento espantoso se iluminó en mí. Saqué el reloj del bolsillo. No funcionaba. Miré la esfera a la luz de la luna y comencé a llorar mientras lo arrojaba al océano. ¡Se había parado a las siete! ¡Habíamos sobrepasado la hora de la calma y el remolino del *Strom estaba en su momento álgido*!

»Cuando un barco está bien hecho, aparejado correctamente y sin demasiada carga, las olas durante una galerna intensa, si está en alta mar, parecen deslizarse por debajo de él, algo que a gente de tierra adentro les parece extraño. Esto, en términos marinos, se conoce como *cabalgar*.

»Bien; hasta entonces habíamos cabalgado el oleaje con habilidad, pero en ese momento se levantó un mar gigantesco que nos agarró justo por debajo de la popa y nos arrastró con él mientras crecía hacia arriba, arriba, como si quisiera llegar al cielo. No habría creído yo que ninguna ola pudiera alzarse tan alto. Y luego descendimos en curva, un tobogán, una caída que me hizo sentir enfermo y mareado, como si me precipitara en sueños desde una montaña alta. Cuando estábamos arriba había echado un rápido vistazo alrededor, y esa única ojeada había sido suficiente. Vi nuestra posición exacta en un instante. El remolino del Moskoestrom estaba a un cuarto de milla por delante, pero no se parecía al Moskoestrom cotidiano más que aquel torbellino como lo ve usted ahora, similar a un molino. Si no hubiera sabido dónde

estábamos y qué nos esperaba, no habría reconocido en absoluto el lugar. Fuera como fuera, cerré involuntariamente los ojos, aterrorizado; los párpados apretados como en un espasmo.

»No podían haber pasado más que un par de minutos cuando de repente notamos que las olas se calmaban y la espuma nos envolvió. El barco viró bruscamente a babor y salió disparado como un rayo en su nuevo rumbo. En el mismo instante, el rugido del agua fue ahogado por completo por una especie de grito agudo, como cabría imaginar el silbato de un millar de barcos de vapor sonando a la vez. Estábamos entonces sobre el oleaje que rodea el remolino y pensé, por supuesto, que en un instante nos sumergiríamos en el abismo, cuyo fondo distinguíamos de manera borrosa debido a la velocidad alucinante con que éramos arrastrados. No parecía en absoluto que el barco fuera a hundirse en el agua, sino que la rozaba como si fuera una burbuja sobre la superficie del oleaje. Teníamos el remolino a estribor, y a babor se alzaba el vasto océano que acabábamos de surcar. Permanecía como un muro retorcido entre nosotros y el horizonte.

»Pudiera parecer extraño, pero entonces, cuando estábamos en las fauces del abismo, me sentí más sereno que mientras nos acercábamos a él. Al haberme convencido de que no había esperanza, me deshice de gran parte del miedo que me había gobernado al principio. Supongo que era la desesperación lo que me enervaba.

»Pudiera parecer jactancia, pero lo que le cuento es cierto: empecé a pensar en lo magnífico que sería morir de aquella manera, y en lo ridículo que era, por mi parte, tener en tanta consideración mi vida insignificante ante tan gran manifestación del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando esta idea me pasó por la mente. Al poco tiempo me sentí poseído por la curiosidad más incisiva sobre el remolino en sí mismo. Sentí en efecto el *deseo* de explorar sus profundidades, aunque conllevara aquel sacrificio, y mi gran pena era que nunca podría contar a mis colegas de la costa los misterios que vería. Estas, sin duda, eran fantasías singulares para ocupar la mente en un caso tan extremo. Desde entonces he pensado a menudo que los giros del barco alrededor del hoyo me habían trastornado un poco.

»Hubo otra circunstancia que contribuyó a que volviera en mí, y fue el final del viento, que no podía alcanzarnos en aquella

posición, pues, como puede ver usted mismo, la cinta de oleaje se sitúa bastante por debajo de la superficie general del océano, y este último nos dominaba: una cresta montañosa alta y negra. Si nunca ha estado en el mar durante un vendaval intenso, no puede hacerse una idea de la confusión mental que producen el viento y la espuma juntos. Te ciegan, ensordecen y ahogan, y se llevan toda capacidad de actuar o pensar. Sin embargo, en aquel momento, estábamos libres de estas molestias en gran medida, igual que a los criminales condenados se les permiten pequeñas indulgencias que tenían prohibidas cuando su muerte era aún incierta.

»Es imposible decir cuántas vueltas dimos en aquella franja. Nos deslizamos una y otra vez tal vez durante una hora, volando más que flotando, sumergiéndonos cada vez más hacia la mitad del remolino y su horrible límite interno. Durante todo ese tiempo no me había soltado de la armella. Mi hermano estaba a popa, agarrado a un barril fuertemente amarrado, que era lo único que permanecía en cubierta y no había sido lanzado por la borda cuando el vendaval nos sacudió por primera vez. Cuando nos acercábamos al borde del pozo, soltó el amarre y trató de alcanzar la armella, de la cual, en la angustia del terror, intentó que yo soltara las manos, pues no era lo bastante grande para asegurarnos un buen agarre a los dos. Nunca he sentido pena mayor que al ver su intento, aun sabiendo que había enloquecido, que el terror extremo le había convertido en un demente furioso. Por eso no me preocupé de disputarle el sitio. Sabía que no habría diferencia alguna en cuál de los dos se sujetara, así que le dejé la armella y me coloqué delante del barril. No hubo dificultad en hacer esto, pues el barco giraba recto, incluso hendiendo la quilla, solo impulsado de un lado a otro por las grandes olas y surtidores del remolino. Apenas me había asegurado en mi nuevo lugar cuando dimos un bandazo a estribor y nos precipitamos de cabeza al abismo. Murmuré una plegaria rápida a Dios y pensé que todo había acabado.

»Mientras sentía el vertiginoso tirón del descenso, me agarré más fuerte al barril y cerré los ojos. No me atreví a abrirlos durante unos segundos, en espera de una muerte instantánea, y me preguntaba por qué no estaba ya luchando contra el agua. Pasaron los minutos. Seguía vivo. La sensación de caída había cesado y el movimiento del barco se parecía mucho al de antes, cuando estábamos en el

cinturón de espuma, con la excepción de que ahora se inclinaba más de costado. Me armé de valor y miré de nuevo la escena.

»Nunca olvidaré las sensaciones de asombro, horror y admiración cuando observé alrededor. El barco parecía colgar, como por arte de magia, a medio camino en la cara interior de un embudo de circunferencia amplia y profundidad prodigiosa, y sus paredes perfectamente lisas podrían haber sido tomadas por ébano, si no fuera por la asombrosa rapidez con la que giraban y por el resplandor y la horrenda radiación que lanzaban cuando los rayos de luz lunar de aquella brecha circular entre las nubes que ya he descrito fluían en un torrente de gloria dorada a lo largo de los muros negros y desaparecían hacia abajo en los secretos recovecos del abismo.

»Al principio estaba demasiado confundido para observar nada con precisión. La explosión general de magnitud increíble era todo lo que podía contemplar. Sin embargo, cuando me recompuse un poco, mi vista se dirigió hacia abajo de manera instintiva. En esa dirección tenía una vista limpia por la forma en que el barco colgaba sobre la superficie inclinada del hoyo. Estaba bastante erguido y la quilla sumergida, lo que quiere decir que la cubierta se mantenía paralela al agua, aunque esta última se inclinaba en un ángulo de más de 40 grados, de manera que parecía que nos apoyábamos en los costados. Pero no pude evitar notar que apenas tenía mayor dificultad en mantener la posición de manos y pies que si hubiera estado en un plano horizontal y esto, supongo, se debía a la velocidad con la que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían buscar el final del profundo abismo, pero yo aún no distinguía nada con claridad por culpa de la bruma densa que lo envolvía todo y sobre la que colgaba un arcoíris magnífico, como ese puente estrecho y vacilante que, según los musulmanes, es el único camino entre el Tiempo y la Eternidad. Esta niebla o espuma la producía sin duda el choque de los grandes muros del embudo al reunirse en el fondo, pero el aullido que se elevaba a los cielos desde esta niebla no me atrevo a describirlo.

»Nuestro primer deslizamiento en el abismo en sí, desde la franja de espuma encima de él, nos introdujo un buen trecho en la pendiente, pero el siguiente no fue de ninguna manera proporcional. Giro tras giro nuestro movimiento no era uniforme, sino con vaivenes y sacudidas vertiginosas que a veces nos hacían

avanzar solo unos pocos metros y completar en otras el circuito completo del remolino. Nuestro avance hacia abajo, en cada vuelta, era lento pero muy apreciable.

»Al mirar a mi alrededor el vasto yermo de ébano líquido sobre el que éramos arrastrados, noté que nuestro barco no era el único objeto en el abrazo del remolino. Por encima y por debajo de nosotros había fragmentos visibles de navíos, montones de tablas y ramas de árboles, junto con pequeños objetos, como muebles, cajas rotas, barriles y duelas. Ya he descrito la rara curiosidad que había sustituido a mis miedos iniciales. Parecía crecer mientras me acercaba cada vez más a mi espantoso final. Entonces empecé a mirar con interés singular los numerosos objetos que flotaban con nosotros. *Debía* estar delirando, porque incluso *me entretuve* en especular sobre las velocidades relativas de sus diferentes descensos hacia la espuma bajo nosotros. "Ese abeto —me encontré diciendo una vez— será con seguridad el siguiente en dar el horrible salto y desaparecer", y luego me decepcionaba ver que los restos de un mercante holandés lo sobrepasaban y caían antes que él. Al final, después de hacer varias conjeturas similares y equivocarme en todas, este hecho —el de mi invariable error de cálculo— me llevó a una serie de reflexiones que hicieron temblar de nuevo mis miembros y palpitar una vez más mi corazón con fuerza.

»No era un miedo nuevo el que me afectaba, sino el amanecer de una *esperanza* más emocionante. Esta esperanza surgió en parte del recuerdo y en parte de la observación en aquel momento. Me vino a la mente la gran variedad de materia boyante esparcida por la costa de Lofoden tras ser absorbida y expelida por el Moskoestrom. La mayoría de los restos estaban destrozados del modo más extraordinario, tan chafados y desmenuzados que parecían hechos astillas, pero recordé con nitidez que había *algunos* que no habían sido desfigurados en absoluto. No podía explicarme la diferencia, excepto si suponía que los fragmentos astillados eran los únicos que habían sido absorbidos por completo, y los otros habían entrado en el remolino en un momento más avanzado de la pleamar o, por alguna razón, habían descendido tan despacio que no habían alcanzado el fondo antes del cambio a la pleamar o a la bajamar, según los casos. Concebí posible en ambos casos que esto pudiera haberlos hecho ascender girando de nuevo hacia la superficie del océano y así no hubieran corrido la suerte de aquellos que habían

sido arrastrados antes o absorbidos más deprisa. También hice tres observaciones importantes. La primera fue, como regla general, que, cuanto mayores eran los cuerpos, más rápido descendían; la segunda que, entre dos masas de la misma medida, una esférica y la segunda *de cualquier otra forma*, la velocidad de descenso superior era la de la esfera; la tercera que, entre dos masas de igual tamaño, una cilíndrica y la segunda de cualquier otra forma, el cilindro era absorbido más despacio. Desde que escapé he tenido varias conversaciones sobre este asunto con un viejo maestro de escuela del distrito, y es de él de quien he aprendido el uso de palabras como *cilindro* y *esfera*. Me dijo —aunque he olvidado la explicación— que lo que había visto era, de hecho, la consecuencia natural de las formas de los fragmentos flotantes, y me enseño cómo un cilindro que flota en un vórtice ofrece más resistencia a la succión y es arrastrado con más dificultad que un cuerpo igual de voluminoso de otra forma cualquiera.

»Había una circunstancia alarmante que sostenía en gran parte estas observaciones, y que me volvió impaciente por comprobarlas, como era que, en cada giro, pasábamos ante algo parecido a un barril, o ante la verga de un mástil, mientras muchos de los objetos que estaban a nuestro mismo nivel cuando abrí los ojos por primera vez a las maravillas del remolino estaban ahora muy por encima de nosotros y parecían haberse movido poco de su posición original.

»No dudé más sobre qué hacer. Decidí atarme al barril de agua al que estaba agarrado, cortar la cuerda que lo sujetaba a la cubierta, y arrojarme con él al agua. Llamé la atención de mi hermano con señas, apuntando a los barriles que venían flotando hacia nosotros, e hice todo lo que estaba en mi mano para hacerle entender lo que estaba a punto de hacer. Creo que al final entendió mi plan, pero, si este fue o no el caso, meneó la cabeza desesperado y rehusó moverse de su sitio junto a la armella. Era imposible llegar hasta él, y la urgencia no admitía retrasos; así, con una renuncia amarga, lo abandoné a su destino, me até al barril con la cuerda que lo sujetaba a la cubierta y, sin dudarlo más, me arrojé con él al mar.

»El resultado fue precisamente el que esperaba, puesto que soy yo quien se lo está contando —como puede ver, *escapé*—, y como ya conoce la manera en que lo hice y puede prever todo lo que me queda por decir, acabaré mi historia rápidamente. Debía de haber pasado una hora o así desde que dejé el barco cuando, habiendo

descendido a gran distancia por debajo de mí, este dio dos o tres giros rápidos sucesivos y, llevándose a mi querido hermano con él, cayó de proa, de inmediato y para siempre, en el caos de espuma del fondo. El barril al que yo estaba atado se sumergió casi a mitad de distancia entre el fondo del abismo y el lugar donde me había arrojado por la borda antes de que tuviera lugar un cambio en el carácter del remolino. La pendiente lateral del vasto embudo se volvió cada vez menos empinada. El giro del remolino pasó a ser cada vez menos violento. Gradualmente, la bruma y el arcoíris desaparecieron y el fondo del abismo pareció elevarse lentamente. El cielo estaba claro, los vientos se habían calmado, y la luna llena brillaba en el oeste cuando me encontré en la superficie del océano, a plena vista de las costas de Lofoden y por encima del lugar donde *había estado* el pozo del Moskoestrom. Era la hora de la calma, pero el mar seguía embravecido con grandes olas por los efectos del huracán. Fui arrastrado con violencia al canal del Strom y en pocos minutos arrojado costa abajo hacia los caladeros de los marineros. Un barco me recogió extenuado por el cansancio y, ahora que el peligro había desaparecido, sin habla por el horror de su recuerdo. Los que me subieron a bordo eran viejos amigos y compañeros cotidianos, pero no me reconocieron más de lo que hubieran reconocido a un viajero del mundo de los espíritus. Mi cabello, que era negro como ala de cuervo el día anterior, se volvió blanco como usted lo ve ahora. También dijeron que la expresión de mi rostro había cambiado. Les conté mi historia; no la creyeron. Ahora se la cuento a *usted* y apenas espero que lo haga.

[7] Este relato, publicado en el *Graham's Magazine* en 1841, es un claro ejemplo de descripción de esa fuerza natural incontenible que Poe consideraba «imperfecta» en comparación con la naturaleza domesticada o intervenida por el hombre en jardines y fantasías urbanísticas. Toda una teoría de paisaje ordenado, influida por el paisajismo inglés de la época, que puede verse en «La posesión de Arnheim o El paisaje del jardín» (1847).

NATHANIEL HAWTHORNE
(1804-1864)

RETOÑOS Y VOCES DE PÁJAROS[8]

La primavera apacible —semanas después de lo que esperábamos y meses más tarde de lo que la ansiábamos— llegó al fin para revivir el musgo del tejado y los muros de nuestra vieja casa. Se asomó alegremente a la ventana de mi despacho, invitándome a abrirla para propiciar una atmósfera de verano con la mezcla de su hálito maravilloso y el confort negro y sombrío de la estufa. A medida que el batiente ascendía, las innumerables formas del pensamiento y la imaginación, que me habían hecho compañía en esta pequeña habitación durante el perezoso lapso del ventoso invierno, volaron hacia el espacio infinito: visiones alegres, grotescas y tristes; imágenes de la vida real, coloreadas con los habituales tonos del hogar grises y rojizos; escenas de ensueño, adornadas con los tonos del arcoíris, que se extinguían antes de asentarse; todo ello se desvanecía y me abandonaba para moldear una vida nueva al sol. La meditación melancólica podría batir sus alas oscuras y tomar la forma adecuada de un búho que pestañea en medio de la alegría del mediodía. Tales compañías se adaptan a la estación de las ventanas escarchadas y los fuegos crepitantes, cuando los aullidos estallan en los fresnos negros de la avenida y la errante tormenta de nieve ahoga los senderos del bosque y cubre el camino de muros de nieve. En primavera y verano, los pensamientos lúgubres se van con el invierno hacia el norte, con los sombríos cuervos. La antigua economía de la vida resurge con fuerza; vivimos, no pensar ni trabajar, sino con la mera finalidad de ser felices. Ahora nada merece la capacidad infinita del ser humano excepto para absorber la cálida sonrisa del cielo y simpatizar con la tierra revivida.

Esta primavera avanza con pasos ligeros porque el invierno ha

persistido tanto de manera inconsciente que ni con su mayor diligencia puede recuperar el tiempo asignado a su reino. Hace solo una quincena yo estaba junto a nuestro río crecido y contemplaba el hielo acumulado en la corriente tras cuatro meses gélidos. Excepto en algunas zonas aquí y allá en las faldas de los montes, todo el universo visible estaba cubierto por una nieve gruesa, cuya capa inferior había sido depositada por una tormenta a primeros de diciembre. Era un panorama que volvía torpe al espectador por la imposibilidad de imaginar cómo iba a poder borrarse aquella gran sábana blanca del rostro cadavérico del mundo en menos tiempo del que había necesitado para extenderse. Mas ¿quién es capaz de calcular el poder de las influencias delicadas, ya sea en la desolación tangible o en el invierno moral del corazón humano? No habrá lluvias torrenciales ni días de bochorno, sino una brisa constante de vientos del sur, ora un día de sol agradable, ora una bruma no menos amable o un chubasco ligero, en los que parece surgir una sonrisa y una bendición. La nieve se ha desvanecido como por arte de magia; todo lo que salta debe de haberse escondido en los bosques y barrancos de los montes, tan solo dos manchas quedan en el paisaje, y las echaré de menos cuando las busque en vano mañana. Nunca antes, creo, la primavera ha seguido tan de cerca los pasos del invierno en retirada. En las lindes del camino, las hojas verdes de hierba han brotado justo al borde de los montones de nieve. Los pastos y las tierras de labor no han adquirido un verdor general, pero tampoco tienen ese sombrío tinte pardo que lucen en el otoño tardío, cuando la vegetación desaparece por completo. Hay ahora una débil sombra de vida que ilumina la cálida realidad. Algunos terrenos felizmente orientados, como, por ejemplo, aquella ladera suroeste de huerto frente a esa vieja granja roja junto al río; esos pedazos de tierra ya muestran un verde precioso y tierno al que no podrá añadir encanto un esplendor futuro. Parece irreal, una profecía, una esperanza, un efecto transitorio de una peculiar luz sonora, que se desvanece al más ligero movimiento del ojo. Sin embargo, la belleza no es nunca un espejismo, no esos terrenos verdes, sino el sombrío y estéril paisaje que los rodea, sombra y sueño. A cada instante trae una nueva porción de tierra de la muerte a la vida; un repentino destello de verdor ilumina la soleada pendiente de una ladera que solo un momento antes estaba desnuda y parda. ¡Miras de nuevo y ves

cómo aparece la hierba verde!

Los árboles de nuestro huerto, y en todas partes, están aún desnudos, pero ya se muestran llenos de vida y savia. Parece que, tras un toque mágico, pudieran reventar instantáneamente el pleno follaje, y que la brisa que ahora sopla entre sus ramas desnudas compusiera una música repentina entre sus innumerables hojas. El musgoso sauce que cuarenta años atrás sombreaba estas ventanas occidentales será uno de los primeros en ponerse su atuendo verde. Existen ciertas objeciones al sauce: no es un árbol seco y limpio, disgusta a quien lo observa al asociarlo con la viscosidad. Ningún árbol, creo, es por completo una compañía agradable hasta que tiene sus hojas lustrosas, la corteza seca y una textura firme y áspera en tronco y ramas. Pero el sauce es casi el primero en alegrarnos con la promesa y la realidad de la belleza en su grácil y delicado follaje, y el último en esparcir sus amarillas, aunque apenas marchitas hojas, sobre el suelo. Durante todo el invierno sus ramitas amarillas le dan un aspecto soleado, que es sin duda un hecho esperanzador incluso en el día más triste y gris. Bajo un cielo nuboso, recuerda fielmente a la luz del sol. Si el sauce fuera cortado, nuestra vieja casa perdería uno de sus encantos, con su copa dorada sobre el manto de nieve y su cúmulo de verdor veraniego.

Los arbustos de lilas bajo las ventanas de mi despacho están casi brotados: en dos o tres días podré sacar la mano y coger la rama más alta de un verde reciente. Estas lilas son muy viejas, y han perdido el follaje frondoso de su apogeo. El corazón, o el juicio, o el sentido moral, o el gusto no están satisfechos con su aspecto actual. La edad anciana no es venerable cuando se trata de lilos, arbustos de rosas o cualquier otra planta ornamental; pareciera que crecen solo por belleza, y que deben florecer siempre con una juventud perenne o, al menos, morir antes de su triste decrepitud. Los árboles bellos son árboles del paraíso y, por tanto, no tiene objeto que decaiga su naturaleza original, aunque hayan perdido ese precioso derecho de nacimiento al ser trasplantados a un suelo terrenal. Existe cierta incapacidad grotesca en la idea del tiempo golpeando y envejeciendo el arbusto de lilas. La analogía encaja bien con la vida humana. Las personas que solo pueden ser elegantes y ornamentales —que no dan al mundo sino flores— deberían morir jóvenes y nunca mostrarse con el cabello encanecido y arrugas, no más que

los arbustos floridos con ramas musgosas y follaje marchito, como las lilas bajo mi ventana. Esa belleza no merece menos que la inmortalidad; no, lo que es bello debería vivir para siempre, y entonces, tal vez, esa sensación de indecencia que sentimos al ver su decadencia desaparecería con el tiempo. Por otra parte, los manzanos envejecen sin reproches. Dejadlos vivir tanto como puedan, que se retuerzan en cualquier forma perversa que prefieran y llenen sus miembros marchitos con una felicidad primaveral de flores rosas; aún son respetables, incluso si solo nos dan una manzana o dos por estación. Esas pocas manzanas o, en todo caso, el recuerdo de las manzanas de antaño, son la expiación que el utilitarismo demanda inexorablemente por el privilegio de una vida larga. Los árboles florales de los humanos, si quieren envejecer en la tierra junto a sus adorables capullos, deberían llevar algún tipo de fruto que satisficiera los apetitos de la tierra para que ni el hombre ni el decoro de la naturaleza los consideraran aptos para que el musgo se acumule sobre ellos.

Una de las primeras cosas que llama la atención cuando el manto blanco del invierno se ha retirado es el abandono y el desorden que yacen ocultos debajo de él. La naturaleza no es pulcra según nuestros prejuicios. La belleza de los años precedentes, ahora transformada en una deformidad parda y asolada, bloquea la vitalidad resplandeciente de hoy. Nuestra calle está sembrada de una entera cosecha de hojas de otoño marchitas. Hay montones de ramas descompuestas derribadas por una tormenta tras otra, negras y podridas, y una o dos con los restos de un nido colgando de ellas. En el jardín, las zarandajas están secas, los tallos del espárrago, marrones, y los viejos repollos melancólicos se han congelado en el suelo antes de que el cultivador ahorrador los encuentre para recogerlos. ¡Cuán invariablemente, en todas las formas de la vida, encontramos entremezclados estos monumentos a la muerte! En la tierra del pensamiento y en el jardín del corazón, tanto como en el mundo de los sentidos, la muerte marchita las hojas, las ideas y los sentimientos a los que hemos renunciado. No existe viento suficientemente fuerte para barrerlos, el espacio infinito no los apartará de nuestra vista. ¿Qué significan? ¿Por qué no se nos permite vivir y disfrutar como si fuera esta la vida primigenia y nuestro el primer goce, en vez de hollar siempre estos pedregales y ruinas acumuladas en un antiguo montón del cual ha huido todo lo

que ahora parece tan joven y nuevo? ¡Dulce tuvo que ser la primavera del Edén, cuando ningún año precedente había esparcido su decadencia sobre el césped virgen, ni vivencia anterior alguna había madurado en verano o había desaparecido en otoño en los corazones de sus habitantes! Aquel era un mundo en el que merecía la pena vivir. Oh, tú, maledicente, estás tan alejado del puro desenfreno de tal vida que finges vacuas lamentaciones. No existe la decadencia. Cada persona es el primer habitante de su propio Edén. Nosotros vivimos en una vieja mansión cubierta de musgo y hollamos las desgastadas huellas del pasado, y tenemos el fantasma de un clérigo canoso como prisionero día y noche; sin embargo, todas estas circunstancias visibles se vuelven menos ideales ante el renovado poder del espíritu. Si el espíritu pierde algún día su poder —si las hojas marchitas, las ramas podridas, la casa cubierta de musgo y el fantasma del pasado gris se convierten en realidad, y el verdor y la frescura son su único y débil sueño—, déjalo que rece para liberarse de la tierra. Necesitará el aire del cielo para recuperar sus energías prístinas.

¡Qué vuelo insospechado hacia el infinito era todo ello desde nuestra calle sombría de fresnos negros y álamos balsámicos! Posemos los pies en la tierra de nuevo. En ningún otro lugar crece la hierba de primavera de manera tan diligente como en este sencillo jardín, a los pies del cercado de piedra y en los rincones abrigados de la casa, especialmente en el umbral de la entrada meridional, un lugar que parece especialmente favorable para su crecimiento, pues ya es tan alta como para inclinarse y mecerse con la brisa. Veo que algunos hierbajos —con frecuencia una planta que te mancha los dedos con su jugo amarillo— han sobrevivido y retenido su lozanía y su savia en invierno. Nadie sabe por qué han merecido tal gracia entre el resto de su especie. Ahora son los patriarcas del año difunto y deben predicar sobre la mortalidad a la generación actual de flores y hierbas.

Entre las delicias de la primavera, ¿cómo olvidar a los pájaros? Incluso los cuervos son bienvenidos como precursores de una especie más luminosa y animada. Nos visitan antes de que se vaya la nieve, pero se trasladan en su mayoría a lugares remotos del bosque, que frecuentan durante todo el verano. Muchas veces los molesto allí y siento como si me hubiera entrometido en un grupo de devotos silenciosos en su descanso dominical en las copas de los

árboles. Cuando hablan, sus voces concuerdan de manera admirable con la soledad apacible de una tarde de verano, y al resonar tan por encima de nuestras cabezas, su clamor ruidoso aumenta la quietud religiosa de la escena en lugar de romperla. El cuervo, sin embargo, a pesar de la seriedad de su planta y de su vestimenta negra, no posee una afectación religiosa: es en verdad un ladrón y probablemente un infiel. Las gaviotas son bastante más respetables desde un punto de vista moral. Estas habitantes de las rocas batidas por el mar y cazadoras en playas solitarias se adentran en nuestro río, en esta estación del año, y se elevan por encima de nosotros moviendo sus anchas alas en el alto sol. Son una de las aves más pintorescas, pues flotan y permanecen en el aire de tal manera que se convierten en partes estáticas del paisaje. Familiarizada con ellas, la imaginación tiene tiempo de desarrollarse, pues no revolotean y desaparecen al instante. Puedes subir a las nubes, saludar a estas bandadas ligeras de gaviotas y descansar confiadamente entre ellas sobre la atmósfera que las sustenta. Los patos encuentran sus lugares predilectos en lugares solitarios del río y se posan en grupos sobre el ancho seno de las praderas inundadas de agua. Su vuelo es demasiado rápido y decidido para que la vista disfrute de él, aunque nunca falla en animar el corazón del inextirpable instinto del cazador. Ahora se han ido hacia el norte, pero nos visitarán de nuevo en otoño.

Las aves más pequeñas —las cantoras menudas del bosque y aquellas que se guarecen en las casas y reclaman la amistad de los humanos construyendo sus nidos bajo los aleros o entre los árboles del jardín— requieren un trato más delicado y un corazón más amable que el mío para hacerles justicia. Sus arrebatos melódicos son como un riachuelo liberado de las cadenas del invierno. No necesitamos recurrir a palabras demasiado elevadas y solemnes, como denominarlos himnos de alabanza al Creador, pues la naturaleza, que refleja el año renacido en tantas imágenes bellas, no expresa ese sentimiento de vida renovada con ningún otro sonido mejor que el del canto de estos benditos pájaros. No obstante, su música, justo ahora, parece fortuita y no el resultado de un propósito. Hablan sobre la vida y el amor, y sobre la situación y arquitectura de sus residencias veraniegas, y no tienen tiempo para posarse en una rama y derramar himnos solemnes, oberturas, óperas, sinfonías y valses. Se preguntan por los asuntos que les

preocupan, resuelven temas serios con rapidez y en animado debate, y solo por azar, o por puro éxtasis, lanzan al aire un rico gorjeo de diminutas ondas doradas. Sus cuerpecillos están tan ocupados como sus voces; aletean de continuo, sin sosiego. Incluso cuando dos o tres se retiran en concilio a la copa de un árbol, menean sus colas y cabezas todo el tiempo con la actividad irrefrenable de su naturaleza, la cual muestra, en realidad, lo poco que dura su vida, tanto como la lentitud en la edad avanzada del ser humano. Los mirlos, entre los que confraternizan tres clases, son los más ruidosos de todos los ciudadanos alados. Grandes bandadas de ellos —más aún que la famosa de veinticuatro que Mamá Ganso ha inmortalizado— se congregan en copas contiguas y vociferan con todo el clamor y la confusión de un turbulento mitin. La política, sin duda, debe de ser el tema de esos encendidos debates, pero, al contrario que otros políticos, aún destilan melodía en sus intervenciones individuales y producen un efecto general de armonía. De todas las voces de los pájaros, ninguna es más dulce y alegre a mis oídos que la de la golondrina en el interior tenue y sombrío de un granero. Se dirige al corazón con una simpatía incluso mayor que la del petirrojo. En realidad, todos estos seres alados que viven en la vecindad de los hogares parecen compartir la naturaleza humana y poseen el germen, si no el desarrollo, de un alma inmortal. Los oímos decir sus plegarias melodiosas con el rubor de la mañana y al atardecer. Un poco más tarde, en la noche profunda, nos llega el vívido estremecimiento de una nota desde un árbol cercano, una canción verdadera, como aquella que saluda el alba púrpura o se mezcla con el sol amarillo. ¿Qué pretende el pajarillo al derramarla más allá de la medianoche? Probablemente la música ha brotado de la bruma de un sueño en el que se imagina en el paraíso con su compañera, pero se despierta de repente en una rama fría y pelada, con la niebla de Nueva Inglaterra penetrando en sus plumas: un triste intercambio entre imaginación y realidad.

Los insectos se cuentan entre los primeros en nacer. Multitudes de no sé cuántas especies aparecieron ya hace tiempo sobre la superficie de la nieve. Nubes de ellos, casi demasiado diminutos para la vista, planean en un haz de luz solar y desaparecen, como aniquilados, cuando entran en la sombra. Ya se escucha al mosquito tocando el pequeño horror de su corneta. Las avispas infestan las ventanas soleadas de la casa. Una abeja ha entrado en una de la

habitación con una profecía de flores. Extrañas mariposas acuden antes de que haya desaparecido la nieve, luciéndose en la brisa heladora, y parecen desesperadas y todas extraviadas a pesar de la magnificencia de sus oscuros abrigos de terciopelo y bordes dorados.

Los campos y los senderos del bosque tienen todavía más encantos para seducir al caminante. El otro día, durante un paseo, no encontré violetas ni anémonas ni nada parecido a una flor. Sin embargo, valió la pena subir al monte de enfrente con el objetivo de obtener una idea general del avance de la primavera, que he estado estudiando minuciosamente hasta aquí. El río me rodeaba en semicírculo, inundando las praderas que le dieron su nombre indio, y con una amplitud nueva que resplandece bajo los rayos del sol. A lo largo de esta orilla, el agua bordeaba una fila de árboles y lejos de aquí, en la superficie de la corriente, penachos de arbustos asomaban sus cabezas como para respirar. Los objetos más sorprendentes eran los árboles aislados aquí y allí, con un desierto de agua de kilómetro y medio rodeándolos. El acortamiento del tronco por la inmersión en el río arruinaba bastante las justas proporciones del árbol: esto nos vuelve conscientes de la regularidad y propiedad de las formas comunes de la naturaleza. La inundación de la estación actual —aunque nunca llega a desbordar nuestro tranquilo arroyo— ha llegado a más tierras que cualquiera anterior, en veinte años por lo menos, rebosando cercas de piedra y haciendo navegable para las barcas un tramo del curso.

No obstante, las aguas están disminuyendo gradualmente, las islas pasan a ser partes de la tierra firme, y otras emergen como nuevas creaciones del agrado del agua sobrante. La vista proporciona una imagen excelente de las crecidas del Nilo, excepto que no hay ningún depósito de limo negro; o del diluvio de Noé, solo que hay frescura y novedad en estas porciones recuperadas de tierra, que dan la impresión de un mundo recién hecho más que de uno tan corrupto que necesitó una inundación para purificarlo. Estas islas recién nacidas son los puntos más verdes del paisaje, el primer resplandor del sol basta para cubrirlos de verdor.

¡Gracias, divina providencia, por la primavera! La tierra sería muy distinta a la que vemos, y el propio ser humano, por simpatía con su lugar de nacimiento, si la vida se afanara cansinamente en discurrir sin estas infusiones periódicas del espíritu primigenio.

¿Decaerá tanto el mundo alguna vez que la primavera no pueda renovar su verdor? ¿Puede el ser humano estar tan golpeado por la edad que ningún rayo de sol de su juventud lo visite una vez al año? Es imposible. El musgo roído por el tiempo de nuestra casa se ilumina de belleza; el bueno y viejo clérigo que una vez vivió aquí recobra su apogeo, recobra su juventud en la brisa afable de sus diecinueve primaveras. ¡Pobre del alma avejentada y agobiada, tanto en la juventud como en la madurez, si no sobrevive en ella el don de la energía primaveral! De un alma como esta, el mundo no ha de esperar que desaparezca su maldad ni que muestre simpatía hacia la noble fe y las peleas gallardas de aquellos que luchan por ella. El verano obra en el presente y no piensa en el futuro, el otoño es un conservador absoluto, el invierno ha perdido completamente la fe y se aferra, trémulo, al recuerdo de lo pasado, pero la primavera, con su torrente de vida, es la verdadera imagen del movimiento.

[8] Relato escrito en 1843, «Buds and bird voices» es uno de los que forman una de las antologías más exitosas del autor de Salem, *Musgos de una vieja rectoría* (1846).

FRANCIS PARKMAN
(1823-1893)

TRAVESÍA DE LAS MONTAÑAS[9]

Cuando dejé a Shaw en el campamento de La Bonte, prometí que nos encontraríamos en el fuerte Laramie el 1 de agosto. Ese día, según mis cálculos, estaba al caer. Ni en el mejor de los casos me era ya posible cumplir con el compromiso puntualmente, mi encuentro con él debería posponerse hasta muchos días después del señalado, pues los planes de los indígenas no habían coincidido demasiado con los míos. Ellos también intentaban atravesar las montañas y seguir hacia el fuerte, algo imposible desde ese lugar porque no había ningún paso y para encontrarlo estábamos obligados a desviarnos entre diecinueve y veintidós kilómetros hacia el sur. Ya muy entrada la tarde, los del campamento empezaron a moverse, retrocediendo en fila por el estrecho camino por el que habían llegado. Cabalgué con tres o cuatro jóvenes indígenas a mi espalda, mientras el resto de la compañía se extendía ante mí a la rubicunda luz del ocaso o a la sombra oscura de la montaña lejana.

Habían elegido un nefasto lugar para acampar. Cuando estuvieron allí justo un año antes, una partida de diez guerreros, conducidos por el hijo de Tornado,[10] había ido a luchar contra el enemigo y ninguno regresó. Esta era la causa inmediata de los conflictos bélicos del momento. No fue poco mi asombro cuando llegué al campamento entre la confusión de sonidos terribles en los que estaba inmerso: se oían los aullidos, chillidos y lamentos proferidos por las mujeres, muchas de las cuales, no contentas con esta exhibición de dolor por la pérdida de sus amigos y parientes, se cortaban profusamente las piernas con cuchillos. Un guerrero que

había perdido un hermano en la expedición eligió otro modo de mostrar su pena. Los nativos que, aunque a menudo voraces, son completamente ajenos a la avaricia, en tiempos de duelo o en otras ocasiones solemnes acostumbran a deshacerse de todas sus posesiones y se rebajan hasta la desnudez y la carencia. El guerrero en cuestión condujo sus dos mejores caballos al centro de la aldea y se los regaló a sus amigos. Las canciones y vítores para encomiar su generosidad se entremezclaron entonces con los llantos de las mujeres.

A la mañana siguiente, pues, entramos de nuevo en las montañas. Aunque estaban desoladas en grado sumo, convertidas en simples elevaciones de rocas negras y quebradas, sin árboles ni vegetación de ninguna clase, no había nada en su aspecto que fuera grandioso o pintoresco. Mientras atravesábamos el ancho valle, me di cuenta de que Raymond cabalgaba al lado de una joven nativa, a la que dirigía algunos cumplidos insinuantes. Todas las ancianas de la aldea observaban con gran asombro lo que hacía y la muchacha volvía la cabeza a un lado y reía. A la vieja mula debió de parecerle el momento ideal para practicar sus bromas despiadadas, y empezó a encabritarse y a saltar muy furiosa. Raymond era un jinete excelente, y al principio se mantuvo pegado a la silla, pero un instante después vi las patas traseras de la mula elevarse en el aire y la cabeza puntiaguda de mi desafortunado amigo casi entre sus orejas. Hubo un estallido de griterío y risas entre las mujeres, en el cual tomó parte su chica. De inmediato, Raymond se vio rodeado por tal lluvia de chascarrillos que se sintió feliz haciendo camino lejos de su audiencia.

No mucho después, mientras cabalgaba cerca de él, le oí gritarme y señalar hacia un lejano promontorio rocoso que se elevaba ante nosotros en medio del valle. Por detrás de él, salía una fila de alces que se dirigían a toda velocidad a un paso abierto al lado de la montaña. Apenas habían desaparecido los animales, cuando las cincuenta voces que me rodeaban empezaron a lanzar exclamaciones de sorpresa y admiración. Los jóvenes brincaron de sus caballos, arrojaron al suelo sus pesadas mantas de piel de búfalo, y corrieron deprisa hacia el pie de la montaña cercana. Reynal galopó en la misma dirección: «¡Vamos, vamos! —nos gritaba—. ¿Veis aquel grupo de carneros allá arriba? ¡Si hay uno, hay cientos!».

De hecho, cerca de la cima, pude apreciar un buen número de pequeños objetos blancos que se movían rápidamente hacia arriba entre los desfiladeros, mientras otros se colocaban en fila sobre el perfil rocoso. Ansioso por ver la caza, galopé hacia el paso y subí por los derrubios tan arriba como pudo mi yegua. Allí la até a un viejo pino solitario, abrasado por el sol. En ese momento, Raymond me gritó desde la derecha que había otro rebaño de carneros a nuestro alcance en su dirección. Subí corriendo a la parte más elevada del desfiladero, que ofrecía un panorama completo de la garganta rocosa a mis pies, y desde allí vi con claridad cincuenta o sesenta ovejas, casi a tiro de rifle, armando un gran estruendo entre las rocas y empeñándose, como de costumbre, en alcanzar el punto más elevado. Los nativos, desnudos, apretaron más sus filas para perseguirlas. Durante un instante, presas y cazadores desaparecieron. No podía verse ni oírse nada excepto el eco de un disparo, cada vez más lejano, resonando entre las rocas.

De vuelta pude ver, mientras descendía, el valle lleno de nativos que lo atravesaban rápidamente a caballo y a pie. Un poco más lejos, se detuvieron y prepararon el campamento levantando las tiendas. Bajé hasta ese lugar, y poco después llegaron Reynal y Raymond. Traían entre ambos un carnero que habían acosado con piedras hasta la muerte desde el borde del barranco por cuyo fondo intentaba huir. Los cazadores fueron abatiéndolos uno a uno, aunque el dinamismo de los carneros era tal que, aun con sesenta o sesenta hombres persiguiéndolos, no pudieron matar poco más que a una docena. Entre ellos solo había un macho adulto, con un par de cuernos de increíbles dimensiones, retorcidos como ramas. Yo los había visto en los cucharones de los nativos, cuyos largos mangos estaban formados por más de un cuarto de esos cuernos.

Hay algo particularmente interesante en el carácter y los hábitos de los carneros de montaña, cuyos refugios se hallan por encima de las zonas pobladas por la vegetación y las tormentas, y que saltan entre los escarpados precipicios de sus hogares aéreos tanto como los antílopes en las praderas del valle.

Toda la mañana siguiente seguimos avanzando entre los montes, y el día después las cumbres se acumularon a nuestro alrededor y el paso de las montañas se convirtió en algo serio. Antes de que el poblado dejará su lugar de acampada, me coloqué en cabeza con Pluma de Águila, un hombre robusto de rostro malvado y siniestro.

Su hijo, un muchacho de miembros ligeros, cabalgaba con nosotros, y otro nativo, al que llamaban Puma, también estaba en nuestro grupo. Con el poblado ya fuera de nuestra vista, subimos por un desfiladero rocoso. No obstante, después de un rato, Pluma de Águila descubrió en la distancia la presencia de caza y se llevó a su hijo en su persecución mientras yo continuaba con Puma. Era un simple *nom de guerre*, porque, como muchos nativos, ocultaba su nombre real por cierta idea supersticiosa. Era un tipo de aspecto noble. Su ornamentada manta de piel de búfalo caía en varios pliegues alrededor de su cintura y su figura, estática y elegante, se erguía completa, mientras se mantenía cómodamente sobre su caballo; parecía la viva imagen de un jinete de las praderas salvajes. No tenía los mismos rasgos que otros nativos. A menos que su rostro apuesto lo desmintiera en gran medida, estaba libre de la envidia, la desconfianza y la astucia maligna de su gente. Por lo general, el hombre blanco civilizado no puede descubrir sino unos pocos puntos de afinidad entre su naturaleza y la del indígena. Con cada deseo de hacer justicia a sus buenas cualidades, debe ser consciente de que un abismo insuperable se abre entre él y sus hermanos rojos de la pradera. No; tan ajenos a sí mismo deben parecerle que, después de haber respirado durante unos meses o semanas el aire de esta región, empieza a mirarlos como especies problemáticas y peligrosas de la fauna salvaje y, si conviene, les disparará con tan poco remordimiento como el que experimentan ellos cuando le hacen lo mismo. Pero en el semblante de Puma, yo leía, por fortuna, que compartíamos algunas afinidades. Éramos amigos excelentes, y mientras avanzábamos juntos a través de las travesías rocosas, las hondonadas profundas y los llanos inhóspitos, él se ocupaba con mucho celo de enseñarme la lengua de los dakota.

Al cabo de un rato llegamos a una concavidad herbosa donde crecían algunos arbustos de grosellas al pie de una roca, que tentaron de tal manera a mi compañero como para dar la orden de que nos detuviéramos un buen rato, tanto que, cuando nos pusimos de nuevo en marcha, teníamos a la vista la caravana del poblado. Vimos a una anciana que conducía su caballo de carga monte abajo entre las rocas. La siguieron un salvaje detrás de otro, y el lugar no tardó en estar abarrotado de gente.

La marcha de la mañana fue difícil de olvidar. Nos condujo a un yermo sublime, una zona salvaje de montañas y pinares que parecía

incubar un espíritu de soledad y silencio. Se diseminaba por los valles y revestía las montañas, desde las rocas negras que coronaban las cumbres hasta los arroyos impetuosos que circulaban por su base. Podría parecer que un paisaje así no causa un efecto reconfortante en la mente de un hombre enfermo —ese día, el malestar me asaltaba de nuevo—, en medio de una horda de salvajes, pero si quien esto lee ha vagado alguna vez, con el espíritu de un verdadero cazador, entre los bosques de Maine o en las soledades más pintorescas de los montes Adirondack, entenderá que los bosques sombríos y las montañas que me rodeaban despertaran en mí un sentimiento distinto de la tristeza. En verdad, concitaron recuerdos alegres de paisajes similares en una tierra lejana y muy distinta.

Tras haber avanzado unas horas por pasos angostos, y a menudo con obstáculos y dificultades, vi a una corta distancia a nuestra derecha un paso estrecho entre dos desfiladeros boscosos. Todo en su interior parecía oscuro y misterioso. Algo en mi estado de ánimo me impelía a entrar en él. Atravesando el espacio intermedio, guie a mi caballo por el portal de rocas y saqué instintivamente el rifle de su funda a la espera de que algún mal desconocido me acechara en aquel túnel lúgubre. El lugar estaba flanqueado por farallones elevados y tan oscurecido por una multitud de viejos pinos que, aunque el sol brillaba en la falda de la montaña, nada entraba en él excepto una débil luz. Tan lejos como me alcanzaba la vista, no pude ver ningún habitante excepto algunos halcones y lechuzas que, consternados por mi intrusión, desaparecían entre las ramas hirsutas con un ruido sordo. Avancé decidido a explorar el misterio del fondo y pronto me vi rodeado de pinos. El genio del lugar ejercía sobre mi mente una influencia peculiar. Estimuló mis sentidos de manera extraordinaria y, mientras repasaba hechos medio olvidados, las imágenes de gentes y cosas muy distantes surgieron ante mí con una nitidez sorprendente. En aquella naturaleza peligrosa, a mil doscientos kilómetros del vestigio más vago de civilización, los paisajes de otro hemisferio, sede de un refinamiento antiguo, pasaron ante mí, más como una sucesión de cuadros vivos que como simples ensueños de la imaginación. Vi la iglesia de San Pedro iluminada en el atardecer del día de Pascua, todo su conjunto majestuoso, desde la cruz a los cimientos, delineado con fuego y derramando un brillo similar al de la luz

serena de la luna sobre el mar de rostros vueltos hacia el cielo. Vi la cima del Etna elevándose sobre un manto de nubes negras, con una suave guirnalda de bruma blanca como la leche enroscada en ella contra el dulce cielo enrojecido por el atardecer siciliano. También vi los sombríos corredores abovedados y las estrechas celdas del convento de pasionistas donde me alojé una vez durante unos días con los monjes fanáticos, prisioneros pálidos y severos en su negra vestimenta, y la ventana enrejada desde la que podía contemplar, con una complacencia prohibida, el melancólico Coliseo y las ruinas decrépitas de la Ciudad Eterna. Los majestuosos glaciares del Splungen se alzaron también ante mí, resplandecientes bajo el sol como plata pulida, y las terribles soledades del lugar de nacimiento del Rin, donde emerge de los intestinos de sus montañas natales, con sus cascadas y espumas que van del abismo rocoso al pequeño valle de Andeer.

Estos recuerdos, y muchos otros, se amontonaron en mí hasta que recordé que era muy poco inteligente permanecer durante mucho tiempo en aquel lugar. Monté de nuevo y volví sobre mis pasos. Cuando salía de entre las rocas, vi a pocos pasos de mí a los hombres, mujeres y niños, perros y caballos, circulando todavía en fila a través de la estrecha cañada y el monte desnudo que se elevaba directamente sobre ellos. Cabalgué hasta la cima y, desde ese punto, pude mirar la procesión de salvajes que pasaba justo bajo mis pies, y lejos, a la izquierda, aprecié su línea delgada y rota, visible a intervalos, alargándose en la distancia entre las montañas durante kilómetros. En la cresta más lejana, los jinetes descendían como simples motas.

Permanecí en el monte hasta que todos hubieron pasado y, luego, descendí tras ellos. Un poco más adelante, al fondo de unas montañas empinadas, encontré un prado muy pequeño, donde había acampado el poblado. El lugar estaba abarrotado de huéspedes desorientados y desordenados. Algunos de los alojamientos ya estaban completamente dispuestos, con las nativas acaso ocupadas en decorar con pinturas las pesadas cubiertas de piel sobre postes desnudos. Otros eran aún meros esqueletos, y en otros casos los postes, cubiertas y todo lo demás se hallaban dispersos en completo desorden sobre el suelo, entre ropas de piel de búfalo, balas de comida, utensilios domésticos, arreos y armas. Las nativas se gritaban entre ellas, los caballos relinchaban y los

perros aullaban, deseosos de ser liberados de sus cargas, mientras que el aleteo de plumas y el brillo de los ornamentos bárbaros añadían vitalidad a la escena. Los niños corrían alrededor y entremedio de la gente, y algunos muchachos se peleaban en los salientes y miraban al gentío de abajo con los arcos en la mano. En contraste con la confusión general, un grupo de ancianos y guerreros se sentaba en el medio, fumando con profunda indiferencia y calma. El desorden al fin disminuyó. Se llevaron a los caballos para que se alimentaran en el valle colindante y el campamento adquirió un aire de reposo desganado.

Apenas pasado el mediodía, una extensa cubierta blanca de humo procedente del incendio de un bosque en el este colgó sobre el lugar y oscureció parcialmente el sol; aun así, el calor era casi insoportable. Las tiendas se levantaban muy juntas, sin orden alguno, en el escaso espacio. Cada una era una sauna perfecta en cuyo interior dormía el perezoso propietario. El campamento estaba tan silencioso como la muerte. Nada se removía, salvo de vez en cuando una anciana que iba de tienda en tienda. Las muchachas y los jóvenes estaban sentados en grupos bajo los pinos de los promontorios cercanos. Los perros jadeaban tumbados en el suelo, demasiado perezosos incluso para gruñir al hombre blanco. A la entrada del prado, surgía entre las rocas un frío torrente completamente ensombrecido por árboles altos y densa maleza. En este refugio frío y sombreado se habían reunido algunas muchachas, que, sentadas juntas sobre rocas o troncos caídos, comentaban el último cotilleo del poblado, o reían y arrojaban agua con las manos al intruso *meneaska*.[11]

Los minutos parecían horas. Me tumbé durante un buen rato bajo un árbol y estudié la lengua ogallalla[12] con las fervientes lecciones de mi amigo Puma. Cuando nos cansamos, fui a tumbarme al lado de una poza profunda y clara del arroyo. Un banco de pequeños peces del tamaño de un alfiler nadaba en ella compitiendo, en apariencia, de manera amigable, pero, al observarlos más de cerca, vi que estaban enfrascados en una lucha caníbal. De vez en cuando, uno de aquellos pequeños desaparecía de inmediato, víctima de las fauces de un cazador voraz. Sin embargo, a cada instante, el tirano de la charca, un monstruo de casi ocho centímetros, con ojos saltones y fijos, emergía entre el banco con aletas y cola temblorosas. Ante su presencia, los alevines

suspendían las hostilidades y se dispersaban con pánico por la llegada de aquella fuerza abrumadora.

«Los filántropos blandos de corazón —pensé— deberían suspirar hondo por su pacífico milenio, pues desde los pececillos a los hombres, la vida es una batalla incesante».

La noche se acercaba al fin, las altas cimas todavía estaban alegres y resplandecientes al sol, mientras que nuestra profunda cañada estaba completamente en sombras. Dejé el campo, y subí a un promontorio cercano, cuya cima rocosa dominaba una amplia vista de la naturaleza que nos rodeaba. El sol, que aún brillaba a través de los rectos pinos en la cresta de las montañas occidentales, se fue en un instante y, como el paisaje se oscurecía con rapidez, regresé al poblado. Mientras bajaba, el aullido de los lobos y el gruñido de los zorros llegó desde los umbríos bosques próximos y lejanos. El campamento resplandecía con una multitud de hogueras y se mostraba activo, con figuras morenas y desnudas, cuyas sombras alargadas sobrevolaban los peñascos colindantes.

Encontré el círculo de fumadores sentado en el suelo, en su lugar habitual, ante la tienda de cierto guerrero conocido por sus habilidades sociales. Me senté a compartir una pipa con mis amigos salvajes. Era 1 de agosto, el día en que había prometido encontrarme con Shaw en el fuerte Laramie. Estaba a menos de dos días de viaje y, como mi amigo no debía ponerse nervioso por mi culpa, decidí avanzar lo más rápido posible al lugar de encuentro. Fui a buscar a Tormenta de Granizo y, al encontrarlo, le regalé un puñado de campanillas para halcón y un sobre de bermellón a condición de que me guiara por la mañana a través de la garganta del Laramie.

Tormenta de Granizo exclamó un «¡Jau!» y aceptó el regalo. No dijimos nada más, el asunto estaba acordado, y me eché a dormir en la tienda de Kongra-Tonga.[13]

Mucho antes de que amaneciera, Raymond me sacudió un hombro.

—Está todo listo —dijo.

Salí de la tienda. La mañana era fría, húmeda y oscura, y todo el campamento parecía dormir. Tormenta de Granizo me esperaba a caballo delante de la tienda; mi yegua Pauline y la mula de Raymond estaban junto a él. Ensillamos e hicimos los preparativos para el viaje, pero, antes de acabar, el campamento comenzó a

desperezarse y las cubiertas revolotearon y crujieron cuando las nativas las recogieron para comenzar la marcha. Justo cuando la luz empezaba a asomar dejamos el lugar y ascendimos por un paso estrecho que llevaba, entre peñascos, al este del prado. Al llegar al final, me volví y me quedé mirando el campamento, apenas visible a la luz gris de la mañana, pero que cobraba vida con el ajetreo de los preparativos.

Me marché, algo renuente a abandonar al fin a mis socios salvajes. Giramos a la derecha y pasamos entre picos y pinos tan negros que por un momento apenas pudimos ver el camino. Ante nosotros, el paisaje era salvaje y quebrado, medio monte, medio llano, parcialmente abierto y parcialmente cubierto de pinares y robledales. Escollos de colinas suaves lo rodeaban, los bosques eran limpios y fríos en la mañana temprana, las cimas de las montañas estaban envueltas en niebla, y brumas perezosas se enredaban entre los bosques sobre sus laderas. Más lejos, el negro pico de la montaña más alta era coloreado de oro por el sol naciente. En ese momento, Tormenta de Granizo, que iba a la cabeza, lanzó una exclamación en voz baja. Cierto animal de gran tamaño saltó entre los arbustos, y un alce, creo, con sus cuernos retorcidos sobre el cuello, pasó como una exhalación a través del espacio abierto y se alejó entre los pinos colindantes brincando alocadamente. Raymond desmontó deprisa, pero, antes de que pudiera disparar, el animal estaba a doscientos metros de distancia. La bala dio en el blanco, pero demasiado abajo para tener consecuencias mortales. El alce, sin embargo, giró en su vuelo y corrió a toda velocidad entre los árboles, casi en ángulo recto respecto a su curso inicial. Disparé, y le di en el lomo, y aún siguió moviéndose, cojeando hacia una hondonada boscosa cercana, adonde le siguió el joven nativo y le dio muerte. Cuando llegamos al lugar descubrimos que no era un alce, sino un ciervo de cola negra, un animal dos veces mayor que un ciervo común, y bastante desconocido en el este. Empezamos a despedazarlo; el estruendo de los disparos había llegado a los nativos y, antes de que acabáramos la tarea, algunos llegaron al lugar. Le dejamos la piel a Tormenta de Granizo y cargamos con toda la carne que quisimos en nuestras sillas, abandonando el resto a los nativos antes de continuar camino.

Mientras tanto, el poblado ya estaba en marcha, y había avanzado tanto como era posible. Nosotros seguimos el itinerario de

tal manera que topamos con su avanzadilla en el punto más cercano. En poco tiempo, a través de los troncos oscuros de los pinos, pudimos ver pasar las figuras de los nativos. De nuevo estábamos entre ellos. Se movían con mayor precipitación de lo habitual, amontonados en un paso estrecho entre los peñascos y los viejos pinos. Nosotros estábamos en la falda este de la montaña, y pronto llegamos a un desfiladero escarpado y difícil, que discurría por un declive muy acusado. Todo el grupo fluyó hacia abajo y llenó el pasaje rocoso como una turbulenta corriente de montaña. Ante nosotros, la cordillera ardía desde semanas atrás. La vista estaba oscurecida por un extenso mar de humo opaco y bruma, en tanto los profundos desfiladeros soportaban en lo alto sus crestas de pinos asomando sus pesadas cabezas y los picos afilados y, por debajo, los bordes quebrados de las montañas se percibían débilmente como a través de un velo. El panorama era, en sí mismo, de lo más espectacular e imponente, pero el grupo de salvajes, los guerreros armados, los niños desnudos, las muchachas alegremente vestidas, que descendían impetuosamente desde las alturas, habría sido un tema admirable para un pintor, y solo la pluma de un Scott habría hecho justicia a su descripción.

Pasamos por un trecho quemado, con la tierra caliente bajo los cascos de los caballos, y entre las laderas llameantes de dos montañas. Tras largo rato llegamos a una zona más suave, donde encontramos una sucesión de pequeños valles regados por un arroyo, en cuyos márgenes crecían abundantes grosellas espinosas y comunes, que los niños y muchos de los hombres cogieron al pasar junto a ellas abandonando la fila. Más abajo, la vista cambió deprisa. Las montañas ardientes estaban a nuestra espalda y, a través de los valles abiertos al frente, podíamos ver extenderse praderas como océanos más allá de la vista.

Después de dejar atrás la línea de árboles que rodeaba el riachuelo, los nativos desfilaron sobre la planicie. Yo estaba sediento, y me arrodillé junto a la corriente para beber. Al montar de nuevo me olvidé, descuidado, mi rifle entre la hierba, pues andaba perdido en mis pensamientos. Cabalgué un trecho antes de descubrir su ausencia, pero, como podrá entender quien lea esto, no perdí tiempo en retroceder para recuperarlo. Dejando atrás la fila de nativos, vi pasar junto a mí a cada uno de los guerreros a medio galope hasta que, al fin, descubrí mi rifle en manos de uno de ellos,

quien, al acercarme para reclamarlo, me lo dio de inmediato. Al no tener nada más para devolverle el favor, tomé una de mis espuelas y se la di. Se quedó muy satisfecho, mirándola como algo especial, e inmediatamente me tendió uno de sus pies para que se la colocara. Tan pronto lo hice, la golpeó con fuerza contra el flanco de su caballo, que dio un brinco. El nativo se rio y golpeó aún más fuerte. El caballo se lanzó como una flecha entre los gritos y las risas de las nativas y los vítores de los hombres, que exclamaban «¡*Whastay*!» [¡Bien!] ante el potente efecto de mi regalo. Los nativos no usan silla ni nada en su lugar, solo un cordel de cuero atado al hocico del caballo. El animal era, desde luego, totalmente incontrolable, y se alejó a toda velocidad por la pradera hasta que él y su jinete desaparecieron detrás de un promontorio lejano. No volví a ver a aquel hombre, pero presumo que no le ocurrió nada malo. Un indio a caballo tiene más vidas que un gato.

El poblado acampó a un ritmo acelerado en una pradera chamuscada cerca del pie de las montañas. La cubierta de las tiendas se levantó a treinta centímetros o más del suelo para procurar que circulara algo de aire, y Reynal se dispuso a abandonar su atuendo de trampero de piel de venado para adoptar la escasa vestimenta del nativo. Así, elegantemente vestido, se tumbó en su tienda sobre una manta de búfalo y, de manera alternativa, maldijo el calor y fumó la pipa que compartíamos entre un selecto círculo de indios amigos y sus familias. Como fiesta de despedida, fue servido un cachorrito cocido, al cual se añadió, a modo de postre, un cuenco de madera con grosellas espinosas de las montañas.

—Mira hacia allí —dijo Reynal señalando la entrada de su tienda —. ¿Ves esa línea de montículos a unos veinticinco kilómetros? Bien, y ahora, ¿ves el más lejano, el que tiene una mancha blanca? ¿Crees que lo has visto antes?

—Me suena —dije yo—, es como el promontorio en el que acampamos cuando estuvimos en la garganta del Laramie hace seis u ocho semanas.

—Has acertado —dijo Reynal.

—Ve a por los animales, Raymond —dije—. Acamparemos allí esta noche y saldremos hacia el fuerte por la mañana.

La yegua y la mula estuvieron pronto ante la tienda. Las ensillamos y, mientras tanto, un grupo de indios se reunió a nuestro

alrededor. Las virtudes de Pauline, mi pequeña yegua, fuerte, veloz y dura, eran bien conocidas en el campamento, y varios de los visitantes estaban montados en buenos caballos que me ofrecieron como regalo. Decliné de inmediato, pues aceptarlos habría supuesto dejar a Pauline en sus bárbaras manos. Nos despedimos de Reynal, pero no de los indios, que estaban acostumbrados a prescindir de ceremonias tan superfluas.

Al dejar el campamento, cabalgamos directamente por la pradera hacia el promontorio de la ladera blanca, cuya pálida cresta se levantaba con suavidad como una nube contra el horizonte. Un indio cuyo nombre he olvidado, aunque la fealdad de su rostro y la horrenda anchura de su boca permanecen nítidamente en mi memoria, nos acompañaba. Los berrendos eran numerosos, pero no les prestamos atención. Cabalgamos en línea recta hacia nuestro destino por áridas planicies y estériles colinas hasta que, bien entrado el atardecer, medio consumidos por el calor, la sed y el cansancio, vimos un panorama que nos alegró: la larga hilera de árboles y la brecha profunda que señala la garganta del Laramie. A través de la extensión de viejos álamos desmoronados que rodean el arroyo, alcanzamos el otro lado.

Las ondas rápidas y espumosas estaban llenas de peces jugueteando y salpicando en las aguas someras. Cuando llegamos a la orilla, nuestros caballos estaban ansiosos por beber y nosotros, arrodillados en la arena, seguimos su ejemplo. No habíamos avanzado mucho cuando el paisaje se volvió familiar.

—Estamos cerca de casa, Raymond —dije.

Allí estaba el gran árbol bajo el que habíamos acampado hace tiempo, los riscos blancos que solían cobijar nuestra tienda cuando la levantábamos en el recodo del río, la pradera donde nuestros caballos habían pastado durante semanas, y un poco más lejos, el pueblo de perritos de la pradera donde había empleado muchas horas lánguidas persiguiendo a sus desafortunados habitantes.

—Nos va a pillar —dijo Raymond, volviendo su ancha y ausente cara hacia el cielo.

De hecho, el paisaje, los riscos y la pradera, el río y las arboledas estaban oscureciéndose deprisa. Grandes masas de nubes negras se formaron en el sur y los truenos rugieron de modo inquietante.

—Acamparemos aquí —dije, señalando una densa arboleda junto al río.

Raymond y yo nos dirigimos a ella, pero el nativo se detuvo y nos llamó encarecidamente. Cuando le preguntamos qué pasaba, dijo que los fantasmas de dos guerreros vivían entre esos árboles y que, si dormíamos allí, gritarían y nos lanzarían piedras durante toda la noche, y quizá nos robaran los caballos antes de que clareara el día. Pensamos en ello y, para levantarle el ánimo, dejamos atrás la guarida de aquellos extraordinarios fantasmas y seguimos hacia Chugwater, cabalgando a galope largo porque las grandes gotas comenzaban a estamparse contra el suelo. Pronto vimos las plántulas de álamos que crecían en el nacimiento del río. Saltamos al suelo, desensillamos, soltamos a los caballos y, cuchillo en mano, empezamos a cortar los arbustos para conseguir leños y ramas con los que construir un refugio bajo la lluvia. Derribando las plántulas más largas, apilamos los jóvenes tallos sobre el resto y conseguimos un tejado conveniente, pero nuestra labor fue inútil. La tormenta apenas nos tocó. A medio kilómetro a nuestra derecha, la lluvia caía como una catarata y los truenos rugían sobre la pradera como una batería de cañones mientras que nosotros, por fortuna, recibíamos solo unas pocas gotas pesadas de las faldas de las nubes viajeras. El tiempo clareó y el sol salió glorioso. Sentados bajo la cubierta frondosa, procedimos a repartir el sustancioso *wasna*[14] que Weah Washtay me había dado. El nativo había traído su pipa y una bolsa de *shongsasha*,[15] así que, antes de dormir, nos sentamos un rato a fumar. No obstante, antes de esto, nuestro amigo de la boca ancha había tomado la precaución de examinar cuidadosamente los alrededores. Nos informó de que ocho hombres —los contó con los dedos— habían acampado allí hacía poco: Bisonette, Paul Dorion, Antoine Le Rouge, Richardson y otros cuatro, cuyos nombres no conocía. Todo era rigurosamente cierto. Yo estaba muy lejos de adivinar qué instinto le había llevado a una conclusión tan precisa.

Todavía era de noche cuando desperté a Raymond. Decidido a llegar al fuerte antes que nosotros, el indígena ya se había marchado. Cabalgamos un rato a la zaga de él en completa oscuridad y, cuando el sol se levantó al fin, brillando como una ardiente bola de cobre, estábamos a unos dieciséis kilómetros del fuerte. Desde la quebrada cima de un risco arenoso elevado, pudimos ver al indio alzándose a poca distancia de nosotros como una mancha gris junto a un arroyo en medio de la desolación que lo

rodeaba. Detuve a mi caballo y me quedé un momento mirándolo. Me pareció el verdadero núcleo de la comodidad y la civilización. No tardamos en acercarnos, pues cabalgamos deprisa una gran parte del camino. El Laramie aún nos separaba de los muros amigables. Al entrar en el agua en el punto en que habíamos llegado a la orilla, algunos hombres aparecieron en la puerta de entrada. Tres de ellos vinieron a nuestro encuentro. En un instante reconocí a Shaw; Henry Chatillon le seguía, con su rostro masculino simple y franco, y Delorier iba el último con una gran sonrisa de bienvenida. El encuentro no era algo meramente protocolario para ninguno de nosotros. Por mi parte, el cambio era de lo más agradable: de una sociedad de salvajes y hombres poco mejores que salvajes a mis valientes e inteligentes compañeros y nuestro noble guía. Mi llegada fue igual de gratificante para Shaw, que había empezado a albergar desagradables suposiciones.

Bordeax me saludó cordialmente y gritó al cocinero. Este funcionario era una nueva adquisición que había llegado recientemente del fuerte Pierre en la caravana de comerciantes. Cualesquiera que fuesen las habilidades de que presumiera, no disponía de los mejores materiales para ejercitarlas. No obstante, me puso delante un desayuno a base de galletas, café y cerdo a la sal. Me pareció una nueva fase de la existencia estar sentado de nuevo en un banco, con un cuchillo y un tenedor, un plato y una taza, y algo parecido a una mesa ante mí. El café parecía delicioso y el pan, la novedad más bienvenida, pues durante tres semanas apenas había comido más que carne, en su mayor parte, sin sal. La comida tenía además el placer de la buena compañía, pues frente a mí se sentó Shaw en elegante bata. Si uno está ansioso por apreciar el valor de una compañía cordial, únicamente tiene que pasar unas pocas semanas solo con el pueblo Ogallalla. Y si puede añadir a su reclusión una debilitadora y, de alguna manera, crítica enfermedad, sus percepciones sobre el asunto se volverán aún más intensas.

Shaw llevaba dos semanas en el fuerte. Lo encontré acomodado en su viejo cuarto, un gran apartamento normalmente ocupado por el burgués ausente. En una esquina había un montón de suave y exuberante ropa de piel de búfalo, y allí me tumbé. Shaw me trajo tres libros.

—Aquí —dijo— tengo tus Shakespeare y Byron, y aquí el Antiguo Testamento, que contiene más poesía que los otros dos

juntos.

Cogí el peor de los tres, y durante la mayor parte del día yací sobre las pieles de búfalo, bastante entretenido con las creaciones de ese genio resplandeciente que no ha conseguido mayor triunfo que seducirnos para que olvidemos el penoso e inhumano carácter de su creador.

9 «Passage of the Mountains», colocado aquí como un relato, es el capítulo XIX de *The Oregon Trail* [El camino de Oregón], publicado por entregas entre 1847 y 1849, y como libro en este último año. Su autor era un historiador especialista en la colonización francesa e inglesa de América, más conocido a nivel popular por este clásico subtitulado «Escenas de la vida de la Pradera y las Montañas Rocosas», una descripción naturalista del paisaje americano y del rastro humano en él realizada tras su primer viaje hacia el Oeste desde su San Luis natal. El camino de Oregón que describe Parkman en este libro de viajes arrancaba en Independence, en la costa este, y a través de Kansas, Nebraska, Wyoming, Idaho y Oregón, terminaba en la capital de este último estado, casi en la costa del Pacífico. En todo este relato y en los que lo siguen, hemos traducido *indian* y *race* como *indígena* o *nativo* y *etnia* de manera «muy» intencionada —al igual que *man* y *men*, según el contexto, aparecen como *ser humano*—, aun a sabiendas de que estos términos, en el contexto histórico de los relatos elegidos, resultan extemporáneos.

10 Podría referirse a un jefe de los sioux de Dakota así denominado, Whirlwind, que vivió entre 1823 y 1891. En cualquier caso, el apodo es bastante común en los pueblos nativos de las praderas y es difícil localizar a cuál de todos ellos puede referirse.

11 Término utilizado por los sioux lakota, asentados en los márgenes septentrionales del río Misuri, para referirse al hombre blanco.

12 La nación Ogallalla u Oglala es uno de los siete agrupamientos de los sioux lakota.

13 Famoso guerrero sioux que, en otro lugar del libro, le cuenta a Parkman que ha matado a catorce hombres en una batalla.

14 Carne seca de bisonte, alce o ciervo, picada y mezclada con ciruelas, típica de los sioux lakota.

15 Una clase de tabaco hecha con la corteza de sauce rojo, a veces mezclado con hojas de tabaco indio.

HENRY DAVID THOREAU
(1817-1862)

CAMINAR[16]

Quisiera hablar en favor de la Naturaleza, la libertad absoluta y el estado salvaje en contraposición a la libertad y cultura meramente civiles; considerar al ser humano como habitante, o como parte esencial de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad. Quisiera hacer una declaración radical, si se me permite, y será enfática, pues ya hay suficientes defensores de la civilización: el clérigo y el consejo escolar y cada uno de ustedes se encargan de ello.

A lo largo de mi vida no he encontrado más que una o dos personas que entendieran el arte de Caminar, esto es, de dar paseos; que tuviera el don, por así decirlo, de *sauntering* [deambular], palabra que deriva, de manera hermosa, «de la gente que vagaba por el campo durante la Edad Media, pidiendo limosna bajo el pretexto de ir *à la Sainte Terre*», a Tierra Santa, hasta que los niños terminaron por exclamar: «Ahí va un *sainte-terrer*», un *saunterer*, un peregrino. Aquellos que, aunque lo aparenten, nunca se dirigen a Tierra Santa en su deambular son simples, en efecto, vagos y vagabundos, pero aquellos que sí lo hacen son *saunterers* en el buen sentido, el que yo le doy. Sin embargo, hay quienes derivan el término de *sans terre*, «sin patria u hogar», lo que pretende señalar, en el buen sentido, que no se posee un hogar concreto, sino que uno se siente en casa en todas partes por igual. Porque este es el secreto de deambular con éxito. Aquel que se queda quieto en casa todo el tiempo puede que sea el mayor de los errantes, pero el paseante, en el recto sentido, es más errante que el río sinuoso que busca sin cesar, con afán, el camino más corto al mar. Pero yo prefiero la

primera etimología, que es, en efecto, la más probable. Porque cada paseo es una especie de cruzada, predicada en nuestro interior por algún Pedro el Ermitaño para que nos pongamos en marcha y reconquistemos esta Tierra Santa de las manos de los infieles.

Hoy en día la verdad es que no somos sino cruzados pusilánimes, incluso los caminantes, que acometen sin perseverancia empresas interminables. Nuestras expediciones no son sino viajes, y regresamos de nuevo al atardecer al viejo hogar del que salimos. La mitad del camino no es más que retroceder sobre nuestros pasos. Deberíamos, quizá, avanzar por el más corto de los senderos con el espíritu de la aventura imperecedera y no volver nunca, preparados para enviar de vuelta nuestros corazones embalsamados tan solo como reliquias de nuestros reinos desolados. Si estás dispuesto a dejar a tu padre y madre, hermano y hermana, a tu mujer, hijo y amigos, y no verlos nunca más; si has pagado tus deudas, hecho testamento, arreglado tus asuntos y eres libre, entonces estás preparado para caminar.

En lo que se refiere a mi experiencia, mi compañero y yo, porque a veces tengo un compañero, encontramos placer en imaginarnos como caballeros de un nuevo o, mejor, un viejo orden: no de jinetes o caballeros, ni de hidalgos o señores, sino de caminantes, una clase, espero, aún más antigua y honorable. El espíritu caballeresco y heroico, que antaño perteneció al jinete, parece residir ahora no en el caballero, sino en el que camina errante, o acaso haya descendido sobre él, que es parte de un estado, además de la iglesia, la nobleza y el pueblo.

Hemos notado que, en los alrededores, somos casi los únicos en practicar este noble arte, aunque, para ser francos, al menos si se da crédito a sus afirmaciones, a la mayoría de mis conciudadanos le gustaría caminar de vez en cuando, como hago yo, pero no pueden. Ninguna riqueza puede comprar el necesario ocio, la libertad y la independencia capitales en esta profesión. Solo se consiguen por gracia divina: convertirse en caminante requiere una dispensa directa del cielo. Has debido nacer en la familia de los caminantes: *Ambulator nascitur, non fit.*[17] Algunos de mis paisanos, es cierto, pueden recordar y me han descrito algunos paseos que dieron hace diez años, en los que se sintieron tan bienaventurados como para perderse durante media hora en los bosques, pero sé muy bien que, cualesquiera que sean sus pretensiones de pertenecer a esta clase

selecta, desde entonces se han limitado a ir por la carretera. Sin duda, se sintieron exaltados durante un momento por el recuerdo de un estado previo de existencia, en el que incluso habían sido habitantes proscritos de los bosques.

Al llegar al verde bosque
una alegre mañana,
escuchó las pequeñas notas
del canto alegre de las aves.

«Hace mucho, dijo Robyn,
que no vengo por aquí;
presto a disparar
al viejo ciervo».[18]

Creo que no puedo mantener la salud y el ánimo si no paso al menos dos horas al día —y normalmente es más que eso— deambulando por los bosques y en los montes y campos, totalmente liberado de todos los compromisos mundanos. Pueden ofrecerme, prudentemente, un penique por mis pensamientos o un millar de libras. Cuando a veces recuerdo que los artesanos y comerciantes permanecen en sus tiendas no solo toda la mañana, sino también la tarde entera, muchos de ellos sentados con las piernas cruzadas, como si hubieran sido hechas para sentarse y no para estar de pie y caminar, pienso que merecen nuestra admiración por no haberse suicidado hace tiempo.

Yo, que no puedo quedarme en mi cuarto ni un solo día sin desarrollar algo de moho y cuando, en ocasiones, he robado tiempo para pasear a última hora, a las cuatro, demasiado tarde para salvar el día, cuando las sombras de la noche ya comienzan a mezclarse con la luz diurna, me he sentido como si hubiera cometido un pecado que debo expiar y confieso que me asombra la capacidad de resistencia, por no hablar de la insensibilidad moral, de mis vecinos, quienes se confinan en sus tiendas y oficinas todo el día durante semanas y meses, sí, casi durante años. No sé de qué materia están hechos, sentados allí ahora, a las tres de la tarde, como si fueran las tres de la mañana. Bonaparte puede afirmar que las tres de la madrugada es la hora de los valientes, pero no es nada comparado con el coraje que ha de tener quien se sienta alegremente a esa hora

de la tarde para rendir por hambre la guarnición a la que está unido por tan estrechos lazos de simpatía. Me asombra que, hacia esa hora, digamos entre las cuatro y las cinco, demasiado tarde para los periódicos matutinos y demasiado pronto para los vespertinos, no se oiga en toda la calle una explosión general que esparza una legión de ideas y chifladuras, anticuadas y consabidas, a los cuatro vientos para que se aireen y se curen así de su mal.

No sé cómo lo aguantan las mujeres, que están confinadas en casa aún más que los hombres, pero tengo razones para sospechar que la mayoría no lo *aguanta* en absoluto. Cuando, a primera hora de una tarde de verano, nos hemos sacudido el polvo de la ciudad de los faldones de nuestra vestimenta y pasamos deprisa ante esas mansiones con fachadas puramente dóricas o góticas, que tienen como un aire de descanso, mi compañero susurra que probablemente a esa hora todos sus habitantes ya se habrán acostado. Es entonces cuando aprecio la belleza y la gloria de la arquitectura, que nunca se recoge, sino que siempre permanece erguida, velando a los que dormitan.

No hay duda de que el temperamento y sobre todo la edad tienen mucho que ver con esto. A medida que nos hacemos viejos crece nuestra capacidad para permanecer quietos y practicar actividades caseras. Nuestros hábitos se vuelven vespertinos cuando el ocaso de la vida se acerca, hasta que al final solo nos ponemos en marcha antes de la puesta de sol y caminamos lo que requerimos en media hora.

Pero el caminar del que yo hablo no tiene nada que ver con hacer ejercicio, como suele decirse, del mismo modo que el enfermo se toma el remedio a las horas prescritas o se levantan unas pesas o se balancea un columpio, sino que es, en sí mismo, la empresa y la aventura del día. Si quieren hacer ejercicio, vayan a buscar las fuentes de la vida. ¡Piensen en aquel que levanta pesas por su salud mientras esos manantiales, a los que no se le ocurre acercarse, bullen en praderas lejanas!

Más aún: deben caminar como el camello, del que se dice que es el único animal que rumia mientras camina. Cuando un viajero le pidió a una criada de Wordsworth que le enseñara el despacho de su señor, ella respondió: «Esta es su biblioteca, pero su despacho está al aire libre».

Pasar mucho tiempo al aire libre, al sol y al viento, producirá,

sin duda, cierta dureza de carácter, una gruesa capa sobre las cualidades más delicadas de nuestra naturaleza, así el rostro y las manos, igual que el trabajo manual severo, que les roba algo de su tacto delicado. Por otro lado, quedarse en casa puede producir cierta suavidad y finura, por no decir debilidad, en la piel, acompañadas por un aumento de la sensibilidad a ciertas impresiones. Tal vez seríamos más sensibles a ciertas influencias relevantes para nuestro crecimiento intelectual y moral si el sol hubiera brillado y el viento soplado sobre nosotros un poco menos, y no hay duda de que es un asunto interesante calibrar la proporción correcta entre piel gruesa y fina. Sin embargo, creo que se trata de una costra que caerá deprisa, que el remedio natural ha de hallarse en la proporción de día que hay en la noche, de invierno en el verano, de experiencia en el pensamiento. Habrá mucho más aire y sol en nuestras ideas. Las manos callosas del trabajador están más versadas en los finos tejidos del respeto a uno mismo y del heroísmo, cuya caricia conmueve el corazón, que los dedos lánguidos de la ociosidad. Que solo el sentimentalismo se pasa el día en el lecho y se cree blanco, alejado del bronceado y las callosidades de la experiencia.

Cuando caminamos, vamos, naturalmente, a los campos y bosques: ¿qué sería de nosotros si paseáramos solo por un jardín o una avenida? Incluso algunas sectas filosóficas sintieron la necesidad de llevar el bosque hasta ellos, puesto que ellos no iban al bosque. «Plantaron arboledas y senderos de plátanos», donde daban *subdiales ambulationes*[19] en pórticos descubiertos. Por supuesto, no sirve de nada dirigir nuestros pasos a los bosques si no nos llevan allí. Me preocupo cuando he caminado un kilómetro en el bosque sin que mi espíritu esté allí. En mi paseo vespertino me gustaría olvidarme de mis tareas matutinas y de mis obligaciones sociales. Pero sucede algunas veces que no soy capaz de desprenderme fácilmente de la ciudad. La idea de alguna tarea corre por mi cabeza y no estoy donde está mi cuerpo, sino fuera de mí. En mis paseos deseo recuperar mis sentidos. ¿Qué hago en el bosque si estoy pensando en algo que no sea el bosque? Sospecho de mí mismo y no puedo evitar estremecerme cuando me sorprendo tan implicado, incluso en lo que denominan buenas obras, pues a veces esto también sucede.

Los alrededores ofrecen gran variedad de buenos paseos, y

aunque a lo largo de muchos años he caminado casi cada día, y a veces durante varios días, todavía no los he agotado. Una vista completamente nueva me causa una gran felicidad y aún puedo tener esto cada tarde. Caminar dos o tres horas me llevará a un paisaje desconocido que nunca esperé ver. Una granja solitaria que no haya visto antes es a veces tan buena como las tierras del rey de Dahomey. De hecho, se puede descubrir cierta armonía entre las cualidades del paisaje en un radio de quince kilómetros a la redonda —los límites de un paseo vespertino— y los setenta u ochenta años que dura la vida humana.[20] Nunca se volverá demasiado familiar.

Hoy en día casi todas las mejoras humanas así llamadas, como la construcción de casas y la tala del bosque y de todos los árboles grandes, simplemente deforman el paisaje y lo domestican y vulgarizan cada vez más. ¡Si la gente empezara a quemar vallas y dejara en paz el bosque! He visto cercados medio consumidos, sus restos perdidos en medio de la pradera, y un pobre mundano al cuidado de sus lindes con la mirada de un agrimensor mientras el Cielo se manifestaba a su alrededor y él no veía a los ángeles ir y venir, sino el hoyo de un viejo poste en medio del paraíso. Miré de nuevo y lo vi parado en medio de un tenebroso pantano estigio, rodeado de demonios. Había encontrado, sin duda, su linde: tres piedrecitas donde hubo una estaca. Al mirarlo, vi que el agrimensor era el Príncipe de las Tinieblas.

Puedo caminar fácilmente diez, quince, veinte, cuantos kilómetros sean, desde mi propia puerta sin pasar por delante de ninguna casa, sin tener que cruzar un camino excepto donde lo hacen el zorro y el visón: primero a lo largo del río, luego el arroyo, y después la pradera y el lindero del bosque. En los alrededores hay kilómetros cuadrados sin habitantes. Desde más de una colina puedo ver a lo lejos la civilización y las viviendas humanas. Los granjeros y sus trabajos son apenas más obvios que las marmotas y sus madrigueras. Me complace ver qué poco ocupan en el paisaje el hombre y sus asuntos: la iglesia, el estado y la escuela, los oficios y el comercio, las manufacturas y la agricultura, incluso la política, el más alarmante de todos ellos, no es sino un campo estrecho, y la carretera que conduce a él todavía más estrecha. A veces dirijo al viajero hacia allí. Si quieres ir al mundo de los políticos, sigue la carretera grande y a ese comerciante, traga el polvo que levanta y

te llevará directo allí; porque también tiene su sitio, no ocupa todo el espacio. Yo paso por delante de él como por un campo de judías en el bosque, y lo olvido. En media hora puedo llegar a cualquier zona de la superficie terrestre donde el hombre no permanezca año tras año y allí, por tanto, la política no existe, porque es poco más que el humo de un cigarro.

La villa, el pueblo, es el lugar al que conducen las carreteras, una especie de expansión del camino, como un lago es a un río. Es el cuerpo del que las carreteras son brazos y piernas, un cruce de caminos, lugar de paso y fonda de viajeros. La palabra procede del latín *villa*, que junto con *via*, «camino», o las más antiguas *ved* y *vella*, Varrón deriva de *veho*, «llevar», porque la villa es el lugar del que parten y al que llegan las mercancías. Aquellos que se ganaban la vida en el transporte se denominaban *vellaturam facere*. La misma procedencia tiene la palabra latina *vilis*, nuestras *vil* y *villano*, lo que sugiere la clase de degeneración con la que se relaciona a sus habitantes, mareados por las rutas que discurren a través y junto a ellos, sin ni siquiera tomarlas.

Algunos no caminan nunca, otros lo hacen por senderos, pocos cruzan las fincas. Las carreteras son para los caballos y los hombres de negocios. No viajo mucho por ellas, en comparación, porque no tengo prisa por llegar a ninguna de las ventas, colmados, establos de paso o almacenes a los que estas se dirigen. Soy una buena montura para viajar por carretera. El pintor de paisajes utiliza figuras humanas para señalar un camino. No podrá darle a mi figura ese uso. Yo me adentro en la naturaleza como lo hicieron los antiguos profetas y poetas, Manu, Moisés, Homero, Chaucer. Podéis llamarla América, pero no lo es: ni Américo Vespucio ni Colón ni el resto la descubrieron. Hay más verdad sobre lo que yo he aprendido de la mitología que en ninguna de las denominadas historias de América.

No obstante, hay unos pocos caminos antiguos que se pueden recorrer con provecho, como si condujeran a alguna parte ahora que están cortados. Así el camino viejo de Marlborough, que ya no conduce allí, creo, a menos que sea a Marlborough donde lleva. Soy reacio a mencionarlo aquí porque supongo que hay uno o dos caminos como este en cada ciudad.

EL CAMINO VIEJO DE MARLBOROUGH

Donde una vez cavaron por riquezas
que nunca encontraron;
donde huestes marciales
desfilaron a veces,
y Elijah Wood,
me temo que, en vano,
no queda nadie
salvo Elisha Dugan,
viejo de hábitos salvajes,
perdices y conejos,
que no tiene prisa,
solo atiende sus trampas,
que vive solo
cerca de lo importante;
donde la vida es muy dulce
y la comida constante.
Cuando la primavera remueve mi sangre
con el impulso del viaje,
tengo grava suficiente
en el camino viejo de Marlborough.
Nadie lo repara,
pues a ninguno lleva;
es un camino vivo,
como dicen los cristianos.
No hay muchos
que se adentren en él,
solo los huéspedes de
Quin el irlandés.
¿Qué es, qué es
sino una dirección
y la mera posibilidad
de ir a algún lugar?
Grandes hitos de piedra
pero ningún viajero;
cenotafios de ciudades
con su nombre tallado.
Merece la pena ir a ver
donde el tuyo podría estar.

Qué rey
los hizo,
aún me lo pregunto;
cómo y dónde se irguieron
y por qué hombres honorables:
¿Gourgas o Lee,
Clark o Darby?
Son grandes empecinados
por lo imperecedero.
Losas de piedra vacías
donde el viajero puede quejarse
y, en una sola frase,
grabar todo lo aprendido
para que otro lo lea
si lo necesita.
Conozco una o dos
líneas apropiadas,
literatura que debe erguirse
por toda la tierra,
que un hombre recordará
hasta el próximo diciembre,
y volverá a leer en primavera
después del deshielo.
Si con la fantasía desbocada
dejas el hogar,
puedes dar la vuelta al mundo
por el camino viejo de Marlborough.

Hoy en día, en esta zona, la mejor tierra no es propiedad privada: el paisaje no tiene dueño y el caminante disfruta de libertad relativa. Pero es probable que llegue el día en que pueda ser dividido en «fincas de recreo», así las llaman, en las que solo unos pocos obtendrán un placer reducido y exclusivo; entonces se multiplicarán los cercados y los cepos y otros ingenios inventados para abocar al ser humano al camino público, y caminar por la superficie de la tierra de Dios se considerará un intento de allanar las propiedades de algunos caballeros. Disfrutar de algo en exclusiva es, normalmente, excluirse de su auténtico disfrute. Dejemos, pues, que se multipliquen nuestras posibilidades antes de que vengan días

malos.

¿Por qué se vuelve a veces tan difícil decidir hacia dónde caminaremos? Creo que interviene el sutil magnetismo de la Naturaleza, el cual, si nos rendimos a él, inconscientemente nos dirigirá bien. No nos es indiferente el camino a seguir. Hay uno correcto, pero somos muy propensos, por descuido y estupidez, a tomar el equivocado. Nos gustaría elegir ese camino por el que nunca hemos ido en este mundo, que simboliza a la perfección el sendero por el que querríamos viajar al interior del mundo ideal, y a veces, sin duda, es difícil elegir la dirección porque no existe de manera clara en nuestra mente.

Cuando salgo de casa a caminar, sin saber aún adónde dirigiré mis pasos, y dejo que el instinto decida por mí, me doy cuenta, por raro y extravagante que pueda parecer, que al final me encamino inevitablemente hacia el suroeste, hacia un bosque concreto o pradera o pasto o monte en esa dirección. Mi brújula tarda en ajustarse, oscila en pocos grados y no siempre apunta hacia el suroeste, es cierto, y tiene buenas razones para ese cambio, pero siempre se detiene entre el oeste y el suroeste. El futuro me muestra ese camino y la tierra parece menos agotada y más rica por ese lado. El perfil que delimitaría mis paseos sería, no un círculo sino una parábola, o mejor una de esas órbitas de cometa que han sido pensadas como curvas sin retorno, en este caso abierta hacia el oeste, en la cual mi casa ocupa el lugar del sol. Giro y giro sin cesar, a veces durante un cuarto de hora hasta que decido, por milésima vez, que iré hacia el suroeste o el oeste. Al este solo voy por obligación; al oeste voy libremente. Ningún asunto me lleva allí. Me es difícil creer que encontraré paisajes hermosos o naturaleza agreste y libertad suficiente en el horizonte oriental. No me emociona la idea de caminar hacia él, pero creo que el bosque que veo en el oeste se alarga sin interrupción hacia el sol poniente y que no hay ciudades ni villas lo suficientemente grandes para molestarme. Dejadme vivir donde quiera, aquí está la ciudad, allí, la espesura; abandono cada vez más la ciudad y me dirijo a la espesura. No insistiría tanto en este hecho si no creyera que algo así es la tendencia predominante entre mis compatriotas. Debo caminar hacia Oregón y no hacia Europa. El país se mueve hacia allí y debo decir que la humanidad progresa de este a oeste. Hace pocos años presenciamos el fenómeno de una migración hacia el sureste, la

colonización de Australia, pero esto nos parece un movimiento retrógrado y, a juzgar por el carácter físico y moral de la primera generación de australianos, no ha demostrado ser un experimento exitoso. Los tártaros orientales creen que no hay nada al oeste más allá del Tíbet. «El mundo termina ahí —dicen—, más allá solo existe un océano sin orillas. Habitan un oriente sin remedio».

Viajamos hacia el este para comprender la historia y estudiar las obras de arte y de la literatura, rehaciendo los pasos del género humano; vamos hacia el oeste como hacia el futuro, con un espíritu de emprendimiento y aventura. El Atlántico es una corriente letea, en cuya travesía hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones. Si no tenemos éxito esta vez, habrá quizá otra oportunidad para los que quedan de llegar a las orillas de la Estigia por el Leteo del Pacífico, que es tres veces más ancho.

Ignoro cuán relevante es o hasta qué punto constituye un indicio de singularidad que un individuo coincida en sus paseos más nimios con el movimiento general del género humano, pero sé que algo parecido al instinto migratorio de aves y cuadrúpedos —que, en ocasiones, se sabe que afecta a las ardillas y las impele a un movimiento general y misterioso, por el cual se las ha visto, según dicen, cruzando los ríos más caudalosos, cada una en su rama, con la cola alzada cual vela, y formando puentes en los arroyos más estrechos con sus propios muertos— afecta a naciones y a individuos, tanto de forma perenne como ocasional, similar al furor del ganado doméstico en primavera, causado por una lombriz en sus rabos. No es que una bandada de gansos salvajes grazne sobre nuestra ciudad, pero hasta cierto punto trastorna el valor inmobiliario, y si yo fuera agente de la propiedad, probablemente tendría en cuenta semejante perturbación.

Cuando la gente ansía partir en peregrinación
y los palmeros parten en busca de costas extrañas.[21]

Cada atardecer que contemplo me inspira el deseo de partir hacia un oeste tan lejano y hermoso como ese en que se pone el sol. Parece emigrar hacia el oeste cada día y nos tienta a seguirlo. Es el Gran Pionero del Oeste al que siguen las naciones. Soñamos durante toda la noche con esas cadenas montañosas del horizonte, aunque

puede que solo sean espejismos, las últimas bañadas por sus rayos. La isla de Atlantis, y las islas y jardines de las Hespérides, una suerte de paraíso terrenal, parecen haber sido el Gran Oeste de los antiguos, envuelto en misterio y poesía. ¿Quién no ha visto en su imaginación, cuando mira al cielo crepuscular, los jardines de las Hespérides y el fundamento de todas esas fábulas?

Colón notó ese impulso hacia el oeste con más fuerza que nadie antes de él. Lo obedeció y halló el Nuevo Mundo para Castilla y León. El rebaño humano en aquellos días olió desde lejos las verdes praderas.

Y ya el sol desplegaba las colinas,
y ya a Poniente el mar iluminaba,
Irguióse al fin el rústico mancebo:
Mañana, a fresco pasto y bosque nuevo.[22]

¿En qué lugar de la tierra puede encontrarse un área de la misma extensión que aquella que ocupa el conjunto de nuestros estados, tan fértil, feraz y variada en sus productos y al mismo tiempo tan habitable para los europeos como esta? Michaux, que la conocía en parte, dijo que «las especies de árboles gigantes son mucho más numerosas en Norteamérica que en Europa; en los Estados Unidos hay más de ciento cuarenta especies que superan los nueve metros de altura; en Francia, solo hay treinta que alcancen esa medida». Botánicos posteriores confirmaron sus observaciones. Humboldt vino a América para descubrir la vegetación tropical de sus sueños juveniles y la contempló en su mayor perfección en los bosques primigenios del Amazonas, la jungla más gigantesca de la tierra, que él ha descrito de manera tan elocuente. El geógrafo Guyot, que era europeo, fue más lejos —más de lo que estoy dispuesto a seguirle—, aunque no cuando dice: «Como la planta para el animal, como el mundo vegetal para animal, así se hizo América para la gente del Viejo Mundo… Esta sigue su camino. Abandona las tierras montañosas de Asia y desciende, etapa tras etapa, hacia Europa. Cada uno de sus pasos significa una civilización superior a la precedente gracias al gran poder del desarrollo. Llegada al Atlántico, se detiene en la orilla de este océano desconocido, cuyos límites ignora, y vuelve sobre sus huellas por un instante». Cuando ha agotado el suelo fértil de Europa y se ha revigorizado, «entonces

vuelve a iniciar su atrevida carrera hacia occidente, como en las edades primigenias». Hasta aquí, Guyot.

De esta querencia por conocer la frontera del Atlántico surgió el comercio y las iniciativas de los tiempos modernos. El joven Michaux, en sus viajes al oeste de los Allegheny en 1802, dice que la pregunta común en los nuevos asentamientos del oeste era: «¿De qué parte del mundo viene usted? Como si estas regiones vastas y fértiles fueran por naturaleza el lugar de encuentro y patria común de todos los habitantes del globo».

Utilizando una expresión latina obsoleta, podría decir: *Ex oriente lux; ex occidente frux*: del oriente, la luz; de occidente, el fruto.

Sir Francis Head, viajero inglés y gobernador general de Canadá, nos cuenta que «en ambos hemisferios, norte y sur, del Nuevo Mundo, la Naturaleza no solo ha diseñado sus obras a gran escala, sino que ha pintado el cuadro completo con colores más brillantes y costosos que los que usó para dibujar y hermosear el Viejo Mundo… Los cielos de América parecen infinitamente más altos, más azules, el aire es más puro; el frío, más intenso, la luna parece más grande; las estrellas brillan más; el trueno es más potente, el relámpago más vívido; el viento, más fuerte; la lluvia, más copiosa; las montañas, más altas; los ríos, más largos; los bosques, mayores; las praderas, más extensas». Esta declaración servirá al menos para enfrentarla al recuento de Buffon[23] de esta parte del mundo y sus productos.

Hace mucho tiempo Linneo dijo: «*Nescio quae facies laeta, glabra plantis Americanis*» (Hay un no sé qué de alegre y suave en el aspecto de las plantas americanas). Y creo que en este país no hay, o como mucho solo unos pocos, *Africanae bestiae*, animales africanos, como los llamaban los romanos, y que por esto también es singularmente adecuada para la población humana. Nos han dicho que, a cinco kilómetros de Singapur, ciudad de las Indias Orientales, los tigres atacan anualmente a alguno de sus habitantes. En Norteamérica, el viajero puede descansar en los bosques por la noche sin miedo a las bestias salvajes.

Son testimonios alentadores. Si la luna parece más grande que en Europa, probablemente también el sol. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos y las estrellas más brillantes, confío en que simbolicen la altura a la que la filosofía, la poesía y la religión de sus habitantes podrá remontarse un día. Por fin, quizá, el cielo inmaterial le parecerá mucho más elevado a la mentalidad

americana y los indicios que lo iluminan más resplandecientes. Pues creo que el clima tiene ese efecto en el hombre, pues hay algo en el aire de la montaña que alimenta el espíritu y es inspirador. ¿No alcanzará el hombre una perfección intelectual mayor, al igual que física, bajo estas influencias? ¿O no importa cuántos días brumosos haya en su vida? Confío en que seamos más creativos, que nuestros pensamientos sean más claros, más puros y más etéreos, así como nuestro cielo; nuestro entendimiento más comprensivo y amplio, como nuestras praderas; nuestro intelecto, en general, de una escala mayor, como nuestros rayos y truenos, nuestros ríos, montañas y bosques, y que nuestros corazones correspondan en amplitud, profundidad y grandeza a nuestros mares interiores. Tal vez perciba el viajero un no sé qué de *laeta* y *glabra*, de alegría y serenidad, en nuestros rostros. ¿Con qué otro objeto avanza el mundo y fue América descubierta?

A los americanos apenas necesito explicarles que «hacia el oeste, la estrella del imperio elige su camino».[24]

Como buen patriota que soy, debería avergonzarme pensar que, en el paraíso, Adán estaba mejor situado en general que un rústico de este país.

En Massachusetts, nuestras simpatías no se reducen a Nueva Inglaterra; aunque podamos estar distanciados del sur, simpatizamos con el oeste. Allí está el hogar de los más jóvenes, como entre los escandinavos, que se hicieron a la mar en busca de su herencia. Es demasiado tarde para estudiar hebreo, es mucho más importante entender la jerga de hoy en día.

Hace unos meses fui a contemplar una vista del Rin. Era como un sueño de la Edad Media. Viajé sobre esta corriente histórica, en algo más que la imaginación, bajo puentes construidos por los romanos y reparados por héroes posteriores, por ciudades del pasado y castillos cuyos mismos nombres fueron música para mis oídos y, cada uno, tema de una leyenda. Allí estaban Ehrenbreitstein, Rolandseck y Coblenza, que yo conocía solo por la historia. Había ruinas que fueron lo que más me interesó. Una música callada parecía surgir de las aguas y de los montes y valles plagados de viñedos, como si fueran cruzados que parten hacia Tierra Santa. Viajé como bajo un hechizo, como si hubiera sido transportado a una edad heroica y respirara una atmósfera caballeresca.

Poco después, fui a ver el panorama del Misisipi, y mientras me esforzaba caminando río arriba a la luz del día, vi a los vapores cargar madera, conté las ciudades emergentes, vislumbré las ruinas recientes de Nauvoo, contemplé a los indígenas, que se movían hacia el oeste a través de la corriente; y, como había hecho con el Mosela, observé el Ohio y el Misuri, y al escuchar las leyendas de Dubuque y del desfiladero de Wenona —aun pensando más en el futuro que en el pasado o presente—, advertí que esta era una corriente como la del Rin, pero de un tipo diferente, que aún no se habían levantado los cimientos de los castillos ni se habían tendido los puentes famosos sobre el río, y sentí que *esta era la genuina edad heroica,* aunque no la reconozcamos porque el héroe es normalmente el más sencillo y oscuro de los hombres.

El Oeste que menciono no es sino otro nombre de lo salvaje, y lo que he estado queriendo decir es que la naturaleza es la preservación del mundo. Cada árbol envía sus fibras a la búsqueda de lo salvaje. Las ciudades lo importan a cualquier precio. Los hombres aran y navegan en él. De los bosques y la naturaleza agreste provienen los tónicos y las cortezas que dan vigor a la humanidad. Nuestros antepasados eran salvajes. La historia de Rómulo y Remo amamantados por una loba no es una fábula carente de sentido. Los fundadores de todos los Estados que han alcanzado la eminencia obtuvieron su alimento y vigor de una fuente salvaje similar. Los hijos del Imperio romano no fueron amamantados por el lobo y por eso fueron conquistados y desplazados por los hijos de los bosques del norte, que sí lo fueron.

Creo en la foresta, en el prado y en la noche donde crece el maíz. Necesitamos unas gotas de falso abeto o *arbor vitae* en nuestro té. Hay una diferencia entre comer y beber para fortalecerse que por simple glotonería. Los hotentotes devoran con fruición el tuétano crudo del kudú y otros antílopes por norma. Algunos de nuestros indígenas occidentales comen crudo el tuétano del reno, así como otras partes, incluidas las puntas de las cornamentas siempre que estén blandas. Y en esto, por cierto, tal vez se hayan anticipado a los chefs parisinos. Se comen lo que normalmente se usa para alimentar el fuego. Esto es probablemente mejor para sustentar al hombre que la carne de vacuno estabulado y la carne de cerdo del matadero. Dadme un lugar agreste cuya visión no pueda soportar ninguna civilización, como si viviéramos de devorar el tuétano

crudo de los kudús.

Existen ciertos lugares, bordeados por el esfuerzo del zorzal de bosque, a los que emigraría: tierras salvajes donde ningún colono se ha asentado, para las que, creo, ya estoy aclimatado.

Cumming, el cazador africano, nos cuenta que la piel del antílope eland, así como la de la mayoría de los antílopes recién abatidos, emite un perfume a árboles y a hierba de lo más delicioso. Me gustaría que todos los hombres se parecieran mucho más al antílope salvaje, tan integrado en la naturaleza que su cuerpo puede advertir de su presencia a nuestros sentidos de manera agradable y nos recuerda aquellos lugares de la naturaleza que más frecuenta. No pretendo ser satírico: incluso cuando el abrigo del trampero emite un olor a rata almizclera, es para mí un aroma más dulce del que exhala normalmente la vestimenta del mercader o del erudito. Cuando entro en sus roperos y toco sus trajes, no me recuerdan las planicies de hierba o las praderas floridas que han frecuentado, sino el polvo de los intercambios comerciales y bibliotecas.

Una piel bronceada es algo más que respetable y, quizá, el verde oliva sienta mejor que el blanco al hombre… que habita en los bosques. «¡El pálido hombre blanco!». No me asombra que los africanos lo compadecieran. El naturalista Darwin dijo: «Un blanco que se bañaba al lado de un tahitiano era como una planta descolorida por el arte del jardinero comparada con el hermoso verde oscuro que crece con fuerza en campo abierto».

Ben Jonson exclama: «¡Cuán cerca de lo bueno está lo bello!». De la misma manera, yo diría: ¡Cuán cerca de lo bueno está lo *salvaje*!

La vida estriba en lo salvaje. Lo más vivo es lo más salvaje. Aún no sometido al hombre, su presencia lo renueva. Alguien que prosiguiera incesantemente y nunca descansara de sus tareas, que creciera deprisa y le hiciera demandas incontables a la vida, siempre se encontraría en un nuevo país o naturaleza agreste, y rodeado por la médula de la vida. Treparía por las raíces postradas del bosque primigenio.

Ni la esperanza ni el futuro están para mí en el césped y en los campos de cultivo, tampoco en pueblos y ciudades, sino en los pantanos impenetrables y movedizos. Cuando con anterioridad he analizado mi predilección por alguna granja que me había planteado adquirir, he notado con frecuencia que solo me atraían unas pocas hectáreas de una ciénaga impenetrable e insondable: un

sumidero natural en uno de sus rincones. Esa era la joya que me deslumbraba. Mi subsistencia proviene más de los pantanos que rodean mi ciudad natal que de los jardines cultivados en la población. No hay parterres más espléndidos a mis ojos que los densos lechos de andrómedas (*Cassandra calyculata*) que cubren estos lugares delicados de la superficie terrestre. La botánica no puede ir más allá de decirme los nombres de los arbustos que crecen allí —arándano, andrómeda paniculata, laurel de oveja, azalea y rodora—, erguidos sobre el tembloroso musgo de turbera. A menudo pienso que me gustaría tener mi casa frente a esa masa de arbustos de un rojo mate, sin otros arriates ni lechos de flores, abetos trasplantados y boj podado, incluso sin senderos de grava; tener este lugar fértil bajo mis ventanas, no unas pocas carretillas llenas de suelo importado solo para cubrir la tierra sobrante de excavar la bodega. ¿Por qué no colocar mi casa, mi salón, detrás de este lugar, en vez de esa magra reunión de curiosidades, esa pobre apología de la naturaleza y el arte al que llamo jardín delantero? Cuesta mucho limpiarlo y adecentarlo cuando el carpintero y el albañil se han ido, aunque se hace tanto para el transeúnte como para el residente. Ni la valla delantera más elegante ha sido nunca un objeto de estudio grato para mí; los ornamentos más elaborados, coronados por bellotas, o lo que sea, pronto me cansan y repugnan. Adelanten pues sus umbrales al borde mismo del pantano (aunque puede que no sea el mejor lugar para mantener seco el sótano), y así los vecinos no tendrán acceso por ese lado. Los jardines delanteros no se han hecho para pasear, sino, en todo caso, para cruzarlos, y pueden entrar por la parte de atrás.

Sí, aunque me consideren malicioso, si me propusieran que viviera en la vecindad del jardín más bello que el arte humano pueda concebir, o si no, de un pantano sombrío, me decidiría sin duda por este último. ¡Qué vanos pues han sido sus esfuerzos en lo que a mí respecta, ciudadanos!

Mi espíritu se eleva de manera infalible en proporción a la monotonía del exterior. ¡Denme el océano, el desierto o la selva! En el desierto, el aire puro y la soledad compensan la falta de humedad y fertilidad. El viajero Burton dijo de él: «Tu *moral* mejora, te vuelves sincero y cordial, acogedor y resuelto… En el desierto, los licores espiritosos causan solo desagrado. Existe un placer entusiasta en la simple existencia animal». Aquellos que han viajado

durante mucho tiempo por las estepas de Tartaria dicen: «Al regresar a tierras cultivadas, la agitación, la perplejidad y el tumulto de la civilización nos agobiaban y ahogaban; parecía que nos faltaba el aire y nos sentíamos en todo momento como si fuéramos a morir de asfixia». Cuando quiero restablecerme, busco el bosque más oscuro, el más denso e interminable —y sombrío para el ciudadano— de los pantanos. Entro en una ciénaga como en un lugar sagrado, un sanctasanctórum. Ahí está la fuerza, la médula de la naturaleza. El bosque cubre el suelo virgen, y la tierra misma es buena para seres humanos y árboles. La salud de aquellos requiere tantas hectáreas de prado a la vista como montones de estiércol sus fincas. Allí está el sólido meollo del que se alimenta. Una ciudad no se salva más por las personas rectas que hay en ella que por los bosques y pantanos que la rodean. Un municipio donde un bosque primigenio se mece mientras otro bosque primigenio se descompone por debajo de aquel; un lugar tal es apto para cultivar no solo maíz y patatas, sino poetas y filósofos para tiempos venideros. En tierras así crecieron Homero, Confucio y los demás, y de naturaleza agreste como esa procede el reformista que se alimenta de langostas y miel silvestre.

La conservación de la fauna salvaje requiere generalmente la creación de un bosque para que viva en él o lo frecuente. Lo mismo sucede con el ser humano. Hace cien años se vendía en nuestras calles la corteza extraída de nuestros propios bosques. En la esencia de esos primitivos y robustos árboles había, a mi modo de ver, un principio curtidor que endurecía y consolidaba las fibras del pensamiento humano. Ay, me estremezco por estos tiempos, degenerados en comparación, en mi pueblo natal, cuando no puedes conseguir una carga de corteza de buen grosor, y ya no producimos betún ni trementina.

Las naciones civilizadas —Grecia, Roma, Inglaterra— han sido sustentadas por los bosques primigenios que antiguamente se pudrieron donde ellas se encuentran. Sobreviven mientras no se agote la tierra. ¡Ay, el cultivo humano! Poco se puede esperar de una nación cuando el suelo vegetal se ha agotado y se ve obligada a fabricar abono con los huesos de sus ancestros: el poeta solo subsiste allí con su grasa superflua y el filósofo se queda en los huesos.

Se dice que la tarea del americano es «trabajar la tierra virgen»,

y que «aquí la agricultura alcanza proporciones desconocidas en cualquier otro lugar». Creo que el agricultor desplaza al indígena porque este rescata la pradera y así se hace más fuerte y, en ciertos aspectos, más natural. El otro día estuve midiendo para un hombre una simple línea recta de 130 varas a través de un pantano a cuya entrada debieran de haber figurado las palabras que Dante lee en la entrada a las regiones infernales: «Abandonad toda esperanza quienes aquí entráis», que significa que no se podrá salir nunca. Allí, en su propiedad, vi a mi patrón con el agua al cuello y nadando por su vida, aunque aún era invierno. Tenía otro pantano similar que no pude medir en absoluto porque estaba completamente bajo el agua y, sin embargo, con respecto a un tercer pantano, que *medí* desde la distancia, me comentó, fiel a sus instintos, que no se desharía de él bajo ninguna circunstancia debido al fango que contenía. Y ese hombre pretende abrir una zanja que lo bordee por entero, lo que llevará cuarenta meses, y así rescatarlo por la magia de su pala. Lo menciono solo como ejemplo de una clase de hombre.

Las armas con que hemos ganado nuestras batallas más importantes, que deberían legarse de padres a hijos como reliquias familiares, no son la espada ni la lanza, sino la guadaña, el cortador de césped, la pala y la azada, oxidados por la sangre de muchos prados y tiznados por el polvo de la dura lucha en muchos campos. Los vientos mismos llevaron el maíz de los nativos a la pradera y señalaron el camino que ellos no tenían la habilidad de seguir. No poseían mejor herramienta para atrincherarse en la tierra que una concha de almeja. Pero el granjero va armado de pala y arado.

En literatura solo nos atrae lo salvaje. El aburrimiento es una denominación más de la domesticación. Lo que nos encanta es el pensamiento no civilizado y libre en *Hamlet*, la *Ilíada*, y en todas las escrituras y mitologías que no se enseñan en las escuelas. Así como el pato salvaje es más veloz y bello que el domesticado, así es el pensamiento salvaje, ánade azul que despliega sus alas sobre las marismas en el rocío matutino. Un libro verdaderamente bueno es algo tan natural, y tan inesperada e incompresiblemente bello y perfecto como una flor silvestre descubierta en las praderas del oeste o en las junglas del este. El genio es la luz que hace visible la oscuridad, como el relámpago, que quizá destruya el templo mismo de la sabiduría, y no una vela encendida en el hogar de la especie,

que empalidece ante la luz del simple día.

La literatura inglesa, desde los días de los juglares hasta los poetas de la región de los Lagos —Chaucer y Spenser, y Milton, e incluso Shakespeare, entre ellos— no respira bastante frescura y, en este sentido, una vena salvaje. Es una literatura esencialmente domesticada y civilizada, reflejo de Grecia y Roma. Su naturaleza agreste es un bosque verde; su salvaje, un Robin Hood. Hay bastante amor cordial a la Naturaleza, pero no mucha Naturaleza en sí misma. Sus crónicas nos informan de cuándo se extinguieron los animales salvajes, pero no de cuándo lo hicieron los salvajes que vivían en ella.

La ciencia de Humboldt es una cosa; la poesía, otra. El poeta de hoy, a pesar de todos los descubrimientos científicos y del conocimiento acumulado por la humanidad, no disfruta de ninguna ventaja sobre Homero.

¿Dónde está la literatura que dé expresión a la Naturaleza? Tendría que existir un poeta que pusiera vientos y ríos a su servicio, a hablar por él; que clavara las palabras a sus emociones primitivas, como los granjeros clavan estacas en primavera cuando la helada se ha levantado; y que siempre que las utilizara buscara su origen, trasplantándolas a la página con la tierra adherida a sus raíces; y que fueran tan auténticas, nuevas y naturales que parecieran abrirse como los brotes en la cercanía de la primavera, aunque estuvieran medio ahogadas entre dos hojas mohosas en una biblioteca; sí, para florecer allí y dar sus frutos cada año, de acuerdo con su especie, al lector fiel, en armonía con la naturaleza circundante.

No puedo citar ningún poeta conocido por mí que exprese adecuadamente este deseo de lo salvaje. Desde este punto de vista, la mejor poesía está domesticada. No sé dónde encontrar una literatura, antigua o moderna, un relato que me contente respecto a esa naturaleza con la que yo me relaciono. Percibirán que pido algo que ni la era augustea ni la isabelina, en resumen, ninguna *cultura* puede darme. La mitología se acercaría más que cualquier otra cosa. ¡Cuánto más fértilmente al menos se ha enraizado en la Naturaleza la mitología griega que la literatura inglesa! La mitología es la cosecha con la cual el Viejo Mundo se sostenía antes de que se agotara su tierra, antes de que la fantasía y la imaginación fueran afectadas por la plaga, y se sigue sosteniendo dondequiera su vigor prístino permanece inalterado. Todo el resto de las literaturas

sobreviven como el olmo que da sombra a nuestras casas, pero aquella es como el gran drago de las Islas Occidentales, tan viejo como la humanidad y, prospere o no, perdurará durante mucho tiempo, pues la podredumbre de otras literaturas abona la tierra en la que crece.

El oeste está preparado para añadir sus fábulas a las de Oriente. Los valles del Ganges, el Nilo y el Rin han dado su cosecha, queda por ver la que producirán los del Amazonas, la Plata, Orinoco, San Lorenzo y Misisipi. Tal vez cuando la libertad americana se haya convertido con el paso del tiempo en una ficción del pasado —como es, de alguna forma, una ficción del presente—, los poetas del mundo encontrarán inspiración en la mitología americana.

Ni siquiera los sueños más disparatados del salvaje son menos ciertos, aunque no sean aceptados por el sentido más común entre los ingleses y americanos de hoy en día. No toda verdad es aceptable para el sentido común. La Naturaleza tiene un lugar tanto para la clemátide silvestre como para la col. Algunas expresiones de la verdad son reminiscentes; otras simplemente *sensatas*, como suele decirse; otras, proféticas. Incluso algunos tipos de enfermedad pueden vaticinar formas de salud. El geólogo ha descubierto que las figuras de serpientes, grifos, dragones voladores y otros ornamentos extravagantes de la heráldica tienen su modelo en las formas de especímenes fósiles que se extinguieron antes de que el ser humano fuera creado, y de ahí que «indiquen un conocimiento escaso y velado de un estado previo de la existencia orgánica». Los hindúes soñaron que la tierra descansaba sobre un elefante, y el elefante sobre una tortuga, y la tortuga sobre una serpiente, y aunque pueda ser una coincidencia sin importancia, no está fuera de lugar señalar aquí que se ha descubierto recientemente en Asia un fósil de tortuga tan grande como para sostener un elefante. Confieso que soy parcial ante estas fantasías que trascienden el orden del tiempo y la evolución. Son creaciones sublimes del intelecto. A la perdiz le gustan los guisantes, pero no los que la acompañan en la cazuela.

En resumen, todas las cosas buenas son libres y salvajes. Hay algo en un compás musical, así se produzca por un instrumento o por la voz humana —por ejemplo, el sonido de un clarín en una noche de verano—, que me recuerda por su rebeldía a los gritos que emiten los animales en sus bosques nativos. Puedo entender mucho de su lado salvaje. Dadme salvajes como amigos y vecinos, no gente

domesticada. La naturaleza del salvaje no es sino un pálido símbolo de la terrible ferocidad con que se reúne la gente buena y los amantes.

Además, me encanta ver a los animales domésticos reafirmar sus derechos innatos, cualquier evidencia de que no han perdido por completo sus hábitos salvajes primigenios y su fuerza; como cuando la vaca de mi vecino sale a los pastos al inicio de la primavera y nada con valentía en el río, una corriente fría y gris, de diecisiete o veinticinco metros de anchura, crecida por el deshielo. Es el bisonte cruzando el Misisipi. Para mí, esta hazaña confiere dignidad al rebaño, ya digno de por sí. Las semillas del instinto se conservan bajo la gruesa piel del ganado y los caballos, como la simiente en las entrañas de la tierra, por un periodo indefinido.

No se espera que las reses tengan gracia. Un día vi un rebaño de una docena de novillos y vacas correr y retozar de un lado a otro en un juego incomprensible, como ratas gigantes, incluso como gatitos. Meneaban la cabeza, levantaban el rabo y corrían arriba y abajo por la colina; y percibí en sus cuernos, así como en su actividad, su relación con la tribu del ciervo. Pero, ay, de repente un alto ¡*so*! acabó con su entusiasmo de inmediato y los redujo de venados a reses, agarrotó sus flancos y tendones como los de una locomotora. ¡Quién sino el diablo le habría gritado «¡So!» a la humanidad? En realidad, la vida del ganado, como la de muchos seres humanos, es como la de una clase de locomotora: mueven un flanco cada vez, y el ser humano, por su constitución, se encuentra a medio camino entre el caballo y el buey. Cualquiera que sea el lugar donde le ha rozado el látigo, en adelante queda paralizado. ¿A quién se le ocurriría hablar de *flancos* en ninguno de los flexibles miembros de la especie felina como los mencionamos en el caso de una res?

Me alegro de que caballos y bueyes hayan de ser doblegados antes de convertirse en esclavos de los seres humanos, y de que estos aún tengan locuras juveniles[25] pendientes antes de convertirse en miembros sumisos de la sociedad. Sin duda, no todos los seres humanos encajan en la civilización, y aunque la mayoría estén domesticados por disposición hereditaria, como perros y ovejas, esto no es motivo para que los otros doblegen su naturaleza y los bajen al mismo nivel. Todos son parecidos en lo esencial, pero fueron creados distintos en aras de la diversidad. Si se trata de realizar una tarea común, cualquiera la hará de la misma manera o

bastante parecida a otro; si se trata de algo superior, la excelencia individual ha de ser tenida en cuenta. Cualquiera puede tapar un hueco para evitar que el viento entre, pero ningún otro podría hacer algo tan excepcional como lo que ha hecho el que esto escribe. Confucio dice: «La piel del tigre y el leopardo, cuando está curtida, es la piel del perro y de la oveja». Pero no es tarea de la cultura domesticar tigres, de la misma manera que tampoco lo es criar ovejas feroces, y curtir sus pieles para hacer zapatos no es el mejor uso que se les puede dar.

Al echar un vistazo a una lista de nombres extranjeros, como la de oficiales del ejército o de autores que han escrito sobre un tema en particular, recuerdo una vez más que en un nombre no hay nada. Menschikoff, por ejemplo, no me suena más humano que un bigote: podría pertenecer a una rata. Como los nombres de los polacos y rusos son para nosotros, así son los nuestros para ellos. Es como si formaran parte de un trabalenguas infantil: arre moto, pito poto, arre moto, piti pa.[26] Veo en mi mente un rebaño de criaturas salvajes pululando sobre la tierra y a cada una el pastor le ha asignado un sonido bárbaro en su propio dialecto. Los nombres humanos son desde luego tan vulgares y sin sentido como Bose o Tray, nombres de perro.

Creo que sería provechoso para la filosofía que a los seres humanos se los nombrara en conjunto, por su nombre común. Solo sería necesario conocer el género y tal vez la etnia y variedad para conocer al individuo. No estamos preparados para creer que cada soldado raso del ejército romano tuviera un nombre propio, porque no podemos suponer que tuviera un carácter propio. Hoy en día nuestros únicos nombres auténticos son los apodos. Conocí a un chico al que sus compañeros de juegos llamaban Macho[27] por su energía inusitada, y este apodo suplantaba adecuadamente su nombre de pila. Cuentan algunos viajeros que un nativo no recibía un nombre desde el principio, sino que se lo ganaba y su nombre correspondía a su fama, y en algunas tribus adquiría un nuevo nombre con cada nueva hazaña. Es penoso que los seres humanos lo lleven solo por conveniencia, sin haber ganado nombre ni fama.

No voy a permitir que simples nombres me impongan distinciones, pues aún veo un rebaño de seres humanos en todos ellos. Un nombre familiar no puede convertir a nadie en menos extraño para mí. Debe recibirlo el salvaje que guarda en secreto el

título ganado en los bosques. Tenemos un salvaje en nosotros y quizá en algún lugar un nombre salvaje se haya registrado como nuestro. Veo que mi vecino, que lleva el apelativo familiar de William o Edwin, se lo quita junto con su chaqueta. No está adherido a él cuando duerme ni cuando está furioso o enardecido por cualquier pasión o idea. En momentos así, me parece escuchar, pronunciado por alguno de los suyos, su nombre salvaje original en alguna lengua difícil de hablar, pero melodiosa.

He aquí esta vasta, salvaje, inquieta madre nuestra, la Naturaleza, presente en todas partes con tanta belleza y afecto por sus hijos como el leopardo, y sin embargo somos destetados demasiado pronto de su pecho para entregarnos a la sociedad, a esa cultura que es exclusivamente una interacción entre humanos, cierto apareamiento que produce como mucho la vulgar nobleza inglesa, una civilización destinada a un rápido final.

En la sociedad, en las mejores instituciones de los hombres, es fácil detectar cierta precocidad. Cuando deberíamos seguir creciendo como niños, ya somos hombrecitos. Dadme una cultura que importe mucho estiércol de las praderas y profundice en la tierra, ¡no aquella que solo confía en abonos que queman y en técnicas y herramientas de cultivo mejoradas!

Cuántos pobres estudiantes de vista cansada de los que he oído hablar, crecerían más deprisa, intelectual y físicamente, si en vez de estar sentados hasta tan tarde, se permitieran el sueño honrado de los necios.

Puede darse hasta un exceso de luz formadora. Niépce, un francés, descubrió el actinismo, esa energía de los rayos del sol causante de un efecto químico que actúa «de la misma manera destructora sobre las rocas de granito, las estructuras de piedra y las estatuas de metal que, si no fuera por preceptos de la naturaleza no menos maravillosos, perecerían bajo la delicada caricia del más sutil de los agentes del universo». No obstante, observó que «esos cuerpos que sufrían este cambio durante el día poseían el poder de recuperar sus condiciones originales por la noche, cuando esta efervescencia dejaba de influir en ellos». De esto se deduce que «las horas de oscuridad son tan necesarias para los seres inorgánicos como sabemos que son la noche y el sueño para el reino orgánico». Ni siquiera la luna brilla cada noche, sino que cede su sitio a la oscuridad.

No me gustaría ver a los seres humanos cultivados, ni en su totalidad ni en sus partes, más de lo que quiero ver labrada cada hectárea de tierra: se puede cultivar una parte, pero la porción mayor debe ser pradera y bosque, que no tienen solo una utilidad inmediata, sino que preparan el suelo para un futuro lejano gracias a la vegetación que este sustenta y que se marchita cada año.

Hay otras letras que el niño debe aprender aparte de aquellas que inventó Cadmo. Los españoles tienen una buena expresión para designar el conocimiento salvaje y oscuro: «Gramática parda», una clase de sentido común que proviene del mismo leopardo al que me he referido antes.

Hemos oído hablar de una Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil. Se dice que saber es poder y cosas semejantes. Creo que hay la misma necesidad de una Sociedad para la Difusión de la Ignorancia Útil, que podríamos denominar Conocimiento Bello, un saber provechoso de sentido más elevado, pues ¿qué es principalmente nuestro llamado «conocimiento», tan jactancioso, sino la presunción de que sabemos algo que nos arrebata la ventaja de nuestra ignorancia real? Eso que llamamos sabiduría es a menudo ignorancia positiva; la ignorancia, nuestra sabiduría negativa. Tras largos años de trabajo paciente y de leer los periódicos —pues qué son las bibliotecas científicas sino pilas de diarios—, el ser humano acumula miríadas de datos, los almacena en su memoria y entonces, cuando en alguna primavera de su vida, sale de paseo a los Grandes Campos del pensamiento, se lanza hacia la hierba como un caballo, por decirlo de alguna manera, y deja todos sus arneses atrás, en el establo. A veces querría decirle a la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil: láncense a la hierba. Ya han ingerido suficiente heno. Ha llegado la primavera con su cosecha verde. Hasta las vacas son conducidas a sus pastos en el monte antes del final de mayo, aunque hemos oído de un granjero desnaturalizado que mantenía a su vaca en el establo y la alimentaba de heno todo el año. Así trata con frecuencia la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil a su ganado.

La ignorancia del ser humano a veces no es solo útil, sino hermosa; mientras que su presunta sabiduría es a menudo peor que inútil, además de ser desagradable. ¿Quién es mejor negociador, ese que no sabe nada de un tema y, lo que es extremadamente escaso, que sabe que no sabe nada, o aquel que realmente sabe algo al

respecto, pero cree que lo sabe todo?

Mi deseo de conocimiento es intermitente, pero el de airear mi mente en atmósferas desconocidas a mis pies es perenne y constante. Lo más elevado que podemos alcanzar no es la Sabiduría, sino la Compasión con Inteligencia. Desconozco si este conocimiento superior equivale a algo más definitivo que un nuevo y enorme asombro ante la revelación repentina de la insuficiencia de cuanto llamamos hasta ahora sabiduría; el descubrimiento de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de aquellas que sueña nuestro pensamiento. Es la iluminación de la bruma por el sol. El ser humano no puede conocer de manera más elevada que esta, como no puede mirar tranquilamente al sol con impunidad: Ὅς τὶ νοῶν, οὐ κεῖνον νοήσεις, «no podrás percibirlo como percibes algo en particular», dicen los oráculos caldeos.

Hay algo servil en la costumbre de perseguir una ley que debamos obedecer. Podemos estudiar las leyes en cuestión por y para nuestra conveniencia, pero una vida buena no sabe de leyes. Es un logro desafortunado, en efecto, el de una ley que nos ata cuando antes desconocíamos estar atados. ¡Vivid libres, hijos de la niebla…! [28] Y respecto a la sabiduría todos somos hijos de la niebla. Aquel que se toma la libertad de vivir es superior a todas las leyes en virtud de su relación con el legislador. «Eso es el deber vigente —dice Vishnu Purana[29]—, que no existe para someternos, sino para liberarnos: todo otro deber solo es bueno para el hastío; toda otra sabiduría es solo astucia del artista».

Es notable qué pocos acontecimientos o crisis hay en nuestras historias, qué poco hemos ejercitado nuestras mentes, qué pocas experiencias hemos acumulado. Me gustaría afirmar que crezco deprisa y con categoría, aunque mi crecimiento moleste a esta aburrida ecuanimidad, aunque sea luchando en las noches largas, oscuras y bochornosas, o en momentos de pesimismo. Estaría bien, incluso aunque nuestras vidas fueran una tragedia divina en vez de esta comedia o farsa trivial. Dante, Bunyan y otros parecen haber ejercitado sus mentes más que nosotros: estaban sujetos a una clase de cultura que nuestras escuelas locales y facultades no contemplan. Incluso Mahoma, aunque muchos protesten ante su nombre, tenía mucho más por qué vivir y, ay, morir, que lo que, en general, tienen ellos.

Cuando, muy de tarde en tarde, un pensamiento nos visita, tal

vez estamos caminando por las vías del tren y pasan los vagones sin que los oigamos. Pero muy pronto, por alguna ley inexorable, nuestra vida sigue y los vagones regresan.

Brisa gentil que vagas, invisible,
y doblegas los cardos cerca del Loira tormentoso,
viajera de las cañadas ventosas,
¿por qué abandonaste mi oído tan pronto?[30]

Mientras que casi todos los seres humanos sienten una atracción que los arrastra hacia la sociedad, solo unos pocos son atraídos con mayor fuerza por la Naturaleza. En su relación con ella me parecen, en su mayor parte, y a pesar de sus artes, inferiores a los animales. En general, no existe una relación hermosa, como en el caso de estos. ¡Qué poco aprecio se da entre nosotros a la belleza del paisaje! Se nos ha dicho que los griegos llamaban al mundo *kósmos*, belleza u orden, pero no vemos con claridad por qué lo hacían y lo consideramos, como mucho, un curioso dato filológico.

Por mi parte, respecto a la Naturaleza siento que vivo una vida de frontera, en los confines de un mundo en el que solo hago incursiones ocasionales y fugaces, y mi patriotismo y lealtad al estado en cuyos territorios parezco replegarme son los del bandido.[31] Seguiría alegremente incluso al fuego fatuo, por ciénagas y lodazales inimaginables, hacia la vida que yo llamo natural, pero ni luna ni luciérnaga me han mostrado el camino hacia ella. La Naturaleza es un personaje tan vasto y universal que nunca hemos visto ninguno de sus rasgos. El que camina por los campos conocidos que se extienden alrededor de mi pueblo natal a veces se encuentra en un lugar distinto al que aparece en las células de propiedad, como si estuviera en algún campo lejano en los confines de la actual Concord, donde termina su jurisdicción, y la idea que sugiere la palabra Concord también se apagara. Estas fincas que he medido yo mismo, esos hitos que yo mismo he establecido, se aprecian débilmente, como a través de la niebla: no hay química que los fije, se desvanecen de la superficie del cristal, y el cuadro que pintó el artista surge tenuemente por detrás. El mundo con el que estamos familiarizados no deja huella y no tendrá aniversarios.

La otra tarde di una vuelta por la granja de Spaulding. Contemplé la luz poniente que iluminaba la espalda de un

majestuoso pinar. Sus rayos dorados se rezagaban en los pasillos del bosque como en una casa noble. Me dio la impresión de que una familia antigua y a la vez admirable e ilustre, desconocida para mí, se había establecido allí, en esa parte del territorio que llamamos Concord, con el sol como sirviente, ajena a la sociedad del pueblo y a la que nadie visitaba. Vi su parque, su lugar de ocio, bosque adentro, en el campo de arándanos de Spaulding. Los pinos les suministraban gabletes mientras crecían. Su casa no era evidente a la vista, los árboles crecían a través de ella. No sé si oí el sonido de una hilaridad reprimida. Parecían reclinarse en los rayos del sol. Tenían hijos e hijas. Y buena salud. El camino carretero del granjero, que cruzaba en medio del vestíbulo, no los molestaba lo más mínimo, era como el fondo cenagoso de un estanque que a veces se aprecia a través de los cielos reflejados en él. Nunca habían oído hablar de Spaulding, y no sabían que era su vecino, aunque le oí silbar mientras conducía su yunta por la casa. Nada puede igualar la serenidad de sus vidas. Su escudo de armas es un simple liquen. Lo vi pintado en pinos y robles. Sus buhardillas estaban en las copas de los árboles. Desconocían la política. No había ningún ruido procedente del trabajo. No percibí que estuvieran tejiendo o hilando. Pero sí detecté, cuando el viento se calmó y se podía escuchar de lejos, el dulce arrullo de la música más bella imaginable, como el de una colmena lejana en mayo, que tal vez fuera el sonido de su pensamiento. No tenían ideas ociosas y nadie podía ver sus labores, porque no rodeaban su diligencia de nudos y excrecencias.

Pero me resulta difícil recordarlos. Se desvanecen irremediablemente de mi mente incluso cuando hablo y me empeño en recordarlos y en recogerme en mí mismo. Es solo después de un largo y gran esfuerzo por reunir mis mejores recuerdos que vuelvo a ser consciente de su vecindad. Si no fuera por familias como esta, creo que me iría de Concord.

En Nueva Inglaterra solemos afirmar que cada vez nos visitan menos palomas al año. Nuestros bosques no les proporcionan asideros. De la misma manera, parece que cada vez visitan menos ideas a los que están en edad de tenerlas, pues la arboleda de nuestras mentes está baldía, vendida para alimentar los fuegos innecesarios de la ambición, o enviada a la serrería, y hay apenas una rama para que se posen en ella. Ya no anidan ni crían entre

nosotros. Como en épocas más clementes, una sombra débil revolotea a través del paisaje de la mente, sostenida por las alas de alguna idea en su migración primaveral u otoñal, pero, al mirar hacia arriba, somos incapaces de descubrir su esencia. Nuestras ideas aladas[32] se convierten en aves de corral. Ya no se elevan, y alcanzan solo la grandeza de Shanghái y Cochinchina. ¡Esas *graaandes* ideas, aquellos *graaandes* hombres de los que habéis oído hablar!

Nos pegamos a la tierra, ¡que pocas veces ascendemos! Creo que debemos elevarnos un poco más. Deberíamos trepar a un árbol por lo menos. Tengo en mi estima haber subido una vez a uno. Era un esbelto pino blanco americano, en la cima de un monte, y aunque me llené de resina, mereció la pena, porque descubrí nuevas montañas en el horizonte que nunca antes había contemplado, y mucha más tierra y cielo. Podía haber pasado toda mi vida al pie del árbol, y a buen seguro nunca las habría visto. Pero, sobre todo, descubrí a mi alrededor —era casi a finales de junio—, solo al final de las ramas más altas, unos pocos y diminutos brotes rojos en forma de cono, la fértil flor del pino blanco mirando hacia el cielo. Llevé enseguida al pueblo la rama más elevada, y se la mostré a unos forasteros, miembros del jurado que paseaban por las calles —pues era una semana de juicios—, y a granjeros y tratantes de madera, leñadores y cazadores; ninguno había visto algo semejante y se asombraban como si fuera una estrella caída del cielo. ¡Y hablan de los arquitectos, que remataban su trabajo en las columnas con la misma perfección en bases y capiteles! Desde el principio, la Naturaleza desplegó los diminutos brotes del bosque solo hacia el cielo, por encima de las cabezas de los seres humanos e invisibles para ellos. No vemos más que las flores bajo nuestros pies en los prados. Los pinos desarrollan sus delicados brotes en las ramas más altas del bosque cada verano, durante siglos, tanto sobre las cabezas de los hijos rojos de la naturaleza como sobre las de los blancos: apenas un granjero o un cazador de la zona los ha visto.

Sobre todo, no podemos permitirnos no vivir en el presente. Bendito entre todos los mortales aquel que no pierde un momento de esta vida fugaz recordando el pasado. A menos que escuche cantar al gallo en cada corral del horizonte, nuestra filosofía envejecerá. Ese sonido suele recordarnos que nuestras actividades e ideas se están oxidando y se vuelven anticuadas. Su filosofía se ciñe

a una era más reciente que la nuestra. Sugiere un testamento más nuevo, el evangelio del momento. No se ha quedado atrás, se levanta temprano y se mantiene despierto, y estar donde está él es ser oportuno, hallarse en la primera fila del tiempo. Es la expresión de la salud y la solvencia de la Naturaleza, un alarde para todo el mundo, saludable como manantial que brota, una nueve fuente de las Musas para celebrar este último instante de tiempo. Donde vive no se aprueban leyes contra los esclavos fugitivos. ¿Quién no ha traicionado a su señor varias veces desde la última vez que escuchó ese canto?

El mérito de la voz de esta ave está en la ausencia de cualquier queja. Un cantante puede fácilmente hacernos llorar o reír, pero ¿dónde está el que causa en nosotros una alegría pura y mañanera? Cuando, en medio de una depresión sombría o, tal vez, mientras velo a alguien en un funeral, escucho a un gallito cantar cerca o lejos y romper la terrible quietud de nuestras veredas arboladas en domingo, pienso para mí: «Al menos uno de nosotros está bien», y con una emoción repentina, vuelvo a mi ser.

Un día del pasado noviembre tuvimos un atardecer asombroso. Estaba paseando por un prado, fuente de un pequeño arroyo, cuando el sol, justo antes de ponerse después de un día frío y gris, alcanzó un lugar despejado del horizonte y la luz más suave y brillante de la mañana cayó sobre la hierba seca, las ramas de los árboles y las hojas de la carrasca del monte, mientras nuestras sombras se alargaban sobre el prado hacia el este, como si fueran las únicas manchas en sus rayos. Había una luz que un momento antes no podíamos haber imaginado, y el aire era tan cálido y sereno que nada faltaba para que aquel prado fuera un paraíso. Cuando nos dimos cuenta de que no era un fenómeno único, que no sucedería de nuevo, sino que se daría por siempre, durante un número infinito de atardeceres, y que alegraría y confortaría hasta al último niño que paseara por allí, nos pareció aún más glorioso.

El sol se pone sobre un prado retirado, donde ninguna casa es visible, con toda la gloria y el esplendor que prodiga en las ciudades, y quizá como no lo ha hecho antes: donde no hay más que un halcón solitario a quien le dora las alas, o solo una rata almizclera que se asoma a su madriguera, y un pequeño arroyo jaspeado de negro en medio del humedal, que justo empieza a serpentear, rodeando con lentitud un tocón podrido. Caminábamos

bajo una luz tan pura y brillante, que doraba la hierba y las hojas marchitas tan suave y serenamente que pensé que nunca me había bañado en un torrente de oro como aquel sin una onda ni un murmullo. La cara oeste de cada bosque y promontorio resplandecía como los confines del Elíseo, y a nuestras espaldas el sol parecía un gentil pastor que nos condujera a casa al atardecer.

Y así deambulamos hacia Tierra Santa, hasta que un día el sol brille más que nunca, tal vez en nuestra mentes y corazones, e ilumine toda nuestra vida con una intensa luz naciente, tan cálida, serena y dorada como en una ribera otoñal.

[16] *Walking*, pronunciado como conferencia de 1851 y publicado más tarde en *The Atlantic Monthly* (1862), es, junto con *Walden*, uno de los textos más conocidos y difundidos de Thoreau, en el que se resumen las líneas maestras de su deseo de libertad y comunión con la naturaleza.

[17] «El caminante nace, no se hace».

[18] Estrofas extraídas de la balada *A Lytell Geste of Robyn Hode* [Una pequeña gesta de Robyn Hode], uno de los relatos más antiguos sobre el personaje de Robin Hood, escrito aproximadamente en 1450.

[19] «Paseos al aire libre». La referencia a la academia de Platón de este pasaje parece evidente y podría estar citando a John Evelyn y su libro *Sylva: Or a Discourse of forest-trees and the propagation of timber* (1660), donde se menciona a los filósofos, los plátanos, los pórticos y, sobre todo, a las *subdiales ambulationes* horacianas en un mismo párrafo.

[20] «*Threescore years and ten of human life*», en el original, referencia al Salmo 90, 10, de Juan: «Los días de nuestra vida son setenta años; y en los más robustos, ochenta años».

[21] «Than longen folk to gon on pilgrimages / and palmeres for to seken strange strondes», del «Prólogo general» a *Los cuentos de Canterbury* (1387-1400), de Geoffrey Chaucer.

[22] «And now the sun had stretched out all the hills, / and now was dropped into the western bay; / at las he rose, and twitched his mantle blue; / tomorrow to fresh woods and pastures new». Del poema «Lycidas» (1637) de John Milton, traducido por Salvador de Madariaga.

[23] Es conocida la disputa entre el naturalista francés, George-Louis Leclerc, conde de Buffon, y Thomas Jefferson, por las afirmaciones del primero sobre el retraso evolutivo de plantas, animales e indígenas americanos.

[24] «Westward the star of empire takes its way» es el título del mural pintado en 1862 por Emanuel Leutze en el Capitolio, el único que fue pintado durante la guerra civil y que simboliza el «destino manifiesto» de los colonos estadounidenses a expandirse hacia el oeste.

25 En el original, esta frase es mucho más ingeniosa, pues juega con el doble sentido en inglés para *wild oat,* «avena loca»: *some wild oats still left to sow,* «algo de avena loca por sembrar».

26 En el original: *Iery-wiery ichery van, tittle-tol-tan*.

27 Buster en el original.

28 Alusión al clan escocés MacGregor, apodado como «Children of the Mist», uno de los protagonistas de *La leyenda de Montrose* (18919), de sir Walter Scott.

29 Referencia a cualquiera de los libros sagrados sánscritos de la mitología hindú.

30 De nuevo, una cita de James MacPherson, en esta ocasión extraída de su versión al inglés de los presuntos poemas épicos del bardo gaélico Ossian, que él mismo había reunido en 1765 y en idioma original, el equivalente celta de Homero.

31 *Moss-trooper* en el original: bandidos que operaban en las fronteras escocesas en el siglo XVII, después del periodo inglés.

32 Cita de *Enrique V*, de Shakespeare, V.II.8: «*Heave him away upon your winged thouhgts*».

HERMAN MELVILLE
(1819-1891)

EL VENDEDOR DE PARARRAYOS[33]

«¡Qué magnífico e inesperado trueno!», pensé sentado junto al hogar en medio de los montes Acroceraunianos[34] mientras los rayos dispersos estallaban sobre mi cabeza y se estrellaban entre los valles, cada relámpago seguido de irradiaciones en zigzag y de rápidas ráfagas de lluvia lacerante, que golpeaban con estrépito, como una carga de lanceros, sobre mi bajo tejado. Las montañas cercanas deben de recibir y aumentar el trueno, de manera que, de lejos, es más glorioso aquí que en la llanura.

¡Escuchad, alguien está en la puerta! ¿Quién elige este tiempo de rayos y truenos para ir de visita? ¿Y por qué no utiliza el llamador en vez de producir ese traqueteo fúnebre con el puño sobre el falso paño? Pero dejémosle entrar. Ah, aquí viene.

—Buenos días, caballero. —Un completo extraño—. Por favor, siéntese. —¿Qué es ese raro bastón que lleva?

—Bonita tormenta, caballero. —¿Bonita? ¡Horrorosa!

—Está usted mojado. Póngase aquí, en el hogar, junto al fuego.

—¡Por nada del mundo!

El forastero seguía de pie en el centro exacto del *cottage*, donde se había colocado desde que entró. Su singularidad obligaba a un escrutinio escrupuloso: una figura enjuta y triste; cabello oscuro y lacio, enmarañado sobre el ceño. Sus ojos hundidos estaban rodeados de halos azules, tocados por cierta luz anodina: un resplandor sin rayo. Estaba empapado por completo, de pie en medio de un charco sobre el desnudo suelo de roble: su raro bastón apoyado recto contra un costado.

Era una vara de cobre pulido, de poco más de un metro, unida a todo lo largo a un palo liso de madera mediante dos bolas de vidrio

verdoso rodeadas con cintas de cobre. La vara metálica terminaba en una especie de trípode de tres púas afiladas, de un dorado brillante. El hombre sujetaba el artilugio solo por la parte de madera.

—Caballero —dije, mientras me inclinaba con educación—, ¿tengo el honor de que me visite ese famoso dios Júpiter Tonante? Pues así permanecía, agarrando el rayo, en la antigua estatuaria griega. Si es usted él, o su virrey, tengo que agradecerle esta generosa tormenta que ha desatado en nuestros montes. Escuche ese espléndido repique. ¡Ah, para un amante de lo solemne, es buena cosa tener al mismísimo Tronador en su casa! Eso hace al trueno más hermoso. Pero, por favor, siéntese. Es cierto que este viejo sillón de mimbre es un pobre sustituto de su trono perenne en el Olimpo, pero condescienda y siéntese.

Mientras le hablaba de esta manera agradable, el forastero me miró entre el asombro y cierta clase de miedo, pero no movió un pie.

—Venga, caballero, siéntese. Necesita secarse antes de volver a salir.

Para invitarlo, coloqué la silla junto a la chimenea, donde había encendido un pequeño fuego por la tarde para disipar la humedad, no el frío, pues eran los primeros días de septiembre. Pero ignorando mi petición, el forastero, sin moverse de en medio del piso, me miró de manera decidida y habló.

—Caballero, perdóneme, pero, en vez de aceptar su invitación a sentarme allí, en el hogar, le aconsejo seriamente que acepte la mía y venga al centro de la habitación. ¡Por Dios —gritó con un respingo—, otro de esos estrépitos horrendos! Se lo advierto, caballero, aléjese de la chimenea.

—Señor Júpiter Tonante —dije, arrebujándome contra la piedra del hogar—. Aquí estoy muy bien.

—¿Así que es usted tan tremendamente ignorante como para no saber que la parte más peligrosa de una casa en tempestades horribles como esta es, de lejos, la chimenea? —exclamó—.

—No, no lo sabía. —Involuntariamente, me alejé del tiro.

Ante el éxito de su consejo, el forastero adoptó un aire tan desagradable que me acerqué de nuevo al hogar de un modo instintivo mostrando la postura erguida más orgullosa de que soy capaz. Pero no dije nada.

—¡Por el amor de Dios, por el amor del Cielo, aléjese del hogar! —exclamó, con una extraña mezcla de alarma e intimidación—. ¿No sabe que el aire cálido y el hollín son conductores, por no mencionar esa protección de hierro? Abandone el lugar, se lo suplico… ¡Se lo ordeno!

—Señor Júpiter Tonante, no estoy acostumbrado a que me manden en mi propia casa.

—No se dirija a mí con ese nombre pagano. Es usted un blasfemo en esta época terrible.

—Caballero, ¿sería tan amable de decirme qué quiere? Si busca cobijo de la tormenta, será usted bienvenido mientras sea educado, pero si viene por negocios, dígamelo. ¿Quién es usted?

—Soy representante de pararrayos —dijo el forastero, suavizando el tono—. Mi especialidad… ¡Santo Cielo! ¡Vaya estruendo…! ¿Alguna vez le alcanzó un rayo …? A su casa, quiero decir. ¿No? Lo mejor es estar prevenido. —Y sacudió con decisión el utensilio contra el suelo—. Aunque, por naturaleza, no hay nada que detenga las tormentas, solo dígalo y convertiré este *cottage* en Gibraltar agitando esta varita. ¡Escuche, menudo Himalaya de golpes!

—Se ha interrumpido: iba a hablarme de su especialidad.

—Mi especialidad es recorrer el país en busca de pedidos de pararrayos. Esta es la muestra —Dio unos golpecitos a la cosa—; tengo las mejores referencias. —Rebuscó en sus bolsillos—. El mes pasado coloqué en Criggan veintitrés varas en solo cinco edificios.

—Déjeme pensar. ¿No fue en Criggan donde, la semana pasada, cerca de la medianoche del sábado, fueron fulminados el campanario, el gran olmo y la cúpula del salón de juntas? ¿Había allí alguna de sus varas?

—Ni en el árbol ni en la cúpula; en el campanario, sí.

—Y, entonces, ¿de qué sirve su vara?

—Cuestión de vida o muerte, pero el instalador fue descuidado. Al colocar la vara en lo alto del campanario, permitió que parte del metal tocara el techo de hojalata. Y de ahí el accidente. No por mi culpa, sino por la suya. ¡Escuche!

—No se moleste. Ese ha sonado lo bastante fuerte como para oírlo sin que lo señale con el dedo. ¿Ha oído hablar del suceso del año pasado en Montreal? A una criada le cayó un rayo cuando estaba junto a la cama con un rosario en la mano: las cuentas eran

metálicas. ¿Su negocio llega a Canadá?

—No. Y oí que allí solo utilizan pararrayos de hierro. Deberían usar los míos, que son de cobre. El hierro se funde con facilidad. Y hacen las varas tan finas que no tienen cuerpo suficiente para conducir la corriente eléctrica por completo. El metal se derrite; el edificio es destruido. A mis varas de cobre nunca les sucede eso. Esos canadienses son tontos. Algunos conectan el pararrayos por su extremo superior, por lo que se arriesgan a una explosión mortal, en vez de conducir de manera imperceptible la corriente hacia la tierra, como hace este pararrayos. El *mío* es el único pararrayos verdadero. Mírelo. A solo un dólar los treinta centímetros.

—Ese maltrato a otros de su profesión podría despertar desconfianza.

—¡Escuche! El trueno suena menos suave, está cerca de nosotros y, también, de la tierra. ¡Escuche! ¡Un estruendo único! Todas las vibraciones se convierten en una sola por la cercanía. Otro destello. Espere.

—¿Pero qué…? —dije al verlo abandonar de inmediato el bastón y dirigirse con decisión hacia la ventana, con los dedos índice y medio de la mano derecha sobre la muñeca de la izquierda. Pero, antes de que pudiera decir nada, él volvió a sus exclamaciones.

—¡Estruendo! Solo tres pulsos… A menos de un tercio de kilómetro… Allí, en algún lugar de ese bosque. Pasé por allí junto a tres nuevos y relucientes robles fulminados, arrancados de cuajo. Los robles reciben más rayos que cualquier madera al tener hierro disuelto en su savia. Este suelo suyo parece de roble.

—Roble auténtico. Por el singular momento del año que ha escogido para visitarme, supongo que elige el tiempo de tormentas a propósito para sus viajes. Cuando ruge el trueno, cree que ha llegado un momento especialmente adecuado para producir una impresión favorable de su mercancía.

—¡Escuche! ¡Terrible!

—Para alguien que pretende armar a los demás de valentía, parece inapropiadamente timorato. La gente normal elige el buen tiempo para viajar; usted, las tormentas, y sin embargo…

—Es cierto que viajo durante las tormentas, pero sin ninguna precaución especial, como solo puede hacerlo un vendedor de rayos. ¡Escuche! Deprisa… Mire la muestra. Solo un dólar por cada treinta centímetros.

—Un pararrayos muy bonito, me atrevo a afirmar, pero ¿cuáles son esas precauciones concretas que usted toma? Antes, déjeme echar los postigos, la lluvia oblicua entra a través de los marcos. Los cerraré.

—¿Está loco? ¿No sabe que esa barra de hierro es un conductor inmediato? Desista.

—Solo cerraré los postigos y luego llamaré al chico para que me traiga una barra de madera. Por favor, haga sonar aquella campanilla.

—¿Está usted perturbado? El tirador de alambre puede electrocutarlo. Nunca se le ocurra tocar un llamador durante una tormenta, ni haga sonar ningún tipo de campana.

—¿Ni las de los campanarios? Por favor, ¿podría decirme dónde y cómo puede estar uno a salvo con este tiempo? ¿Hay alguna parte de mi casa que pueda tocar con posibilidades de seguir viviendo?

—La hay, pero no donde está usted. Aléjese del muro. La corriente a veces desciende por él y… el hombre es mejor conductor que la piedra: podría abandonar el muro y correr hacia él. ¡Uf! *Ese* ha debido de caer muy cerca. Debe de ser un rayo globular.

—Muy probable. Dígame de una vez cuál es, en su opinión, el lugar más seguro en esta parte de la casa.

—Esta habitación y el sitio donde estoy yo. Venga a mi lado.

—Primero, las razones.

—¡Atento…! Tras el resplandor, el flujo… Las ventanas tiemblan… ¡La casa, la casa…! ¡Acérquese ahora mismo!

—Primero las razones, si es tan amable.

—¡Acérquese ahora mismo!

—Gracias de nuevo, pero creo que probaré mi sitio habitual: la chimenea. Y ahora, señor del Pararrayos, sea bueno y cuénteme sus razones, en las pausas entre truenos, para estimar que esta habitación es la más segura de la casa y donde usted se encuentra el lugar más seguro en ella.

Hubo entonces un cese momentáneo de la tormenta. El vendedor de pararrayos pareció aliviado y contestó:

—Su casa tiene una sola planta, con ático y sótano: esta habitación está entre ambos. Por lo tanto, es relativamente segura. Porque, en ocasiones, los rayos van de las nubes a la tierra y en otras de la tierra a las nubes, ¿comprende…? Y escojo el centro de la sala porque, si los rayos cayeran sobre la casa, descenderían por

la chimenea o las paredes: obviamente, mejor cuanto más lejos se esté de ellas. Ahora, venga conmigo.

—Enseguida. Algo que ha dicho, en vez de preocuparme, me ha inspirado, extrañamente, confianza.

—¿Qué he dicho?

—Dijo que algunas veces los rayos van de la tierra a las nubes.

—Así es, rayo inverso se le llama: cuando la tierra, sobrecargada de electricidad, destella el exceso hacia arriba.

—El rayo inverso, esto es, de la tierra al cielo. Mejor que mejor. Pero venga junto a la chimenea y séquese.

—Estoy mejor aquí, y mejor aún mojado.

—¿Por qué?

—Es lo más seguro que se puede hacer —¡escuche otra vez!—, empaparse por completo durante una tormenta. La ropa mojada es mejor conductor que el cuerpo y por eso, si cae el rayo, descenderá a través de la ropa húmeda sin tocar el cuerpo. La tormenta empeora de nuevo. ¿Tiene una alfombra en casa? Las alfombras son aislantes. Traiga una sobre la que yo pueda colocarme, y usted también. El cielo se oscurece… Como si anocheciera a mediodía. ¡Escuche…! ¡La alfombra, la alfombra!

Le di una alfombra; entretanto, las montañas encapotadas parecían acercarse y desmoronarse sobre la casa.

—Y ahora que no nos servirá de nada quedarnos mudos —dije, regresando a mi sitio—, déjeme escuchar esas precauciones que se han de tomar cuando se viaja bajo una tormenta.

—Espere a que esta escampe.

—No, continúe con las precauciones. Según usted, está en el lugar más seguro. Siga.

—Brevemente, pues. Evito los pinos, las casas altas, los graneros solitarios, los pastos de altura, las corrientes de agua, los rebaños de vacas y ovejas, los grupos humanos. Si viajo a pie, como hoy, no camino deprisa; si voy en mi calesa, no toco la parte de atrás ni los lados; si voy a caballo, desmonto y lo tomo de las riendas. Pero, por encima de todas las cosas, evito a los hombres altos.

—¿Estoy soñando? ¿El hombre evitando al hombre? ¿Y también en momentos de peligro?

—A los hombres altos y durante la tormenta. ¿Es usted tan groseramente ignorante como para no saber que un hombre de un metro y ochenta centímetros de altura es suficiente para que una

nube eléctrica descargue sobre él? ¡No solo los labradores de Kentucky caen abatidos sobre el surco inconcluso! No, si un hombre así está junto a una corriente de agua, la nube acaso lo elija a él como conductor en vez de a la corriente. ¡Oiga! Seguro que cayó sobre el pico negro. Sí, el hombre es un buen conductor. El rayo atraviesa el hombre de arriba abajo, pero apenas descorteza los árboles. Pero, caballero, me ha tenido tanto tiempo respondiendo a sus preguntas que aún no he hecho negocio. ¿Pedirá uno de mis pararrayos? ¿Le echará un vistazo a la muestra? Mire, es del mejor cobre. El cobre es el mejor conductor. Su casa es baja, pero, al estar sobre las montañas, su falta de altura no la mantendrá a salvo. Ustedes los montañeses están más expuestos. En países agrestes el vendedor de pararrayos debería hacer más negocio. Mire la muestra, caballero. Uno solo bastará para una casa tan pequeña como esta. Revise las recomendaciones. Solo un pararrayos, caballero; coste: veinte dólares. ¡Atento! Ahí va todo el granito de las Taconic y Hoosac[35] precipitándose como canto rodado. Por el ruido, debe de haber fulminado algo. A una altura de metro y medio sobre la casa protegerá un radio de seis metros alrededor del pararrayos. Solo veinte dólares, caballero, un dólar por cada treinta centímetros. ¡Escuche…! ¡Tremendo…! ¿Va a pedir uno? ¿Comprará? ¿Anoto su nombre? Piense en convertirse en un montón de escombros chamuscados, como el dogal del caballo quemado en el establo, ¡y todo de una sola sacudida!

—¡Usted, presunto mensajero extraordinario y ministro plenipotenciario de Júpiter Tonante! —Reí—. Usted, un hombre corriente, que viene aquí para colocarse con su poste entre el barro y el cielo, ¿cree que, porque puede conseguir algo de luz verde de la botella de Leiden,[36] conseguirá de verdad evitar el rayo sublime? Su pararrayos se oxida, o se rompe, ¿y dónde se halla usted? ¿Quién le ha dado poder para vender sus indulgencias como un Tetzel[37] contra las leyes divinas? Los cabellos de nuestras cabezas están contados, como los días de nuestras vidas. Tanto ante el trueno como a la luz del sol, permanezco a gusto en las manos de mi Dios. ¡Falso negociante, váyase! Mire, la expansión de la tormenta retrocede, la casa está intacta, y en el arcoíris sobre el cielo azul leo que la Deidad no declarará la guerra a la tierra del hombre.

—¡Miserable impío! —balbuceó el forastero, y su cara se ensombreció al tiempo que el arcoíris brillaba—. Haré públicos sus

comentarios infieles.

—¡Váyase, deprisa! Si es que puede usted, que se deja ver en tiempos húmedos como el gusano.

Frunció aún más el ceño y, como halos de tormenta en la luna de medianoche, los círculos azules se agrandaron alrededor de sus ojos. El hombre se abalanzó hacia mí con su tridente apuntándome al corazón.

Lo tomé, lo rompí, lo tiré, lo pisé y, arrastrando fuera de mi casa al rey del rayo negro, lancé su doblado cetro de cobre tras él.

Pero, a pesar del trato y de mi charla disuasoria sobre él con mis vecinos, el vendedor de pararrayos aún mora en esta tierra, todavía viaja durante las tormentas, y hace negocio con los miedos del hombre.

33 Escrito para la revista *Putnam's Monthly* en agosto de 1854, este relato es uno de los seis elegidos para el famoso volumen *The Piazza Tales* (1856), en el que figuraban otros bien conocidos ahora, pero no en su tiempo, como «Bartleby, el escribiente», «Benito Cereno», o «Las Encantadas».

34 Los montes Ceraunianos o Acroceraunianos están en la región de Himara, en Albania, un lugar inexpugnable de cultura griega siempre en disputa con los turcos, que, durante la guerra de la independencia griega (1821-1830), se unió a los rebeldes. Por el tono humorístico de todo el texto, aquí podrían ser símbolo del enclaustramiento voluntario entre montañas de uno de los protagonistas, ya que el escenario es el Massachusetts natal de Melville.

35 Cordilleras al oeste de Massachusetts, estribaciones de los Apalaches.

36 Artefacto inventado en 1745 por el clérigo luterano Ewald Jürgen von Kleist, capaz de almacenar electricidad mediante descargas. Es, pues, el primer condensador de la historia. Recibe su nombre porque fue presentado por primera vez en la Universidad de Leiden.

37 Johann Tetzel (1465-1519), fraile dominico alemán, autorizado por el papa León X a vender indulgencias, con las que la iglesia hacía un buen negocio, y uno de los motivos por los que Lutero acometió su reforma.

LOUISA MAY ALCOTT
(1832-1888)

CHIQUILLADAS TRANSCENDENTALES
Un capítulo de una novela no escrita[38]

El primer día de junio de 184…, una carreta grande, tirada por un caballo pequeño, que llevaba una carga variopinta, avanzaba torpemente por ciertas colinas de Nueva Inglaterra con la agradable compañía del viento, la lluvia y el granizo. Un hombre tranquilo con un niño tranquilo en las rodillas conducía, o, mejor dicho, era conducido por el caballito, pues este lo hacía todo a su aire. Un joven de pelo castaño, con una apariencia como la de William Penn,[39] iba sentado a su lado, abrazando con firmeza un busto de Sócrates. Detrás de ellos estaba una mujer de aspecto enérgico, ceño benevolente, boca satírica, y ojos repletos de esperanza y valentía. Llevaba a un bebé en su regazo, un espejo apoyado en la rodilla, y una cesta de provisiones que danzaba cerca de sus pies mientras ella agarraba con fuerza un gran paraguas rebelde. Dos niñas de ojos azules, con las manos llenas de tesoros infantiles, iban sentadas sobre un viejo chal parloteando felizmente entre ellas.

A la cabeza de esta alegre comitiva, caminaba erguido un hombre alto, de figura angulosa, bajo una larga capa azul, mientras que la número cuatro de la chiquillería caminaba a su lado por el barro como si se divirtiera.

El viento silbaba en las colinas desoladas, lloviznaba de manera deprimente y empezaba el crepúsculo. Pero el hombre tranquilo miraba tan sereno a través de la neblina como si contemplara un arcoíris radiante de promesas en el cielo gris. La mujer alegre intentaba tapar a todos con el paraguas menos a sí misma. El chico de pelo castaño apoyaba la cabeza sobre la cabeza calva de Sócrates

y dormitaba pacíficamente. Las niñas cantaban nanas a sus muñecas en arrullos dulces y maternales. El caminante de nariz afilada avanzaba con firmeza, con la capa azul ondeando tras él como una bandera, y la niña vivaz salpicaba al atravesar los charcos con una satisfacción semejante a la de un ganso agradable de contemplar.

De este modo, aquellos peregrinos contemporáneos viajaban esperanzados fuera del viejo mundo al encuentro de uno nuevo en el seno de la naturaleza.

Los editores de *El trípode transcendental* habían recibido un mensaje de los señores Lion y Lamb[40] —dos de los peregrinos mencionados— del que el enunciado siguiente es un extracto:

> Hemos llegado a un acuerdo con el propietario de una finca de unas cuarenta hectáreas para que se libere de su propiedad. Allí dedicaremos nuestros esfuerzos a formar una Familia en armonía con los instintos primitivos del hombre.
>
> La ganadería tradicional no es nuestro objetivo. Fruta, grano, legumbres, hierbas, lino y otros productos vegetales debidamente atendidos mantendrán ocupadas nuestras manos y proporcionarán un sustento puro para las necesidades del cuerpo. Se pretende adornar los pastos con huertas y reemplazar el trabajo con el ganado por el arado y la podadora.
>
> Consagrada a la libertad humana, la tierra aguarda la sobria agricultura del hombre devoto. Al empezar con pocos medios económicos, esta empresa debe arraigar confiando en la ayuda siempre generosa de la Providencia, cuya simpatía está asegurada en esta unión de campos no adulterados y personas ajenas al mundo y las preocupaciones y los daños eludidos de una vida dedicada al lucro.
>
> En ningún caso se desatiende la naturaleza innata de cada miembro de la Familia. Nuestro plan contempla todo tipo de disciplinas, culturas y hábitos que conduzcan, evidentemente, a la purificación de los residentes.
>
> Comprometidos solo con el espíritu, los fundadores no prevén incorporaciones precipitadas o numerosas. Al reino de la paz solo se accede a través de las puertas de la propia negación, y la felicidad es el resultado y la recompensa a la lealtad hacia la ley inquebrantable del amor.

Este futuro Edén consiste hoy en una vieja granja rojiza, un establo ruinoso, muchas hectáreas de pasto, y un huerto. Diez viejos manzanos constituyen el «sustento puro» que ofrece el lugar hasta la fecha; pero, en la firme creencia de que las huertas abundantes serán pronto suscitadas por sus conocimientos innatos, estos fundadores optimistas han bautizado sus dominios como Fruitlands.

Allí, Timon Lion pretendía fundar una colonia de Santos del Último Día, quienes, bajo su influencia patriarcal, regenerarían el mundo y glorificarían su nombre eternamente. Allí, Abel Lamb, con la mayor fe en el alto ideal que era una verdad viviente para él, deseaba crear un paraíso donde la belleza, la virtud, la justicia y el amor debían vivir juntos felizmente, sin posibilidades de que se presentara una serpiente. Y allí, su mujer, no conversa pero fiel hasta el fin, esperaba, después de mucho vagabundear por la superficie de la tierra, encontrar descanso para sí y un hogar para sus hijos.

—Esta es nuestra nueva morada —anunció el entusiasta, sonriendo con una satisfacción amortiguada en gran medida por las gotas que caían desde el ala de su sombrero, mientras entraban de lleno en un camino de carros que los llevaría por una colina empinada hacia un valle de aspecto inhóspito.

—El acceso es algo complicado —observó su práctica mujer mientras se empeñaba en impedir que su variado menaje del hogar se saliera con cada sacudida del arcón repleto.

—Como en todas las cosas buenas. Pero aquellos que lo deseen encarecidamente y que nos busquen con paciencia pronto nos encontrarán —respondió con tranquilidad el filósofo desde el barro, donde se esforzaba en ese momento por conducir al sempiterno caballo.

—La verdad yace en el fondo del pozo, hermana Hope —dijo el hermano Timon, deteniéndose al descubrir a su pequeña compañera en una verja, a la que se había encaramado para contemplar mejor el porvenir.

—Esa es la razón por la que me imagino que pocas veces llegamos a ella —replicó la señora Hope, agarrando vanamente el espejo que, con una sacudida repentina, salió volando de sus manos.

—Ahora no necesitamos reflexiones erróneas —dijo Timon, con una sonrisa lúgubre, mientras hacía crujir los fragmentos bajo sus pies en su marcha hacia adelante.

La hermana Hope mantuvo el sosiego y contempló con melancolía su casa prometida a través de la bruma. La vieja casa roja, con un destello acogedor en las ventanas, animó sus ojos y, al considerar el clima, le pareció un refugio en mejores condiciones que el emparrado silvestre preferido por almas más ardientes.

Los recién llegados, recibieron la bienvenida de uno de los valiosos elegidos, un granjero reformista, cuya idea de reforma consistía principalmente en llevar una vestimenta de algodón blanco y zapatos de cuero sin curtir. Este atavío, junto a una barba blanca, le daban un aspecto venerable y nupcial al mismo tiempo.

Los objetos y bienes muebles de la Comunidad no habían llegado, la deslucida familia descansaba ante la hoguera de tocones de madera, mientras el hermano Moses White les deleitaba con patatas asadas, pan negro y agua, colocados en dos bandejas, y un servicio de mesa escaso: una sartén de hojalata y una taza. Pero al haberse deshecho de las maneras y vanidades del mundo depravado que habían dejado atrás, los mayores agradecieron las dificultades con el entusiasmo de los nuevos pioneros y los niños disfrutaron de corazón de aquel anticipo de lo que creían que iba a ser un especie de pícnic perpetuo.

Durante el curso de esta comida frugal, llegaron dos hermanos más. Un hombre sombrío y melancólico, vestido con ropa hecha a mano, cuya peculiar misión era darle la vuelta a su nombre y utilizar el menor número de palabras posible. El otro era un inglés soso y barbado, que esperaba ser salvado por ingerir comida cruda e ir sin ropa. Todavía no había adoptado la indumentaria primitiva, pero, en cualquier caso, se daba por satisfecho masticando meditabundo judías secas de una cesta.

—Cada comida debería ser un sacramento y los recipientes usados, hermosos y simbólicos —observo el hermano Lamb amablemente, enderezando la sartén de hojalata que se deslizaba por sus rodillas—. Yo valoraba el servicio de plata cuando estaba en la ciudad, pero era demasiado caro; así que compré algunas tazas elegantes y vasos de loza inglesa.

—Las peores del mundo para mantenerlas limpias. ¿Se permitirán en la comunidad? —preguntó la hermana Hope, con el interés del ama de casa por el ahorro.

—Esos asuntos triviales serán discutidos en un momento más adecuado —contestó el hermano Timon de manera cortante

mientras se quemaba los dedos con una patata muy caliente—. No vamos a utilizar azúcar, melaza, leche, mantequilla y queso; ni carne, pues no se admitirá nada que cause mal o muerte al hombre o al animal.

—Nuestros atuendos serán de lino hasta que aprendamos a cultivar algodón o algún sustituto de las prendas de lana —añadió el hermano Abel, perdiéndose alegremente en un futuro imaginario tan cálido y brillante como el fuego generoso frente a él.

—¿Y *sapato*?[41] —preguntó el hermano Moses, persiguiendo sus propios intereses.

—Informaremos sobre ese punto cuando podamos fabricar un sustituto inofensivo del cuero. Corcho, madera o algún material perdurable que inventemos con el tiempo. Mientras tanto, aquellos que deseen llevar nuestras ideas a sus últimas consecuencias pueden ir descalzos —dijo Lion, a quien le gustaban las medidas extremas.

—Yo, jamás, ni mis hijas —susurró en voz baja la rebelde hermana Hope.

—¿Cómo *arreglaremo* la parcela de cuatro *hectárea*? Si *laj* cosas no van rápido, no *tendremo* cosechas —observó el práctico patriarca vestido de algodón.

—Las araremos —replicó Abel, con tanta seguridad que Moses no dijo más, aunque consintió con un gesto de la cabeza mientras se miraba unas manos que no habían sujetado nada más pesado que una pluma durante años. Era una vieja alma paternal y miraba a los más jóvenes como a niños que cometían alguna nueva clase de broma.

—¿Y qué utilizaremos como lámparas si no podemos usar sustancias animales? Espero que sea arrojada luz de algún tipo sobre nuestra empresa —dijo el señor Lamb con ansiedad, porque en aquellos días no había queroseno ni canfeno, y el gas natural aún no se había descubierto.

—Nos arreglaremos sin ella hasta que descubramos algún aceite o cera vegetal que nos sirva —replicó el hermano Timon, con tal decisión que la hermana Hope consideró de inmediato que su lámpara habría de estar siempre dispuesta, si no encendida.

—Cada miembro se ocupará del trabajo que mejor encaje con su experiencia y fortaleza —continuó el dictador Lion—. Así evitaremos las tareas pesadas y el desorden y predominará la armonía. Nos levantaremos al amanecer, empezando el día con un

baño, seguido de música, y luego un desayuno frugal de fruta y pan. Cada uno se ocupará de sus tareas hasta la comida del mediodía, durante la cual la conversación profunda dará descanso al cuerpo y desarrollo a la mente. El trabajo saludable nos ocupará de nuevo hasta la última comida, en que nos reuniremos en comunión social y la prolongaremos hasta el anochecer, cuando nos retiraremos para un descanso agradable, listos para la actividad del día siguiente.

—¿Qué parte del trabajo reservas para ti? —dijo la hermana Hope, con un brillo pícaro en sus mirada aguda.

—Esperaré hasta que lo tenga claro. El gran objetivo es ser en lugar de hacer, y esto llega más bien por una disposición resignada que por una actividad intencionada, lo que es la prueba de todo crecimiento divino —respondió el hermano Timon.

—Eso pensaba yo. —Y la señora Lamb lanzó un suspiro sonoro, porque durante el año que el hermano Timon llevaba con su familia no había dejado de practicar esa idea de «ser, no hacer», y su «crecimiento divino» a ella le había parecido un proceso tan caro como poco satisfactorio.

En ese momento su marido entró en la conversación, con su rostro resplandeciente por la luz y la alegría de los sueños espléndidos y los altos ideales que lo rondaban.

—En esta etapa de la reforma, no confiaremos tanto en el razonamiento científico o en las habilidades psicológicas como en los dictados del espíritu. La mayor parte del deber del hombre consiste en dejar atrás mucho de lo que ahora hace. ¿Me estimularé con té, café o vino? No. ¿Consumiré carne? No, si valoro la salud. ¿Someteré al ganado? ¿Reclamaré la propiedad de cualquier criatura viviente? ¿Comerciaré? ¿Adoptaré alguna religión? ¿Me interesaré por la política? ¿A cuántas de estas preguntas, si las hacemos con la profundidad necesaria, y son consideradas en relación con nuestro bienestar eterno, responderíamos «Abstente»?

Un suave ronquido pareció hacerse eco de la última palabra de la rapsodia de Abel, pues el hermano Moses había sucumbido al banal cansancio y estaba sentado sacudiendo la cabeza como un enorme fantasma. Forest Absalom, el hombre silencioso, y John Pease, el miembro inglés, se fueron al establo; y la señora Lamb condujo a su rebaño a un redil temporal, dejando a los fundadores del «Consorcio familiar» construyendo castillos en el aire hasta que el fuego se apagara y el simposio acabara en humo.

El mobiliario llegó el día siguiente y se distribuyó con rapidez, pues la principal posesión de la comunidad consistía en libros. A esta excepcional biblioteca se dedicó la mejor habitación de la casa, y los pocos bustos y cuadros que aún sobrevivían a las muchas sacudidas fueron añadidos para embellecer el santuario, porque ahí se reunía la familia para entretenerse, formarse y orar.

Cualquier ama de casa puede imaginar las emociones de la hermana Hope cuando tomó posesión de la gran y deteriorada cocina, que contenía unos fogones viejos y una despensa singular donde había de preparar el alimento para su pequeña familia de once miembros. Tartas de azúcar de arce, guisantes y judías secos, cebada y sémola, harinas de todo tipo, patatas y fruta desecada. No había leche, mantequilla, queso, té o carne. Incluso la sal era considerada un lujo superfluo y un aditamento totalmente prohibido por aquellos amantes de la sencillez espartana. Diez años de experiencia en caprichos vegetarianos habían sido un buen entrenamiento para aquel nuevo experimento, y su sentido del ridículo la ayudó a solventar muchas coyunturas difíciles.

Pan ácimo, gachas y agua para el desayuno; pan, verduras y agua para comer; pan, fruta y agua para cenar era el menú decretado por los mayores. Ninguna tetera profanaba esa cocina sagrada; ningún filete sangriento clamaría venganza desde su casta parrilla; y solo el gusto de una mujer osada, su tiempo y su carácter serían sacrificados en ese altar doméstico.

El fastidioso asunto de la luz se solucionó comprando cierta cantidad de cera de arrayán para velas y, al descubrir que ninguno sabía cómo hacerlas, se adoptaron nudos de pino para ser usados solo cuando fuera absolutamente necesario. Al ser verano, las tardes no eran largas, y la fatigada fraternidad no encontraba muy duro retirarse con los pájaros. Su luz interior era suficiente para muchos de ellos. Pero la señora Lamb se rebeló. El anochecer era el único momento que tenía para ella y, mientras sus pies cansados reposaban, sus manos habilidosas remendaban las levitas rotas y hacían algo de calceta, o su corazón anhelante aliviaba su carga en un libro.

Así que «la lámpara madre» ardía pertinaz mientras los filósofos diseñaban nuevos cielos y tierras a la luz de la luna; y en todas las brumas metafísicas y pirotecnias filantrópicas de aquel periodo, la hermana Hope representaba su pequeño papel de «arrojar luz» y

ninguno, excepto las polillas, salía mal parado.

No se había visto una granja como aquella desde los tiempos de Adán. El grupo de hermanos empezó a arar el huerto y el campo, pero su ardor disminuyó sorprendentemente a los pocos días. Manos ampolladas y espaldas doloridas sugirieron la conveniencia de utilizar el ganado hasta que los trabajadores se hubieran acostumbrado al trabajo duro y noble en el verano de la nueva vida.

El hermano Moses trajo una yunta de bueyes de su granja, al menos eso pensaron los filósofos, hasta que se descubrió que uno de los animales era una vaca y Moses confesó que «se había rendido pronto porque no podía vivir solo de verduras».

Grande fue la indignación del dictador Lion ante este abandono de la virtud. Pero el tiempo apremiaba, el trabajo debía estar hecho; así que a la dócil vaca se le permitió llevar el yugo y el hermano apóstata continuó disfrutando de barricas prohibidas en el establo, y sus acciones siniestras provocaron que los niños lo consideraran como alguien ajeno a la perdición.

La siembra fue igualmente singular porque, debido a algún error, los tres hermanos que se consagraron a esta graciosa tarea se dieron cuenta, cuando estaban a mitad del trabajo, que cada uno había sembrado un tipo diferente de grano en el mismo campo; un error que les provocó gran perplejidad, como si no tuviera remedio, pero del que, tras una larga deliberación y una buena ristra de carcajadas, decidieron no comentar nada y esperar a ver qué salía.

La huerta se plantó con un montón generoso de tubérculos y hierbas, pero, como no estaba permitido profanar el suelo virgen con estiércol, dio solo unos pocos de aquellos tesoros vegetales. La verdolaga reinaba suprema, y los desilusionados plantadores se la comían con filosofía, diciéndose que la naturaleza sabía qué era mejor para ellos y cubriría con creces sus necesidades con tan solo acostumbrarse a digerir su «perifollo» y agrestes raíces.

Se dispuso el huerto, se realizaron algunos injertos, se colocaron nuevos árboles y vides a pesar de no ser la estación adecuada y de la completa ignorancia de los agricultores, que creían honestamente que en otoño obtendrían una cosecha generosa.

Poco a poco, las cosas se colocaron en su sitio y pronto se extendieron los rumores sobre el nuevo experimento, provocando que muchas almas forasteras acudieran en tropel, pues en aquellos días las comunas estaban de moda y el transcendentalismo bramaba

de manera incontrolada. Algunos vinieron para fisgonear y reírse, otros para encontrar respaldo a su pereza poética, unos pocos para creer sinceramente y trabajar con ardor. A cada miembro se le permitía tener su pasatiempo favorito y cabalgar en él hasta el centro de su corazón. Algunos jinetes eran muy raros, y muy rampantes algunos de los pasatiempos.

Un joven, creyendo que el lenguaje daba poco resultado si solo el espíritu era el adecuado, empezó a saludar suavemente a los recién llegados con un «Buenos días, malditos» y otras ocurrencias igual de contradictorias. Otro, incorregible al mantener que todas las emociones del alma debían ser expresadas con libertad, ilustraba su teoría con disparates que deberían de haberlo enviado al manicomio si, como dijo un bromista antirreformista, «él mismo ya no fuera uno». Cuando su espíritu se elevaba, trepaba a los árboles y gritaba; cuando le asaltaba la duda, se echaba a dormir y gemía de manera lamentable. En los periodos de dicha, corría, brincaba y cantaba; cuando estaba triste, lloraba escandalosamente, y cuando le surgía una gran idea en las guardias nocturnas, cacareaba como un gallito jocundo para gran deleite de los niños y gran fastidio de los mayores. Un hermano músico tocaba el violín muy emocionado, cantaba sentimentalmente a las cuatro niñas y colocaba una caja de música en el muro cuando sachaba el maíz.

El hermano Pease se alejaba a por su comida cruda o exploraba la granja en busca de acedera, menta o fruta verde y verduras nuevas. De vez en cuando, daba sus paseos por el exterior vestido airosamente con un poncho[42] de algodón crudo que era lo más cercano al atuendo primitivo que se le consentía. A mitad de verano se retiró para probar su idea a los bosques, donde vivían sin prejuicios las marmotas y los arbustos de arándanos estaban acogedoramente llenos. Por desgracia, una insolación lo estropeó y regresó a la semicivilización más triste y más sabio.

Forest Absalom conservaba su silencio pitagórico y sus hermosos rizos oscuros, y trabajaba como un castor, dando un ejemplo excelente de amor fraternal, justicia y fidelidad con su recta vida. Era él quien ayudaba a la saturada hermana Hope con las grandes coladas y realizaba las muchas tareas que los hermanos dejaban inconclusas: al estar tan ocupados discutiendo y definiendo grandes deberes, habían olvidado ocuparse de los pequeños.

Moses White caminaba alrededor con paso lento, «volteando»,

como él decía, con el aspecto de un patriarca de los viejos tiempos, con su pelo plateado y su barba caudalosa, y salvando a la comunidad de muchos contratiempos con su austeridad y su astucia yanqui.[43]

El hermano Lion se enseñoreaba de toda preocupación, pues, habiendo invertido la mayor parte del dinero en la empresa, estaba resuelto a hacerla rentable, como si alguien, excepto los entusiastas, pudiera esperar que algo fundado sobre la base de un ideal llegara a serlo.

Abel Lamb, simplemente, se divertía con la novedad, al creer sin ninguna duda que su sueño se realizaría de forma hermosa y a tiempo, no solo en las pequeñas Fruitlands, sino en el mundo entero, que se convertiría en un Valle Feliz. Trabajaba con cada músculo de su cuerpo porque poseía una sinceridad letal. Enseñaba con toda su cabeza y su corazón, planeaba y sacrificaba, rezaba y profetizaba con el alma llena de las aspiraciones más puras, los propósitos menos egoístas y el deseo de una vida consagrada a Dios y al hombre, demasiado elevada y tierna para soportar el áspero trato de este mundo.

Era menos notable que solo una mujer se hubiera unido a esta comunidad. La señora Lamb seguía a su marido adonde quiera que este la conducía, «como el lastre de un globo», decía ella con ironía.

La señora Jane Gage era una mujer madura y corpulenta, sentimental, amigable y vaga. Escribía versos con profusión, y sentía vagos anhelos y aprehensiones por lo desconocido que la conducían a creerse dotada para una esfera más elevada que nadie que ella conociera había adornado aún. Como había sido maestra, se la puso a instruir a los niños en materias comunes. Cada miembro tenía un turno con los infantes y, como cada cual enseñaba a su manera, el resultado era un estado de caos crónico en las mentes de tan afligidos inocentes.

Dormir, comer y la contemplación poética era lo que la querida Jane deseaba en la vida, y eludía todos los deberes como cortes en las alas de su espíritu. Jamás se le ocurrió la idea de echar una mano con las tareas domésticas, y cuando a la pregunta «¿Hay alguna bestia de carga en el lugar?», la señora Lamb respondió, con un gesto que no admitía duda, «¡Solo una mujer!», la rolliza Jane no se avergonzó, sino que rio la broma y dejó que la hermana de corazón firme siguiera tirando sola del carro.

Por desgracia, la pobre dama anhelaba los lujos y se esforzaba por satisfacerlos con tragos de leche a escondidas, galletitas y queso, y en una terrible ocasión compartió el pescado del vecino.

Uno de los niños informó sobre esta merma de la virtud y la pobre Jane fue recriminada públicamente por Timon.

—Solo tomé un pedacito de la cola —dijo entre sollozos la poeta penitente.

—Sí, pero el pez entero hubo de ser torturado y asesinado para que tú saciaras tu apetito carnal con ese pedazo de cola. ¿No sabéis aún, los consumidores de carne, que estáis alimentando al lobo y al tigre que acechan en vuestros corazones?

Ante esta terrible pregunta, el tintineo de la risa que provocó en uno de los hermanos más jóvenes, encantado por el ridículo contraste entre la robusta pecadora y el enjuto juez, y la pícara satisfacción del joven detective, la pobre Jane huyó de la habitación para hacer su baúl y volver a un mundo donde las colas de pescado no eran fruta prohibida.

Las chiquilladas transcendentales sembraron noticias aquel año, y su fama aún no había cesado en la zona, pues, por fútil que su cultivo pareciera a los forasteros, condujo a una cosecha invisible muy valiosa para los que la plantaron con sinceridad. Como ninguno de los miembros de esta comunidad singular había contado antes sus experiencias, unas pocas podían no estar fuera de lugar, ya que el interés por estos intentos nunca había decaído y Fruitlands era el mejor ejemplo de todos los sueños imposibles.

Se inventó una vestimenta nueva, pues el algodón, la seda y la lana estaban prohibidos por ser productos del trabajo esclavo, la masacre de gusanos y el robo a las ovejas. Túnicas y pantalones de lino tostado eran el único atuendo. Las faldas de las mujeres eran más largas y las alas de sus sombreros de paja más anchas que las de los hombres, y esta era la única diferencia. Cierto hostigamiento le dio encanto al traje, y los reformistas de pelo largo y vestidos de lino disfrutaban del ligero martirio que sufrían cuando salían del hogar.

Se abjuró del dinero como fuente de todo mal. El fruto de la tierra era para cubrir la mayor parte de sus necesidades o para intercambiarlo por algunas cosas que no podían cultivar. Esta idea tenía sus inconvenientes, pero la renuncia estaba de moda, y era sorprendente todo lo que se podía hacer cuando se practicaba. Si

querían viajar, caminaban; cuando era posible, rogaban para que les prestaran un vehículo o subían con valentía a un carro o coche de caballos y, exponiendo sus principios a los funcionarios, asumían las consecuencias. Normalmente su vestimenta, su franqueza y una respuesta amable les conseguían el pasaje, pero de vez en cuando los trataban con dureza y tenían la satisfacción de sufrir por sus ideas.

En uno de estos penosos peregrinajes, se subieron a una barca y, cuando les pidieron el billete, se ofrecieron ingenuamente a hablar en lugar de pagar. Como la barca ya había zarpado y, en ese momento, no tenían un céntimo, no hubo alternativa. Así que los hermanos Lion y Lamb se dirigieron al grupo de pasajeros con su estilo más elocuente. Debió de haber algo convincente en su discurso, pues los oyentes se vieron impelidos a dar un donativo a aquellos inspirados lunáticos que predicaban paz en la tierra a los hombres de buena voluntad llenos de sinceridad y con los bolsillos vacíos. Se reunió una buena suma, pero cuando el capitán se la mostró, los reformistas demostraron que eran firmes incluso en su locura, pues no aceptaron ni un penique diciendo, mientras miraban a los que había a su alrededor, cuya indiferencia o desdén se habían trocado en interés y respeto: «Ya veis lo bien que nos va sin dinero», y de esta manera siguieron tranquilos su camino, con sus blusas de lino ondeando airosamente al frío viento de octubre.

Predicaron el vegetarianismo por todas partes y resistieron las tentaciones de la carne contentándose con comer manzanas y pan en mesas bien surrtidas; y afligían en gran medida a los hospitalarios anfitriones al denunciar su comida y les quitaban el apetito después de hablar sobre los «horrores de las matanzas», «la bestia dentro del hombre» y «la abstinencia como un signo elegante del alma pura». Y cuando las damas, perplejas u ofendidas, preguntaban qué solían comer, les daban como respuesta un menú consistente en «tazones de amanecer para el desayuno», «semillas solares del campo», «platos de la casta mesa de Plutarco» y otras viandas igual de difíciles de encontrar en el mercado actual.

Esos hermanos acudían a todo tipo de asambleas reformistas, en las que decían cosas sabias y hacían muchas tonterías. Por desgracia, dichos paseos interferían en la cosecha en el hogar, pero la norma era hacer lo que emocionara al alma, así que dejaban los cultivos a la Providencia y se iban a recolectar a campos más

amplios y, esperemos, más fructíferos que el propio.

Por fortuna, la providencia terrenal que cuidaba de Abel Lamb estaba a mano para recoger la frugal cosecha producida por la «tierra incorrupta» que, «consagrada a la libertad del hombre», había recibido «el sobrio cultivo de los hombres devotos».

En el tiempo en que el grano estaba listo para ser almacenado, una llamada del Alma Superior se llevó a los hombres. Se acercaba una tormenta por el este y los montones amarillos se iban a arruinar con toda seguridad. Entonces la hermana Hope reunió a sus fuerzas. Tres niñas pequeñas, un niño —el hijo de Timon— y ella misma, provistos de hatillos de ropa y sábanas de lino ruso, fueron los únicos a los que pudo dirigir, y con estos pobres aperos la mujer indomable consiguió el grano y guardó alimento para sus hijos, con el instinto y la energía de un ave y una camada de polluelos hambrientos que alimentar.

Este intento de renovación tuvo un lado trágico y un lado cómico, aunque el mundo solo vio el último.

Con las primeras heladas, las mariposas, que durante el verano se habían asoleado en la nueva luz, salieron volando y dejaron las pocas abejas comprobando cuánta miel habían almacenado para el invierno. Bien poco había, aparte de la satisfacción de unos cuantos meses de vida santa.

A primera vista era como si también se les ofreciera la oportunidad de probar una muerte santa. Timon, muy contrariado por el fallo del sistema, decidió retirarse con los Shakers,[44] que parecían ser la única comunidad que seguía funcionando con éxito.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó la señora Hope, porque a Abel se le había roto el corazón ante el estallido de su encantadora burbuja.

—Podéis quedaros aquí si queréis hasta que se encuentre un arrendatario. No obstante, no debe cortarse más madera ni cultivarse más maíz. Todo lo que tengo debe venderse para pagar las deudas del asunto, pues es mía la responsabilidad. —Fue la amable respuesta.

—¿Y quién nos va a pagar a nosotros por lo que hemos perdido? Di todo lo que tenía: muebles, tiempo, fuerza, seis meses de la vida de mis hijos, y todo se ha malgastado. Abel se ha dado en cuerpo y alma y está casi devastado por el trabajo duro y la desilusión. ¿No vamos a conseguir nada a cambio, excepto quedarnos para morir de

hambre y frío en una vieja casa, con el invierno a las puertas, sin dinero, y casi sin un amigo, pues este plan salvaje ha alejado a casi todos los que teníamos? Hablas mucho de justicia. Danos un poco, pues nada más queda ya.

Pero la petición de la mujer no encontró otra respuesta que la de siempre: «Era un experimento. Todos arriesgamos algo y debemos soportar nuestras pérdidas como podamos».

Con este frío consuelo, Timon se fue con su hijo y fue absorbido por la hermandad Shaker, donde pronto encontró que el orden de las cosas se había revertido y todo era trabajo y nada diversión.

Entonces la tragedia empezó a golpear a la pequeña familia. La desolación y el desespero cayeron sobre Abel. Como había dicho su mujer, sus nuevas creencias habían alejado a muchos de sus amigos. Alguno le creyó loco; otros, poco escrupuloso. Los más amables pensaron que era un visionario a quien sería inútil ayudar hasta que no tuviera un punto de vista de la vida más práctico. Todos se mantuvieron al margen, diciendo: «Dejadle trabajar en sus ideas y que vea si merecen la pena».

Lo había intentado, pero fue un fracaso. El mundo no estaba preparado aún para Utopía, y aquellos que intentaron fundarla solo recibieron risas ante sus penas. En otro tiempo, los hombres podían venderlo todo y dárselo a los pobres, guiaban sus vidas por la devoción a la santidad y los pensamientos puros y, cuando la persecución se acabó, fueron honrados como santos o mártires. Pero ahora estas cosas están pasadas de moda. Vivir según nuestros principios, cueste lo que cueste, es una especulación peligrosa, y el fracaso de un ideal, no importa cuán humano o noble sea, es más difícil de perdonar y olvidar por el mundo que el robo de un banco o las grandes estafas de los políticos corruptos.

Aguas profundas pues, para Abel, y durante un tiempo pareció que no había lugar por donde cruzarlas. La fortaleza y el ánimo estaban exhaustos por el duro trabajo y un exceso de reflexión. La valentía falló cuando, al buscar ayuda, no encontró ninguna cara amable, ninguna mano tendida, ninguna voz dulce que le dijera: «Todos hemos cometido errores, hacen falta muchas experiencias para dar forma a una vida. Inténtalo de nuevo y deja que te ayudemos».

Todas las puertas estaban cerradas, los ojos esquivos, frío todo corazón y ninguna vía abierta que le permitiera conseguir pan para

sus hijos. Sus principios no le dejaban hacer muchas de las cosas que hacían otros y, en las pocas tierras donde la conciencia le habría permitido trabajar, ¿quién iba a contratar a un hombre que había huido como él de la sociedad?

Entonces, aquel soñador, cuyo sueño era el sentido de su vida, decidió llevar a cabo su idea hasta su amargo final. No parecía que hubiera aquí un lugar para él, ni trabajo ni amigos. Ir a suplicar a causa de sus circunstancias era tan innoble como mendigar dinero. Mejor morir de necesidad que vender la propia alma por el alimento del cuerpo. Se tendió en silencio en su cama, se volvió hacia la pared, y esperó con patética paciencia que la muerte cortara el lazo que él no podía desatar. Pasaron los días y las noches sin que sus labios probaran comida ni agua. Juntos, cuerpo y alma luchaban mudos; ninguna queja traicionaba lo que ambos sufrían.

Cuando las lágrimas y las plegarias no sirvieron, su mujer se sentó a esperar el fin con una extraña reverencia y sumisión, pues en aquella resignación total, había por encima de todo un significado elocuente para ella, que lo conocía como ningún otro ser humano. «Dejad todo en manos de Dios» era su creencia, y en esta crisis el alma querida se había aferrado a su fe, segura de que el Padre Omnipotente no abandonaría a un hijo que intentaba vivir tan cerca de Él. Reuniendo a sus hijos en torno a ella, esperó la resolución de la tragedia que se representaba en aquella habitación desolada mientras las primeras nieves caían afuera sin que ningún amigo las hollara.

Pero los firmes ángeles, que ayudan y enseñan a las almas perplejas y turbadas, van y vienen sin dejar rastro y, mientras tanto, obran milagros. Pues cuando todos los sentimientos se han desvanecido en la oscuridad y han muerto por completo todas las esperanzas; cuando la amargura del final está cerca y el cuerpo ha superado cualquier punzada de hambre o sed; cuando el alma queda lista para partir, el amor, que a todo sobrevive, se niega a morir. La cabeza se ha rendido ante la derrota, las manos se han desgastado con tantas tareas penosas, pero el corazón no se ha vuelto indiferente en aquellos que viven en sus tiernas profundidades, incluso cuando la muerte los acaricia.

—Mi fiel esposa, mis pequeñas… Ellas no me han abandonado, son mías por lazos que nadie puede romper. ¿Qué derecho tengo a dejarlas solas? ¿Qué derecho a escapar de la carga y la pena les

puedo ofrecer? Este deber me concierne y debo asumirlo con valentía. Por su bien, el mundo me perdonará con el tiempo; por su bien, Dios me ayudará ahora.

Demasiado débil para levantarse, Abel buscó a tientas la comida que siempre estaba a su alcance, y en la oscuridad y soledad de aquella noche memorable, comió y bebió lo que fueron para él el pan y el vino de una nueva comunión, una dedicación nueva en cuerpo y alma a los deberes que le habían abandonado cuando los sueños volaron.

En las primeras horas del alba, su apenada mujer entró con cautela a ver los cambios que se habían producido en el rostro del paciente sobre la almohada y lo encontró sonriéndole, vio una mano atrofiada tenderse hacia ella y oyó una débil voz que clamaba con fuerza: «¡Hope!».

Lo que sucedió en aquella pequeña habitación no puede ser registrado excepto en aquellos corazones que sufrieron y soportaron mucho en aras del amor. Es suficiente para nosotros saber que la pálida sombra del hombre emergió, apoyándose en el brazo de quien no le había fallado nunca, para ser recibido y aclamado por los niños, que nunca olvidaron las experiencias de aquel tiempo.

«Hope» era ahora la consigna y, mientras los últimos troncos ardían en la chimenea, y el último pan y las últimas manzanas cubrían la mesa, la nueva comandante, con coraje recobrado, le dijo a su marido:

—Deja todo en manos de Dios… y en las mías. Él ha hecho su parte, ahora me toca a mí.

—Pero no tenemos dinero, querida.

—Sí que tenemos. He vendido todo lo que pudimos salvar y tenemos suficiente para salir de este montón de nieve.

—¿Adónde podemos ir?

—He apalabrado cuatro habitaciones con nuestro buen vecino Lovejoy. Allí podremos vivir por muy poco hasta la primavera. Y entonces, si Dios quiere, haremos nuevos planes y una casa propia.

—Pero, Hope, tus pequeños ahorros no durarán mucho, y no tenemos amigos.

—Puedo coser y tú cortar leña. Lovejoy te ofrece la misma paga que al resto de sus hombres; mi vieja amiga, la señora Truman, me enviará todo el trabajo que necesito y mi bendito hermano nos apoyará hasta el final. Alégrate, querido mío, porque mientras haya

trabajo y amor en el mundo no sufriremos.

—Y, mientras tenga a mi buen ángel Hope, no desesperaré, incluso si he de esperar otros treinta años para ir más allá del mundo pequeño y sagrado en el que todavía tengo un sitio que ocupar.

Así pues, un desolado día de diciembre, con sus pocas pertenencias apiladas en un trineo, los rosados niños encaramados a lo alto y los padres caminando codo con codo detrás, los exiliados abandonaron su Edén y se encararon de nuevo con el mundo.

—¡Oh, mi sueño de felicidad! Cuánto dejo que nunca volverá a ser mío —dijo Abel, mirando hacia atrás al paraíso perdido, tendido allí, blanco y helado en su sudario de nieve.

—Sí, querido, pero cuánto nos llevamos —respondió la Hope de corazón valiente mirando a su marido e hijos.

—¡Pobre Fruitlands! ¡El nombre fue un fracaso tan grande como el resto! —continuó Abel, con un suspiro, mientras una manzana helada caía a sus pies desde una rama pelada.

Pero el suspiró se tornó en sonrisa cuando su mujer añadió, en un tono entre tierno y sarcástico:

—¿No crees que Apple Slump[45] habría sido un nombre mejor, querido?

[38] Con esta parodia publicada en 1873 en el *Independent*, y reimpresa en el *Woman's Journal* al año siguiente, la autora de *Mujercitas* narra la experiencia de los Alcott en Fruitlands, la comunidad transcendentalista que fundó el padre de familia, Amos Bronson Alcott, en 1843, en Harvard, Massachusetts, y a la que arrastró a toda su familia. La experiencia transcendentalista de conjugar naturaleza, pureza primigenia, religiosidad, animalismo y trabajo manual, llevada al extremo y relatada de manera hilarante y aguda por Louisa May, duró solo un año y medio.

[39] William Penn (1644-1718), fundador de la colonia inglesa de Pensilvania, fue, además un defensor de la igualdad, los derechos sociales y el pacifismo, cuyos principios aplicó a una comunidad cuáquera a la que denominó Holy Experiment [Santo Experimento]. Muy religioso, era partidario, como los fundadores de Fruitlands, del cristianismo primitivo. Su obra *No Cross, No Crown* [Sin cruz, no hay corona] (1669) es un clásico de la literatura religiosa.

[40] Todos los nombres y apellidos de los personajes tienen doble sentido. Así Timon Lion, el fiero león que «conduce» al rebaño, y Abel Lamb, la oveja buena; la señora Hope o Esperanza Lamb, el anciano Moses White, profeta de larga barba blanca; Forest Absalom, que lleva lo frondoso del bosque, *forest*, en su melena negra, en su nombre y en el apellido, que proviene del tercero de los hijos de David, «de abundante y hermosa cabellera», o John Pease, John o Jack el de los guisantes o las habichuelas mágicas del cuento tradicional de los hermanos Grimm; Jane Gage, la que todo lo mide para no hacer nada, o el señor Lovejoy, todo «amor y dicha». Hemos optado por no traducirlos y hacer aquí un recuento de su significado satírico.

[41] El hermano Moses tiene una manera de hablar peculiar y vulgar en el original que trataremos de reproducir en la traducción.

[42] En español en el original.

[43] Popularizado para designar a los soldados de la Unión durante la guerra de Secesión, el término *yankee* se usó originariamente para referirse a los habitantes de Nueva Inglaterra.

[44] Secta religiosa formada a finales del siglo XVIII por una disidencia de los cuáqueros ingleses. Se fundó en Manchester, Reino Unido. Reciben su nombre de la tendencia a sacudir (*shake*) el cuerpo mientras rezaban. Llegaron a ser conocidos por la fabricación de muebles, muy valorados aún, con un estilo propio que lleva su nombre.

[45] El doble significado de los nombres propios se da de nuevo aquí: *Fruitlands*, «tierras de fruta», o «fructífera», en oposición a *Apple Slump*, «la caída de la manzana», o «la ruina de la manzana», que, a su vez, contiene una referencia harto explícita al Génesis y la expulsión del paraíso terrenal de Adán y Eva.

SARAH ORNE JEWETT
(1849-1909)

UNA GARZA BLANCA[46]

I

Los bosques ya estaban plagados de sombras, justo antes de las ocho en punto de una tarde de junio, aunque un crepúsculo esplendoroso todavía refulgía levemente entre los troncos de los árboles. Una niña conducía a casa su vaca, una criatura de carácter lento, dilatorio y provocador, pero, a pesar de todo, una compañera estimable. Se alejaban de los restos de luz adentrándose en los bosques, pero sus pies conocían el sendero y no importaba si podían o no distinguirlo.

Era rara la noche de verano que podía hallarse a la vaca esperando en la valla del prado; al contrario, su mayor placer era esconderse lejos, entre los arbustos de arándanos, y aunque llevaba una esquila muy sonora, había descubierto que, si se quedaba totalmente quieta, esta no retumbaba. Así que Sylvia tenía que rastrearla hasta que la encontraba, y la llamaba «¡Vaaaca, vaaaca!» sin obtener nunca un «mu» por respuesta, hasta que su paciencia infantil casi se había agotado. Si la criatura no hubiera dado buena leche y en gran cantidad, sus dueñas se lo habrían tomado de otra manera. Además, Sylvia tenía todo el tiempo del mundo y lo utilizaba muy poco. A veces, con buen clima, era un consuelo considerar las travesuras de la vaca como un intento inteligente de jugar al escondite y, como la niña no tenía amigos, se entregaba a esta diversión con gran entusiasmo. Aunque la persecución había sido tan larga que el precavido animal había dejado una señal de su paradero, Sylvia solo se había reído cuando encontró a la señora Molly al lado de la charca y la urgió cariñosamente con una rama

de abedul para que tomara el camino a casa. A la vieja vaca no le apetecía vagar más, así que giró sin dilación en la dirección correcta cuando abandonaron el prado y se encaminaron por el sendero a buen paso. Estaba lista para el ordeño y apenas se detuvo a pacer. Sylvia se preguntaba qué diría su abuela de que llegaran tan tarde. Había pasado bastante tiempo desde que salió de casa a las cinco y media en punto, pero todos sabían lo difícil que era atar en corto a la vagabunda. La misma señora Tilley había perseguido al tormento astado tantas tardes de verano que no podía culpar a nadie por el retraso, y solo daba gracias por tener ahora a Sylvia para que le prestara tan valiosa ayuda.

La buena mujer sospechaba que la niña perdía el tiempo de vez en cuando por su cuenta: ¡no hay niño que no quiera vagar al aire libre desde que el mundo existe! Todos decían que era un cambio beneficioso para la mocita, que había intentado crecer durante ocho años en una ciudad industrial abarrotada. Sin embargo, era como si la misma Sylvia no hubiera estado viva de verdad antes de irse a vivir a la granja. Pensaba a menudo con piedad nostálgica en el geranio marchito que pertenecía a un vecino de la ciudad.

«Miedo a la gente —se dijo la vieja señora Tilley, con una sonrisa, después de elegir inesperadamente a Sylvia entre los muchos retoños de su hija y volver a la granja—. ¡Miedo a la gente, dicen! ¡Creo que no tendrá grandes problemas con esto en la casa vieja!». Cuando llegaron a la puerta de la vivienda solitaria y se detuvieron a abrirla, el gato, un minino abandonado, desde luego, pero engordado con jóvenes petirrojos, acudió ronroneando con fuerza y se frotó contra ellas. Entonces Sylvia murmuró que era un bonito lugar para vivir y nunca mostró deseos de volver a casa.

Las dos compañeras siguieron el camino sombrío del bosque, la vaca dando pasos lentos y la niña, muy rápidos. El animal se detuvo un buen rato junto al arroyo para beber, como si el prado no fuera casi una charca, y Sylvia se mantuvo quieta y esperó, dejando que se enfriaran sus pies descalzos en la orilla mientras las grandes polillas del atardecer chocaban suavemente contra ella. Vadeó el arroyo cuando la vaca arrancaba y escuchó a los tordos con el corazón latiendo de alegría. Había agitación en las grandes ramas de allá arriba, repletas de pequeñas aves y animales que parecían despiertos del todo y a lo suyo, si no dándose las buenas noches con trinos soñolientos. La misma Sylvia se sentía adormilada al caminar.

En cualquier caso, no quedaba mucho para la casa, y la brisa era suave y agradable. No solía permanecer en los bosques hasta tan tarde, y esto la hizo sentirse parte de las sombras grises y las hojas móviles. En ese momento pensaba en el tiempo que había pasado desde que llegara a la granja un año atrás, y se preguntó si todo seguiría en la ciudad ruidosa exactamente igual que cuando vivía allí. El recuerdo del niño de la cara grande y colorada que solía perseguirla y asustarla hizo que se apresurara por el camino para escapar de la sombra de los árboles.

De repente, aquella niña de los bosques fue sacudida por el miedo al oír un silbido nítido no muy lejano. No un trino, que hubiera sido algo amistoso, sino el silbido de un muchacho, decidido y, en cierta manera, agresivo. Sylvia abandonó la vaca a cualquiera que fuera el triste destino que la esperara y se internó silenciosamente en la maleza, pero era ya demasiado tarde. El enemigo la había descubierto y la llamó con una voz alegre y persuasiva.

—Hola, pequeña, ¿está lejos el camino?

Y una temblorosa Sylvia contestó, casi de manera inaudible:

—Queda un buen trecho.

No se atrevía a mirar directamente al joven alto que llevaba una escopeta a la espalda, pero salió de los arbustos y siguió de nuevo a la vaca mientras él caminaba a su lado.

—He estado siguiendo a algunas aves —dijo el forastero con amabilidad— y me he perdido. Necesitaba mucho una amiga. No te asustes —añadió galante—. Habla y dime cómo te llamas y si crees que podría pasar la noche en tu casa e irme temprano por la mañana.

Sylvia estaba más asustada que antes. ¿No le echaría la culpa su abuela? Pero, ¿quién podía prever un percance como aquel? No parecía culpa suya. Agachó la cabeza como si se le hubiera roto el cuello, pero se las arregló para responder con mucho esfuerzo «Sylvy» cuando su acompañante le preguntó de nuevo por su nombre.

La señora Tilley estaba de pie en la puerta cuando llegó el trío. La vaca soltó un fuerte «mu» para explicarse.

—¡Sí, mejor que hables en tu favor, tú, vieja desgraciada! ¿Dónde se ha metido esta vez, Sylvy?

Pero Sylvia guardó silencio, pasmada; sabía por instinto que su

abuela no comprendía la gravedad de la situación. Debía de haber confundido al forastero con uno de los jóvenes granjeros del lugar.

El muchacho apoyó la escopeta junto a la puerta y dejó caer a su lado una mochila abultada; luego le deseó buenas tardes a la señora Tilley, repitió su relato de viajero y preguntó si tendría alojamiento para una noche.

—Póngame donde quiera —dijo—. Debo irme pronto por la mañana, antes de que amanezca, pero la verdad es que estoy muy hambriento. Puede darme algo de leche, a cualquier precio, claro está.

—Sí, querido, por supuesto —respondió la anfitriona, cuya aletargada hospitalidad parecía estar despertándose sin dificultad—. Puede encontrar algo mejor si sale al camino principal, a un kilómetro y medio más o menos, pero es bienvenido en lo que tenemos. Ordeñaré ahora mismo, siéntase en su casa. Puede dormir sobre vainas secas o sobre plumas —dijo con gracia—. Las he criado todas yo misma. Hay una buena pradera para los gansos justo debajo de aquí, hacia el humedal. ¡Ahora, muévete y ponle un plato al caballero, Sylvy!

Y Sylvia se movió al instante. Estaba contenta de tener algo que hacer y también estaba hambrienta.

Fue una sorpresa encontrar una pequeña morada tan limpia y confortable en medio de la floresta de Nueva Inglaterra. El joven había conocido los horrores de la economía doméstica más pobre y la lúgubre miseria de esa clase social que no se rebela ante la compañía de las gallinas. Aquella era la austeridad más noble de una granja al viejo estilo, aunque a tan pequeña escala que parecía una ermita. Prestó atención al pintoresco lenguaje de la anciana y observó el rostro pálido de Sylvia y sus brillantes ojos grises con un entusiasmo creciente, e insistió en que era la mejor cena que había tomado en un mes. Después los nuevos amigos se sentaron juntos a la entrada mientras salía la luna.

Pronto llegaría el tiempo de las bayas y Sylvia era de gran ayuda en su recolección. La vaca era una gran lechera, aunque era un tormento no poder quitarle ojo, cuchicheó la anfitriona con franqueza, y añadió que había enterrado a cuatro hijos, así que la madre de Sylvia y un hijo en California —que podía estar muerto— eran los únicos que le quedaban.

—Dan, mi chico, era de mucha ayuda con la escopeta —explicó

con tristeza—. Nunca me faltaban perdices o ardillas grises cuando él estaba en casa. Ha sido un gran vagabundo, creo, y no tiene mano para escribir cartas. En esto no le culpo, si hubiera podido, yo también habría visto mundo.

Tras unos minutos callada, la abuela continuó con afecto.

—Sylvy es igual que él. No hay camino ni tierra que no conozca, y los animales la consideran uno más entre ellas. Las ardillas que ha domesticado, y toda clase de pájaros, vienen a comer de su mano. El invierno pasado hospedó a unos arrendajos, y creo que se privaría de su comida para tener qué darles si no la estoy vigilando. Estoy dispuesta a alimentar de todo, le he dicho, menos cuervos, aunque Dan tenía uno domesticado que parecía razonar como la gente. Estuvo por aquí un tiempo después de que él se fuera. Dan no se peleó con su padre, pero él no volvió a levantar cabeza desde que Dan lo desafió y se marchó.

El huésped no hizo caso de este resquicio de penas familiares, pues su mayor interés era otro.

—Así que Sylvy lo sabe todo sobre pájaros, ¿verdad? —exclamó mientras buscaba con la vista a la niña, que estaba sentada muy modosa y cada vez más adormilada a la luz de la luna—. Yo los colecciono. Estoy en ello desde que era un niño. —La señora Tilley sonrió—. Hay dos o tres muy raros. He estado buscándolos los últimos cinco años. Quiero llevármelos si puedo encontrarlos.

—¿Los mete en jaulas? —preguntó la señora Tilley, dudosa, en respuesta al entusiasta anuncio.

—Oh, no, son disecados y preservados, docenas y docenas de ellos —dijo el ornitólogo—, y yo he disparado o atrapado a cada uno de ellos. Atisbé una garza blanca a pocos kilómetros de aquí el sábado y la he seguido en esta dirección. No se habían visto antes en este municipio. La pequeña garza blanca, eso es. —Y se volvió de nuevo a mirar a Sylvia con la esperanza de descubrir que esta ave rara estaba entre sus amigos. Pero Sylvia miraba a un sapo saltarín en el estrecho sendero—. Reconocerías a la garza si la vieras —continuó el forastero con interés—. Una extraña ave alta y blanca de suave plumaje y largas patas delgadas. Quizá podría tener un nido en la copa de un árbol alto, hecho con ramas, similar al de un halcón.

El corazón de Sylvia latió con fuerza: conocía a la extraña ave blanca, había caminado con sigilo una vez cerca de donde ella

estaba, en cierta hierba verde clara de la charca, lejos, más allá del otro lado del bosque. Era un lugar abierto donde la luz del sol parecía extrañamente amarilla y cálida, donde crecían juncos altos e inclinados, pero su abuela le había advertido de que podía hundirse en el fango negro y blando y que nunca más se volviera a saber de ella. No mucho más allá estaban las marismas saladas, justo al lado del mar, en el que Sylvia pensaba y soñaba a menudo, pero que nunca había visto, cuya gran voz podía oírse a veces sobre el murmullo de los árboles en las noches de tormenta.

—No puedo pensar en nada que me gustara más que encontrar ese nido de garza —dijo el apuesto forastero—. Daría diez dólares a cualquiera que me lo mostrara —añadió con desesperación—, y es mi intención emplear todas mis vacaciones, si fuera necesario, buscándolo. Quizá estaba migrando, o ha sido expulsada de su zona por algún ave rapaz.

La señora Tilley prestaba atención con interés, pero Sylvia aún miraba al sapo, sin adivinar, como habría hecho en un momento de mayor tranquilidad, que la criatura quería ir a su guarida bajo el escalón de la entrada, pero los espectadores, inusuales a esa hora del anochecer, se lo impedían. Esa noche no tenía ideas suficientes para decidir cuántos tesoros anhelados podría comprar con los diez dólares mencionados tan a la ligera.

Al día siguiente, el joven cazador se fue al bosque y Sylvia le hizo compañía tras perder su reticencia inicial hacia el amistoso muchacho, que demostró ser muy agradable y simpático. Le contó muchas cosas sobre los pájaros, lo que sabían y dónde vivían y qué hacían. Y le regaló una navaja, que ella consideró un gran tesoro como si habitara en una isla desierta. En ningún momento del día la preocupó o la asustó, excepto cuando abatió a una criatura desprevenida que cantaba en su rama. A Sylvia le habría gustado mucho más sin su escopeta, no podía entender que matara a los pájaros que tanto parecían gustarle. Pero mientras el día menguaba, Sylvia aún miraba al joven con cariñosa admiración. Nunca había visto a nadie tan encantador y agradable. El corazón de mujer dormido en la niña se había estremecido vagamente por un sueño de amor. Cierta premonición poderosa removía y agitaba a estas jóvenes criaturas que atravesaban los bosques solemnes con paso cuidadoso, ligero y silencioso. Se pararon a escuchar el canto de un pájaro y continuaron con decisión, apartando las ramas y hablando

entre sí, ocasionalmente, en susurros. El joven iba delante y Sylvia lo seguía, fascinada, a unos pocos pasos, con sus ojos grises oscurecidos por la emoción.

El joven se afligió porque la anhelada garza blanca los eludía, pero ella no guiaba al invitado, solo lo seguía, y por nada del mundo era la primera en hablar. El sonido de su propia voz la habría aterrorizado; ya era bastante difícil responder sí o no cuando era necesario. Al fin, la tarde empezó a caer y condujeron la vaca a casa. Sylvia sonrió con placer cuando llegaron al lugar donde, justo la noche anterior, había oído el silbido y se había asustado.

II

A poco más de un kilómetro, en el límite más lejano del bosque, donde el terreno era más elevado, se levantaba un gran pino, el último de su generación. Nadie podía afirmar si había sido dejado allí como un hito o por cualquiera otra razón. Los leñadores que derribaron a sus compañeros ya habían muerto y desaparecido hacía tiempo, y un bosque completo de árboles robustos —pinos, robles y arces— había crecido de nuevo. Pero la cabeza majestuosa de aquel viejo pino sobresalía entre todos ellos y constituía un hito desde el mar y la costa a kilómetros de distancia. Sylvia lo conocía bien. Había creído siempre que quien subiera a la copa podría ver el océano, y la pequeña había posado a menudo la mano en el gran tronco rugoso y mirado hacia arriba con nostalgia a las ramas oscuras que el viento siempre agitaba, no importaba cuán cálido y calmo fuera el aire por debajo de ellas, en ese momento pensó en el árbol con una emoción nueva, porque, si uno trepaba al romper el día, ¿no vería todo el mundo y descubriría fácilmente adónde volaba la garza blanca, señalaría el lugar y encontraría el nido oculto?

¡Qué espíritu aventurero, qué ambición salvaje! ¡Qué fantástico triunfo, alegría y gloria más tarde en la mañana, cuando pudiera dar a conocer el secreto! Era casi demasiado real y grande para que lo soportara un corazón infantil.

La puerta de la pequeña casa permaneció abierta toda la noche, y los chotacabras vinieron y cantaron sobre el escalón. El joven cazador y su anciana anfitriona estaban profundamente dormidos,

pero el gran plan de Sylvia la mantenía bien despierta y alerta. Se olvidó de pensar en dormir. La corta noche de verano parecía tan larga como la oscuridad del invierno y, al fin, cuando los chotacabras callaron y ella temió que, después de todo, la mañana llegaría demasiado pronto, se escabulló de la casa y siguió el sendero del prado a través del bosque, apresurándose hacia campo abierto más allá, escuchando con una sensación de bienestar y compañía el soñoliento gorjeo de un pájaro medio dormido, cuya rama había sacudido ella al pasar. ¡Ay, si la gran ola de curiosidad humana que inundaba por primera vez esta pequeña vida aburrida barriera la satisfacción de una existencia íntima con la naturaleza y la vida silenciosa del bosque!

Allí estaba el gran árbol, dormido aún a la pálida luz de la luna, y la pequeña y tonta Sylvia empezó con la mayor valentía a trepar hasta lo más alto, con la sangre cosquilleando ansiosa por los canales de todo su cuerpo, con los pies y manos desnudos, que se clavaban y sujetaban como garras de ave a la monstruosa escalera que alcanzaba casi el mismísimo cielo. Primero hubo de ascender el roble blanco que crecía al lado, donde casi se perdió entre las ramas oscuras y las hojas verdes, grandes y húmedas de rocío. Un pájaro salió volando de su nido y una ardilla roja corrió de un lado a otro y riñó malhumorada a la inofensiva intrusa. Sylvia siguió su camino sin dificultad. Había trepado allí a menudo y sabía que las ramas más altas y firmes del roble rozaban el tronco del pino justo donde se apelotonaban sus ramas más bajas. Allí, al pasar peligrosamente de un árbol a otro, era donde realmente empezaba la gran aventura.

Se arrastró a lo largo de la rama bamboleante del roble y dio el paso atrevido hacia el viejo pino. El camino era más difícil de lo que había pensado, debía alcanzar ramas lejanas y agarrarse deprisa, las ramas secas y afiladas la atrapaban, la sujetaban y la arañaban como garras furiosas. El esfuerzo volvía sus pequeños y delgados dedos torpes y rígidos mientras daba una vuelta tras otra al gran tronco del árbol, cada vez más arriba. Abajo, en el bosque, los gorriones y petirrojos empezaban a despertarse y a trinar al amanecer, pero parecía que había mucha luz en lo alto del pino y la niña supo que debía darse prisa para llevar a cabo su plan.

El árbol parecía alargarse a medida que subía y llegaba más y más alto. Era como el palo mayor de la tierra navegante. Sin duda, debía de haberse sorprendido aquella mañana al notar en toda su

poderosa figura cómo aquella decidida chispa de espíritu humano seguía su camino entre las ramas más altas. ¡Quién sabe con cuánta determinación se sujetaban las ramas para ayudar a la ligera y débil criatura en su camino! El viejo pino debió de haber amado a su nuevo habitante. Por encima de todos los halcones, los murciélagos, las polillas, e incluso de las dulces voces de los tordos, estaba el valiente y palpitante corazón de la solitaria niña de ojos grises. Y él árbol se mantuvo quieto y torció el gesto a los vientos de aquella mañana de junio mientras el amanecer crecía brillante por el este.

La cara de Sylvia era como una estrella blanca vista desde el suelo cuando hubo pasado la última rama espinosa y se detuvo, temblando y cansada, pero triunfante por completo, en lo alto del árbol. Sí, allí estaba el mar, con la luz del amanecer dándole un resplandor dorado, y hacia aquel este glorioso volaban dos halcones con aleteos de movimientos lentos. Qué bajos parecían en el aire, desde aquella altura, cuando antes solo los había visto allí arriba, a lo lejos y oscuros contra el cielo azul. Sus plumas grises eran suaves como las de las polillas, parecían estar muy cerca del árbol y Sylvia sintió como si ella también pudiera irse volando entre las nubes. Hacia el oeste, los bosques y granjas se extendían a kilómetros de distancia, con campanarios de iglesias y pueblos blancos aquí y allá. En verdad era un mundo vasto y impresionante.

Los pájaros cantaban cada vez más alto. Al fin el sol salió abrumadoramente brillante. Sylvia podía ver las velas blancas de los barcos allá en el mar, y las nubes, que eran violetas, rosas y amarillas al principio, empezaron a desvanecerse. ¿Dónde estaba el nido de la garza blanca entre aquel mar de ramas verdes? ¿Era aquella vista maravillosa y espectacular del mundo la única recompensa por haber subido a una altura tan vertiginosa?

Ahora, Sylvia, mira de nuevo hacia abajo, donde se encuentra el verde humedal entre los abedules brillantes y los oscuros falsos abetos: donde viste por primera vez a la garza blanca, la verás de nuevo. ¡Mira, mira! Una mancha blanca como una sola pluma flotante aparece en el abeto seco y se hace más grande, y se eleva, y se acerca al fin, y va hacia el pino con firmes aleteos, largo cuello y cresta en la cabeza. ¡Espera, espera! ¡No muevas ni un pie ni un dedo, pequeña, no envíes una flecha de luz y conocimiento desde tus ansiosos ojos, porque la garza se ha posado en una rama del pino no lejos de la tuya y llama a su compañero desde el nido y

ahueca sus plumas para el nuevo día!

Minutos más tarde, la niña emitió un largo suspiro cuando se fue la solemne garza, molesta por los revoloteos y el desconcierto de una bandada de maulladores que había llegado también al árbol. La niña ahora conocía el secreto: el ave salvaje, ligera y esbelta, que flota y ondea, y vuelve allá abajo como una flecha, a su hogar, en el mundo verde. Luego, muy satisfecha, Sylvia emprendió el peligroso descenso sin atreverse a mirar más abajo de la rama en la que estaba, a punto de llorar porque le dolían los dedos y sus dañados pies se escurrían, y preguntándose una y otra vez qué le diría el forastero y qué pensaría cuando le contara cómo encontrar el camino directo al nido de la garza.

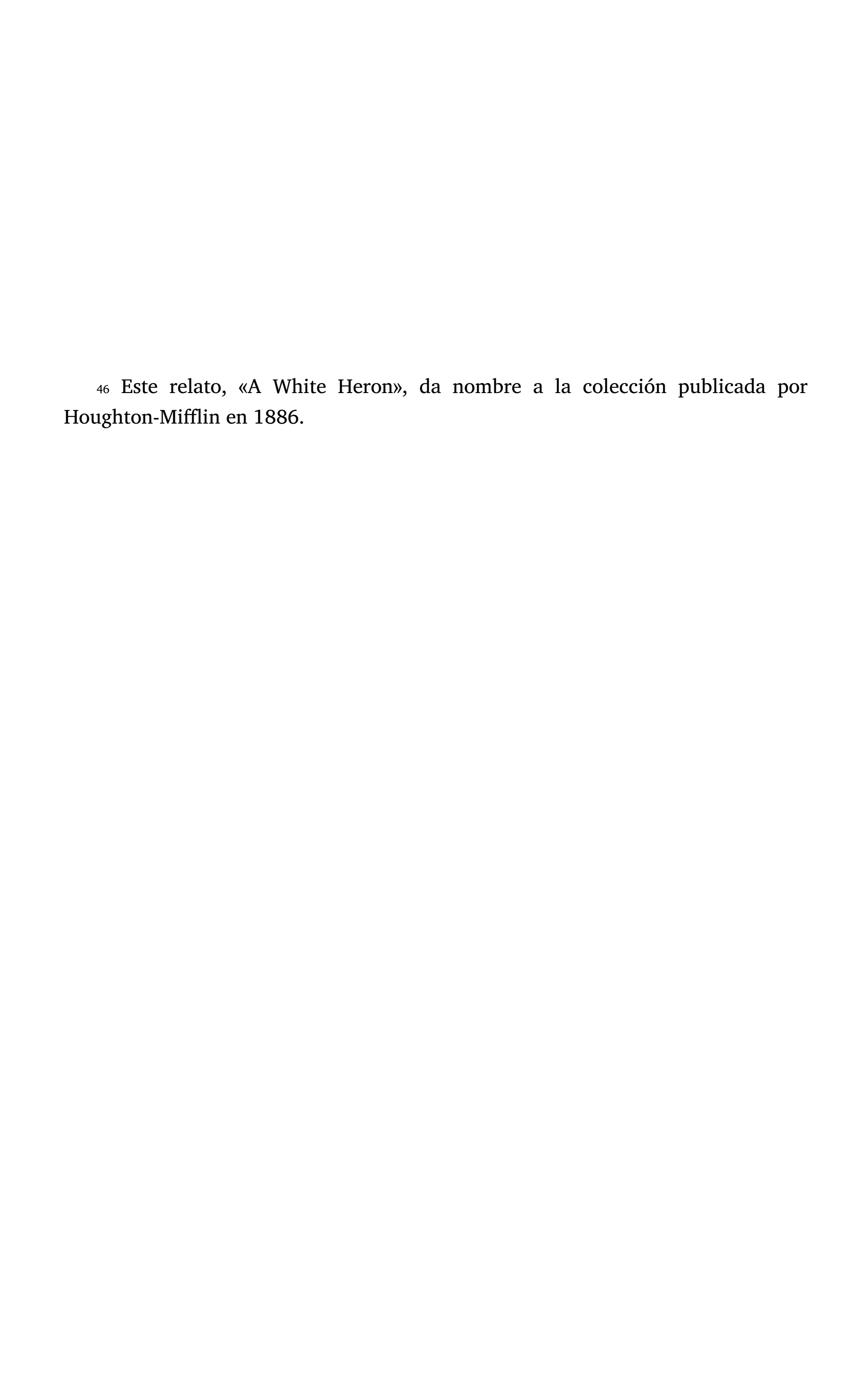
—¡Sylvy, Sylvy! —la llamó una y otra vez su atareada y anciana abuela, pero nadie respondió. La pequeña cama de vainas secas estaba vacía, Sylvia había desaparecido.

El invitado se despertó de un sueño y, al recordar el placer que le esperaba ese día, se dio prisa en vestirse, pues no tardaría en llegar. Por el modo en que la niña tímida lo había mirado una o dos veces el día anterior, estaba seguro de que había visto a la garza blanca, y ahora debía de estar dispuesta a decírselo. Aquí llega, pálida como nunca, con su desgastado y viejo vestido, desgarrado y andrajoso, y llena de pinaza. La abuela y el cazador están juntos en la puerta y le preguntan. Ha llegado el espléndido momento de hablar del abeto seco al lado del humedal verde.

Pero, al cabo, Sylvia no dice nada, aunque la anciana abuela la riñe suavemente y los ojos amables y atractivos del joven se clavan en los suyos. Él las puede hacer ricas, lo ha prometido, y ahora son pobres. También merece ser feliz y está esperando oír la historia que ella puede contarle.

¡No, se mantiene callada! ¿Qué es eso que la retiene y la vuelve muda de repente? ¿No ha estado creciendo durante nueve años y, ahora, cuando el gran mundo le tiende la mano por primera vez, la rechaza por un ave? El susurro de las ramas verdes del pino permanece en sus oídos, se acuerda de cómo la garza blanca llegó volando a través del aire dorado, y de cómo miraron juntas el mar y la mañana, y Sylvia no puede hablar; no puede contar el secreto de la garza y acabar con su vida.

¡Querida lealtad, qué aguda punzada sufriste, mientras el huésped, al que podría haber servido y seguido y amado como aman los perros, se iba desilusionando progresivamente! Durante muchas noches, volviendo a casa con la vaca holgazana, Sylvia oía el eco de su silbido rondando el camino del prado. Olvidó incluso su pena ante el recuerdo nítido de su escopeta y la visión de tordos y gorriones cayendo silenciosos al suelo, sus canciones enmudecidas y sus bonitas plumas manchadas y húmedas de sangre. ¿Eran los pájaros mejores amigos de lo que habría sido su cazador? ¡Quién sabe! ¡Bosque y verano, acordaos! Ha perdido todos los tesoros, ¡dadle vuestros regalos y dones y contadle vuestros secretos únicamente a esta solitaria niña del campo!



[46] Este relato, «A White Heron», da nombre a la colección publicada por Houghton-Mifflin en 1886.

HARRIET BEECHER STOWE
(1811-1896)

NUESTRA CASA[47]

Nuestro galán Bob Stephens, cuyo bote salvavidas había rescatado a nuestra Marianne, ha adquirido últimamente la manía de construir casas mentalmente. Bob es, de alguna manera, irritante, difícil de contentar, aficionado a los asuntos domésticos y las singularidades, y un hombre así nunca puede encajar en una casa pensada por otro, pues la construcción de viviendas siempre ha sido su diversión mental favorita. Durante todo el noviazgo empleó mucho tiempo en planificar la futura casa como si tuviera dinero para construir una, y todos los dibujos de Marianne, y la mitad del reverso de la correspondencia entre ambos, estaban garabateados con planos y alzados. Luego, esta disposición crónica se aceleró de forma acusada por la llegada de capital a su economía doméstica, procedente de lo que le había quedado a una laboriosa vieja tía que hizo testamento a favor de Bob, dejándole, entre otras cosas, un pequeño terreno en un municipio rural a una hora en tren de Boston.

Así que ahora los planos han engordado y mi mujer es consultada mañana, tarde y noche, y nunca entro en la habitación que no me encuentre sus cabezas muy juntas sobre el papel y oiga a Bob explayarse sobre su biblioteca ideal. Parece haber ido tan lejos que el techo va a ser de roble tallado, con vigas unidas en una pieza central y un acabado medieval en azul ultramar y dorado, y luego sigue con diseños góticos para las estanterías, cuya realización requeriría de carpinteros expertos y de peculio para pagarlos, y así sería la cosa más maravillosa del mundo.

Marianne se ocupa de las alacenas y despensas, y de un dormitorio en la planta principal, pues, como cualquier otra mujer

de nuestros días, espera no tener ánimo suficiente para correr escaleras arriba con mayor frecuencia que una o dos veces a la semana, y mi mujer, que es un genio en esto, y que diseñó hace tiempo docenas de casas para sus amistades en las que ahora viven felizmente, coge cada día lápiz y regla y trabaja en reorganizar los planos de acuerdo con las ideas cambiantes y variadas de la joven pareja.

Un día importuna a Bob para que renuncie a medio metro de su biblioteca a favor de un armario para el dormitorio, pero él se resiste como un troyano. A la mañana siguiente, convencido tras súplicas hogareñas, Bob se rinde y mi mujer borra las líneas de ayer, quita ese medio metro de la biblioteca y surge el armario. Pero ahora el salón es demasiado estrecho: debe moverse medio metro hacia el vestíbulo. Bob asegura que esto estropeará la simetría de la escalera y, si hay algo que él desee, es un vestíbulo ancho, generoso y amplio al que acceder desde la entrada principal.

—Vale —dice Marianne—, añadamos medio metro más al ancho de la casa.

—Verás, no podemos asumir el gasto —dice Bob—. Cada metro que añadamos al muro exterior necesita demasiados ladrillos, demasiado suelo, demasiado techo, etcétera.

Y mi mujer, con el ceño fruncido, revisa los planos y piensa en cómo sacar medio metro más al salón sin mover los muros.

—Creo —dice Bob, asomando sobre su hombro— que de aquí puedes sacar tu medio metro para el salón y añadir medio al otro lado para las escaleras del vestíbulo. —Y se lanza con brío lápiz en mano.

—¡Oh, Bob —exclama Marianne—, ahí está la despensa! ¡La estropearás, y no habrá espacio para las escaleras hacia la bodega!

—¡Que le den a la despensa y a la bodega! —dice Bob—. Madre les hará sitio en otro lugar. Creo que la casa debe ser espaciosa y alegre, y las despensas y esas cosas han de cuidarse solas, se pueden colocar en *cualquier* sitio. No sufras, que encontrarás un sitio para ellas en alguna parte. ¿Para qué queréis siempre las mujeres cocinas tan enormes?

—No es más grande de lo necesario —dice mi mujer, pensativa —. Nada se gana reduciéndola.

—¿Y si lo pones todo en el sótano —sugiere Bob— y nos lo quitamos de golpe de la vista?

—Jamás, si puede evitarse —dice mi mujer—. Las cocinas en sótanos son males necesarios, solo tolerables en las ciudades, donde la tierra es demasiado cara para permitirse otra cosa.

Y así continúa la discusión hasta que el trío decide aplazar el asunto. A la mañana siguiente, una idea visita la almohada de mi mujer. Se levanta, toma planos y papel, y antes de las seis en punto ha ensanchado el salón de manera muy inteligente eliminando un mirador. Así aparece y desaparece la futura casa, derribada inocentemente y reconstruida a base de goma y mina de plomo. Las puertas son derribadas por la noche y levantadas por la mañana, las ventanas desaparecen de aquí y son colocadas allí cuando algún observador sugiere posibilidades de demasiada corriente de aire o demasiado poca. Ahora todo parece terminado cuando, ¡vaya!, ¡un descubrimiento! No hay chimenea o estufa en la habitación de mi dama, y no podrá haberla si no se mueve el baño. El lápiz y la goma están de nuevo ocupados y, por un momento, la casa amenaza con venirse abajo ante la confusión de movimientos: el baño vagabundea cual fantasma, ora invadiendo un armario, ora amenazando la calma del recibidor, hasta que es colocado por algún cálculo inaudito de mi mujer y se detiene a descansar en un lugar tan propicio que todos se preguntan por qué no lo habían pensado antes.

—Papá —dijo Jenny—, me parece que, cuando se pone a construir, la gente no sabe qué quiere exactamente. ¿Por qué no escribes un artículo sobre la construcción de viviendas?

—He pensado en ello —dije, con el aire de un hombre llamado a provocar una gran reforma—. Se debe a que nuestros jóvenes y mamá se enredan a diario en telarañas que al día siguiente se desenredan.

—Verás —dijo Jenny—, es solo que tienen demasiado dinero y quieren todo lo que hay bajo el sol. Ahí está Bob, estudiando nadie sabe por qué arquitectura clásica y diseñando todo tipo de fruslerías. Y Marianne tiene sus propias ideas sobre vestíbulos y baños y alacenas y armarios para el dormitorio; y Bob quiere el vestíbulo de un barón; y mamá insiste en armarios para la ropa blanca y los baños y todo eso, y así acabarán todos desesperados.

El asunto no se me antojó improbable.

—No sé, Jenny, si yo, escribiendo un artículo, podré prevenir todo eso, pero como mi colaboración en el *Atlantic* está cerca, y

debo escribir sobre lo que pienso, lo haré sobre este tema y luego os animaré la tarde.

Por tanto, aquella tarde, mientras Bob y Marianne habían venido de visita como siempre, y la tarea de dibujar y borrar continuaba en el sofá de la señora Crowfield, escribí mi artículo y se lo leí:

NUESTRA CASA

—Hay un lugar llamado «nuestra casa» que todo el mundo conoce. En el mar, el marinero habla de él en sueños. El soldado herido, que da vueltas en su incómoda cama de hospital, se ilumina al oír esta expresión: para él es como agua fresca en el desierto, como la caricia de unos dedos fríos en una frente febril. «Nuestra casa», dice débilmente, y la luz regresa a sus ojos sombríos, pues todas las bondades del hogar, todos los pensamientos afectuosos, toda la pureza, todo lo que el hombre ama en la tierra o espera del cielo descansa en esa expresión.

»"Nuestra casa" puede ser de cualquier estilo o arquitectura, rica o pobre. Puede ser una vieja granja parda, con un elevado depósito para el agua, o una casita de campo de una sola planta con el tejado abuhardillado, o una casa blanca grande y cuadrada, con contraventanas verdes, bajo olmos centenarios que se mecen con la brisa, o puede ser una cabaña en el bosque, de una sola habitación, y aun así persiste la magia cuando se convoca su recuerdo. Su piedra o su ladrillo y mortero son como ningún otro; sus tablas y tejas nos son queridas, y tienen el poder de recordarnos tiempos lejanos y todo lo que es sagrado en el amor al hogar.

—Papá se está poniendo sentimental —murmura Jenny lo bastante alto para que lo oiga. Le hago un gesto tajante con la cabeza y continúo impertérrito.

—No hay nada en la existencia humana que tenga mayor influencia en nosotros que la casa que habitamos, especialmente aquella en la que pasamos nuestros primeros y determinantes días. La construcción y decoración de una casa influyen en la salud, el bienestar, la moral, la religión. Han existido casas construidas con tal falta de consideración hacia sus ocupantes, tan incoherentes y azarosas en la disposición de sus habitaciones, tan sombrías y tristes y tan carentes de toda comodidad e intimidad, que parece imposible llevar en ellas una vida familiar alegre, generosa, racional y devota.

»Hay, nos avergüenza decirlo, en nuestras ciudades, *cosas* llamadas casas, construidas y alquiladas por gente que camina erguida y tiene el aspecto y las maneras propias de seres humanos civilizados y cristianos, que son tan inhóspitas que solo pueden ser consideradas engaños y trampas para el alma; lugares donde los niños no pueden escapar de crecer sucios e impuros; lugares en los que es imposible formar un hogar y donde llevar una vida cristiana decente requiere de una fortaleza milagrosa.

»Un celebrado filántropo británico, que se ha dedicado a estudiar las viviendas de los pobres, opinó que, en Londres, las asociaciones contra el alcoholismo serían una tarea vana hasta que dichas viviendas sufrieran una transformación. Son tan raquíticas, tan oscuras, tan incómodas, tan agobiadas por la infamia, el dolor y la inconveniencia, que sus miserables habitantes solo hallan la fuerza necesaria para resistir día tras día drogándose con ginebra y opio. Él mismo había intentado reformar a un borracho sacándolo de una de aquellas repugnantes guaridas y proporcionándole una casa de alquiler en un bloque moderno de viviendas construido bajo su supervisión. El joven se había dedicado a diseñar números para las imprentas, tenía un cuerpo delicado y un temperamento nervioso, susceptible. Encerrado en una habitación miserable con su mujer y sus hijos pequeños, sin la posibilidad de aire puro, con solo agua inmunda y fétida que beber, con el ruido de otras familias pobres resonando a través de los delgados muros, ¿qué posibilidad tenía excepto recurrir a estimulantes que por una hora breve lo alejaran de la percepción de tales miserias? Al cambiar de inmediato a un apartamento limpio, donde, por el mismo alquiler que en su antigua guarida, tenía tres buenas habitaciones, agua para consumo, servicios y baño sin coste alguno, y la bendita luz del sol y el aire entrando por ventanas bien colocadas para facilitar la ventilación, se convirtió en semanas en un hombre nuevo. Con los encantos del pequeño lugar al que podía llamar hogar, su silencio, su orden, su antiguo talento regresó y encontró fuerza en el aire y el agua limpios, y en los pensamientos más puros de los que son emblema, para abandonar los estimulantes devastadores y embrutecedores.

»La influencia de las viviendas para lo bueno y para lo malo, en el cerebro, los nervios y, a través de ellos, en el corazón y la vida, es algo que los que construyen casas para vender o alquilar han de tener muy en cuenta. Lo que debe inspirar al hombre ha de ser algo

más generoso que el mero porcentaje que puede obtener con su inversión. El que puede construir casas debería pensar un poco en este asunto. Debería considerar para qué son las casas y cómo ha de hacerlas para que sean humanas. La mayor parte de las casas de las ciudades no han sido construidas por sus habitantes, sino para ellos por los que invierten su dinero en esto sin más idea, por pequeña que sea, del beneficio que obtendrán.

»Para personas de grandes fortunas existen, claro está, residencias palaciales, con toda la riqueza que puede hacer agradable la vida. Pero en esa clase de viviendas que son la opción de la gran mayoría, las que han de elegir los jóvenes en el principio de sus vidas, cuando los recursos son comparativamente menores, hay todavía mucho espacio para las ideas y un empleo juicioso del dinero.

»Al observar las casas que serán alquiladas por personas de recursos moderados, no se puede evitar el deseo de construir, porque uno ve multitud de maneras con las que construir una casa agradable por el mismo dinero empleado para una desagradable e incómoda.

—¡Eso es! —dijo Bob con énfasis—. ¿No recuerdas, Marianne, en cuántas casas deprimentes, corrientes y miserables hemos estado?

—Sí —dijo Marianne—. ¿Recuerdas aquella con habitaciones tan estrechas y pequeñas, pero una escalera hermosa, con una alacena con vidrieras en los cristales, pero sin pila en la cocina?

—Sí —dijo Bob—, y aquellos asombrosos y abominables abortos de piedra que adornaban los escalones de entrada. Hay que decir que la gente emplea una buena cantidad de dinero para hacer casas feas.

—Uno puede disponer a voluntad —dijo Marianne— adornos en la fachada y grandes molduras en el interior que no tienen uso ni belleza posibles, y ostentosas cornisas de escayola y rosetones en el techo del salón, e incluso chimeneas de mármol por el lujo de tener agua caliente y fría en cada habitación y un par de baños confortables. ¡Pero la disposición de ventanas y puertas es totalmente inconveniente! ¡Cuán a menudo vemos estancias pensadas como dormitorios donde realmente no hay un espacio adecuado para la cama ni para el tocador!

En ese momento, mi esposa levantó la mirada al haber acabado de redibujar los planos con el último cambio.

—Uno de los mayores avances que podría tener lugar en estos tiempos de cambios —observó— sería tener arquitectas. Lo malo en esas casas construidas para alquilar es que todas son meras maquinaciones masculinas. Ninguna mujer diseñaría estancias donde no hay otro lugar para la cama que junto a una ventana o una puerta, ni malgastaría el espacio con accesos donde debiera haber armarios. En lo que respecta al movimiento actual para abrir nuevas profesiones al sexo femenino, no veo por qué las mujeres bien educadas no podrían ser arquitectas. El diseño y disposición de las casas, así como el de los jardines, son un asunto propio del conocimiento y el gusto femeninos. Esto nos lo enseña la naturaleza. ¿Quién podría pensar en un nido de azulejo que hubiera sido construido por completo por el señor Azul sin la ayuda de su esposa?

—Querida —dije—, deberías sin duda enviar un artículo sobre el tema a la próxima Convención de los Derechos de la Mujer.

—Soy de la opinión de Sojourner Truth[48] —dijo mi mujer—, de que la mejor manera de probar la idoneidad de alguien haciendo algo es *que lo haga*. La mujer que haya tenido energía suficiente para dedicarse al estudio, con la intención de trabajar en ese campo, estoy segura de que encontrará pronto un empleo.

—Si lo hace tan bien como tú, querida mía —dije yo—. Hay bastantes mujeres jóvenes en nuestros institutos de Boston que se van a dedicar a campos más elevados de la matemática de los que requiere la arquitectura, y las escuelas de diseño muestran la flexibilidad y fertilidad del lápiz femenino. El asunto me parece a mí más factible que muchos de los otros caminos que se ha sugerido abrir a las mujeres.

—Bueno —dijo Jenny—, ¿no va a continuar nunca papá con su artículo?

Y yo seguí.

—¿Cómo debería ser «nuestra casa»? ¿Puede hacerse cualquier otra pregunta que, en sí misma, contenga tal variedad de respuestas, diferentes según los medios, el carácter y la situación de las personas? Sin embargo, igual que existen grandes deseos en el ser humano bajo los que subyacen otros menores, hay cosas en una casa que cualquiera, de clase alta o baja, rica o pobre, convendrá en que hay que tener según las posibilidades de cada uno. Creo que las clasificaré de acuerdo a la división elemental de los antiguos

filósofos: fuego, aire, tierra y agua. Son lo *imprescindible*, los *sine qua non* de una casa.

—¡Fuego, aire, tierra y agua! No lo entiendo —dijo Jenny.

—Espera un poco —dije—. Intentaré explicarme con claridad. El primer propósito de una casa es proteger de los elementos. Este propósito puede realizarlo una tienda de campaña o un *wigwam*,[49] que nos aísla de la lluvia y el viento. El primer inconveniente de este refugio es que el aire vital que introducimos en los pulmones, de cuya pureza depende la de la sangre, cerebro y nervios, está viciado. En un *wigwam* o una tienda estás ingiriendo veneno constantemente, de manera más o menos activa, a cada respiración. Napoleón, que dormía al raso con su ejército, afirmaba que, por experiencia, lo encontraba más saludable. Es asombroso el cambio que se produce en personas delicadas, que ganan constantemente vigor si son obligadas, en mitad de su enfermedad, a dormir siempre al aire libre. Ahora el primer problema en la construcción de viviendas es combinar la necesidad de refugio con la flexibilidad y frescura propias del aire libre. No voy a hacer aquí un tratado sobre la ventilación, me limitaré a decir, en términos generales, que el primer propósito de un constructor o diseñador debería ser hacer casas saludables y su primer requisito es el aire puro, agradable y flexible.

»Por tanto, estoy a favor de aquellos planos de construcción que tienen amplios espacios centrales, ya sean vestíbulos o patios, a los que se abren todas las habitaciones, y que preservan necesariamente una porción de aire fresco para el uso de todas ellas. En climas calurosos esa es la función del patio central que divide el cuerpo de la casa, con su fuentes y sus flores y sus galerías, a los que se abren las distintas estancias. Cuando se tiene un espacio restringido, y no se puede uno permitir dedicar una buena parte a esta estancia central al simple propósito de la circulación del aire, el salón podría cumplir dicha función dicho espacio. Con mesas, sillas, estanterías y sofás dispuestos de manera confortable, esta habitación amplia sería, por encima de todo y en muchos aspectos, la que dedicaremos al ocio en familia, mientras que los recibidores a un lado y las habitaciones al otro, abiertos hacia ella, serían estancias para retirarse en busca de una mayor privacidad.

»Es costumbre de muchas personas dormir con las ventanas abiertas, una manera harto imperfecta y a menudo peligrosa de

procurarse ese complemento de aire puro que requiere un dormitorio. En una casa construida de la manera indicada, las ventanas pueden dejarse abiertas libremente al salón central, y allí producen un movimiento constante de aire, y las puertas de las habitaciones, entreabiertas, con un resquicio en las ventanas, crearán una circulación libre a través de las estancias.

»En el diseño de una casa, hay que tener una idea clara de la disposición general de ventanas y estancias en la que se tenga cuidadosamente en cuenta la aportación de brisas ligeras y convenientes. Las ventanas han de estar distribuidas de tal manera que las corrientes de aire puedan circular a lo largo y ancho de la casa. ¡Cuán a menudo hemos visto madres pálidas y niños decaídos desmayarse y jadear en uno de nuestros días calurosos, en la parte soleada de una casa, mientras la brisa que debería haberla refrescado batía en vano contra el muro! A veces uno desea abrir agujeros en las paredes para que entre el aire del cielo.

»Nosotros, los mortales, no tratamos con tanta irreverencia y desdén en nuestros cálculos ningún otro don divino tan precioso e inspirador como este mismo aire del cielo. Un sermón sobre el oxígeno, si se encontrara al predicador que entendiera en la materia, podría hacer mucho más para evitar el pecado que el discurso más ortodoxo sobre cuándo, cómo y por qué se comete. El clérigo entra en una abarrotada sala de conferencias, donde el aire mefítico casi hace que las velas ardan azules, y se lamenta de la muerte de la Iglesia, que mientras tanto, intoxicada por el aire envenenado, se aletarga más y más a pesar de que se siente terriblemente perversa por ello.

»El pequeño Jim, quien, renovado por su paseo vespertino en el campo, rezó sus plegarias la pasada noche de manera diligente y se echó a dormir con un cuerpo más cristiano, esta mañana está sentado en la cama con el pelo revuelto por el enfado, golpea a su ama y dice que no dirá sus plegarias, que no quiere ser bueno. La diferencia es que el niño, al haber dormido en la caja cerrada que es su habitación, con su cerebro alimentado con veneno, tiene un estado ligero de demencia moral. Las mujeres frágiles señalan que las lleva hasta las once o las doce recuperar fuerzas por la mañana. Pregunta: ¿duermen con las ventanas y las puertas cerradas y con cortinas pesadas?

»Las casas construidas por nuestros ancestros estaban mejor

ventiladas en ciertos aspectos que las actuales con todas sus mejoras. La gran chimenea central, con su tiro abierto a las diferentes habitaciones, producía una corriente constante que renovaba el aire contaminado y viciado. En estos días, ¡qué habitual es proporcionar a las habitaciones solo un tiro de estufa! Esta se mantiene cerrada en verano, y en invierno se abre solo para recibir el calor estanco que calienta la porción vital de aire tan rápidamente como lo respiran sus ocupantes. El sellado de chimeneas y la introducción de estufas estancas puede ser, sin duda, un ahorro de combustible: es más, en miles y miles de casos, es el fin de los deseos y de toda necesidad, aparte de los tres metros escasos de tierra que son la única propiedad inalienable del ser humano. En otras palabras: desde la invención de las estufas herméticas han muerto miles por un envenenamiento lento. Es horrible pensar en ello, en nuestros vientos del norte, que duran seis largos meses, de noviembre a mayo, con las familias confinadas en sus habitaciones, en las que cada grieta de la ventana ha sido sellada cuidadosamente para hacer la estancia hermética, donde la estufa mantiene la atmósfera a una temperatura entre 26 y 32 grados; y en los reclusos allí sentados, vestidos con ropa de invierno, que se debilitan tanto por el calor como por el aire envenenado, del que no hay otra manera de escapar que abriendo de vez en cuando la puerta.

»No es sorprendente que el primer resultado de todo ello sea tal fragilidad en la piel y los pulmones que cerca de la mitad de estos reclusos no pueden salir al aire libre en los seis meses fríos, porque, invariablemente, se acatarran cuando lo hacen. No es una sorpresa que ese catarro que se coge a primeros de diciembre se convierta en tisis crónica a primeros de mayo, y que la llegada de la primavera, que debería traer vida y salud, en muchos casos conlleve la muerte.

»Oímos hablar de la magra condición en que resurgen los pobres osos después de hibernar seis meses, durante los cuales subsisten de la grasa que acumularon durante el verano. Sin embargo, en nuestros largos inviernos, la gente delicada sobrevive a diario con la escasa fuerza que adquiere en la estación del año en que puertas y ventanas están abiertas y el aire puro es un lujo constante. Sin asombro, oímos hablar de las fiebres y bilis primaverales y tenemos miles de brebajes para limpiar la sangre en primavera. Todo esto son los estertores y latidos de un sistema que funciona con un

veneno lento, incapaz de ir más allá. Mejores, mucho mejores eran las viejas casas de los tiempos antiguos, con sus grandes fuegos rugientes y habitaciones en las que entraba la nieve y silbaban los vientos invernales. Entonces, sin duda, se te enfriaba la espalda mientras tu cara ardía; el agua se helaba por la noche en tu aguamanil; el aliento se congelaba en carámbanos sobre las sábanas y podías escribir tu nombre en la capa de nieve que se había colado por las grietas de las ventanas. Pero te levantabas lleno de vida y vigor, prestabas atención a las tormentas en curso sin un solo escalofrío, y en tu camino diario a la escuela no dudabas en atravesar montones de nieve que te llegaban a la cabeza. Tocabas las campanillas del trineo, tirabas bolas, vivías en la nieve como el junco, y tu sangre fluía y palpitaba por tus venas en una corriente llena de vida buena, alegre y real, ¡nada de la sangre negra que se arrastra y obstruye el cerebro, y entorpece las ruedas de la vitalidad!

—¡Ten piedad de nosotros, papá! —dijo Jenny—. Espero que no necesitemos volver a tales casas…

—No, querida mía —repliqué—. Solo digo que esas casas eran mejores que estas, aisladas del invierno con ventanas dobles y calentadas con estufas herméticas.

»La casa perfecta es una en la que hay una salida constante de cada partícula de aire contaminado y viciado a través de una abertura, mientras por otra entra del exterior un abastecimiento incesante de aire puro. En invierno, ese aire exterior ha de entrar por algún método que proporcione un calor moderado.

»Piensa en una habitación, y supón que, en uno de sus lados, la corriente de aire exterior se calienta al pasar por la cámara de aire de una caldera moderna. Su temperatura no necesita superar los 18 grados, así cumple mejor con los requisitos de la respiración. Al otro lado de la habitación, pon una chimenea abierta de leña. Uno no puede concebir los requisitos del calor y la ventilación combinados de manera más perfecta.

»Supón una casa con un gran salón central, al cual fluye constantemente una corriente de aire limpio y moderadamente cálido. Cada estancia que se abre a este salón tiene su chimenea, a través de cuyo tiro el aire viciado sale constantemente, arrastrando con él todos los gases contaminados y venenosos. Esta casa está bien ventilada de un modo que no tiene corrientes de aire que

perjudiquen al más delicado de los inválidos. Para asegurar mejor la privacidad de los dormitorios, hemos visto que se emplean dos puertas, una de ellas hecha de tablillas, como las de una contraventana, para que el aire entre libremente sin mostrar el interior.

»Cuando hablamos de aire puro, insistimos en el rigor del término. No debe ser el aire de la bodega, fuertemente cargado del nitrógeno venenoso de nabos y coles, sino aire bueno y limpio, aire del exterior procedente de una tubería de aire frío, situada de tal manera que su extremo inferior no esté cerca del suelo, donde se forman humedades y efluvios, sino más arriba, en la zona más limpia y adaptable.

»La conclusión de todo este asunto es que como sea que toda la paz y el bienestar de hombres y mujeres, todo el amor, la amabilidad y la fe surgen en ellos mientras viven a través del cerebro, y como sea que la sangre negra y sucia actúa en el cerebro a modo de veneno, y nada pueden conseguir los pulmones del aire impuro salvo sangre negra y sucia, el primer propósito del hombre que construye una casa ha de ser el de asegurar una atmósfera pura y saludable en su interior.

»Por ello, en la distribución del presupuesto, señala esto como algo imprescindible: nuestra casa ha de tener aire limpio en todas partes y en todo momento, sea invierno o verano. Tengamos o no fachadas de piedra; tenga o no nuestro salón molduras o chimeneas de mármol; estén nuestras puertas hechas a mano o a máquina. La decoración entera puede ser la más llana y sencilla, pero habrá de tener aire limpio. Abriremos nuestra puerta principal con un picaporte y una cadena, si no podemos permitirnos una cerradura y un tirador, y a la vez aire puro, pues en nuestra casa viviremos limpia y cristianamente. No respiraremos más el aire contaminado expulsado por los pulmones del vecino más de lo que usamos su cepillo de dientes o del pelo. Esta es la primera cosa esencial en “nuestra casa”, el primer gran elemento de la salud y felicidad humanas: el aire.

—Marianne —dijo Bob—, ¿tenemos chimeneas en nuestras habitaciones?

—Mamá se ha ocupado de eso —dijo Marianne.

—Puedes estar segura —dije yo— de que, si tu madre os ha echado una mano planificando vuestra casa, se habrá cuidado de la

ventilación.

Debo confesar que el requisito principal de Bob para una casa había sido la biblioteca de estilo gótico, y que su mente había trabajado más en la posibilidad de adaptar algunos aspectos de las antigüedades señoriales a las necesidades actuales que en algo tan terrenal como el aire. Por tanto, despertó como de un sueño y, dando dos o tres grandes inhalaciones, tomó los planos y empezó a estudiarlos con energía. Mientras tanto, yo continué con mi reflexión.

—El segundo gran elemento vital que ha de tenerse en cuenta en «nuestra casa» es el fuego, y no me refiero al fuego simplemente artificial, sino en toda su extensión y ramas: tanto al fuego celestial que Dios nos envía cada día en las alas brillantes de los rayos solares como a las imitaciones con que calentamos nuestras moradas, cocinamos nuestra comida e iluminamos nuestras noches.

»Empecemos, pues, por el fuego celestial o luz solar. Si el don de Dios del aire vital es rechazado e infravalorado, su regalo de la luz solar parece ser odiado. Hay muchas casas en las que no se ha gastado un centavo en ventilación, pero en las que se han derrochado generosamente cientos de dólares en apartarlas del sol. Así, el salón es hermético como una caja, no tiene chimenea, ni siquiera ventilación a través del conducto de la estufa, pero, ¡oh, alegría y felicidad!, tiene contraventanas exteriores y persianas, así que en los días más luminosos se crea allí una oscuridad palpable. Al observar la generalidad de las casas de Nueva Inglaterra, un espectador podría creer que han sido diseñadas para una zona tórrida, donde el objetivo principal es aislarse de las corrientes de aire calientes cual horno.

»Pero estudiemos los meses del calendario. ¿En cuál de ellos no necesitamos fuego en nuestros hogares? Podemos aventurarnos a afirmar que de octubre a junio todas las familias, lo tengan o no en la actualidad, estarían más confortables con un fuego por la mañana y otro por la noche. Durante ocho meses al año, el clima se mueve en la escala de fresco, frío, muy frío y helador, y durante los otros cuatro meses, ¿cuál es el número de días que realmente requieren el sistema de las zonas tórridas de clausurar las casas? Todos sabemos que el calor extremo no es una excepción, sino la regla.

»Pero dejemos a cualquiera que viaje, como hice yo el año pasado, por el valle de Connecticut y observe las casas. Todas

nuevas, blancas, limpias y acomodadas, con sus jardines de césped y sus grandes y alegres olmos, pero todas cerradas del sótano al ático, como si sus habitantes las hubieran vendido y se hubieran ido a la China. Ninguna contraventana abierta ni abajo ni arriba. ¿Está la casa habitada? No… Sí, hay una débil corriente de humo azul en la chimenea de la cocina y una contraventana medio abierta en cierto lugar distante de la parte de atrás de la casa. Están viviendo allí entre sombras tenues, decolorándose como brotes de patata en la bodega.

—Puedo decirte por qué lo hacen, papá —dijo Jenny—. Es por las moscas, que son ciertamente merecedoras de ser una de las plagas de Egipto. No puedo culpar a la gente por cerrar sus habitaciones y oscurecer sus casas cuando hay moscas, ¿y tú, mamá?

—No en casos extremos, pero creo que solo es necesario durante una corta estación, aunque la costumbre de cerrarlo todo dura todo el año y da a los pueblos de Nueva Inglaterra ese aspecto tan peculiar de muertos, silenciosos, fríos y deshabitados.

—El único hecho que un viajero puede deducir de su paso por nuestros pueblos sería este —dije yo—: que la gente vive en sus casas en la oscuridad. Difícilmente se ven puertas y ventanas abiertas, con gente sentada ante ellas, sillas en los jardines y señales de que los habitantes viven puertas afuera.

—Bueno —dijo Jenny—, ya te he explicado por qué. He estado en la casa del tío Peter en verano; la tía hace la limpieza de primavera en mayo, cierra todas las contraventanas y echa todas las cortinas, y la casa permanece limpia hasta octubre. Eso es todo. Si tuviera todas las ventanas abiertas, habría que pintar y limpiar cada semana, ¿y quién va a hacerlo? Yo no puedo culparla.

—Bien —dije yo—, tengo mis dudas sobre la soberana eficacia de vivir en la oscuridad, incluso cuando el principal objetivo de la existencia sea librarse de las moscas. Recuerdo, durante ese mismo viaje, haberme detenido un día o dos en un hostal de campo, que de la bodega al desván estaba tan oscuro como Egipto. El largo, oscuro y triste comedor estaba cerrado, primero, con unas contraventanas exteriores y luego con unas cortinas impenetrables, y a pesar de todo las moscas pululaban y zumbaban como en un enjambre. Sabías dónde estaba la bandeja de la tarta por el zumbido que rodeaba tu mano si la tendías en esa dirección. Era desagradable,

porque, a veces, en la oscuridad, las moscas no se diferencian de los arándanos, y no pude evitar desear que, ya que teníamos moscas, dispusiéramos de algo de luz y de aire que nos consolaran. La gente oscurece las habitaciones y se niega cualquier posibilidad de diversión al aire libre; se sienta y no piensa en otra cosa que en las moscas; de hecho, las moscas son todo lo que tienen. No es ninguna sorpresa que se vuelvan morbosos por este asunto.

—Ahora papá habla como un hombre, ¿no es cierto? —dijo Jenny—. No tiene la responsabilidad de mantener las cosas limpias. Me pregunto qué haría si fuera un ama de casa.

—¿Sí? Te lo diré. Lo haría lo mejor que pudiera. Cerraría los ojos ante las motas de moscas y los abriría a las bellezas de la naturaleza. Dejaría entrar al alegre sol todo el día, en todo momento menos en los pocos días de verano en que el frescor es necesario, y esos pueden preverse cada año. Haría un cálculo en primavera de cuánto costaría contratar a una mujer que mantuviera mis ventanas limpias y pintadas, y me privaría de un vestido de noche para tenerla; y cuando hubiera gastado todo lo que pudiera en limpiar las ventanas y pintar, endurecería mi corazón y cerraría mis ojos, y disfrutaría de mi aire soleado y limpio, de la brisa y de todo lo que puede ser contemplado a través del marco de las ventanas de una casa abierta y aireada, y chasquearía los dedos a las moscas. Ahí lo tienes.

—El pasatiempo de papá es la luz del sol —dijo Marianne.

—¿Por qué no habría de serlo? ¿Se equivocó Dios cuando hizo el sol? ¿Nos hizo para que sostuviéramos una batalla de por vida contra él? ¿No tiene ninguna utilidad para nosotros esa fuerza vital que enrojece la piel del melocotón y derrama dulzura a través de frutas y flores? Mirad las plantas que crecen sin sol: marchitas, pálidas, de caras largas, apenas erguidas con gesto suplicante hacia la luz. ¿Pueden los seres humanos prescindir de una fuerza vital tan intensa y estimulante? Recordad el experimento de la cárcel donde una fila de celdas recibía diariamente la luz del sol y la otra no. Con el mismo régimen, limpieza y cuidados, los reclusos de las celdas sin sol eran visitados el doble por la enfermedad y la muerte. Toda la población de Nueva Inglaterra se queja y sufre de malestares que merman su vitalidad: neuralgias, una al día; reuma, tisis, debilidad general… Todos ellos se comentan a diario, y se gasta bastante dinero en ellos como para equipar a un ejército, mientras

malgastamos, descartamos y combatimos esa bendita influencia que está más cerca de la vitalidad pura que el resto de lo que Dios nos ha dado.

»¿Qué es eso que la Biblia describe como un sol que se eleva con alas curativas?[50] Sin duda, esa luz solar, que es el modelo e imagen elegido de Su amor, debe ser restaurada en todos los descansos de nuestra vida diaria, secando lo húmedo y mohoso, defendiéndola de la polilla y el moho, suavizando el olor de la enfermedad, limpiando los nervios de los vapores de la melancolía, haciendo la vida alegre. Si no conociera a Dios, ¡seguro que adoraría y alabaría al sol, la imagen más bendita y hermosa de Él entre todo lo visible! En la tierra de Egipto, el día de la ira de Dios, hubo oscuridad, pero en la de Gosén[51] había luz. Yo soy un gosenita, y quiero caminar en la luz y abjurar de los trabajos de la oscuridad.

»Pero sigo con nuestra lectura. "Nuestra casa" debe orientarse hacia el sureste, así no habrá ni una habitación sin sol en ella y las ventanas se dispondrán de tal forma que puedan ser traspasadas por completo por esos brillantes rayos de luz que proceden directamente de Dios. "Nuestra casa" no estará cercada por fríos y húmedos arbustos que caigan a plomo contra las ventanas, alejando la luz y el aire. Habrá sitio a su alrededor para que sople la brisa y la luz del sol suavice, seque y reviva, y desaconsejaría a todas las buenas almas que empiezan una vida que coloquen dos pequeños árboles de hoja perennes a menos de treinta centímetros de las ventanas, pues esos árboles crecerán y aumentarán hasta que las ventanas estén cubiertas por una sombra lúgubre y asfixiante, solo adecuada para que los cuervos graznen en ella.

»Por la manera en que algunos se apresuran a convertir un estrecho jardín delantero en una jungla deprimente, pudiera pensarse que el único peligro del clima de nuestra Nueva Inglaterra es el golpe de calor. Ay, durante esos meses lluviosos en los que pasamos al menos la mitad de nuestra vida aquí, ¿qué ideas hurañas, reprobadoras, incómodas y enfermizas se cultivan por vivir en habitaciones oscuras y frías tras esas marañas empapadas? Los errores de nuestros vecinos tienen un tono oscuro, la vida parece un fracaso total, nuestra verdadera fe crece mohosa.

»Mi idea de una casa es que, siempre que sea consistente con la necesidad de dar cobijo y una privacidad razonable, la primera vez que entras en ella ha de producir una sensación de aire libre,

abierto y fresco. Cada ventana ha de ser un cuadro: sol y árboles y nubes y hierba verde no han de estar nunca lejos de nosotros. “Nuestra casa” ha de darnos sombra, pero no oscurecernos. “Nuestra casa” tendrá muchos miradores soleados y aireados, no para que sean limpiados y cerrados, sino para estar abiertos y disfrutar de ellos. Habrá grandes terrazas arriba y abajo, donde los enfermos puedan pasear con los pies secos y disfruten del ocio al aire libre durante el clima más seco. En resumen, intentaremos que “nuestra casa” combine al máximo posible la vida soleada, alegre y sana de un romaní en los campos y bosques con la tranquila pulcritud, confort y refugio de un techo, estancias, suelos y alfombras.

»Tras citar el fuego divino, tengo algo más que decir sobre los fuegos terrenales y artificiales. Las calderas, ya sean de agua, vapor o aire caliente, son todas suministros saludables y admirables de calor en nuestras casas, durante los ocho o nueve meses del año en que debemos tener calor artificial, solo, como he dicho, si las chimeneas mantienen la ventilación.

»Saludo humildemente a los fogones con su calentador de agua. Es un gran corazón palpitante que envía sus olas de calor con un fluido limpio y agradable a través de toda la casa. Se podría desear que ese dragón amigable fuera un poco más comedido en su apetito de carbón —que consume, cabe decir, sin misericordia—, pero, a pesar de esto, el trabajo que ha de hacer es grande. A cualquier hora del día o de la noche, en la parte más alejada de vuestra casa, solo tenéis que abrir una válvula y vuestro dragón rojo os envía agua caliente para lo que necesitéis; vuestro día de la colada se transforma en un juego; vuestra alacena está siempre lista de provisiones y, entonces, con un poco de juicio al disponer las estancias y economizar calor, una cocina de fogones puede convertir en confortable dos o tres habitaciones durante el invierno. Una cocina con calentador de agua está entre los imprescindibles de “nuestra casa”.

»Ahora bien, para la iluminación nocturna, no conozco nada mejor que el gas, cuando puede tenerse. No tendría una casa sin él. La gran objeción es el peligro de escape por fallos en la instalación. No se deben permitir: un fluido que mata un árbol o una planta con un solo aliento es, sin duda, un ingrediente peligroso en la atmósfera, y si se admite en las casas, debe ser con todas las

medidas de seguridad.

»Hay familias que viven en el campo que hacen su propia instalación de gas con un proceso sencillo. Esto es algo que interesa estudiar a aquellos que construyen. También existen artilugios, ahora publicitados con comentarios favorables, máquinas domésticas que producen gas, a las que se consideran totalmente seguras, fáciles de manejar, y que producen más luz que el gas de las ciudades. Esto es también algo que merece estudiarse si "nuestra casa" va a estar en el campo.

»Y, ahora, llego al siguiente elemento vital que ha de tener "nuestra casa": el agua. "Agua, agua por todas partes"[52]: debe ser abundante, fácil de obtener y pura. Nuestros ancestros tuvieron grandes ideas para la vida en el hogar y la construcción de viviendas. Sus casas, en general, estaban diseñadas con mucha sensibilidad: amplias, aireadas y confortables, pero sus disposiciones sobre el agua no tenían piedad con las mujeres. El pozo estaba fuera, en el jardín, y en invierno uno debía tambalearse sobre la nieve para traer un cubo lleno de hielo con que llenar la tetera del desayuno. Para una princesa soberana de la república, esto era difícilmente respetuoso o respetable. En la actualidad, los pozos están más cerca, pero la idea de un suministro constante de agua limpia por el simple giro de una llave todavía no ha llegado a la mayoría de nuestras casas. Si somos libres de construir "nuestra casa" justo como la queremos, deberíamos tener un baño cada dos o tres ocupantes, y el agua fría y caliente debería circular por todas las habitaciones.

»Entre nuestros *imprescindibles* debemos considerar una suma generosa para fontanería. Dejadnos tener nuestros baños y nuestros dispositivos de aseo e higiene en la cocina y la despensa, y lo que reste lo dedicaremos a la calidad de la madera y el estilo de los acabados. Poder disponer de un baño caliente en una casa a cualquier hora del día o de la noche es mejor para criar a los hijos que cualquier cantidad de medicamentos. En tres cuartas partes de las dolencias infantiles, un baño caliente es casi un remedio inmediato. Catarros fuertes, fiebres incipientes, reuma, convulsiones, neuralgias incontables son barridas en su inicio y enviadas al olvido cañerías abajo. Ten, pues, oh, amigo, toda el agua en tu casa que puedas permitirte, y amplía tus ideas en su beneficio, pues *puedes* conseguir mucho. Un baño no es algo que

requiera una hora de subidas y bajadas y encender el fuego para prepararlo. Este trabajo es muy pesado, no lo elijas. Pero cuando la sala se abre en un rincón limpio y tranquilo, y solo tienes que abrir las llaves de paso y todo está preparado, la solución está a mano y la usas constantemente. Te levantas en medio de la noche por un grito y encuentras al pequeño Tom sentado en la cama, trastornado por la fiebre. En tres minutos está en el baño, callado y a gusto, y lo llevas de vuelta, refrescado y tranquilo, a su pequeña cuna, y a la mañana siguiente se despierta como si nada hubiera pasado.

»¿Por qué no debería ser considerado como algo natural en una casa, tanto como el extractor de la cocina, este remedio valioso y simple contra la enfermedad, tan conservador de la salud, tan agradable y estimulante? Al menos debería haber siempre un baño en la lista, tan bien dispuesto que toda la familia tenga acceso a él, si uno no puede permitirse el lujo de varios.

»Una casa en la que el agua se distribuye de manera universal y con ingenio es bastante más fácil de cuidar que creer al amigo que dice que su casa está tan bien diseñada que lo hace todo sola: mejor arreglárselas sin alfombras en los suelos, sin sofás mullidos y mecedoras, y asegurar esto.

—Vale, papá —dijo Marianne—, has distinguido los cuatro elementos en tu casa menos uno. No se me ocurre qué quieres de la *tierra*.

—Creo —dijo Jenny— que cuanto menos tengamos de Nuestra Madre en nuestras casas, mejores amas de casa seremos.

—Queridos —dije yo—, nosotros los filósofos debemos sumergirnos ocasionalmente en lo místico y decir algo aparentemente absurdo con el propósito de explicar que no nos referimos a nada en particular. Eso da a la gente común una idea de nuestra sagacidad, de cómo salimos con facilidad de nuestras aparentes contradicciones y absurdeces. Escuchad.

»Para el cuarto requisito de "nuestra casa", la tierra, dejadme señalaros las plantas de interior de vuestra madre y rogaros que recordéis el hecho de que, en nuestros largos y sombríos inviernos, no tenemos nunca un mes sin flores, y el vívido interés que se tiene siempre por cultivar. La casa perfecta, como yo la concibo, tiene que combinar tantas de las ventajas que conlleva la vida al aire libre como sea posible, sin dejar de ser consecuente con el calor y el refugio, y una de aquellas es la simpatía por las cosas verdes que

crecen. Las plantas están mucho más relacionadas con la salud humana y el vigor de lo que a menudo se cree. La alegría que las plantas bien cuidadas le dan a una habitación no procede solo de la gratificación de la vista: hay un aliento saludable en ellas, son un correctivo para las impurezas de la atmósfera. Las plantas también son valiosas como prueba de la vitalidad de la atmósfera: se marchitan y mueren, y así nos transmiten la información de que hay algo malo en ella. Una mujer me dijo una vez que no podía tener plantas en sus salones por culpa del gas del carbón de antracita. Le respondí: "¿No le preocupa vivir y criar a sus hijos en una atmósfera que arruina sus plantas?". Si el gas se escapa de los conductos y el carbón de antracita, rojo y ardiente, o la estufa estanca queman todo lo vital que hay en el aire, de manera que esas plantas saludables empiezan a perder las hojas en unos pocos días, es señal de que hay que revisar el aire y renovarlo. Es un augurio fatal para una habitación que las plantas no puedan prosperar en ella. Las plantas no deberían decolorarse, ni tener líneas blancas ni hojas largas y retorcidas, y cuando crecen de esta manera, podemos estar seguros de que hay una carencia de vitalidad para los seres humanos. Pero donde las plantas tienen el mismo aspecto que al aire libre, con un crecimiento vigoroso y robusto, tallos cortos, hojas verde oscuro, podemos asegurar que las condiciones de esa atmósfera son saludables para los pulmones humanos.

»Es un placer comprobar cómo se ha extendido la costumbre de tener plantas en nuestro país. ¡En cuántas ventanas de nuestras granjas vemos petunias y capuchinas plagadas de flores mientras cae la nieve y cuánta luz derraman estas alegrías baratas en las vidas de los que las cuidan! No creemos que exista un solo ser humano que no se haya convertido en un apasionado amante de las plantas cuando las circunstancias han hecho imperativo que tenga que cuidar y vigilar el crecimiento de alguna. En esencia, la historia de *Picciola*[53] ha sido vivida una y otra vez por muchos hombres y mujeres que desconocían que había una partícula de amor a las plantas en sus almas. No obstante, existen muchos obstáculos y problemas para cuidar adecuadamente las plantas en macetas. El polvo ahoga los pequeños poros de sus pulmones verdes y requiere que sean regadas de manera constante. Llevar todas las plantas a un recipiente en el porche para tal propósito es un trabajo que no todos soportan. ¡Por eso a menudo las plantas no reciben agua más que

una vez al mes! Deberíamos tratar de imitar más de cerca la labor de la Madre Naturaleza, que lava a cada uno de sus verdes hijos con rocío y este resplandece en sus hojas hasta la mañana.

—¡Sí, eso es! —dijo Jenny—. Creo que podría arreglármelas con las plantas si no fuera por ese riego y lavado constante que parecen requerir para mantenerlas como nuevas. Siempre están tentadas de salpicar la alfombra y los muebles cercanos, que no se benefician de igual manera de la libación.

—En parte, por esa razón —repliqué—, el plano de «nuestra casa» tiene en cuenta la entrada de la Madre Tierra, como puedes ver. Una casa perfecta, de acuerdo con mis ideas, debería incluir siempre una pequeña estancia donde puedan mantenerse las plantas, regarlas, defenderlas del polvo, con sol y todas las condiciones adecuadas al crecimiento.

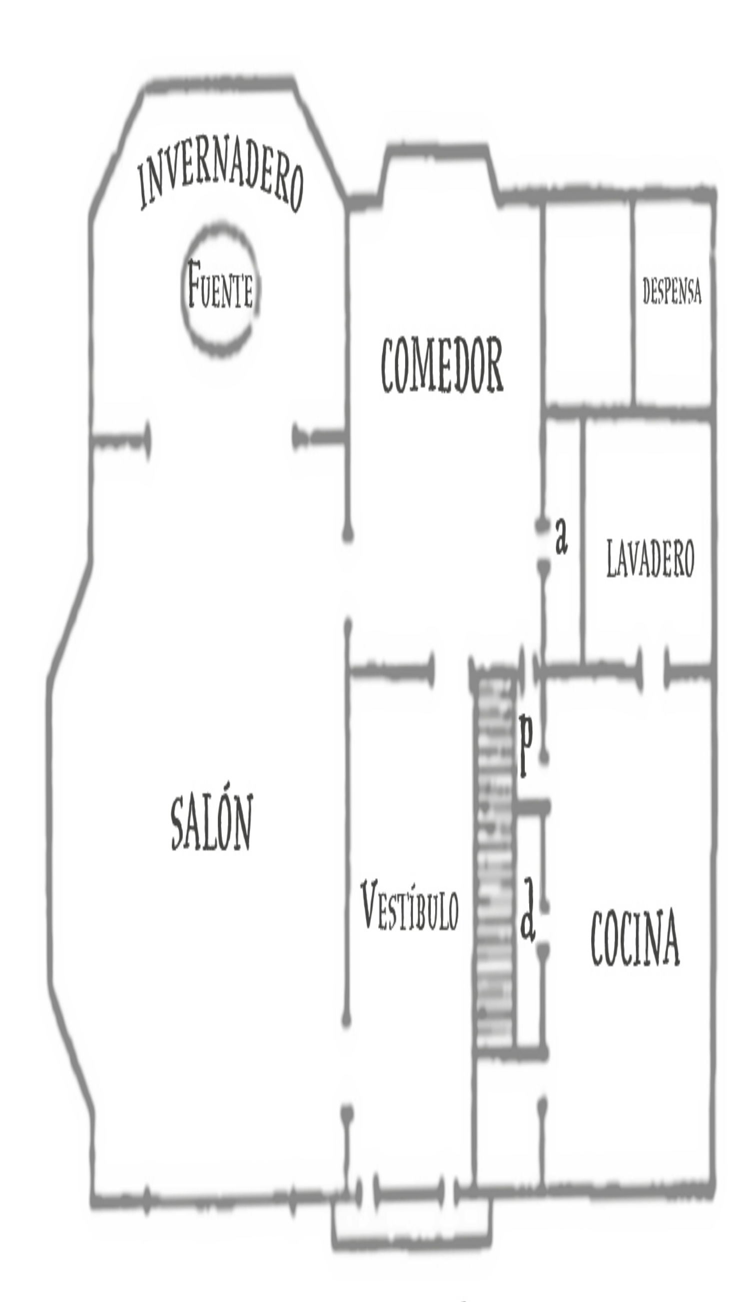
»En general, la gente presupone que un invernadero es una de las últimas trampas de la riqueza, algo en lo que no puede pensar gente con recursos modestos. Pero ¿es así? Tienes un mirador en el salón. Prescinde de la tarima, llena el espacio con tierra rica, ciérralo con una puerta de cristal, y tendrás sitio para bastantes plantas y flores que te mantengan alegre y feliz todo el invierto. Si está en el lado sur, donde los rayos del sol tienen fuerza, no requerirá más calor que el que calienta el salón; el bienestar que produce es incalculable y el gasto, una bagatela poco mayor que la del mismo mirador. En casas más grandes, el espacio adecuado para ello debería de ser mayor. No lo llamaremos invernadero, porque el nombre sugiere jardineros, misterios de la agricultura y las plantas exóticas que requieren todo tipo de cuidados y gastos. Mejor lo llamamos *verdero*, una sala con el suelo de tierra y paredes de cristal para recoger el sol, y abrámoslo a tantas habitaciones de la casa como sea posible. ¿Por qué no pueden estar conectados el salón y el comedor durante el invierno por medio de un lugar verde y florido, con plantas, musgos y helechos, en la parte más sombría, y flores sencillas, como petunias y capuchinas, engalanando la parte soleada junto a las ventanas? Si está cerca de un conducto de agua, este verdero podría animarse con una fuente, cuyo chorro constante suavizaría el aire, sobrecalentado a menudo por el calor seco de la estufa.

—¿Crees de verdad, papá, que las casas así construidas son prácticas? —dijo Jenny—. A mí me parece como el sueño de la

Alhambra.

—Pero sucede que he visto gente real en nuestros días que vive en una casa como esta —dije yo—. Podría señalarte, en este mismo momento, una casa de campo, cuyo estilo arquitectónico es el más sencillo posible, que reúne las mejores ideas de una casa verdadera. Querida, ¿puedes dibujar el plano de la casa que vimos en Brighton?

—Aquí está —dijo mi mujer, después de unos pocos trazos con su lápiz—, una casa barata, pero la más agradable que he visto nunca.



a. ALACENA. p. PASILLO. d. DESPENSA.

—Este *cottage*, que, a los precios anteriores a la guerra, debe de haberse construido por cinco mil dólares, tiene muchos de los requerimientos que busco para una casa. Tiene dos plantas y un nivel de buhardillas muy agradables, dos cuartos de baño y conducciones de agua en cada planta. El salón y el comedor miran hacia una pequeña glorieta, donde una fuente fluye siempre sobre un pequeño plato de mármol, que conserva todo el año su vegetación y sus flores. Se calienta de manera sencilla desde la estufa con un registro, como cualquier otra habitación de la casa, y no necesita más cuidados que los que una mujer delicada puede darle fácilmente. La luz y la alegría que emana durante los largos y sombríos inviernos es increíble.

»Pero, en todos estos extremos, es necesaria cierta precaución. La tierra debe ser drenada a fondo para prevenir los efluvios de agua estancada y ha de añadirse carbón vegetal para evitar las consecuencias de la descomposición de la vegetación. Ha de tenerse gran cuidado para que no haya hojas que puedan caer y descomponerse en la tierra, pues las exhalaciones vegetales envenenan el aire. Con estas precauciones, un lugar semejante suavizará y purificará el aire de una casa.

»Cuando los recursos no permiten siquiera un invernadero tan pequeño, puede adaptarse una ventana de caja profunda, con un conducto de desagüe en el suelo y una capa gruesa de carbón y grava bajo otra de buena turba y arena. Aquí se puede plantar yedra, que correrá y serpenteará, lanzando sus pequeños zarcillos aquí y allá, y dará a la habitación el aspecto de una glorieta; con sus flores, las diferentes especies de capuchinas de invernadero harán el invierno precioso. En las ventanas que no son bendecidas por el sol —¡y tantas como hay!— se pueden cultivar helechos y musgos; los helechos de invierno, con sus muchas variedades, pueden mezclarse con musgos y flores del bosque. Temprano en febrero, cuando las sombrías heladas del invierno son más cansinas, la violeta común, la anémona del bosque, la hepática, la colombina, si las plantamos aquí, empezarán a florecer. La baya de perdiz común, con sus frutos rojos brillantes y sus hojas verde oscuro, también crecerá bien en este contexto y hará un hermoso efecto. Todas requieren ser regadas a diario para mantenerlas frescas, y la humedad que desprenden suavizará y refrescará el aire demasiado seco de nuestras cálidas

habitaciones de invierno.

»De este modo, he ido repasando mis cuatro elementos imprescindibles en la construcción de viviendas —aire, fuego, agua y tierra—. Propiciaría estos antes que cualquier otro. Cuando estuvieran asegurados, gratificaría tanto como fuera posible mi gusto y fantasía en otros aspectos. Coincido bastante con Bob en aborrecer las casas corrientes ¡y en anhelar algún efecto arquitectónico! Y odio que cualquier paso en esa dirección tenga un coste tan elevado. También aprecio los buenos acabados. No tengo objeción alguna a las manillas y pomos plateados, ninguna a las ventanas que son una superficie entera de cristal limpio. Felicito a los vecinos que son tan afortunados de tenerlos y, tras disponer de los que considero imprescindibles, también los tendría si contara con medios. Pero, si toda mi madera ha de estar libre de acanaladuras y molduras, si mis repisas han de ser de simple madera, si mis puertas han de ser prefabricadas y mi suelo de calidad inferior, tendría mis cuartos de baños, mi invernadero, mis miradores soleados y mi ventilación perfecta, y mi casa sería así tan agradable que cada cual en su interior tendría un carácter tan alegre que parecería techada con cedro.

»Hablando de los techos de cedro, tengo algo más que decir. Nosotros, los americanos, tenemos un país que abunda en maderas hermosas, y de ellas no sabemos nada por el estúpido y pernicioso hábito de cubrirlas con pintura blanca. La celebrada madera de zebrano, con sus franjas doradas, no excede en belleza singular a la fibra del castaño sin pintar, preparada simplemente con una capa o dos de barniz. El nogal blanco es de un marrón suntuoso, el color más apreciado por los pintores, una tonalidad tan rica y una fibra tan bonita que es, en sí mismo, tan agradable de ver como una pintura valiosa. El nogal negro, con su profundidad de tono, funciona bien como complemento, y sobre el roble, ¿qué podríamos añadir a sus singulares y variadas tonalidades? Incluso el pino común, que no se considera digno de ver hasta que no ha sido cubierto de manera apresurada por una amigable capa de pintura blanca, tiene, cuando ha sido lubricado y barnizado, la belleza de una madera satinada. La segunda cualidad del pino, que tiene lo que llamamos *movimiento*, con esta clase de tratamiento, a menudo muestra nudos y fibras iguales en belleza a los de las maderas predilectas. El precio de este acabado es muchísimo menor que el

del viejo método, y ahorra los días y semanas de limpieza que requiere la pintura blanca, cuando su color general es suave y más armonioso. Se debería intentar experimentar con el color combinando estas maderas que, con un gasto pequeño, producen los efectos más encantadores.

»Sobre el papel pintado, estamos orgullosos de decir que nuestras fábricas americanas nos suministran todo el que puede desearse. Hay algunas ramas del diseño donde el genio artístico de Francia aún nos supera, pero dejad que quien tenga una casa que vestir mire antes lo que su propio país tiene que enseñarle y se asombrará.

»Hay un asunto en la construcción de casas sobre el que me gustaría añadir unas palabras: la dificultad de encontrar y conservar un buen servicio, que debe ser uno de nuestros problemas domésticos principales, nos advierte de que debemos disponer nuestras casas de manera que lo necesitemos lo menos posible. Aquí está la diferencia más notable que puede concebirse en el diseño y la construcción de casas respecto a la cantidad de trabajo que será necesario para mantenerlas en unas condiciones respetables. Algunas casas requieren una plantilla perfecta de limpiadoras: hay pomos plateados que pulir, pintura que limpiar, con molduras intrincadas y tallas que consumen a diario horas de limpieza del polvo para evitar que muestren un aspecto desaliñado. La madera de acabado sencillo, sin pintar, y una distribución general del agua a través de la vivienda, permiten que una casa grande sea mantenida por un par de manos y aún tenga una apariencia loable.

»En la cocina, un solo sirviente puede realizar el trabajo de dos gracias a una distribución cercana de todo lo que se necesita para cocinar que le ahorre dinero y paseos. La colada puede ser enajenada de sus horrores con una adecuada provisión de agua caliente y fría; con escurridoras que preserven la fuerza del lino y de la lavandera, y con armarios de secado con cuerdas donde los artículos pueden secarse perfectamente en pocos minutos. Esto, con el uso de un pequeño escurridor mecánico, como el que ahora es común en América, reduce los trabajos de lavandería a la mitad.

Hay muchas otras cosas que podrían decirse de «nuestra casa», y Christopher puede, quizá, encontrar otra oportunidad para contarlas. En este momento, su pluma está cansada y aquí lo deja.

47 «Our House», que aquí presentamos como un relato, es uno de los artículos que Stowe escribió para *The Atlantic Monthly*, que más tarde, en 1896, fueron publicados por Houghton & Mifflin como parte del volumen *Household papers and stories* [Artículos e historias domésticas], firmados con el seudónimo de Christopher Crowfield, el padre de familia y periodista del *Atlantic* que, a sugerencia de su hija Jenny, y tras sufrir las continuas controversias de su hija Marianne y su novio Bob en el diseño de los planos de su casa futura, y ver cómo su mujer, una experta en el asunto, las va solucionando una a una con paciencia, decide escribir un artículo titulado «Nuestra casa».

48 Sojourner Truth (?-1883) fue una abolicionista y activista afroamericana que nació en fecha indeterminada en la esclavitud y en 1826 escapó con su hija. Fue la primera afroamericana en ganar un juicio por la custodia de su descendencia a un hombre blanco. El 29 de marzo de 1850, en la primera Convención Nacional de los Derechos de la Mujer, dio un discurso emblemático hasta hoy del feminismo y el abolicionismo: «¿Acaso no soy una mujer?». Su nombre, elegido por ella misma, significa «la que habita en la verdad».

49 Vivienda cupulada de una sola estancia, típica de los nativos americanos, formada por placas de materiales como hierba prensada, tejidos o piel animal.

50 Malaquías, 4:2: «Mas para vosotros que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia con la salud en sus alas; y saldréis y saltaréis como terneros del establo». Citado por la Biblia Valera (1909).

51 Génesis, 45:10: «Vivirás en el país de Gosén, y estarás cerca de mí con tus hijos y nietos, tus ovejas y tus vacadas y todo cuanto tienes». Este es el mandato de Dios a José para que se instale con sus descendientes en un área del delta del Nilo situada cerca de la antigua capital de los hicsos, Avaris. También en Éxodo, 9:26: «Tan solo en la región de Gosén, donde habitan los israelitas, no hubo granizo». Citado por la Biblia de Jerusalén.

52 Samuel Taylor Coleridge, *La balada del viejo marinero* (1798): «Water, water everywhere, / Nor any drop to drink».

53 *Picciola* es una novela de Joseph-Xavier Boniface, publicada en 1836. Cuenta

la historia del conde Charney, encarcelado por conspirar contra Napoleón, que, en su celda, descubre una planta que crece entre dos losas del pavimento, a la que pone un nombre: Picciola. Se convierte para él en una distracción, luego en una obsesión, y después en una pasión y símbolo de la vida y el amor.

WILLIAM DEAN HOWELLS
(1837-1820)

MI AÑO EN UNA CABAÑA DE TRONCOS
Un poco de autobiografía[54]

I

En el otoño de 1850 mi padre se trasladó con su familia de la ciudad de D., donde vivía, a una propiedad en el río Little Miami para hacerse cargo de los molinos de una serrería y una molienda y supervisar su nunca resuelta transformación en papeleras. La propiedad pertenecía a sus hermanos —médicos y farmacéuticos—, que iban a seguirlo más tarde tras organizar sus negocios en la ciudad. Mi padre dejó atrás una empresa de periódicos desastrosa para aprovechar su afición a la mecánica y su conocimiento de la agricultura y ocuparse del lugar. A principios de siglo sus padres lo habían llevado desde Gales a Ohio, y su infancia transcurrió en el nuevo país, donde aún prevalecían las costumbres y tradiciones de los pioneros. Volver a vivir en una cabaña de troncos y abandonar así las casas de madera y ladrillo en las que había vivido hasta entonces fue para él como regresar al amor por lo salvaje de aquellos días, interrumpido durante cuarenta años.

Tenía una pasión por la naturaleza tan tierna y genuina, y tan profundamente moral, como la de los poetas ingleses, por quienes había sido alimentada, y nos enseñaba a nosotros, sus hijos, todo lo que sentía por los bosques, prados y cielos abiertos; todos nuestros paseos nos habían conducido hacia ellos y bajo ellos. Era el deseo amoroso de sus chicos pasar por las mismas pruebas y privaciones que él había pintado de color de rosa, así que desdeñamos la única

casa de madera de la propiedad, que no había sido ocupada por el molinero, por una cabaña de troncos que convertimos en nuestra casa hasta que pudiéramos construir una nueva.

Nuestra cabaña se levantaba cerca de la carretera, pero tras ella se extendía un maizal de unas treinta hectáreas. Cuarenta años atrás aún se construían en la zona cabañas de troncos como viviendas, pero la nuestra debía tener un siglo cuando nos fuimos a vivir en ella. Hacía poco que la había ocupado una anciana pareja de Virginia que vivieron allí bastante tiempo. Decidimos que necesitaba algunas reparaciones para hacerla habitable, incluso por una familia como la nuestra, acostumbrada a la dureza para cumplir sus sueños intrépidos y a soportar en el pasado incomodidades de todo tipo.

Así, antes de que la abandonáramos, el grupo de aventureros la arregló como pudo. Acristalaron las ventanas, cambiaron el suelo podrido, repararon el tejado —de manera demasiado precaria, como luego se demostró— y empapelaron las paredes de las habitaciones de la planta principal. Quizá fue el amor de mi padre por la literatura lo que le inspiró a utilizar periódicos para este fin; en cualquier caso, así lo hizo y el efecto, como yo lo recuerdo, no carecía de cualidades decorativas.

Había utilizado un tonel lleno de periódicos procedente de la oficina de correos más cercana, adonde fueron devueltos tras ser rechazados por aquellos a quienes el editor había enviado como muestra. La primera página al completo, ocupada por una historia que se interrumpía en mitad de una frase al final de la última columna, nos atormentaría para siempre con conjeturas vanas sobre el destino final del héroe y la heroína. Creo de verdad que se podría haber comprado un papel pintado barato por el mismo dinero, aunque no hubiera parecido tan económico.

No estoy seguro de que el uso de periódicos no fuera un tributo en recuerdo de la vida de pionero de mi padre; no puedo recordar que provocara comentarios entusiastas de los vecinos, que fueron sinceros en sus opiniones sobre el resto de lo que hicimos. Pero no importa demasiado: los periódicos ocultaban las paredes y las manchas con las que nuestros ancianos predecesores de Virginia, acostumbrados a mascar tabaco en la cama, habían salpicado de manera imborrable el enlucido de la cabecera del lecho.

La cabaña, tosca como era, no carecía de sofisticación, de

concesiones al espíritu de lujo moderno. Los troncos con los que había sido construida no eran redondos, según habían crecido, sino que habían sido escuadrados a sierra, y las hendeduras entre ellos no estaban agrietadas por el musgo ni pintadas con arcilla, según la moda pionera, sino que habían sido enlucidas cuidadosamente con argamasa. La chimenea, en vez de ser una estructura de tablas cubiertas de arcilla, era de sólidas hileras de piedra.

Por dentro, no obstante, era todo lo que podría pedir la más soñadora de las familias pioneras. Tenía unos dos metros de ancho por uno de largo, su hogar cavernoso se habría tragado fácilmente una pila de madera de medio metro de grosor, y nosotros colocábamos frente a él, en un montón tan alto como se nos antojaba, los leños de nogal. La probamos antes de dejar lista la cabaña para la familia y salió perfecto: cuando la leña se convirtió en un amasijo de brasas tintineantes, crujientes y enérgicas, pusimos nuestras lonchas de panceta y nuestros filetes sobre ellas y, en los jugos recogidos, catamos los sabores del campamento y el bosque agreste con el apetito de la juventud cansada.

Supongo que llevó uno o dos días realizar las mejoras que he mencionado en la cabaña, pero no estoy seguro. Por la noche echamos nuestros colchones sobre el nuevo y suave entarimado de roble y dormimos duramente en todos los sentidos. Recuerdo una vez en que me desperté y vi al hombre que fue siempre el más joven de sus hijos sentado en su cama.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—¡Oh, descansar! —me contestó, y nos regaló una de esas benditas carcajadas con las que casi podíamos ahuyentar cualquier sombra de preocupación o de dolor.

II

A su debido tiempo, toda la familia se mudó a la cabaña. Se trasladaron allí los muebles y fueron colocados en el limitado espacio; se había instalado la librería y los libros en rama estaban en toneles fácilmente accesibles. Aún quedaban por trasladar algunas posesiones, la principal de las cuales era una vaca, pues en aquellos días sencillos la gente tenía vacas en la ciudad, y en mí recayó la tarea de ayudar a mi padre a conducirla a su futuro hogar.

Lo hicimos de manera excelente, conversando sobre lo que veíamos a los lados del camino, todo tan hermoso en el bonito día otoñal, tan compacto en el esplendor agreste de sus hojas pintadas, y sobre poemas y relatos tan queridos para el niño que renqueaba descalzo al lado de su padre, con un ojo en la vaca y Cervantes y Shakespeare en la mente, «a la gloria de Grecia, y a la grandeza de Roma».[55]

Pero la vaca era muy lenta —muchos más que los pensamientos del niño— y había caído la noche; estaba ya muy oscuro cuando, recorridos ya veinte kilómetros, nos detuvimos bajo los sicomoros de espectrales ramas blancas junto al canal de descarga del molino de cereal, y nos preguntamos cómo lo cruzaríamos con nuestra carga. No sabíamos lo profunda que era la corriente, pero sí que estaba muy fría y que era mejor no vadearla. Lo único que parecía factible es que uno de nosotros atravesara el bosquecillo de sicomoros y llegara al molino de la serrería, cruzara allí el inicio del canal y volviera para recoger a la vaca al otro lado. Pero el chico no podía ofrecerse a ir o quedarse. No sé cómo es ahora el mundo para los niños, pero en aquel tiempo era muy peligroso. Estaba lleno de fantasmas, por un lado, y abundaba en indígenas camino de la guerra y de aficionados al secuestro y al asesinato de todo tipo. El amable padre lo urgía, pero no podía obligarlo. No puedes usar la fuerza con un muchacho con quien has estado hablando de literatura y filosofía la mitad del día. Podíamos ver las luces de la cabaña titilar alegremente y gritamos a los que había dentro, pero no nos oyó nadie. Llamamos y llamamos en vano. Nada nos respondió, salvo la fría corriente del canal, el susurro mordaz de las hojas del sicomoro y el nostálgico mugido de la vaca.

Decidimos conducirla a través de la corriente: hicimos un cerco a su alrededor con ramas y piedras para que no se moviera, y después corrimos cuanto pudimos hasta el molino, cruzamos y regresamos por la otra orilla para recogerla. Llevamos a cabo nuestra parte del plan a la perfección, pero la vaca no parecía haberlo entendido ni por inteligencia ni por simpatía. Cuando llegamos de nuevo a la cola del canal no estaba en ninguna parte y no hubo Boss o Suky o Subose que valiera. Debía de haberse dado la vuelta de inmediato y desandado los fatigados pasos del día en la oscuridad, que parecía habérsela tragado, porque la encontraron a la mañana siguiente en su antiguo hogar de la ciudad. En cualquier caso, había abandonado

provisionalmente al padre a la conversación con el hijo, y este no tenía nada que objetar.

III

No recuerdo ahora cómo conseguimos los diferentes animales «de tipo caballo», como los llamaba mi padre jocosamente, que metimos en un establo de troncos no lejos de la cabaña. Debían ser un recurso temporal hasta encontrar un tiro merecedor de nuestra nueva carreta azul cielo.

Uno de ellos era un alazán colosal, inexorablemente reaccionario, cuyos flancos, como creo que llaman los jinetes a esta parte del animal, mostraban los latigazos recibidos. Tenía un relincho débil, como un lloriqueo tonto, y lo apodábamos Baby. Su compañera era una yegua parda que tenía lo que mi padre denominó de inmediato «pie itálico», en reconocimiento al paso enfático que llevaba en sus nunca deseados viajes.

Había un poni gris, pequeño y arrogante que, según creo, nos llegó por alguien de la serrería y al que, desde entonces, no sabíamos qué servicio asignar. Nosotros, los chicos, lo montábamos a pelo y solía tirar de un faetón, enganchado al cual acabó por escaparse. Supongo que lo encontrábamos útil en las guerras contra los indígenas a las que siempre estábamos jugando, y me atrevo a afirmar que también sirvió de corcel árabe cuando los musulmanes de Granada hicieron una de sus incursiones en campo español y lanzaron sus jabalinas contra ellos… Las jabalinas eran los largos, admirablemente rectos y finos tallos de vernonia que crecían junto al río. Aquella colección de ponis estaba constantemente saltándose los límites y vagando por fuera de la propiedad, y creo que su función principal era la de ser perseguidos, con sus diferentes miembros turnándose en los pastos o el establo, en espera de ser montados para perseguir a los que se habían internado en los bosques.

El origen de una gran y elocuente bandada de gansos se ha perdido en la misma oscuridad. Simplemente, recuerdo su existencia como un hecho consumado y asocio sus desoladores graznidos con la oscuridad ventosa de las noches lluviosas de noviembre, así que debían de haber llegado a nuestras manos

después de los caballos. Estaban cercados, por su seguridad, en un área arcillosa cerca de la cabaña, donde caminaban balanceándose constantemente en un ocio majestuoso, y pateaban el suelo húmedo hasta que lo volvían tan satinado y duro como un muro de ladrillos. A lo largo del día conversaban con calma entre ellos, pero por la noche se despertaban, uno tras otro, para lanzar una larga fanfarria y al final se reunían en un concierto con el que afirmaban que estaban a salvo.

Debimos intentar desplumarlos en primavera, pero no lo conseguimos. Escondieron sus nidos a principios de mayo y se pusieron a alimentar a sus polluelos antes de que pudiéramos evitarlo, y entonces habría sido propio de bárbaros desplumar a aquellas madres de familia. Encontramos algunos de sus nidos, principalmente bajo el ahumadero, donde el niño intrépido que los descubrió fue atacado en la oscuridad por su propietario y mordido en la nariz para diversión de los que le habían enviado a la aventura. Pero se llevó algunos huevos, los freímos, y no conozco nada mejor que un huevo de ganso frito como idea de una inagotable abundancia.

IV

Los gansos no eran de provecho: al final, hubo que venderlos por poco o nada, pero sus ansarones suaves y algodonados fueron una gran alegría para todos los niños, presas del desconsuelo cuando la cerda del molinero hizo una incursión entre los polluelos.

Aquella marrana era un animal fiero y depredador y, en cierta manera, el terror del vecindario. Tenía su guarida en el carrizal, junto a la orilla del río, donde había abierto un círculo perfecto que protegía de los intrusos, especialmente los niños, hasta que nacían sus hijos; entonces volvía a su pocilga junto a la casa del molinero, de fácil acceso para los paveznos, los pollitos y los ansarones, guiando a su descendencia con un aire de desafío que nadie osaba afrontar, excepto el molinero, a punta de rifle cuando sus depredaciones eran indignantes. Dondequiera que ella apareciera, los niños corrían gritando, y hasta el más audaz de ellos estaba feliz subido a lo más alto de la valla.

Era, de hecho, un animal salvaje; sin embargo, nuestros propios

cerdos eran criaturas muy sociables. Obtuvimos algunos, creo, de los ancianos de Virginia a quienes habíamos sucedido en la cabaña, y mantenían tanto como podían los hábitos domésticos que la afectuosa pareja les había inculcado. Habrían compartido gustosamente la chimenea con nosotros, humilde como era, pero, al ser rechazados, se instalaron durante las noches frías al calor de la base exterior de la chimenea, donde podíamos oírlos, mientras permanecíamos despiertos, disputándose el lugar junto a las piedras.

Todo esto era horrible para mi madre, cuyos instintos domésticos eran perpetuamente ofendidos por las duras condiciones de nuestra vida, que ella consideraba con acierto el regreso a un estado, aunque poético, no muy lejos de la barbarie. Pero los niños, particularmente los chicos, se tomaban todo lo natural de manera tan innata como los salvajes, y nunca pensamos que los cerdos fueran otra cosa que divertidos. En aquel lugar se llamaba a gritos a los cerdos para darles de comer: «¡Cerdo, cerdo, quiia, quiiia!», pero habíamos enseñado a los nuestros a acudir a un silbido y, cuando lo oían, salían de entre los cerdos de los vecinos y venían corriendo desde todas las direcciones a obtener su ración de maíz con una inteligencia de la que estábamos orgullosos.

V

Mientras duraba el clima otoñal y en el suave invierno de esta latitud, nuestro ocio principal, donde todas nuestras nuevas tareas nos parecían divertidas, era cazar con el mosquete que habíamos heredado de uno de nuestros tíos y daba cumplimiento a los impulsos cazadores de toda la pandilla. Jamás íbamos juntos menos de dos, normalmente éramos tres. Esto nos permitía ampliar el área de caza, y mientras el mayor se encargaba de disparar, tenía que oír al otro apremiándolo justo después del disparo, con gritos nerviosos de «¿Le has dado, le has dado?». Normalmente no le había acertado, aunque de vez en cuando nuestra asesina sangre juvenil se removía ante las agonías de la muerte de alguna de las pobres criaturas de cuya aniquilación se regocijaban los chicos.

Nos abalanzábamos sobre las ardillas heridas, que abatíamos en raras ocasiones, y las matábamos con algo que ahora llamaría «furia

enfermiza». Si, en ocasiones, el perro tonto, el cachorro de terranova débil mental que estábamos criando, corría el primero hacia la presa y la ardilla se vengaba por su muerte en la nariz del perro, esto se consideraba un acierto y la ardilla recibía el aplauso del resto de sus enemigos. Aunque ninguno de nosotros era cruel: nunca matamos de manera gratuita lo que no podía comerse; habríamos considerado un sacrilegio disparar a un petirrojo o a una tórtola, pero nos gustaba divertirnos, y esos eran los riesgos de la guerra.

Los bosques estaban llenos de ardillas, que abundaban especialmente en las praderas boscosas, como llamábamos a los encantadores claros donde la mayor parte de la madera había sido entresacada para que el ganado se extendiera y pastara. Había de todas clases: grises y negras, incluso grandes ardillas zorro, una variedad que ahora creo extinta. Cuando llegaba la primavera, las cazábamos en las alamedas, donde acudían en cantidades incontables por la dulzura de la flor de los tulíperos.

Recuerdo con emoción una mañana temprano memorable, en aquellos bosques, tras una noche lluviosa, con el paisaje lleno de una bruma delicada que el sol atravesaba para encender un millón de fuegos en las gotas que todavía pendían de hojas y ramas. Aún olía a las flores del tulípero, a la corteza del árbol y a la fresca y potente fragancia de la turba frondosa bajo mis pies desnudos; y podía escuchar el ajetreo de las ardillas sobre los troncos, o el deslizarse de sus colas largas y colgantes de rama en rama entre las copas. Creo que nos fuimos sin ninguna.

Yo solo había conseguido matar a una ardilla negra, que cayó de la copa y aterrizó junto a la primera horquilla de un alto olmo. El hermano pequeño, que me seguía como yo seguía al mayor, trepó para coger la ardilla, pero cuando se rescolgó en la horquilla quedó atrapado contra la rama principal, incapaz de subir o bajar. Fue un momento terrible, que lamentamos con muchas lágrimas y vanos gritos de socorro. Ya no era cuestión de coger a la ardilla muerta, sino de que el niño regresara vivo al suelo. Me pareció que la mejor manera era atar una cuerda a la rama para que bajara por ella, mano tras mano, pero no teníamos ninguna cuerda y, de haberla tenido, no podría habérsela dado. Propuse ir en busca de ayuda, pero mi hermano no quería que lo dejara solo y, de hecho, yo no podía soportar la idea de abandonarlo allá arriba, aunque estaba a

salvo, a quince metros del suelo. Debería de haber trepado y haberlo sacado de allí, pero decidimos que era muy arriesgado.

En verdad, no puedo explicar cómo se las arregló para liberarse y por qué no sigue aún hoy en ese árbol. En cambio, la ardilla, sí.

La zona donde los campos de trigo y maíz se extienden por veinte o veinticinco hectáreas estaba llena de codornices, pero, de nuevo, solo recuerdo una única víctima de mi arma. Habíamos instalado cuatro trampas para atraparlas, pero eran más listas calculando que nosotros y resolvieron el problema sin recibir daño alguno. Cuando empezaron a emparejarse y el aire iba lleno de sus cantos suaves y amorosos, buscamos sus nidos y tuvimos más suerte; aunque nos estaba prohibido robarlos cuando los encontráramos, nos contentamos con ver el teatrillo que hacían para simular que no podían volar al vernos, aleteando y revolcándose en el polvo hasta que sus polluelos conseguían esconderse. Habíamos leído sobre ese truco, y no estábamos decepcionados, sino encantados.

Es un truco que emplean todas las aves. Como la codorniz, lo han practicado conmigo una agachadiza y una pata salvaje que merodeaban por nuestro estanque. Con la agachadiza, una vez, quise comprobar hasta dónde era capaz de llevar la treta y corrí tras ella, pero pisé una de sus crías, un pequeñín suave y gris que, al ir corriendo, no distinguí de los guijarros. Lo cogí con suavidad y aún siento la punzada al recordar cómo jadeó una sola vez y murió. Un chico es una extraña mezcla, como el hombre que lo sucederá. No me habría importado abatir una nidada entera de codornices con mi arma si estaban a mi alcance, pero sentí la muerte de aquel pobre pequeño como algo muy personal.

No tenía tal pesar respecto a los patitos salvajes, con los cuales, de hecho, no tuve accidentes lamentables. Dejaba que su madre se balanceara y aleteara cuanto quisiera, y que se fuera a la charca donde sus polluelos se refugiaban de mí. Tratando de echar mano a los polluelos, pasaba allí medio día vadeando las aguas que me llegaban a menudo hasta el pecho, con posibles encuentros desagradables con tortugas de pantano y serpientes de agua. Los patitos aparecían de repente en cualquier parte, y se sumergían después de una bocanada, pero al final uno de ellos cayó en mis garras. No luchó, pero ¡cómo latía su corazón salvaje contra mi mano! Lo llevé a casa para enseñarlo y presumir de la captura, y

luego lo devolví a su hogar. Se sumergió al instante, espero que encontrara a su afligida familia en algún sitio bajo el agua.

VI

El invierno, una prueba dolorosa para mi madre en la cabaña, y no el rapto poético que mi padre esperaba, fue una diversión incesante para los niños.

El centro de nuestra vida en la cabaña era, por supuesto, la chimenea, tan maravillosa para nosotros porque era enorme y despedía fuegos imponentes. Había una grulla sobre la repisa y ganchos para macetas, y hasta que pudo colocarse la cocina en un cobertizo adjunto las comidas se preparaban sobre el hogar y el pan se hacía en un horno holandés entre las cenizas candentes. Habíamos oído hablar a menudo de esa manera de hacerlo, una necesidad de los primeros tiempos, y nada conseguía hacerlos presentes entre nosotros de manera tan viva como la hogaza sobre aquella especie de sartén con tapadera que luego era cubierta con cenizas y calentada con brasas.

No estoy seguro de que el pan supiera mejor por el romántico pintoresquismo del método, o que la polenta, mezclada en caliente en el molino y horneada en una sartén de roble sobre el fuego, añadiera méritos al arte de hacer tortitas, pero creo que no hay duda de que el grano nuevo convertido en harina recién salida del molino, moldeada y puesta a tostarse de esa manera entre el brillo de las brasas, conserva aún la dulzura sin parangón de entonces. En febrero, cuando empieza a darse la savia de arce, probamos la idea que nos había alegrado todo el invierno de mezclarla con té, que de algún modo estaría autoazucarado. Pero fue un fracaso: estropeamos el jarabe de arce sin endulzar el té.

Por la noche, nos sentábamos frente al fuego, nuestros rostros iluminados por el resplandor y nuestras espaldas y pies congelados por la corriente que se colaba por la puerta mal cerrada, y luego los niños subíamos a nuestras camas en el ático. Llegábamos por una escalera que habríamos agradecido que retiraran tras nuestra subida para protegernos de los indígenas, como hacían los pioneros, pero, dados los avances del lujo moderno, la escalera estaba clavada al suelo.

Una vez arriba, no obstante, estábamos en un lugar sagrado del pasado. El rudo suelo crujía y se movía bajo nuestras pisadas, y la ventana de la cumbrera permanecía abierta o cerrada a voluntad propia. Había agujeros en las tejas a través de los que podíamos ver las estrellas, cuando las había, y que, al llegar las primeras nieves, permitían que se deslizasen por el suelo. Ahora no me gustaría tener que salir de la cama por la mañana en plena nevada, pero entonces me alegraba hacerlo y, lejos de pensar que aquello o cualquier otra cosa de nuestra vida era duro, lo contaba como una alegría.

Nuestros toneles llenos de libros en rama estaban almacenados en aquella buhardilla, y un día, al revisarlos, encontré un ejemplar de los poemas de un tal Henry W. Longfellow, entonces totalmente desconocido para mí, y mientras el viejo molino de la serrería silbaba y jadeaba para sí, con una música vaga, mi alma se llenó con una nueva y rara ternura. Leí allí «El estudiante español» y «Coplas de Manrique», y el solemne y siempre hermoso «Voces de la noche».[56]

Había otros libros en aquellos toneles, que también debí leer, pero solo recuerdo estos, pues me enseñaron España, que ya había visitado leyendo a Irving, y me animaron a atacar de verdad la vieja gramática española, propiedad de un soldado, que había estado llamando a mi puerta desde que mi padre la trajo de la guerra de México. Pero ni estos ni ningún otro libro provocaron que abominara del mundo infantil que me rodeaba. Lo poblaron algo más de fantasías, pero eso era bueno: había sitio para todas.

No me agobiaban las preocupaciones y mis obligaciones no eran excesivas. Siempre habíamos trabajado, y ahora que éramos mayores teníamos nuestras propias hachas y creo que limpiamos una zona boscosa de un monte que pertenecía a los molinos. La madera era de nogal negro, roble y nogal americano, y no creo que hiciéramos muchos estragos, pero debimos derribar algunos de los árboles, pues recuerdo ayudar a convertirlos en leños con una sierra de corte transversal y el arrebato que nos dio cuando empezamos con los nuestros desde la cresta del monte y los vimos rodar veloces hasta el pie. Ensayamos, como niños que éramos, y derribamos un alto nogal con la sierra en vez del hacha, y apenas habíamos salido con bien de ello cuando el árbol se tronchó de repente y su parte inferior salió disparada entre nosotros. Para mi hacha, prefiero el falso castaño y el sicomoro, que no sirven para nada, pero se cortan

de maravilla.

VII

El falso castaño y el sicomoro crecen en abundancia en la isla, que es otra peculiaridad de la extraña distribución de nuestra propiedad. Esta isla era, de lejos, lo más fascinante, y tenía para los chicos todo el encanto y el misterio que provocan que el corazón del hombre ame las islas en cualquier lugar y época. No era una isla natural, pues se había formado entre los canales que llevaban el agua desde la presa y se vaciaban en el río más abajo de los molinos. Ni un atolón del Pacífico habría sido más satisfactorio para nosotros. Era baja y plana, medio sumergida durante los chubascos primaverales, pero tenía zonas preciosas en las que crecían altas las vernonas, con las que, tras secarlas y endurecerlas al frío, fabricábamos lanzas y dardos para nuestras luchas contra los indígenas.

La isla era siempre nuestro campo de batalla, y resonaba en las largas tardes con los gritos de guerra de las tribus contrarias. Teníamos en aquellos días un libro titulado *Aventuras del Oeste*, lleno de relatos de la vida pionera y de frontera, y evocábamos constantemente esa vida gracias a su lectura. Desde entonces me he preguntado a menudo quién escribió o compiló aquel libro que habíamos impreso nosotros mismo en D. con las planchas tipográficas de un editor fugaz, cuyo nombre no recuerdo en absoluto. Este libro y *Las recopilaciones de Howe de la historia de Ohio* estaban llenos de relatos de montañeses y guerreros que habían convertido nuestro estado en un campo de batalla durante cerca de cincuenta años, y nuestra propia vida en la cabaña nos producía un entusiasmo nuevo hacia los cuentos de «Simon Kenton, el pionero» y «Simon Girty, el renegado»; el de la prisión de Crawford y su muerte en la hoguera; el de la masacre de los nativos moravios en Gnadenhütten; el de la rendición de Saint Clair y la victoria de Wayne… Cientos de incidentes salvajes y sangrientos de nuestros anales. Los leíamos por la noche hasta que nos asustaba subir la escalera temiendo que los salvajes estuvieran emboscados en nuestra buhardilla, pero luchábamos contra ellos con un espíritu indomable hasta que despuntaba el día. Entre la lectura de aquellas

historias sobre los nativos, intercalaba a veces mi afición por la poesía antigua, y así Hamet el Zegrí y el caballero español desconocido[57] se encontraban en nuestra isla como en la vega de Granada, mientras Adam Poe y Pie Grande se tomaban un respiro en su lucha a muerte en las aguas del Ohio.

VIII

Cuando llegó la primavera deshicimos los terrones de una zona más fértil de la isla y plantamos un huerto junto a nuestro maizal: largas hileras de boniatos y gran cantidad de espléndidos melones, que salieron debidamente provistos de semillas al igual que de corteza, y que casi fueron aniquilados por las orugas que pululaban por el suelo arado al día siguiente. No tengo ningún recuerdo de haberme divertido con las zanahorias y nabos que nos proporcionaron una alegría ilusoria cuando plantamos sus semillas, por lo que supongo que ninguno de ellos creció.

Pero los boniatos corrieron mejor suerte. No lo creí entonces: sus hileras parecían interminables para el niño encargado de limpiarlas de romero con su azada, aunque ahora no creo que necesitara todo el día para esta tarea. Tampoco podía ser muy grande el maizal junto a ellos, pero de nuevo la niñez reluctante tiene una escala diferente para medir estas cosas y quizá, si ahora me encargaran recorrerlas, no pensaría lo mismo sobre su tamaño.

Me atrevo a decir que no había agua que las regara, pero una inacabable abundancia de mazorcas llegó al molino justo para entretenernos. Habíamos comenzado entonces a construir nuestra nueva casa. Se había levantado la estructura, al estilo que todavía se da en el campo, con un jolgorio de vecinos a quienes se había servido café sin límite y jamón cocido en compensación por su civismo, y estábamos entonces secando al calor las tablas de roble joven para los suelos. Para hacer esto habíamos construido el esqueleto de un cobertizo, habíamos colocado las tablas de pie sobre las paredes y el techo, y en medio teníamos una gran estufa de hierro fundido en la que manteníamos un fuego crepitante. Este no podía dejarse desatendido ni de día ni de noche, y se necesitaban al menos tres o cuatro chicos, y a menudo todos los del vecindario, para vigilarlo y dar la vuelta a las tablas. El verano en el sur de

Ohio no es poca broma, y aquel horno debía de estar cruelmente caliente, pero no recuerdo nada de ello, solo el lujo del maíz verde, cuyas mazorcas colocábamos en la punta de palos largos para asarlas en la estufa ardiente, lo mismo que las cabezas. Pero imagino que, si el calor dentro del horno o fuera de él se volvió intolerable alguna vez, nos protegeríamos de él con nuestra ligera ropa de verano, reducida casi a la simplicidad griega, y con una deliciosa zambullida en el río. En aquellos días, uno se iba a nadar —no diré a bañarse— cuatro o cinco veces al día por ocio y descanso; algo más que eso quizá fuera malsano.

Elegíamos las zonas poco profundas, donde la larga corriente había sido calentada por completo por el sol que brillaba sobre ella, o la poza, cuyas profundidades estaban casi tan tibias, pero donde aquí y allá se entretejían misteriosas corrientes frías.

Creíamos que había tortugas lagarto y serpientes de agua en nuestras pozas, aunque nunca vimos ninguna. Había algunos peces en el río, principalmente matalotes y barbos en primavera, cuando el agua estaba más crecida y turbia, y en verano carpas, a las que llamamos pez luna en el oeste, y percas, aunque esto más bien parecía una leyenda que nunca pude confirmar. La verdad es que no nos importaba demasiado la pesca, aunque desde luego tenía su papel en nuestros juegos.

Había cangrejos de concha dura y blanda, que capturábamos sin riesgo, y mejillones en abundancia. Sus conchas nos proporcionaban a menudo el material para anillos que empezábamos y no acabábamos nunca; no entendíamos por qué no producían perlas, quizá las ratas almizcleras, ante cuyas madrigueras se amontonaban las conchas, ya se los habían comido antes de que la enfermedad de la perla los atacara. A veces veíamos una rata nadar suavemente desde su guarida, o hacia ella, trazando una línea larga y recta en el agua, y codiciábamos su sangre, pero siempre elegía para esas excursiones el momento en que no teníamos con nosotros nuestro confiable mosquete y la apedreábamos en vano.

He mencionado los chaparrones que a veces inundaban nuestra isla, pero nunca eran muy intensos. La fertilizaban con el limo que traían de tierras más ricas y llenaba de restos las riberas. Pero había muchas represas en el río que no recibían la furiosa descarga de la lluvia y, en el peor de los casos, aún teníamos el agua estanca de la presa del molino. Una vez que la inundación llegó a tal grado que

las ruedas del molino se atascaron. Fue algo terrible que pareció durar días, pero he de decir, en retrospectiva, que solo duró medio día a lo sumo.

Nunca patinamos sobre el río. A menudo, el invierno pasaba en esta latitud sin haber causado hielo suficiente para ese deporte, y tampoco lo había para los trineos. Leímos con envidia el *Primer libro de historia*, de Peter Parley,[58] sobre las carreras en el Boston Common, e hicimos unos trineos enclenques —cuyos tontos patines se chafaban irremediablemente bajo el peso— para ir de rodillas cuando una nieve ligera empezó a caer, pero nunca hubo ninguna carrera, de la misma manera que nuestros ancestros nunca se deslizaron en patines que hacían con los plantones de nogal ni colocaron sobre ellos ninguna clase de caja tosca. Deben de haber usado trineos sobre el lodo, no obstante, ya que llega a los treinta centímetros de profundidad en todas las carreteras y ahí permanece todo el invierno.

No había muchos chicos en el vecindario y nosotros, los hermanos, teníamos que sacar lo mejor de la compañía de los demás. En breve tiempo, algunos de nosotros recorríamos tres kilómetros a través de los bosques para ir a la escuela, pero no había mucho que enseñar a una familia leída como la de aquella cabaña de troncos, y supongo que no encontramos nada que mereciera el esfuerzo de seguir frecuentándola. No recuerdo nada excepto el solitario arrullo de las tórtolas cuando empezaban a anidar en los robles vecinos.

IX

Había un pobre hombre, llamado B., en el molino de la serrería, cuyo triste destino está vívidamente asociado en mi mente con la belleza de principios de verano. Era una criatura desventurada, inofensiva y bondadosa, que había pasado la mayor parte de su juventud en una suerte de peonaje para un granjero rico del vecindario con quien estaba desesperadamente en deuda, así que supongo que fue como un regalo de libertad ir a trabajar con nosotros, aunque su felicidad no duró mucho.

Al cabo de un mes o dos le agarró una disentería que se lo llevó a los pocos días y luego comenzó a atacar a su familia. Tenía media

docena de hijos y todos murieron excepto un chico, que quedó solo con su madre, simple y tonta. El mayor de mis hermanos había ayudado a alimentarlos, los había cuidado y los vio morir. Una mañana me tocó ir a un pueblo cercano a comprar lienzo para los dos últimos sudarios. Monté en la yegua de paso itálico, a pelo como siempre, y con las piernas descansando a cada flanco y la mente muy despierta salí a la hermosa mañana, algo empañada por el vagabundo desastrado en que me había convertido. Cuando regresé con el lienzo en la mano fue como si me acompañara un ejército de amortajados, y ningún tirón del bocado o golpe en los flancos con mis talones desnudos era bastante para persuadir a la yegua de paso itálico de que huyéramos.

Ahora me sorprende que aquel miedo fuera tan pasajero. Los pequeños yacían, en lo alto de nuestro monte, con su padre y sus hermanos y hermanas en un cementerio sin valla, donde los cerdos rebuscaban bellotas por encima de sus cabezas en otoño; y entonces el sol brilló de nuevo para mí. Y también para el superviviente B-s. La madre convirtió el menaje del hogar en dinero contante, y con esto y los salarios que se le debían al marido compró un vestido de tornasol para ella y una capa de hule para su hijo, y equipados con estos esplendores salieron a la carretera hacia la ciudad de X., alegres, ligeros de corazón en su indigencia y consolados tras un duelo que solo duró una semana.

X

Nuestra casa nueva progresaba lentamente. Hubo varios retrasos y complicaciones, pero todo era muy interesante y la veíamos crecer con ojos que apenas se apartaban de ella noche y día. La vida en la cabaña de troncos no se había vuelto más agradable con el avance del verano y estábamos impacientes por abandonarla. Estábamos tan impacientes por asumir nuestras nuevas tareas en la casa que incluso entre los niños reinaba un cierto descontento. Íbamos a tener un salón, un comedor y una biblioteca, tres habitaciones para la familia y una libre; tras seis meses en la cabaña apenas habríamos podido imaginarlo si no hubiéramos visto el plano que dibujaba el entramado.

En aquella zona no había madera blanda. La estructura era de

roble, y mi padre se había decidido por paredes de nogal negro, que es mucho más barato que el pino y del cual creía que, si lo dejas en su estado natural, tiene un color agradable. En esto no coincidían con él ni el carpintero ni ninguno de los vecinos: el ideal local para las casas era el ladrillo y, si no, pintura blanca y contraventanas verdes, y siempre dos entradas, pero mi padre tenía ideas propias y nuestra casa fue diseñada de acuerdo a sus planes.

Me parecía un palacio. Pasaba todo el tiempo libre que me dejaban la natación, las guerras contra los indígenas y la lectura mirando cómo trabajaba el carpintero y oyéndole hablar. Su manera de hablar no era la más sabia, pero se tenía en alta estima y yo me había alejado tanto de la civilización que sentía una admiración secreta hacia él, porque venía de la ciudad —es decir, del lamentable pueblo pequeño— donde yo había comprado aquellas mortajas.

Intento recoger simplemente las impresiones infantiles de nuestra vida, que era casi toda agradable, pero que debe haber sido dura para los mayores, y especialmente para mi madre, que no tenía ayuda, o solo de manera breve e irregular, con el trabajo que le había caído encima. Difícilmente puedo imaginar dónde encontraba alegrías. No podía ir a la iglesia porque éramos swedenborgianos[59] y más cerca de Cincinnati, casi a cien kilómetros de allí, no había culto de nuestra fe y el predicador local no era edificante teológica ni intelectualmente. De vez en cuando un nuevo clérigo, de esos que solían visitarnos en la ciudad, pasaba el domingo con nosotros en la cabaña, y era un tiempo excepcional de renovación mental y espiritual. Si no, mi padre nos leía un servicio del libro de oraciones o un capítulo del *Arcana Coelestia*, y las noches entre semana, al acabar las largas tardes, nos leía poesía —Scott, Moro o Thomson—, o a alguno de los poetas más didácticos.

En las noches de verano, después de que hubiera acabado su largo día de trabajo, mi madre paseaba a veces hasta la isla con mi padre y pasaban el tiempo en la orilla mirado a sus hijos en el río. Recuerdo una de esas noches y cómo sonaban nuestras alegres voces en el aire mortecino y húmedo. Mi padre había construido una balsa con la que recorríamos las suaves aguas de la presa y las tardes del sábado toda la familia salía en ella. Remontábamos el río hasta dar con la rápida corriente del molino y entonces dejábamos que la balsa se deslizara lentamente de regreso. No parece muy

excitante, pero entonces, para un chico cuyos sentidos estaban atentos a cada indicio de belleza, el silencio que cantaba en nuestros oídos, la quietud de la presa, los montes y los sicomoros colindantes, y cada susurro de las hojas de hierba en la orilla, totalmente cristalinas, y el amplio cielo azul sobre nuestras cabezas se hallaban llenos de misterio, de promesas divinas y de santa reverencia, y la vida era inexplicablemente suntuosa.

Recuerdo los complejos efectos de aquellas tardes de verano como si todos fueran uno solo y nítido; así rememoro las noches estrelladas de verano cuando mi hermano solía remar por el río hasta la cabaña de B-s., donde el pobre hombre y sus hijos morían por turnos, y me asombraba y estremecía su coraje, pero hay una noche que permanece única e incomparable en mi memoria.

Nos habían enviado a mi hermano y a mí a un recado a casa de un vecino —a por un saco de patatas o pieza de carne, no importa qué— y llegábamos tarde por algún motivo, así que era noche cerrada cuando volvimos a casa y la luna redonda estaba alta al detenernos a descansar en un agradable claro del bosque, donde los árboles se levantan libres de arbustos como en un parque y la hierba crece densa y rica entre ellos.

Colocamos la percha con la que habíamos impulsado la balsa sobre nuestros hombros y nos sentamos en un largo tronco caído para escuchar las cercanas y entremezcladas monotonías de las esperanzas,[60] por las cuales el aire parecía revestido como de una red de sonido. Las sombras caían negras desde los árboles sobre el césped liso, pero cualquier otro lugar estaba lleno de una suave luz que rodeaba y dulcificaba todas las formas; la luna colgaba en trance del cielo. Apenas hablamos en la soledad iluminada, la soledad que por una vez no contenía los terrores de la fantasía infantil, sino solo belleza. Esa belleza perfecta no solo parecía liberarme del miedo, que es el estado de ánimo predominante en la infancia, sino que elevaba mi espíritu hacia el espíritu de todas las cosas con una empatía exquisita. Momentos como aquel nunca se olvidan, son imborrables, el trance los inmortaliza, por ellos sabemos que, aunque todo muera, hay algo en nosotros que no puede hacerlo, que siente de manera divina, que espera de manera divina.

XI

Nuestra cabaña de troncos se levantaba apenas a un tiro de piedra del viejo molino gris cuyo sonido era música para nosotros día y noche. Por eso, en domingo, cuando el agua dejaba de pasar por las grandes norias del sótano, era como si el mundo se hubiera vuelto sordo y mudo. Restaba una ligera sibilancia en el murmullo opaco y ronco de la maquinaria, pero entrada la noche, cuando el agua tomaba esa fuerza misteriosa que le da la oscuridad, la voz del molino tenía algo raro en ella, como un lamento humano.

De todos modos, era un lugar que no me importaba explorar solo. Estaba bien revolcarse y pelear, en compañía de otros chicos, en los grandes contenedores de grano o trepar por las escurridizas escaleras al suelo fresco del desván, adonde los pequeños huecos de las aspas, desgastadas por años de uso, llevaban el limo de harina caliente, lo esparcían en círculos cada vez más amplios y lo acariciaban repitiendo el movimiento miles de veces. Pero la fuerte aceleración del agua en las aspas del sombrío y húmedo sótano, el furioso remolino del limo bajo la tolva, las altas ventanas polvorientas y oscurecidas por el polvo de harina; los rincones difusos, festoneados de telarañas llenas de harina; las sacudidas y temblores de las gasas para cerner contenían un terror en potencia que no era agradable para los sensibles nervios del niño. Los fantasmas, contra toda razón y experiencia, estaban probablemente esperando su oportunidad de acechar los pasos incautos donde nunca se habían aventurado a ir solos, y los nativos les tenderían, desde luego, una emboscada.

El molino de la serrería era otra cosa. Era algo propio de la plena luz del día. Empezaba y acababa su trabajo como cualquier cristiano, no empleaba las horas intempestivas del molino de grano. Pero también tenía sus momentos buenos, cuando la sierra superior embestía el tronco grueso del roble y esparcía el dulce olor de las magulladas fibras de madera, o cuando la sierra circular gemía a lo largo de los listones que estábamos haciendo para nuestra casa, se liberaba con un grito agudo y ronroneaba suavemente hasta que tocaba de nuevo la madera y rompía otra vez su largo lamento.

En los depósitos de debajo, el serrín caliente era casi tan agradable a los pies desnudos como la harina caliente, y era magnífico deslizarse por los carriles de los vagones que traían los

troncos o se llevaban la madera. Ahora no puedo recordar con exactitud cómo sobrevivimos a peligros mecánicos tan intrincados, pero hay una providencia especial que cuida de los chicos y escoge a un gran número de ellos para que sobrevivan a pesar de su entorno.

Nadie se ahogó en aquellas rápidas y repentinas incursiones excepto nuestro cerdo de trapo, como llaman en esa zona al cerdito más pequeño de la camada, aunque uno de los hijos del molinero del grano estuvo una vez muy cerca y dio a las aguas un matiz trágico. Cayó justo encima de la salida de la rueda y ya se arremolinaba en la corriente cuando lo cogí de su largo pelo rubio y lo saqué. Su madre salió corriendo de su casa al oír el grito de alerta que habíamos lanzado y, al verlo a salvo, se abalanzó inmediatamente sobre él para aplicarle un castigo merecido. Ninguna nota le llegó a su salvador de ninguno de sus padres, entonces o después, pero por eso yo no era menos héroe a mis ojos.

XII

No recuerdo ahora si fue al principio de la primavera, después de nuestro primer invierno en la cabaña, o en la primera parte del segundo invierno, que aún nos encontró allí, cuando pensé debidamente que tenía que abandonar aquellos vanos placeres e ir a ganar dinero en una imprenta de X. Aunque joven, yo era un buen cajista, rápido y limpio, y cuando el encargado apareció un día en nuestra cabaña y preguntó si podía ir a cubrir un despido, nadie sino yo dudó de que debía ir. Una terrible nostalgia cayó sobre mí al instante, una nostalgia que solo ante la mera perspectiva de la ausencia se clavó en mi corazón, llenó mi garganta y me cegó los ojos de lágrimas.

El encargado quería que fuera con él en su faetón, pero se me concedió un día de gracia. Luego, mi hermano mayor me llevó a X., donde debía encontrarme con mi padre en la estación de tren a su regreso de Cincinnati. Había estado nevando a la manera leve del sur de Ohio, pero las nubes ya se habían ido y, mientras conducíamos, cayó la tarde con un limpio cielo verde manzana en el horizonte. Siempre asociaré ese color del cielo con la desesperación que llenaba mi alma, y que yo intentaba tragar con

mucho esfuerzo. Bromeamos y nos reímos levemente ante los esfuerzos del caballo por liberarse de la nieve que rodeaba sus cascos, pero yo sufría todo el rato con la angustia de una nostalgia que ahora me parece increíble. Siempre tenía presente la cabaña, qué estaría haciendo cada niño, especialmente los más pequeños y, sobre todo, qué haría mi madre y cómo me buscaría todo el tiempo: vi al pequeño miserable fantasma de mí mismo moviéndose por allí.

El editor al que me entregó mi hermano no podía ni imaginar semejante tragedia, me recibió con la mayor normalidad, y me llevó a su vez con el buen hombre que me había de alojar. Media docena de chicas también se hospedaban allí, y su alegría cuando entraron acreció mi desolación.

El hombre dijo que la cena estaba casi lista y consideró que debía comer algo si quería cuidar de mí mismo. A su comentario respondí que no quería cenar y que debía ir a buscar a mi hermano, al que tenía algo que decir: lo encontré en la estación y le dije que me volvía a casa con él. Él trató de razonar conmigo, o más bien con mi enloquecida nostalgia, y estuve de acuerdo en no tomar una decisión hasta que llegara mi padre, pero mi mente estaba cerrada.

Mi padre sugirió, sin embargo, algo que no se nos había ocurrido a ninguno de los dos: que ambos debíamos quedarnos. Esto me pareció viable, pero no en la hospedería, ¡no con el sonido de las risas de aquellas chicas! Nos fuimos a un hotel, donde tomamos filete de buey, huevos con jamón y bizcocho caliente cada mañana para desayunar y pagamos dos dólares por cabeza durante la semana que estuvimos allí. Cuando el editor encontró un sustituto, regresamos a casa, donde me dieron la bienvenida como si hubiera estado un año fuera.

Más adelante, fui llamado de nuevo a sufrir esta prueba, la principal de mi niñez, pero no fue tan traumático y estuvo iluminada, a mi modo de ver, no solo por la experiencia de sobrevivir a ella, sino por diversas circunstancias. En esta ocasión, me fui a D., donde aún vivía uno de mis tíos. De alguna manera se había enterado de lo infeliz que era yo, y me sugirió que me instalara con él mientras estuviera en D. Yo los quería mucho a él y a la criatura adorable de su mujer, quien fue para mí la personificación de toda elegancia natural y convencional, y de una clase de vitalidad llena de gracia y de esplendor mundano.

Solo tenían un hijo, para quien la presencia de su primo en la

casa fue una alegría constante. Sobre todos ellos colgaba la sombra de una salud frágil, y los tengo presentes con el halo de su muerte temprana, pero el recuerdo no puede volverlos más amables de lo que realmente eran. Con todo, yo seguía enfermo de nostalgia. Me quedaba dormido con la imagen radiante de nuestra cabaña en los ojos y me despertaba con el corazón lleno de plomo. No podía ver cómo aguantaría el día y lo empezaba con lágrimas de tristeza. Había descubierto que bebiendo una buena cantidad de agua en las comidas podía mantener a raya los sollozos y practicaba este truco para la sorpresa y alarma de mis parientes, que estaban preocupados ante el espectáculo de mi sed antinatural.

A veces abandonaba la mesa y corría para romper en llanto tras la casa; todas las noches, en la oscuridad, lloraba yo allí solo. Pero no podía ocultar por completo mi sufrimiento, y supongo que, después de un tiempo, verlo debía de resultar intolerable. En cualquier caso, llegó una tarde bendita en que, al volver del trabajo, me encontré a mi hermano esperándome en casa de mi tío, y a la mañana siguiente regresamos a la nuestra en la noche profunda y silenciosa antes de los albores de noviembre.

Montábamos ambos la yegua de paso itálico, yo detrás de mi hermano, con los brazos rodeándolo para mantenerme mejor, y así salimos de la ciudad durmiente hacia la alargada sombra de los bosques. Ya podían estar llenos de fantasmas o de nativos, no me habría importado: volvía a casa. Poco a poco, mientras cabalgábamos, los pájaros empezaron a llamarse unos a otros en sueños, las codornices silbaban desde los rastrojos, y los cuervos clamaban desde el vacío; las ardillas corrían a lo largo de las vallas y, en el bosque, se paraban a medio camino de los troncos para chillarnos; los arrendajos se pavoneaban sobre las ramas horizontales, fugazmente ofendidos y desafiantes. Los árboles nos rodeaban y, abandonados a la muerte y la vejez, aún seguían en pie.

Enseguida, en un pequeño claro, llegamos a una cabaña de troncos; el humo azul ondulaba desde su chimenea y, a través de la puerta cerrada, llegaba el suave canturreo de una rueca. Las hojas rojas y amarillas, pesadas por el frío rocío, goteaban a nuestro alrededor, y yo me sentía profundamente en paz. La nostalgia sabe cómo fue: estaba como si me hubieran rescatado de la muerte.

Al fin cruzamos un canal desde la isla y giramos, no en la vieja cabaña, sino ante la puerta de entrada de la casa nueva. La familia

había revoloteado durante mi ausencia, todos se abalanzaron sobre mí en una bienvenida exultante, y mi madre me abrazó contra su corazón. Sin duda sabía que habría sido mejor para mí haberme superado a mí mismo, pero mi derrota era más querida para ella que el triunfo que hubiera podido conseguir. Hizo de mí su invitado de honor, tuve el mejor lugar de la mesa, el filete más tierno, la mejor taza de su café dorado, y todo aquel día me convertí en su «empresa».

Fue un gran día, que debí emplear principalmente en admirar la casa. Era tan nueva que aún no necesitaba enlucido: no habían podido esperar por él, pero las paredes de madera vista eran bonitas en todas las habitaciones y los suelos hechos a medida eran una maravilla de la carpintería. Recorrí todas las estancias, subí y bajé las escaleras y admiré el exterior ya conocido de la casa, pero tan reciente como si fuera tan nuevo como el interior, donde el fuego de madera resplandecía en las chimeneas y arrojaba una luz agradable y hogareña sobre las paredes.

Debo de haber ido a la vieja cabaña para ver cómo estaba sin nosotros, pero no guardo el recuerdo de haber entrado en ella, así de rápido había dejado de ser parte de mi vida. Permanecimos en la casa nueva, como seguimos llamándola, durante dos o tres meses; luego, un cambio de trabajo, que había tenido lugar sin que nos lo contaran a los niños, nos llevó lejos de aquel techo y dejamos los molinos y el campo, tan gratos y queridos, para instalar nuestra residencia de nuevo en las calles de la ciudad. Nos fuimos a vivir a una casa de ladrillo típica de nuestra civilización, pero, con la adaptación rápida y fácil de los niños, habíamos crecido tan habituados a vivir en una casa sencilla de madera que nos referíamos a ella como la «casa estucada» para diferenciarla de la «casa nueva».

En aquella mañana de nieve en la que dimos la espalda a la casa nueva para tomar el tren hacia la ciudad, algunos de nuestros amigos del vecindario hicieron parte del trayecto con nosotros, los chicos, hasta X. Una sombra del pesimismo que había atrapado nuestros espíritus regresa de nuevo a mí, pero las dificultades que tuvimos para llevarnos a nuestro joven terranova y el bochorno que nos causó en el tren, donde se sentó y ladró por la ventana a los objetos que pasaban, hasta que al final se mareó, enturbian cualquier otro recuerdo de ese momento.

XIII

No había visto el viejo lugar en treinta años, cuando, hace cuatro, me encontré con medio día de ocio a mi disposición en la bonita y pequeña ciudad de X., que una vez había sido tan señorial y orgullosa a mis ojos de rústico. Alquilé un faetón y a un muchacho para que me llevaran al lugar del río donde solían estar nuestros molinos.

Toda la carretera me resultó extraña, lo mismo que mi destino cuando lo alcancé. La vegetación había sido cortada en la colina y en la isla. El lugar que ocupaban los señoriales nogales y los sicomoros era ahora un sitio pelado, con una zona de tierra estéril, difícilmente buena para que pastasen las pocas vacas que había entre la escasa vegetación. Ambos eran mucho más pequeños: la colina no era la montaña de antaño ni la isla rivalizaba con las proporciones de Inglaterra.

El molino de grano, cuyo volumen gris había ocupado un gran espacio en mi memoria, había encogido tristemente y, en su decrepitud, se había inclinado hacia atrás y parecía tambalearse hacia su derrumbe. Lo exploré desde la rueda al granero, no había ningún indígena, pero ¡ay, qué fantasmas! ¡Fantasmas de vivos y muertos, mis hermanos, mis amigos, yo mismo! Ahora sí que estaba realmente hechizado. Creo que no había sido reparado en lo más mínimo, y tampoco la vieja serrería, en cuyo tejado las lluvias y soles de treinta veranos habían levantado las tejas como plumas de una gallina rizada. El canal principal, que fue cierta clase de fuerza silenciosa y huraña, ahora se arrastraba débilmente a su trabajo, incluso el agua parecía haber envejecido, y cualquiera podría haber luchado con éxito en las corrientes donde el cerdo de trapo se ahogó y el hijo del molinero casi encuentra la muerte.

Me acompañaba el hijo del molinero actual, que me seguía callado y contestaba a las preguntas que podía. Nuestra época era tan remota y carente de historia para él como la de los constructores de montículos.[61] Una casa de estructura pequeña, exactamente del tamaño y forma de nuestra cabaña de troncos, ocupaba su lugar, y él no había oído nunca mencionar a su predecesora. La «casa nueva», techada y levantada con nogal negro,

se había decolorado a un gris plateado y no conservaba ningún resto de su rico marrón. Me dejó entrar y deambular a mi antojo. Era muy pequeña, y las pequeñas habitaciones muy pobres. Ahora estaba enlucida e incluso empapelada, pero no era ni la mitad de bonita de lo que solía ser.

Le pregunté si había un cementerio en lo alto de la colina y me dijo: «Sí, uno viejo», y subimos juntos a contemplar sus lápidas caídas o desaparecidas. Ningún recuerdo quedaba del hombre bondadoso y sus pequeños, a quienes yo había visto descansando allí y convertirse en polvo con miedo y desolación de espíritu. Su viuda probablemente ya no lleva vestidos de tornasol, ¿y dónde estará el huérfano de la capa de hule? En el Congreso, por lo que sé. Miré más allá de la isla desnuda, donde había estado su cabaña, y podría haber visto también las ciudades de la llanura. A mi lado, el chico no podía entender qué podría importarle tanto al hombre maduro de bigote gris, y cuando intenté explicarle que una vez fui allí un chico de su edad, y que ese lugar había sido mi hogar, ese chico de quien he hablado aquí sin reservas, me pareció menos una parte de mí que aquel al que me dirigía, pues tuve sobre todo la sensación de estar abusando de quien me escuchaba.

54 William Dean Howells, padre del realismo americano, crítico literario y autor de obras de teatro, conocido como «el decano [dean] de las letras americanas», es tan conocido por su labor como editor de *The Atlantic Monthly* como por su prolífica obra. Este relato autobiográfico fue publicado por Harper & Brothers en 1893.

55 Versos del poema «A Helena», de Edgar Allan Poe: «To the glory that was Greece, / And the grandeur that was Rome».

56 *The Spanish Student: a play in three acts* (1843), *Coplas de Don Jorge Manrique* —una traducción al inglés, en español en el original— y *Voices of the night* (1839) son obras escritas por Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), autor del conocidísimo poema épico *La canción de Hiawatha* (1855), fuente de inspiración de todos los *newenglanders* y transcendentalistas. *Voces de la noche* es su primer volumen de poesía. *The Spanish Student*, obra de teatro en tres actos, basada en *La gitanilla* de Cervantes, junto a *Coplas de Manrique*, fueron fruto de un viaje a Europa en 1842 y de su fascinación por la España pintoresca. Su interés por la cultura española del Siglo de Oro le llevó a traducir a muchos de los clásicos hispánicos, como Manrique, una pasión que compartía con Irving, con quien se reunió en Madrid durante ese viaje, aunque la visión de este último no fuera tan idealizada como la de Longfellow, pues Irving, por su misión diplomática, conocía mejor la situación política y social del país.

57 La historia de la defensa de Granada por su alcaide, Hamet el Zegrí, es una de las que conforman la *Crónica de la conquista de Granada*, escrita por Irving y publicada en 1831.

58 Libro de texto de geografía e historia publicado en 1852.

59 La Nueva Iglesia o swedenborgianismo, así conocida por su fundador, el teólogo suizo Emanuel Swedenborg (1688-1772), aseguraba que Dios volvería para sustituir la antigua Iglesia por una nueva. Su obra magna es la exégesis del Génesis y el Éxodo conocida como *Arcana Coelestia*, 8 vols. (1749-1756), que se menciona unas líneas más adelante.

60 Saltamontes longicornios, de hoja o esperanzas: ortópteros nocturnos que

producen sonidos estridentes.

61 *Mound Builders* en inglés, conjunto de culturas de los habitantes prehistóricos de Norteamérica que erigieron diversos estilos de montículos con fines imprecisos, quizá religiosos o funerarios, entre el 3000 a. C. y el siglo XVI.

KATE CHOPIN
(1851-1904)

UN TIPO OCIOSO[62]

Estoy cansada. Al final de estos años, estoy muy cansada. He estudiado en los libros los idiomas de los vivos y de aquellos a los que llamamos muertos. Temprano en la fresca mañana, he estudiado en libros y a lo largo del día, cuando el sol brillaba y había estrellas por la noche, he encendido mi lámpara de aceite y estudiado los libros. Ahora mi cerebro está agotado y necesito descanso.

Me sentaré allí, en el escalón de la entrada junto a mi amigo Paul. Es un tipo ocioso de brazos cruzados. Se ríe cuando lo riño y me invita con un gesto a que me calle. Está escuchando el canto de un zorzal que viene de la bruma de un manzano lejano. Me dice que el zorzal se está lamentando pues desea al amigo que la acompaña en su última floración y construye un nido con ella. No tiene otro compañero, y lo llama hasta que escucha llegar suavemente las notas de la canción de su amado a través del bosque y el campo.

Paul es un tipo raro. Contempla ocioso una nube blanca ondulante que se enrosca perezosamente una y otra vez en el límite del cielo azul.

Se aparta de mí y de las palabras con las que quería educarlo para inhalar profundamente el aroma del campo de trébol y el espeso perfume del seto de rosas.

Nos levantamos del escalón y descendemos la suave ladera de la colina, pasamos junto al manzano y el seto de rosas y a lo largo de la linde del trigal. Bajamos hasta el pie de la suave ladera donde viven mujeres, hombres y niños.

Paul es un tipo raro. Mira a la cara de la gente que pasa junto a nosotros. Me dice que en sus ojos lee la historia de sus almas.

Conoce a hombres y mujeres y a los niños pequeños, y por qué miran a este lado o aquel. Conoce las razones por las que van de acá para allá y las que los obligan a marcharse y a volver. Creo que podría caminar un rato por el mundo con mi amigo Paul. Es muy sabio, conoce el idioma de Dios que yo no he aprendido.

La noche llegó despacio

Estoy perdiendo el interés por los seres humanos, por el significado de sus vidas y sus hechos. Alguien ha dicho que es mejor estudiar a un hombre que diez libros. No quiero ni libros ni hombres: me hacen sufrir. ¿Puede alguno de ellos hablarme como la noche, la noche de verano? ¿Como las estrellas o el viento acariciador?

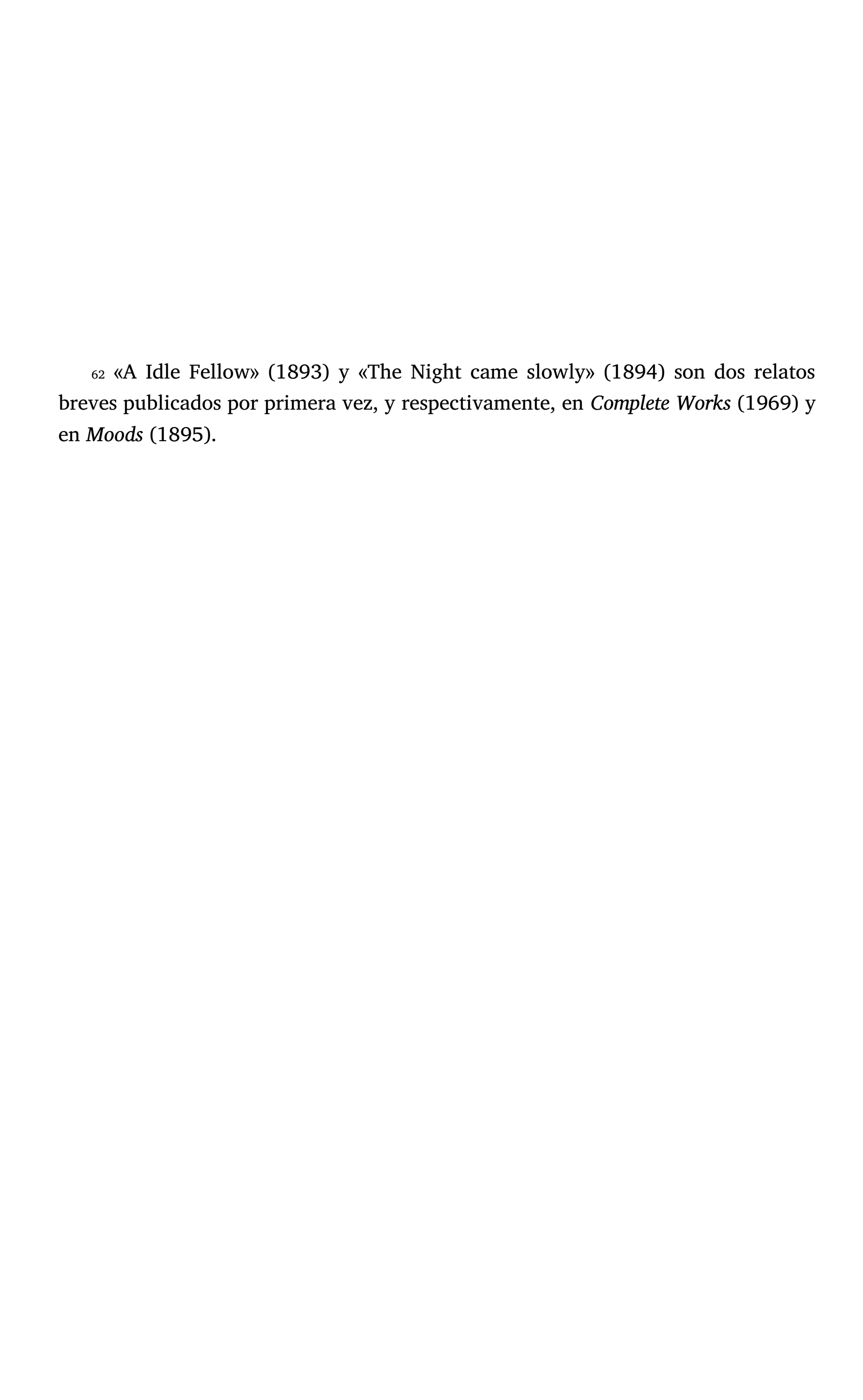
La noche llegó despacio, suavemente, mientras descansaba ahí fuera, bajo el arce. Vino arrastrándose sigilosamente por el valle, creyendo que no lo notaba. Y los perfiles de los árboles y el follaje cercanos se mezclaron en una masa negra, y la noche llegó robándolos también a ellos, de este a oeste, hasta que solo restó una luz en el cielo, filtrándose entre las hojas del arce, y una estrella que miraba hacia abajo a través de cada grieta.

La noche es solemne y significa misterio.

Las formas humanas revolotean como objetos intangibles. Algunas se preparan como ratoncitos para espiarme. No me importa. Todo mi ser está abandonado al encanto tranquilizador y penetrante de la noche.

Las esperanzas comienzan su canción letárgica: ya están en ello. Qué sabias son. No parlotean como las personas. Solo me dicen: «Duerme, duerme, duerme». El viento rizó las hojas del arce con ligeros y cálidos estremecimientos amorosos.

¿Por qué los tontos entorpecen la tierra? Fue la voz de un hombre la que rompió el hechizo del nigromante. Hoy llegó un hombre con su «lección de la Biblia». Es detestable, con sus mejillas sonrosadas, sus ojos audaces y sus maneras y discurso toscos. ¿Qué sabe él de Cristo? ¿Le pediré a un joven simple que nació ayer y morirá mañana que me cuente cosas de Cristo? Preferiría pedírselo a las estrellas: ellas lo han visto.



62 «A Idle Fellow» (1893) y «The Night came slowly» (1894) son dos relatos breves publicados por primera vez, y respectivamente, en *Complete Works* (1969) y en *Moods* (1895).

STEPHEN CRANE
(1871-1900)

EL BOTE[63]

Una historia basada en hechos reales sobre la experiencia de cuatro hombres en el naufragio del vapor Commodore

I

Ninguno de ellos conocía el color del cielo. Sus ojos miraron hacia arriba y quedaron atrapados en las olas que se dirigían hacia ellos. Esas olas eran del color de la pizarra, excepto por las crestas, que eran de un blanco espumoso; todos los hombres conocían el color del mar. El horizonte se estrechaba y ampliaba, se hundía y elevaba, y en todo momento su línea estaba quebrada por olas que parecían chocar contra las rocas.

Mucha gente podría tener una bañera más grande que el bote que allí cabalgaba sobre el mar. Las olas eran, en su mayor parte, inusual e inhumanamente bruscas y altas, y cada cresta era un problema al navegar en un bote pequeño.

Encogido en el fondo, el cocinero miraba atentamente los dos metros escasos de borda que lo separaban del océano, arremangados sus gruesos antebrazos y con los faldones del chaleco sin abrochar ondeando al viento mientras se agachaba a achicar el bote. A menudo exclamaba: «¡Dios mío, esa ha estado cerca!». Y diciendo esto miraba hacia el este al mar picado.

El maquinista, que manejaba uno de los dos remos del bote, se levantaba a veces de repente para evitar el agua que daba vueltas en la popa. Manejaba un remo corto y delgado que parecía ir a romperse en cualquier momento.

El corresponsal, empuñando el otro remo, contemplaba las olas y se preguntaba por qué estaba allí.

Herido y tendido en la proa, el capitán estaba hundido en aquella negación e indiferencia que asaltan, al menos temporalmente, al hombre más valiente y curtido cuando quiebra su empresa, pierde a su ejército, o naufraga su barco inopinadamente. La mente del capitán de un barco está enraizada en sus cuadernas, lo haya comandado un día o una década, y aquel capitán tenía la dura impronta de una imagen, en los grises del amanecer, de siete rostros descompuestos y del muñón del mástil mayor con una bola blanca que se agitaba de un lado a otro, cada vez más bajo, para hundirse a continuación. A partir de entonces había algo raro en su voz. Aunque firme, había enronquecido por el duelo, y por algo más allá de la oración y el llanto.

—Manténgalo un poco más al sur, Billie —dijo.

—Un poco más al sur, señor —dijo el maquinista a popa.

Ir sentado en ese barco no era muy distinto a cabalgar un potro salvaje no más pequeño que él. La embarcación saltaba y se encabritaba y se zambullía como un animal. Al llegar cada ola y elevarse, parecía un caballo ante una valla exageradamente alta. Su manera de luchar contra aquellos muros de agua tenía algo místico y, por encima de todo, estaban además los problemas habituales en el agua picada, con la espuma cayendo de la cresta de cada ola provocando un nuevo vaivén y un salto en el aire. Después de tropezarse desdeñosamente con una cresta, el bote se deslizaba, aceleraba y chapoteaba hacia el valle y llegaba oscilando y balanceándose ante la siguiente amenaza.

El mar tiene una desventaja particular en el hecho de que, después de superar con éxito una ola, descubres que viene otra detrás igual de importante, y tan ansiosa y vehemente como la primera, para contribuir al naufragio. En un bote salvavidas de tres metros uno puede hacerse una idea de los recursos del mar, en materia de olas, que no está probablemente al alcance del entendimiento medio de quien nunca haya estado en un bote en el mar. Todo lo demás desaparecía de la vista de los hombres del bote con cada muro gris de agua que se acercaba, y no era difícil imaginar que aquella ola era la maniobra final del océano, el último esfuerzo de las aguas funestas. Había una gracia terrible en el movimiento de las olas, llegaban en silencio, excepto por el rugido

de las crestas.

Bajo la luz escasa, los rostros de los hombres debían de haber sido grises. Sus ojos hubieran brillado de manera extraña mientras no quitaban la vista de la popa. Contemplado desde un palco, el asunto habría sido sin duda extrañamente pintoresco. Pero los hombres del bote no tenían tiempo para verlo de esa manera y, de haber dispuesto de tiempo, otras cosas ocuparían sus mentes. El sol se movía con decisión en el cielo, y sabían que era pleno día porque el color del mar cambió del negro pizarra al verde esmeralda, jalonado de brillos ambarinos, y la espuma era como nieve recién caída. La llegada del día les había pasado desapercibida. Solo se dieron cuenta por aquel efecto en el color de las olas que rodaban hacia ellos.

Con frases inconexas, el cocinero y el corresponsal discutían sobre la diferencia entre una estación de salvamento y un refugio marítimo. El cocinero había dicho:

—Hay un refugio justo al norte de la ensenada de Mosquito, y tan pronto como nos vean, vendrán en su barco a recogernos.

—En cuanto nos vean, ¿quiénes? —dijo el corresponsal.

—La dotación —dijo el cocinero.

—Los refugios no tienen dotación —dijo el corresponsal—. Tal como yo los conozco, son solo lugares donde se almacena ropa y comida en beneficio de los náufragos. No tienen dotación.

—Oh, sí que la tienen —dijo el cocinero.

—No, no la tienen —dijo el corresponsal.

—Bueno, en cualquier caso, aún no hemos llegado allí —dijo el maquinista desde la popa.

—Vale —dijo el cocinero—, quizá no sea un refugio lo que creo que está cerca de la ensenada de Mosquito. Quizá sea una estación de salvamento.

—Todavía no hemos llegado —dijo el maquinista desde la popa.

II

Mientras el bote brincaba en lo alto de cada ola, el viento arrancaba el cabello de los hombres descubiertos y, cuando la proa de la embarcación se dejaba caer de nuevo, el agua los salpicaba al pasar. La cresta de cada una de aquellas olas era una colina desde cuya

cima los hombres estudiaban por un instante una amplia extensión tumultuosa, brillante y sacudida por el viento. Aquel espectáculo del mar libre y salvaje, con sus brillos esmeralda, blanco y ámbar, era, a buen seguro, magnífico, glorioso.

—Buena cosa es que sea un viento de tierra —dijo el cocinero—. Si no, ¿dónde estaríamos? Ya no disfrutaríamos del espectáculo.

—Así es —dijo el corresponsal, y el atareado maquinista asintió con la cabeza.

El capitán, en la proa, soltó una risita que expresaba a la vez humor, desdén y drama.

—¿No creen que ya tenemos suficiente espectáculo, amigos? —dijo.

Tras lo cual los tres se callaron, salvo por nimios intentos de hablar y carraspeos. Sentían que manifestar cualquier tipo de optimismo en aquel momento era infantil y estúpido, aunque todos, sin duda, lo tenían en mente. Un joven piensa de manera obstinada en momentos semejantes y, por otro lado, la ética de su condición estaba decididamente en contra de cualquier alusión directa a la desesperanza. Por eso estaban callados.

—Oh, vale —dijo el capitán, tranquilizando a sus hijos—. Llegaremos bien a puerto.

Pero había algo en su tono que les hizo pensar, y el maquinista apostilló:

—¡Sí, si continúa este viento!

—¡Sí, si no nos vamos al infierno en la marejada! —añadió el cocinero.

Las gaviotas gris franela volaban por todas partes. A veces se posaban en el mar, cerca de las manchas de algas pardas que rodaban sobre las olas con un movimiento como el de las alfombras tendidas durante un vendaval. Las aves descansaban confortablemente en grupos y eran envidiadas por algunos del bote, pues la furia del mar no significaba para ellas más que para una bandada de urogallos a miles de kilómetros tierra adentro. A menudo se acercaban y miraban a los hombres con sus ojos como cuentas negras. En aquellos momentos se volvían misteriosas y siniestras en su escrutinio sin pestañeos y los hombres les gritaban con rabia, diciéndoles que se fueran. Una de ellas llegó con la manifiesta decisión de posarse en la cabeza del capitán. El ave voló en paralelo al bote y no lo rodeó, pero hizo unos altibajos a su lado

en el aire al estilo de una gallina. Sus ojos negros estaban ávidamente fijos en la cabeza del capitán.

—¡Bestia fea! —le dijo el maquinista al ave—. Pareces hecha a navaja.

El cocinero y el corresponsal maldijeron con rudeza a la criatura. El capitán quiso espantarla con el cabo de proa, pero no se atrevió a hacerlo, porque cualquier cosa parecida a un gesto enfático habría hecho zozobrar la carga y, por ello, agitó con delicadeza y suavidad la mano abierta para ahuyentar a la gaviota. Cuando esta desistió su persecución, el capitán respiró a cuenta de su cabello, y los demás hicieron lo propio porque el ave había asaltado su mente como algo horrible e inquietante.

Mientras tanto, el corresponsal y el maquinista remaban sin cesar.

Se sentaban juntos en el mismo banco, cada uno con un remo. Luego el maquinista tomaba ambos, y después el corresponsal, y luego el maquinista y luego el corresponsal. Remaban y remaban. El momento más peligroso de la tarea era cuando le tocaba su turno al que estaba tumbado a popa. Porque la cruda realidad era que es más fácil robar huevos de debajo de una gallina que cambiar de sitio en el bote. Primero, el hombre de la popa deslizaba su mano a lo largo del costado y se movía con cuidado, como si fuera de porcelana de Sèvres. Seguidamente, el hombre en la bancada de remo deslizaba la suya por el otro costado. Todo se hacía con el más extraordinario cuidado. Mientras los dos se encaraban al pasar, todo el grupo miraba vigilante a la siguiente ola y el capitán gritaba: «¡Atención, ahora! ¡Quietos ahí!».

Las alfombras de algas pardas que aparecían de vez en cuando eran como islas, pedazos de tierra. No viajaban, aparentemente, en ninguna dirección concreta. Estaban quietas a todos los efectos. Informaban a los hombres del bote de que estaban progresando lentamente hacia tierra.

El capitán se incorporó con cuidado en la proa después de que el bote hubiera sorteado una gran ola y dijo que había visto el faro de la ensenada de Mosquito. En ese momento el cocinero señaló que él también lo había visto. El corresponsal estaba al manejo de los remos y, por alguna razón, también deseó ver el faro, pero estaba de espaldas a la lejana orilla y las olas eran importantes, así que por un rato no pudo encontrar el momento de girarse. Pero al fin llegó

una ola más suave que las demás y, cuando estaban en la cresta, echó un vistazo rápido hacia el oeste.

—¿Lo vio? —dijo el capitán.

—No —dijo lentamente el corresponsal—. No he visto nada.

—Mire otra vez —dijo el capitán señalando hacia un punto—. Está exactamente en esa dirección.

En lo alto de otra ola, el corresponsal hizo lo que se le pidió y esta vez sus ojos captaron algo pequeño en el límite del encrespado horizonte. Era exactamente como la cabeza de un alfiler. Se necesitaban unos ojos ansiosos para encontrar un faro tan diminuto.

—¿Cree que lo lograremos, capitán?

—Si se mantiene el viento y el bote no zozobra, no podemos hacer mucho más —dijo el capitán.

El pequeño bote, alzado por cada muro de agua y salpicado vilmente por las crestas, progresaba de tal manera que, en ausencia de las algas, no se hubiera percibido el movimiento. Parecía algo pequeño que se revolcara, milagrosamente a flote, a merced de los cinco océanos. De vez en cuando, una gran extensión de agua caía dentro de él como un fuego blanco.

—Achique, cocinero —decía el capitán con serenidad.

—De acuerdo, capitán —decía el alegre cocinero.

III

Sería difícil describir la sutil hermandad entre los hombres allí reunidos sobre los mares. Nadie dijo que existiera. Nadie la mencionó. Pero moraba en el bote, y cada hombre percibía su calor. Había un capitán, un maquinista, un cocinero y un corresponsal, y eran amigos, amigos unidos por un fuerte lazo, más singular que el habitual. El capitán herido, apoyado contra la barrica del agua en la proa, hablaba siempre en voz baja y tranquila, pero no habría podido comandar una tripulación más dispuesta y obediente que aquellos tres variopintos del bote. Era más que el simple reconocimiento de lo que era mejor para la salvación común. Había sin duda un matiz personal y sincero. Y tras aquella devoción por el comandante del bote, estaba, por ejemplo, la camaradería que el corresponsal, educado en el cinismo hacia los seres humanos, reconocía como la mejor experiencia de su vida en ese momento

mismo. Pero nadie dijo que existiera. Nadie la mencionó.

—Ojalá tuviéramos una vela —señaló el capitán—. Podríamos colocar mi abrigo al final de un remo y darles a ustedes, muchachos, la oportunidad de descansar.

El cocinero y el corresponsal sujetaron entonces el mástil y extendieron el abrigo a lo ancho. El maquinista los observó con atención, y el pequeño bote aceleró su marcha con el nuevo aparejo. A veces el maquinista debía remar con intensidad para impedir que el mar entrara en el bote, pero, por lo demás, la navegación era un éxito.

Mientras tanto el faro se había hecho poco a poco más grande. Casi tenía ahora un color definido, una pequeña sombra gris contra el cielo. El hombre a los remos no podía evitar volver a menudo la cabeza para intentar captar aquella pequeña sombra gris.

Al fin, desde lo alto de cada ola, los hombres del zarandeado bote pudieron ver tierra. Así como el faro era una sombra vertical en el cielo, la tierra parecía una sombra negra alargada en el mar. Más fina, ciertamente, que el papel.

—Debemos de estar enfrente de New Smyrna —dijo el cocinero, que a menudo había costeado aquella zona en goletas—. Por cierto, capitán, creo que abandonaron la estación de salvamento hace cerca de un año.

—¿Sí? —dijo el capitán.

El viento cesó lentamente. El cocinero y el corresponsal no fueron obligados a mantener los remos en alto como esclavos. Pero las olas continuaban su antigua e impetuosa zambullida en el bote, y la pequeña embarcación luchaba denodadamente contra ellas sin dirección. El maquinista y el corresponsal cogieron de nuevo los remos.

Los naufragios suceden *à propos* de nada. Si los hombres se entrenaran para enfrentarlos, y aquellos sucedieran cuando los hombres están en sus mejores condiciones, habría menos ahogamientos en el mar. De los cuatro del bote, ninguno había dormido nada digno de mención durante los dos días y dos noches previos a embarcarse, y con la angustia de trepar por la cubierta de un barco que se hunde, se habían olvidado también de comer lo suficiente.

Por aquellos y otros motivos, ni el cocinero ni el corresponsal querían remar en ese momento. El corresponsal se preguntaba

ingenuamente cómo, en el nombre de la cordura, podía haber gente que encontrara divertido remar en un bote. No era divertido, era un castigo diabólico: ni un genio de las aberraciones mentales podría llegar jamás a la conclusión de que no era sino un horror para los músculos y un crimen para la espalda. Comentó al resto cómo le afectaba la diversión del remo y el maquinista de rostro demacrado sonrió lleno de simpatía. Por cierto, antes del naufragio, el maquinista había trabajado a doble turno en el cuarto de máquinas del barco.

—Ahora, tómenselo con calma, muchachos —dijo el capitán—. No malgasten energías. Si tenemos que aguantar la resaca, van a necesitar todas sus fuerzas, porque sin duda vamos a tener que nadar. Tómense su tiempo.

Lentamente la tierra se alzó entre el agua. De una línea negra se convirtió en una línea negra y otra blanca: árboles y arena. Finalmente, el capitán dijo que podía distinguir una casa en la orilla.

—Es el refugio, seguro —dijo el cocinero—. Nos verán pronto y vendrán a por nosotros.

El faro lejano se alzaba alto.

—Si mira con catalejo, el farero debería de poder vernos ahora— dijo el capitán—. Informará a la gente de salvamento.

—Ninguno del resto de los botes ha debido de alcanzar la costa y dar aviso del naufragio —dijo el maquinista en voz baja—. Si no, el barco de salvamento estaría buscándonos.

La tierra surgía, lenta y hermosa, del mar. Volvió el viento, que había cambiado de noreste a sureste. Finalmente, un nuevo sonido golpeó los oídos de los hombres del bote. Era el sordo estruendo del oleaje en la orilla.

—Ahora no podremos llegar al faro —dijo el capitán—. Corrija el rumbo algo más al norte, Billie.

—Un poco más al norte, señor —dijo el maquinista.

Tras lo cual, el pequeño bote enfiló la nariz de nuevo cara al viento y todos, menos los remeros, vieron cómo se acercaba la orilla. Bajo el influjo de aquella cercanía, la duda y la aprensión intensas abandonaron la mente de los hombres. El gobierno del bote era todavía muy exigente, pero no podían evitar un ligero alivio. En una hora, quizá, alcanzarían la orilla.

Habían usado su temple a fondo para estabilizar el barco y ahora

cabalgaban sobre aquel potro salvaje de bote como hombres de circo. El corresponsal creía que se había empapado hasta la piel, pero, al notarlos en el bolsillo superior del abrigo, encontró en su interior ocho cigarros. Cuatro de ellos estaban mojados por el agua del mar; cuatro, completamente secos. Tras cierta búsqueda, alguien sacó tres cerillas secas; los cuatro vagabundos navegaban atrevidamente en su pequeño bote y, con la seguridad de un rescate inminente brillando en sus ojos, dieron caladas a los grandes puros estimando el bien y el mal de la humanidad. Todos tomaron un trago de agua.

IV

—Cocinero —exclamó el capitán—, no parece haber señales de vida en su refugio.

—No —replicó el cocinero—. ¡Sería gracioso que no nos vieran!

Una franja de costa baja se abría ante sus ojos. Era de dunas culminadas por una vegetación oscura. El rugido del oleaje era suave, y a veces podían ver el borde blanco de una ola rompiendo en la playa. Una casa diminuta se recortaba, oscura, contra el cielo. Hacia el sur, el esbelto faro se elevaba en toda su pequeña y gris altura.

Marea, viento y olas habían desviado el bote hacia el norte.

—Sería gracioso que no nos vieran —dijeron los hombres.

El rugido del oleaje era sordo, pero su tono era, a pesar de todo, atronador y poderoso. Mientras el bote navegaba sobre las grandes olas, los hombres permanecían sentados escuchando el rugido.

—Nos hundimos seguro —dijo alguien.

Es justo decir que no había ninguna estación de salvamento en treinta kilómetros a la redonda, pero aquellos hombres desconocían este hecho y, por consiguiente, hacían comentarios severos y oprobiosos sobre la vista de los equipos de salvamento. Cuatro hombres enfadados, sentados en un bote y sobrepasando récords en la invención de insultos.

—Sería gracioso que no nos vieran.

La despreocupación anterior se había desvanecido por completo. Para sus mentes agudas era fácil conjeturar imágenes de todo tipo de incompetencia y ceguera y, por supuesto, de cobardía. Era la

costa de una isla populosa, y la amargura crecía en ellos porque no llegaba ninguna señal desde ella.

—Bien —dijo al fin el capitán—. Tendremos que intentarlo nosotros. Si nos quedamos aquí mucho tiempo, ninguno tendrá fuerzas suficientes para nadar cuando el bote se hunda.

Y así el maquinista, que estaba a los remos, viró el bote directo hacia la costa. Hubo una tirantez repentina de músculos. Y cierto pensamiento.

—Si no alcanzamos todos la orilla —dijo el capitán—, si no llegamos todos, supongo, amigos, que saben adónde enviar la noticia de mi muerte.

Luego intercambiaron brevemente direcciones e instrucciones. Y sus pensamientos estaban llenos de rabia. Acaso lo pudieron formular de esta manera: «Si voy a ahogarme…, si voy a ahogarme…, si voy a ahogarme, ¿por qué, en el nombre de los siete dioses locos que gobiernan el mar, se me ha permitido llegar tan lejos y contemplar arena y árboles? ¿Me han traído aquí solo para apartarme el morro cuando estaba a punto de mordisquear el queso sagrado de la vida? Es absurdo. Si esa vieja loca de la Fortuna no puede hacerlo mejor, debería ser despojada del gobierno del destino humano. Es una gallina vieja que no sabe lo que quiere. Si ha decidido ahogarme, ¿por qué no lo hizo al principio y me evitó tantas molestias? Todo el asunto es absurdo… Pero no, no quiere ahogarme. No se atreverá a ahogarme. No puede ahogarme. No, después de todo este trabajo». Y después el hombre pudo tener el impulso de alzar su puño a las nubes: «¡Vosotras, ahogadme ahora, y veréis lo que os llamo!».

Las olas que llegaban en ese momento eran formidables. Parecían siempre a punto de romper y volcar el pequeño bote entre un torbellino de espuma. En su discurso había un gruñido preliminar. Ningún hombre no habituado al mar habría concluido que el bote podía remontar a tiempo aquellas alturas escarpadas. La orilla aún estaba lejos. El maquinista era un astuto navegante.

—Muchachos —dijo con premura—, no aguantará tres minutos más y estamos aún demasiado lejos para ir nadando. ¿Puedo sacarlo de nuevo al mar, capitán?

—¡Sí, adelante! —dijo el capitán.

El maquinista, con una serie portentosa de paladas rápidas y firmes, volvió el bote en mitad de la corriente y lo llevó de nuevo a

salvo a mar abierto.

Había un silencio considerable mientras el bote cabeceaba sobre el mar encrespado hacia aguas profundas. Entonces alguien dijo sombríamente:

—Bien, en cualquier caso, ahora deben de habernos visto desde la orilla.

Las gaviotas se dirigían en vuelo sesgado hacia el gris y desolado este. Una borrasca, señalada por nubes deslucidas y rojo ladrillo, como el humo de un edificio en llamas, apareció por el sureste.

—¿Qué piensan de la gente de salvamento? ¿No son unos gallinas?

—Raro es que no nos hayan visto.

—¡A lo mejor creen que estamos aquí por deporte! O que estamos pescando. O que somos unos locos de remate.

Era una tarde interminable. Un cambio en la marea intentó llevarlos hacia el sur, pero el viento y las olas apuntaban al norte. Lejos y enfrente, donde la línea de la costa, el mar y el cielo formaban un ángulo poderoso, había pequeños puntos que parecían indicar una ciudad de la costa.

—¿Saint Augustine?

El capitán negó con la cabeza.

—Demasiado cerca de la ensenada de Mosquito.

Y bogó el maquinista y luego bogó el corresponsal. Y después el maquinista. Era una tarea penosa. La espalda puede convertirse en el asiento de muchos dolores y malestares que están registrados en los libros sobre la anatomía diversa de un regimiento. Es una zona concreta, pero puede convertirse en el escenario de innumerables conflictos musculares, calambres, torceduras, bultos y otros *bienestares*.

—¿Le gustaría remar? —preguntó el corresponsal.

—No —dijo el maquinista—. Démelo.

Cuando intercambiaban el sitio, del banco de remo al fondo del bote, el corresponsal notaba una relajación en el cuerpo que le impedía mover ni un dedo. Había agua fría de mar yendo y viniendo en el bote, y yacía en ella. Su cabeza, apoyada en un travesaño, estaba a dos centímetros del remolino de las crestas y el revoltoso mar entraba a veces en cubierta y lo empapaba de nuevo. Pero aquello no le preocupaba. Era casi seguro que, si el barco hubiera zozobrado, él habría caído a gusto al mar, del que estaba

seguro que era un colchón grande y suave.

—¡Miren! ¡Hay un hombre en la costa!

—¿Dónde?

—¡Allí! ¿Lo ven, lo ven?

—¡Sí, desde luego! Camina solo.

—Ahora se ha parado. ¡Miren, se fija en nosotros!

—¡Nos está saludando!

—Así es, ¡rayos y truenos!

—¡Ah, ahora estamos bien, ahora estamos bien! Habrá un barco aquí en media hora.

—Continúa. Está corriendo. Sube a aquella casa de allí.

La playa remota parecía estar tan por debajo del mar que se necesitaba una vista aguda para distinguir la pequeña figura negra. El capitán vio un palo flotando y remaron hacia él. Por alguna extraña casualidad, había una toalla de baño en el bote y, atándola al palo, el capitán la ondeó. El remero no se atrevió a volver la cabeza para no estar obligado a preguntar.

—¿Qué hace ahora?

—Se ha detenido otra vez. Está mirando, creo… Aquí va de nuevo, hacia la casa… Ahora se ha parado de nuevo.

—¿Nos está saludando?

—¡No, ahora no!, pero lo estuvo.

—¡Miren! ¡Llega otro hombre!

—Está corriendo.

—Miren cómo avanza, ¿verdad?

—Porque va en bicicleta. Ahora se ha encontrado con el otro hombre. Los dos nos hacen señas. ¡Miren!

—Llega algo más a la playa.

—¿Qué demonios es eso?

—Pues parece un bote.

—Cierto, es un bote.

—No, va sobre ruedas.

—Sí, así es. Bueno, debe ser el bote de salvamento. Lo arrastran a lo largo de la costa en un carro.

—Es el bote salvavidas, seguro.

—No, por todo… Es un… Es un autobús.

—Le digo que es un bote de salvamento.

—¡Que no! Es un autobús, lo puedo ver claramente, ¿lo ve? Uno de esos autobuses de los grandes hoteles.

—¡Rayos y truenos, tiene razón! Es un autobús, tan seguro como la muerte. ¿Qué se supone que van a hacer con un autobús? Tal vez den vueltas para recoger a los supervivientes, ¿eh?

—Puede ser. ¡Miren! Hay un tipo ondeando una banderita negra. Está en las escaleras del autobús. Allí llegan otros dos. Ahora hablan entre ellos. Miren al tipo con la bandera. Tal vez no quiere moverla más.

—No es una bandera, ¿verdad? Es su abrigo. Claro que sí, es su abrigo.

—Así es. Un abrigo. Se lo ha quitado y lo agita sobre su cabeza. Pero debería mirar cómo lo hace.

—Oh, caray, no hay ninguna estación de salvamento allí. Es solo el autobús de un complejo hotelero que ha traído a algunos de sus huéspedes para ver cómo nos ahogamos.

—¿Qué quiere decir ese imbécil con el abrigo? ¿Pero a qué señala?

—Parece como si estuvieran intentando decirnos que vayamos hacia el norte. Debe de haber una estación de salvamento allí.

—¡No, cree que estamos pescando! Solo nos da ánimos. ¿Lo ve? Ay, allí, Billie.

—Bueno, me gustaría interpretar esas señales. ¿Qué supone que significan?

—No significan nada, solo está divirtiéndose.

—Bien, podría estar indicándonos que intentemos acercarnos o volver al mar y esperar, o ir al norte o al sur o al infierno… Tiene que haber alguna razón. Pero, mírenlo, solo se queda ahí y sigue sacudiendo el abrigo como un molinillo. ¡El imbécil!

—Llega más gente.

—Hay casi una multitud. ¡Miren! ¿No es un bote?

—¿Dónde? Oh, ya veo lo que quiere decir. No, no es un bote.

—El tipo sigue ondeando su abrigo.

—Debe de creer que nos gusta verle hacer eso. ¿Por qué no lo deja? No significa nada.

—No lo sé. Creo que está intentando que vayamos al norte. Debe de ser que allí hay, en alguna parte, una estación de salvamento.

—Caray, no se cansa. Mírenlo cómo lo sacude.

—Me pregunto cuánto tiempo seguirá así. Ha estado sacudiendo el abrigo desde que nos vio. Es idiota. ¿Por qué no están reuniendo hombres para sacar un barco? Un pesquero, de esos de grandes

velas… Llegaría aquí al instante. ¿Por qué no hace algo?

—Oh, está bien…

—Ahora que nos han visto, botarán un barco en menos de lo que canta un gallo.

Un suave tono amarillo apareció en el cielo sobre la costa. Las sombras se oscurecieron en el mar lentamente. El viento se volvió frío y los hombres empezaron a temblar.

—¡Maldita sea! —dijo uno, permitiendo que su voz expresara su estado de ánimo impío—. Si seguimos haciendo el mono aquí… Si tenemos que seguir aquí luchando por mantenernos a flote toda la noche…

—¡Oh, no tendremos que quedarnos aquí toda la noche, no se preocupe! Ahora nos han visto y no tardarán mucho en venir a buscarnos.

La costa se fue oscureciendo. El hombre que ondeaba el abrigo se mezcló con la penumbra y fue tragado de la misma manera que el autobús y el grupo de gente. La espuma, cuando chocaba tumultuosamente contra la borda, hacía que los viajeros se encogieran y juraran como hombres estigmatizados.

—Me gustaría pillar al bobo que sacudía el abrigo. Me gustaría meterlo en el agua, solo por diversión.

—¿Por qué?, ¿qué ha hecho?

—Oh, nada, pero entonces sería condenadamente feliz.

Mientras tanto el maquinista remaba y luego el corresponsal y después el maquinista. De manera mecánica, por turnos, con sus rostros grises inclinados hacia delante, empuñaban los pesados remos. La silueta del faro había desaparecido del horizonte meridional y finalmente una débil estrella apareció como surgida del mar. El azafrán rayado del oeste se desvaneció en la oscuridad creciente y el mar, hacia el este, era negro. La tierra había desaparecido, y solo se oía el ronco y triste rugido de la marea. «Si voy a ahogarme…, si voy a ahogarme…, si voy a ahogarme, ¿por qué, en el nombre de los siete dioses locos que gobiernan el mar, me han permitido llegar tan lejos y contemplar arena y árboles? ¿Me han traído solo para apartarme el morro cuando estaba a punto de mordisquear el sagrado queso de la vida?».

El paciente capitán, apoyado sobre la barrica de agua, estaba obligado a hablar de vez en cuando con los remeros.

—¡Mantengan alta la proa, mantengan alta la proa!

—Mantenemos alta la proa, señor. —Las voces sonaban cansadas y débiles.

Fue sin duda una noche callada. Todos, menos el remero, yacían pesadamente y desanimados en el fondo del bote. En cuanto a aquel, sus ojos no podían captar nada que no fueran las altas olas negras que se extendían ante él en el más siniestro de los silencios, excepto por algún ocasional y sumiso gruñido de una cresta.

La cabeza del cocinero estaba sobre el banco y miraba sin interés al agua bajo su nariz. Estaba sumergido en otras imágenes. Al fin, habló:

—Billie —murmuró soñoliento—, ¿qué tarta te gusta más?

V

—¿Tarta? —dijeron el maquinista y el corresponsal, asombrados—. ¡Ni lo mencione, maldito sea!

—Vale —dijo el cocinero—, solo estaba pensando en sándwiches de jamón y…

Una noche en el mar en un bote es una noche larga. Cuando la oscuridad se asentó al fin, el resplandor del faro, que ascendía del mar hacia el sur, se volvió dorado. En el horizonte del norte apareció una nueva luz, un brillo pequeño y azulado en el filo de las aguas. Estas dos luces eran el mobiliario del mundo. Por lo demás, no había sino olas.

Dos hombres se acurrucaban en la popa, y las distancias en el bote eran tan escasas que el remero podía mantener los pies calientes metiéndolos debajo de sus compañeros. Sus piernas se extendían más allá del banco, hasta tocar los pies del capitán. A veces, a pesar de los esfuerzos del cansado remero, una ola entraba en el bote, una ola helada de la noche, y el agua fría los calaba de nuevo. Se retorcían durante un instante y gruñían, y caían otra vez en un sueño profundo, mientras el agua gorgoteaba a su alrededor cuando la embarcación se balanceaba.

El plan del maquinista y el corresponsal era que uno remara hasta que perdiera fuerzas y luego levantar al otro de su colchón de agua de mar en el fondo del bote.

El maquinista empuñaba los remos hasta que su cabeza se vencía y el sueño todopoderoso lo cegaba. Y aún seguía remando. Entonces

tocaba a uno de los hombres del fondo del bote y decía su nombre.

—¿Puede sustituirme durante un rato? —decía con resignación.

—Claro, Billie —decía el corresponsal, despertándose y arrastrándose hasta sentarse. Cambiaban de lugar con cuidado y el maquinista, acurrucándose en el agua junto al cocinero, parecía dormirse de inmediato.

La singular violencia del mar había cesado. Las olas llegaban sin rugidos. La obligación del hombre a los remos era mantener el bote aproado para que el sesgo de las olas no lo volcara y para preservarlo del agua cuando las crestas de las olas pasaban rozándolo. Las olas negras eran silenciosas y difíciles de ver en la oscuridad. A menudo una estaba casi encima del barco antes de que el remero se diera cuenta.

El corresponsal se dirigió en voz baja al capitán. No estaba seguro de que estuviera despierto, aunque aquel hombre de acero parecía estarlo siempre.

—Capitán, ¿lo mantengo hacia aquella luz al norte, señor?

La misma voz calmada le respondió:

—Sí, manténgalo a dos puntos a babor.

El cocinero se había puesto un salvavidas para adquirir el calor que el burdo corcho podía darle, y parecía haber entrado en calor cuando el remero, cuyos dientes castañeteaban invariable y salvajemente, se tendió a dormir tan pronto acabó su tarea.

Mientras remaba, el corresponsal miraba a los dos hombres que dormían a sus pies. El brazo del cocinero alrededor de los hombros del maquinista, con la ropa hecha pedazos y los rostros demacrados, eran los niños del mar, una representación grotesca de los antiguos niños del bosque.

Más tarde hubo de tener algún descuido porque, de repente, se produjo una crecida de las aguas, una cresta se alzó con un rugido y se coló en el bote, y no hizo flotar de milagro al cocinero con su salvavidas. El cocinero siguió durmiendo, pero el maquinista se sentó parpadeando y volvió a temblar de frío.

—Oh, lo siento mucho, Billie —dijo el corresponsal, arrepentido.

—No pasa nada, amigo —dijo el maquinista, que se volvió a tumbar y se durmió.

En aquel momento parecía que incluso el capitán dormitaba y el corresponsal pensó que era el único hombre a flote en todos los océanos. Cuando llegaba sobre las olas, el viento sonaba más triste

que la muerte.

Hubo un largo y sonoro silbido a popa y un rastro brillante y fosforescente, como una llama azul, rasgó las negras aguas como si fuera un cuchillo monstruoso. Después llegó la calma, mientras el corresponsal jadeaba con la boca abierta y miraba el mar.

De pronto hubo otro silbido y otro largo resplandor de luz azulada, esta vez a lo largo del bote, que podía alcanzarse con el remo. El corresponsal vio una aleta enorme y veloz atravesar el agua como una sombra, surcar la espuma cristalina y dejar una larga estela brillante.

El corresponsal miró al capitán por encima de los hombros. Su cara estaba oculta y parecía dormir. Miró a los niños del mar. Estaban sin duda dormidos. Sin apoyo alguno, se inclinó un tanto hacia una de las bordas y maldijo quedamente al mar.

Pero aquella cosa no había abandonado las cercanías del barco. A proa o a popa, a babor o a estribor, a intervalos largos o cortos, surgía la larga estela brillante y se escuchaba el giro de la aleta negra. Su velocidad y su fuerza eran de admirar, pues cortaba el agua como un proyectil puntiagudo y gigante.

La presencia de aquella cosa inesperada no dio al hombre el miedo propio de un inexperto. Se limitó a mirar al mar fríamente y juró en voz baja.

Lo cierto es que, a pesar de todo, hubiera deseado no estar solo, que uno de sus compañeros se despertara de casualidad y le hiciera compañía. Pero el capitán se apoyaba sin moverse sobre la barrica y el maquinista y el cocinero, en el fondo del bote, estaban sumergidos en el sueño.

VI

«Si voy a ahogarme…, si voy a ahogarme…, si voy a ahogarme, ¿por qué, en el nombre de los siete dioses locos que gobiernan el mar, se me permitió llegar tan lejos y contemplar arena y árboles?». Sobre aquella noche lúgubre, hay que señalar que un hombre podía concluir que, a pesar de la abominable injusticia que ello comportara, la intención de los siete dioses locos era ahogarlo de verdad. Porque era, en efecto, una injusticia abominable, un crimen muy antinatural, ahogar a un hombre que había trabajado tanto y

tan duro. Otros se habían ahogado en el mar desde que las galeras pululaban con velas pintadas, pero aun así… Cuando un hombre tiene la impresión de que la naturaleza no lo considera importante, y esta siente que no mutilará el universo si prescinde de él, lo primero que desea ese hombre es derribar los muros del templo y odia profundamente el hecho de que no haya muros ni templo. Cualquier expresión de la naturaleza será objeto de sus burlas. Así pues, si no hay nada tangible a lo que gritar, quizá sienta el deseo de enfrentarse a una personificación y satisfacerla con plegarias, arrodillándose y diciendo con manos suplicantes: «Sí, pero yo me quiero». Una alta y fría estrella en una noche invernal es la señal que él cree que le envía; seguidamente, entiende lo patético de su situación.

Los hombres del bote no hablaban de tales asuntos, pero cada uno había reflexionado, sin duda, en silencio y de acuerdo con su pensamiento. Pocas veces había en sus rostros una expresión que no fuera la de un absoluto cansancio general. Los discursos se limitaban a los asuntos del bote. Para tocar las notas de sus emociones, un verso entró misteriosamente en la cabeza del corresponsal. Tenía incluso olvidado aquel verso, pero de repente estaba en su mente: «Un legionario moría en Argel sin el cuidado de una mujer, sin las lágrimas de una mujer; pero un compañero seguía a su lado y él tocó la mano del camarada y le dijo: “No volveré a ver mi tierra, mi patria”».[64]

Durante su infancia, el corresponsal se había enterado del hecho de que un legionario había muerto en Argel, pero nunca lo consideró importante. Miríadas de sus compañeros de clase le habían informado del sufrimiento del soldado, pero el jaleo había terminado y él seguía por completo indiferente. Nunca consideró asunto suyo que un legionario muriera en Argel ni le parecía algo que diera pena. Significaba menos para él que la rotura de la punta de un lápiz. Pero ahora, curiosamente, volvió a él como ser humano, como cosa viviente. Dejó de ser una imagen de agonía en el pecho de un poeta mientras bebía té y se calentaba los pies en la estufa: era algo real… Duro, triste y hermoso.

El corresponsal veía nítidamente al soldado. Yacía en la arena con los pies hacia delante e inmóvil. Mientras su pálida mano izquierda descansaba sobre su pecho en un intento de impedir que se le fuera la vida, la sangre corría entre sus dedos. En la lejana

distancia argelina, una ciudad de formas bajas y cuadradas se recortaba contra un cielo tenue con los últimos colores del atardecer. El corresponsal, aferrado a los remos y soñando con los movimientos cada vez más lentos de los labios del soldado, estaba conmovido por una comprensión profunda y totalmente impersonal. Se lamentó por el legionario que moría en Argel.

La cosa aquella que había seguido y vigilado al barco se había aburrido, obviamente, por la tardanza. Dejó de escucharse la salpicadura del agua hendida y no hubo más estela resplandeciente. La luz del norte todavía brillaba, pero no parecía estar cerca del bote. A veces el estruendo de la marea sonaba en los oídos del corresponsal, y este viraba la embarcación hacia el mar y luego remaba con más fuerza. Hacia el sur alguien había prendido una hoguera en la orilla. Estaba muy baja y demasiado lejos para ser vista, pero desde el bote se percibía el titilante y rosado reflejo que provocaba sobre el farallón que tenía detrás. El viento se intensificó, y a veces se alzaba de repente una ola como un gato montés, con su cresta lustrosa y espumeante digna de verse.

En la proa, el capitán se movió sobre la barrica y se incorporó.

—Una noche larga —le comentó al corresponsal mirando a la orilla—. Los del salvamento se están tomando su tiempo.

—¿Vio al tiburón dando vueltas?

—Sí, lo vi. Un buen ejemplar, sí.

—Ojalá hubiera sabido que estaba despierto.

El corresponsal se dirigió al fondo del bote.

—¡Billie! —Hubo un movimiento gradual—. Billie, ¿puede sustituirme?

—Claro —dijo el maquinista.

Tan pronto como el corresponsal se tumbó en el agua fría, tan agradable, del fondo del barco, y se acurrucó contra el salvavidas del cocinero, cayó en un sueño profundo, aunque sus dientes castañeteaban todas las canciones populares. Aquel sueño fue tan bueno que le pareció que había dormido apenas un instante cuando oyó una voz que le llamaba en un tono que denotaba las últimas fases del agotamiento.

—¿Me sustituye?

—Claro, Billie.

La luz del norte se había desvanecido misteriosamente, pero el corresponsal siguió el curso determinado por el capitán, totalmente

despierto.

Avanzada la noche, llevaron el bote mar adentro y el capitán ordenó al cocinero que cogiera un remo en la popa y mantuviera el bote de cara al océano. Tenía que avisar si oía el rugido de la marea. El plan permitió al maquinista y al corresponsal darse un respiro juntos.

—Daremos a los muchachos la oportunidad de recuperarse —dijo el capitán.

Ellos se acurrucaron y, tras los temblores y parloteos preliminares, entraron de nuevo en un sueño profundo. Ninguno supo que habían legado al cocinero la compañía de otro tiburón, o quizá del mismo.

Mientras el bote bailaba sobre el oleaje, la espuma chocaba de vez en cuando contra la borda y les daba un remojón frío, pero no conseguía interrumpir su descanso. Las ominosas sacudidas del viento y el agua los afectaban tanto como a una momia.

—Muchachos —dijo el cocinero con voz renuente—, hemos derivado bastante. Creo que será mejor que uno de ustedes lo lleve de nuevo al mar.

El corresponsal, despierto, oyó el fragor de las altas crestas.

Mientras remaba, el capitán le dio algo de whisky aguado y eso le quitó los escalofríos.

—Si llego alguna vez a la costa y alguien me enseña siquiera la fotografía de un remo…

Al fin hubo una breve conversación.

—Billie… Billie, ¿me sustituye?

—Claro —dijo el maquinista.

VII

Cuando el corresponsal abrió de nuevo los ojos, el mar y el cielo tenían el tono gris del amanecer. Más tarde las aguas se colorearon de rojo y oro. La mañana llegó finalmente en todo su esplendor, con un cielo azul puro, y la luz del sol llameó en las puntas de las olas.

En las dunas distantes había muchas casitas negras y un alto molino de viento blanco giraba sobre ellas. Ningún hombre, ni perro ni bicicleta se veían en la playa. Las casitas debían de pertenecer a un pueblo abandonado.

Los viajeros escrutaron la costa. Se celebró una conferencia en el bote.

—Bien —dijo el capitán—, si no va a llegar ninguna ayuda, debemos intentar navegar directos a favor de la marea. Si nos quedamos aquí más tiempo, estaremos muy débiles para hacer nada por nosotros mismos.

Los otros asintieron a su razonamiento en silencio. El bote fue encarado hacia la playa. El corresponsal se preguntaba si nadie habría subido a la alta torre del molino y mirado hacia el mar. La torre era un gigante que se alzaba de espaldas al apremio de las hormigas. En cierta medida representaba para el corresponsal la serenidad de la naturaleza en medio de las luchas de los individuos: naturaleza en el viento y en la imaginación. Entonces no le pareció cruel, ni benéfica ni traicionera ni sabia, sino indiferente, completamente indiferente. Es plausible que un hombre en semejante situación, impresionado por la desidia del universo, pueda ver tal vez los innumerables errores de su vida, que los haya saboreado en su mente con resentimiento, y desee otra oportunidad. La distinción entre el bien y el mal le parece absurdamente clara, en esta nueva ignorancia al borde de la tumba, y comprende que, si le dieran otra oportunidad, podría corregir su conducta y sus palabras, y ser mejor y más sabio durante una conferencia o un té.

—Ahora, muchachos —dijo el capitán—, se va a hundir con seguridad. Todo lo que podemos hacer es llevarlo lo más lejos posible, y entonces, cuando se hunda, saltar y luchar por llegar a la playa. Mantengan la calma y no salten hasta que se hunda de verdad.

El maquinista cogió los remos y observó la marea a sus espaldas.

—Capitán —dijo—, creo que es mejor darle la vuelta, poner proa al mar y volver allí.

—De acuerdo, Billie —dijo el capitán—. Llévelo.

El maquinista viró entonces el bote y, sentados en la popa, el maquinista y el corresponsal se vieron obligados a mirar sobre sus hombros para ver la costa solitaria e indiferente.

El gran oleaje costero arrastró el bote hasta que los hombres fueron capaces de ver de nuevo las blancas láminas de agua deslizándose por la playa en declive.

—No llegaremos nunca —dijo el capitán.

Cada vez que un hombre podía distraer su atención de las olas,

volvía la mirada hacia la costa, y en la expresión de sus ojos había una cualidad singular. El corresponsal, al mirar a los otros, sabía que no tenían miedo, pero el significado profundo de sus miradas era desolador. En cuanto a él, estaba demasiado cansado para lidiar en profundidad con el hecho. Trataba de obligar a su mente a pensar en ello, pero estaba dominada en aquel momento por los músculos, y estos decían que no les importaba. Solo se le ocurría que ahogarse sería una lástima.

No había palabras ansiosas, ni palidez ni simple nerviosismo. Los hombres solo miraban hacia la costa.

—Ahora, recuerden alejarse del bote cuando salten —dijo el capitán.

En mar abierto, la cresta de una ola rompió de repente con un chasquido atronador y la blanca corriente llegó rugiendo hasta el barco.

—Preparados ahora —dijo el capitán.

Los hombres estaban callados. Volvieron los ojos de la orilla a la corriente y esperaron. El bote se deslizó hacia arriba por la pared, saltó en la cresta furiosa, se balanceó sobre ella y se escurrió hacia abajo por la larga espalda de la ola. Había entrado algo de agua y el cocinero la achicaba. La siguiente también los sacudió. La tambaleante y burbujeante corriente de agua blanca agarró el barco y lo meneó hasta colocarlo casi vertical. El agua se metió por todos lados. El corresponsal se agarraba a la borda cuando el agua entró y rápidamente soltó los dedos como si le molestara mojárselos.

El pequeño bote, hundido por el peso del agua, vaciló y se acurrucó dentro del mar.

—¡Achique, cocinero, achique! —dijo el capitán.

—De acuerdo, capitán —dijo el cocinero.

—Bien, muchachos, la siguiente acabará sin duda con nosotros —dijo el maquinista—. Recuerden saltar lejos del bote.

La tercera ola se abalanzó, enorme, furiosa, implacable. Se tragó fácilmente el bote y casi de manera simultánea lanzó a los hombres al mar. Un trozo del salvavidas se había quedado en el fondo del barco y, mientras saltaba por la borda, el corresponsal lo agarró contra su pecho con la mano izquierda.

El agua de enero estaba helada, y el corresponsal pensó de inmediato que estaba más fría de lo que era de esperar en las costas de Florida. En aquel momento, esto le parecía a su mente aturdida

un hecho lo bastante importante como para ser destacado. La frialdad del agua era penosa, era trágica. Aquel hecho se mezcló y se confundió de tal manera con su sentir sobre su situación que le pareció una razón casi adecuada para llorar. El agua estaba fría.

Cuando salió a la superficie fue consciente de poco más que del estruendo del agua. Después vio a sus compañeros en el mar. El maquinista encabezaba la carrera. Nadaba con fuerza y velocidad. A la izquierda del corresponsal, la espalda blanca y encorchada del cocinero sobresalía del agua y, al fondo, el capitán se agarraba con su única mano buena a la quilla del bote volcado.

Hay cierta cualidad inmóvil en la costa, y el corresponsal se preguntó por ello en medio de la confusión del océano. Parecía también muy atractiva, pero el corresponsal sabía que había un largo trayecto y chapoteó lentamente. El trozo del salvavidas estaba bajo él y a veces se deslizaba por el declive de una ola como si fuera en un trineo. Pero finalmente llegó a un tramo del mar donde el trayecto estaba repleto de dificultades. No dejó de nadar para preguntarse qué tipo de corriente lo había atrapado, pero su avance terminó. La orilla se encontraba frente a él como un pedazo de paisaje en un escenario y lo miró y se detuvo en cada detalle.

Mientras el cocinero pasaba lejos a la izquierda, el capitán lo llamó:

—¡Dese la vuelta, cocinero! Dese la vuelta y use el remo.

—De acuerdo, señor. —El cocinero se dio la vuelta y paleó con el remo avanzando como si fuese una canoa.

En aquel momento, el bote también pasó a la izquierda del corresponsal con el capitán asido a la quilla con una mano. Si no fuera por el extraordinario movimiento del bote, habría parecido un hombre alzándose para mirar por la borda. El corresponsal se asombró de que el capitán todavía se sujetara. Lo dejaron atrás, más cerca de la costa, el maquinista, el cocinero y el capitán, y siguiéndolos iba la barrica de agua, balanceándose alegremente sobre las aguas.

El corresponsal permanecía en las garras de un extraño y nuevo enemigo: la corriente. La orilla, con su blanca ladera de arena y su farallón verde, culminado por pequeñas y silenciosas casas, se extendía ante él como un cuadro. Estaba muy cerca, pero no le impresionó más que a quien contempla un paisaje de Bretaña u Holanda en un museo.

Pensó: «¿Me voy a ahogar? ¿Es posible, es posible, es posible?». Tal vez cada individuo considera su propia muerte como el acontecimiento decisivo de la naturaleza.

Pero, más tarde, quizá una ola lo sacó de la pequeña y mortal corriente, porque de pronto se dio cuenta de que podía avanzar hacia la orilla. Luego, vio que el capitán, colgado de una mano de la quilla del bote, había dejado de mirar a la orilla para mirarlo a él, y que estaba llamándolo:

—¡Venga al bote, venga al bote!

En su lucha por alcanzar al capitán y al bote, pensó que cuando alguien está verdaderamente cansado, ahogarse debe de ser una solución agradable, un cese de hostilidades acompañado por un alto grado de alivio, y eso lo ponía alegre, porque, en algunos momentos, su mente estaba ocupada por el miedo a una lenta agonía. Y él no quería sentir dolor.

En aquel momento, vio a un hombre, corriendo por la orilla, que estaba desnudándose a una velocidad notable. Abrigo, pantalones, camisa, todo volaba como por arte de magia.

—¡Venga al bote! —gritó el capitán.

—De acuerdo, capitán.

Mientras braceaba, el corresponsal vio al capitán dejarse caer y alejarse del bote. Entonces protagonizó el único prodigio del viaje. Una gran ola lo cogió y lo hizo volar a una velocidad suave y suprema sobre el bote y lejos de él. Entonces consideró el suceso realmente como un éxito gimnástico y un verdadero milagro del mar. Un barco volcado en la corriente no es un juguete para un nadador.

El corresponsal alcanzó aguas que le llegaban al pecho, pero sus condiciones no le permitían sostenerse más que un instante. Cada ola lo sacudía con fuerza y la resaca y la resaca tiraba de él. Entonces vio llegar, saltando por el agua, al que había estado corriendo y desvistiéndose en la orilla, que arrastró al cocinero a la orilla y después se dirigió al capitán, pero este le indicó que renunciara y lo envió hacia el corresponsal. El hombre estaba desnudo, desnudo como un árbol en invierno, pero tenía un halo en la cabeza y brillaba como un santo. Tomó impulso, dio una larga brazada y aferró la mano del corresponsal. Este, educado al máximo, dijo: «Gracias, amigo». Pero de repente el hombre gritó «¿Qué es eso?» y señaló nervioso. El corresponsal dijo: «Váyase».

El maquinista yacía en el bajío cara abajo, con la frente sobre la arena, que, entre ola y ola, se despejaba de agua.

El corresponsal no supo qué pasó después. Cuando llegó a tierra se desplomó, golpeando la arena con cada parte de su cuerpo. Fue como si se hubiera caído de un tejado, pero el porrazo fue agradable para él.

Parece que la playa se llenó de hombres con mantas, ropa y botellas, y de mujeres con tazas de café y todos los remedios que juzgaron necesarios. La bienvenida de la tierra a los hombres del mar fue cálida y generosa, pero una forma rígida y empapada fue llevada lentamente a la playa y solo recibió el saludo distinto y siniestro de la tumba.

Al caer la noche, las olas blancas se movieron con regularidad adelante y atrás a la luz de la luna, el viento trajo el sonido de la gran voz del mar a los hombres de la orilla, y ellos sintieron que ahora podían entenderla.

[63] Incluido en el volumen *The Open Boat and Other Tales* (1898) y publicado en 1894 en *Scribner's Magazine*.

[64] De «Bingen on the Rhine» [Bingen del Rin] (¿1884?), de la poeta y activista inglesa Caroline Norton (1808-1877).

CHARLES EGBERT CRADDOCK,
seudónimo de MARY NOAILLES MURFREE
(1850-1922)

ENTRE BARRANCOS[65]

Era un momento crítico. Había un revuelo diferente al que produce el viento entre las agujas de los pinos y las hojas secas que alfombraban el suelo.

Los pavos cautelosos estiraron sus largos cuellos con su chillido peculiar, entre la duda y la sorpresa, tan familiar al cazador, y todo se quedó quieto durante un instante.

El mundo había entrado en la luz del atardecer, el aire de la montaña sabía a la fresca fragancia silvestre que se extendía por el bosque, el follaje resplandecía con los rojos y dorados del otoño, el lejano Chilhowee se elevaba en azules delicados.

Aquel instante de duda selló el destino de la bandada. Mientras los pavos permanecían en un suspense momentáneo, la luz del sol doró sus plumas de color bronce con un nuevo brillo y hubo un movimiento en los densos arbustos a sus pies. La bandada empezó a volar de repente: un resplandor entre las hojas, un agudo disparo de rifle y una de las aves calló pesadamente sobre el barranco y se deslizó hacia el valle.

La exclamación de triunfo del joven montañés murió en su garganta. Llegó corriendo hasta el filo del barranco y miró con disgusto a las profundidades donde su presa había desaparecido.

—Vaaale, tío —soltó patético—, ¡esto me encanta! ¡Mi suerte haría reír a un caballo!

No obstante, no sé rio. Tal vez su suerte estaba calculada solo para provocar la hilaridad equina. El barranco era casi perpendicular: a una profundidad de seis metros se proyectaba una

cornisa estrecha, pero desde allí había una caída brusca abajo, abajo, abajo, hasta las copas de los altos árboles del valle allá a lo lejos.

Mientras Ethan Tynes miraba con melancolía el precipicio, le asaltó una alegría repentina. En la estrecha cornisa estaba el pavo abatido.

Ethan, el de la vista aguda, se lamentó. Había hecho un buen disparo y odiaba renunciar a la presa. Mientras miraba fijamente, desconcertado, una idea empezó a brillar en su mente. ¿Por qué no descendía hasta la cornisa con ayuda de las largas lianas que colgaban al borde del barranco?

Era arriesgado, Ethan lo sabía… Terriblemente arriesgado. Pero… ¡si las lianas fueran fuertes!

Tiró de ellas una y otra vez con todas sus fuerzas, eligió algunas de las más largas, se agarró a ellas con decisión, y se deslizó despacio por el risco.

Tuvo que parar un momento: sus movimientos habían desprendido terrones y fragmentos de roca del borde del barranco, y hasta que no cesaron de traquetear sobre su cabeza y hombros, no continuó su descenso.

Al proseguir, oía de vez en cuando el chasquido de ramitas, o la ruptura de un tallo, pero las lianas que lo sostenían eran muy duras y fuertes. Antes de darse cuenta estaba de pie sobre la cornisa y, con un gran suspiro de alivio, soltó los tallos.

—Bueeeno, al final no ha sido tan difícil. Pero, vaya, si hubiera sido Peter Birt en vez de mí, ¡ese pavo se habría quedado en esta maldita cornisa hasta el día del juicio final!

Caminó con agilidad por el saliente, cogió el ave y la ató a una de las lianas con una cuerda que sacó del bolsillo con la intención de arrastrarla una vez alcanzara el borde del precipicio. Cuando hubo terminado, empezó a pensar en la vuelta.

Se agarró a las lianas que había utilizado para bajar, pero antes de que hubiera abandonado por completo la cornisa, notó que cedían.

Se detuvo, se dejó caer hasta un punto de apoyo seguro y probó de nuevo su consistencia tirando de ellas con todas sus fuerzas, pero se quedó con todo en las manos. El roce contra el filo cortante de roca sobre el que se habían estirado, con una gran tensión, las había rasgado. Su primera sensación fue de agradecimiento porque

hubieran cedido mientras él seguía en la cornisa en vez de estar a medio camino de su precario ascenso.

—Si se hubieran roto mientras estaba subiendo, habría caído a plomo al fondo del valle, pues la cornisa es muy estrecha para haberme detenido.

Miró hacia la oscuridad de las profundidades.

—¡Habrían tenido que recogerme con una pala! —exclamó, dándose cuenta tardíamente de su loca imprudencia.

Al instante un miedo mortal lo atrapó. ¿Sería aquel su destino? Alcanzar el borde del barranco con su propio esfuerzo era imposible.

Miró arriba con ojos desesperados, el muro era escarpado y pulido, sin una grieta en la que pudiera encajar el pie o una mata a la que agarrarse.

Mientras contemplaba de nuevo el abismo inconmensurable, su cabeza daba vueltas sin parar. Se dejó caer lentamente hasta sentarse con los talones colgando sobre las pavorosas profundidades y empezó a examinar con decisión el terrible peligro en el que se había puesto.

¿Cuánto iba a durar?

En el mejor de los casos, ¿cuánto iba a durar? ¿Podría encontrar algún ser humano que lo rescatara? Pensó con creciente desaliento que el lugar estaba lejos de cualquier población y del camino que bordeaba la cresta.

No había paseo que llevara a un hombre a una zona tan poco frecuentada en la profundidad del bosque, a menos que un accidente condujera a un cazador hasta allí.

Era bastante posible, no, probable, que pasaran años antes de que la soledad del bosque fuera de nuevo interrumpida por la presencia humana.

Sus hermanos lo buscarían al echarlo de menos en casa, ¡pero la extensión de bosque era infinita! Podían buscar durante semanas y no llegar nunca al sitio. Moriría allí, de hambre… No, se quedaría dormido al estar exhausto y caería… ¡Caería, caería!

Empezó a sentir la fascinación mórbida que a veces atrapa a los que permanecen a gran altura… y un impulso incontrolable de

saltar. Su única salvación era mirar hacia arriba. Podía mirar al cielo.

¿Y cuáles eran las palabras que estaba empezando a recordar débilmente? ¿No había dicho el predicador itinerante,[66] en su último sermón, que ni siquiera el gorrión caía a tierra sin que Dios lo supiera? Había algo poderoso en aquella sentencia. Se sentía menos solo al mirar con resolución al gran cielo azul. Un sentimiento de valor, de esperanza, se apoderó de su corazón. Se mantendría tanto, y con tanto coraje, como pudiera, y si llegaba lo peor… ¿estaría tan solo? Se aferraría al recuerdo de la caída del gorrión.

Estaba tan ansioso por cumplir con su destino que creía estar soñando cuando oyó unos pasos lejanos. Pero no se desvanecieron, crecieron, cada vez más nítidos… Unos pasos arrastrados que, curiosamente, se detenían a intervalos y pateaban las hojas caídas.

Intentó gritar, pero parecía haber perdido la voz. Ningún sonido salía de su lengua gorda ni de su garganta seca. Los pasos se acercaron. E iban a pasar de largo. Con un esfuerzo sobrehumano, Ethan lanzó un grito ronco y salvaje.

Las rocas lo repitieron, el viento lo llevó lejos y, ciertamente, había un eco de su desesperación y miedo en el agudo grito que alcanzó el filo del desfiladero. Luego oyó los pasos cansinos corretear y alejarse muy deprisa.

Una certeza lo iluminó. Era algún niño que pasaba por allí en un paseo inimaginable por la espesura, asustado por el grito repentino.

—¡Para, nene! —gritó—, ¡para un poco! Es Ethan Tynes quien te llama. ¡Para un segundo, nene!

Los pasos se detuvieron a una distancia segura y la voz chillona de un niño pequeño dijo:

—¿Dónde estás, Ethan Tynes?

—Aquí abajo, en un saliente del barranco. Y, tú, ¿quién eres?

—George Birt —replicó rápido el pequeño—. ¿Qué haces ahí abajo? Creía que era el demonio quien me llamaba. No veía a nadie.

—Vine hasta aquí por las lianas a por un pavo al que disparé. Se rompieron, y no tengo manera de subir otra vez. Necesito que vayas a casa de tu madre y le digas a tu hermano Pete que traiga una cuerda para que pueda trepar.

Ethan esperó oír los pasos arrastrados alejarse con una velocidad proporcional a la importancia del recado. Por el contrario, se

acercaron al filo.

Tras un momento de suspense, apareció entre los bordes quebrados de los tallos rotos una pequeña cabeza pelirroja, una cara plagada de pecas y un par de agudos y entusiastas ojos azules. George Birt se había tumbado sobre su estómago con cuidado, y solo su cabeza sobresalía del borde del barranco para que su curiosidad no le hiciera perder la vida.

—¿Lo tienes? —preguntó jadeando.

—¿Tener qué? —dijo el pobre Ethan, asombrado e impaciente.

—El paaavo… ¿De qué hablamos pues? —dijo George Birt.

Ethan había perdido todo interés por el pavo.

—Sí, sí, pero vete ya, nene. Puedo caerme de este maldito lugar… Me estoy quedando tieso de estar tanto rato quieto, sentado aquí… O el viento puede arrastrarme. El viento sopla fuerte.

—¿Macho o hembra? —preguntó George Birt con curiosidad.

—Parece hembra —dijo Ethan—. Pero, maldita sea, George, confío en ti y, si me caigo de este maldito lugar, estaré tan muerto como un clavo en un minuto.

—Vaaale, me voy —dijo George Birt con una rapidez de agradecer.

El niño se levantó de su postura reclinada y Ethan le oyó arrastrar los pies y alejarse, pateando de vez en cuando las hojas caídas.

Pero entonces se dio la vuelta y regresó al borde del desfiladero, se tumbó de nuevo tan largo como era —pues los niños de las montañas son cuidadosos con los precipicios—, reptó con destreza a lo largo del filo, sacó su cabeza pelirroja con precaución, y empezó a hablar otra vez para negociar con las necesidades de Ethan.

—Si hago este recado para ti —dijo, mirando con agudeza—, ¿me darías las alas de ese pavo salvaje?

Codiciaba las plumas, no los huesos del ave. Las alas de los pavos domésticos son usadas por las mujeres de las montañas como abanicos que se consideran tan elegantes como cómodos. George Birt imitaba las costumbres de sus mayores, con independencia del sexo, algo característico en los niños muy pequeños.

—¡Oh, nene, vete ya! —exclamó el pobre Ethan, desesperado ante la lentitud e indiferencia de su único salvador—. Te daré las dos alas. —Le habría ofrecido con gusto todo el pavo si el «nene» lo hubiera querido.

—Vaaale, ya me voy.

George Birt se levantó del suelo y se marchó con brío, emocionado por la promesa de ambas «alas».

Ethan se enfadó bastante cuando oyó que el niño volvía de nuevo arrastrando los pies. Desde luego, uno debía tratar con gratitud a su salvador, especialmente a un salvador de un peligro mortal, pero es dudoso que la gratitud de Ethan fuera lo bastante grande para evitar un capón considerable a aquella vigorosa cabeza, si la distancia se lo hubiera permitido, cuando se asomó de nuevo al borde del barranco.

—He vuelto para decirte —empezó a decir el valiente salvador dándose importancia y engrandeciendo su función con un placer extremo— que no puedo ir a contarle a Pete lo de la cuerda hasta que vaya al molino. Tengo al viejo penco amarrado allí con un saco de maíz. Mi madre está sentada en casa esperando por la harina para hacer tortitas. Y tengo diez centavos para pagar el molino, me los dio mi padre la semana pasada. Y tengo miedo de andar por ahí con ellos, podría perderlos, ¿sabes? Y no puedo ir a casa sin la harina: si lo hago, me la cargaré. Pero se lo diré a Pete cuando vuelva del molino.

—¡El molino! —repitió Ethan espantado—. ¿Qué haces en este lado de la montaña si tenías que ir al molino? Este no es el camino.

—Vine —dijo el pequeño, dándose aún importancia a pesar de un ligero rastro de vergüenza en su cara pecosa— para comprobar una trampa que les había puesto a las ardillas. Miraré la trampa, y luego tengo que ir al molino, porque mi madre está sentada en casa esperando la harina para hacer tortitas. Luego le diré a Pete dónde estás y lo que me has dicho de la cuerda. Tú espérame aquí.

El pobre Ethan no podía hacer nada.

Mientras el eco del paso arrastrado del crío se perdía en la distancia, una redoblada sensación de soledad cayó sobre Ethan Tynes. Pero se esforzó en consolarse pensando que la importante misión de la trampa para ardillas y el recado en el molino no podían durar para siempre y, antes de que pasara mucho tiempo, Peter Birt y su cuerda estarían en el desfiladero.

Esta idea lo mantuvo a flote mientras las horas se arrastraban con lentitud. De vez en cuando alzaba la cabeza y escuchaba con una atención penosa. Sentía todos los músculos rígidos, pero no se atrevía a hacer el esfuerzo de cambiar su limitada postura. Podría

perder el control de sus tiesas extremidades y caer al pavoroso abismo.

Finalmente, empezó a perder la paciencia. Su corazón se hundía. Su recadero estaba siendo más lento aún de lo que estaba preparado para esperar. ¿Por qué no venía Pete? ¿Era posible que George hubiera olvidado contarle el peligro en que se hallaba?

El sol se ponía con un magnífico esplendor de nubes doradas y arreboladas y una bruma opalina en las montañas púrpuras. Los últimos rayos cayeron sobre las plumas broncíneas del pavo que yacía en la cornisa atado a las lianas rotas.

Y ahora sobre su cabeza solo había ceñudas acumulaciones de nubes negras al oeste.

La oscuridad de la noche había caído sobre el follaje otoñal del fondo del valle y, en lugar de la bruma opalina, solo había niebla gris.

Deslizándose a lo largo de las cordilleras paralelas, llegó una lúgubre nube de tormenta. El muchacho pudo oír las grandes gotas salpicando las copas de los árboles del valle mucho mucho antes de sentirlas en su cabeza.

Entre los riscos sonó el rugido de un trueno. Luego llegó tumultuosamente la lluvia, no en líneas, sino en ráfagas furiosas. Los rayos desgarraron el cielo, mostrándole los atisbos del glorioso resplandor que portaban, demasiado brillante para los ojos humanos.

Se aferró desesperadamente a su precaria percha. De vez en cuando, una fuerte ráfaga de viento casi lo arrancaba de allí. Lo asaltaban extraños pensamientos. El aire estaba lleno de la salvaje sinfonía de la naturaleza, el viento y la lluvia, el trueno reverberante, el atronador eco entre los barrancos, y entonces creyó oír su nombre resonando una y otra vez a través del tumulto, a veces en la voz de Pete, a veces con el tono chillón de George.

Al cabo de un rato, se dio cuenta, vagamente, de que había cesado de llover y la luna comenzaba a resplandecer entre las grietas de las nubes.

El viento incesante continuaba, pero lo curioso es que ahora no podía oírlo. No podía oír nada, no podía pensar en nada. Su consciencia empezaba a desfallecer.

De hecho, George Birt se había olvidado de él… Incluso de las alas prometidas. No es que hubiera descubierto nada muy extraordinario en su trampa, pues estaba vacía, pero, cuando llegó al molino, se encontró con que el molinero había matado un oso y capturado un osezno, y el huérfano, encadenado a un poste, había absorbido totalmente la atención de George Birt.

A la gente sofisticada, el niño le habría parecido tan grotesco como el osezno. George llevaba una camisa de algodón crudo. La cinturilla de sus pantalones holgados rodeaba su cuerpo justo bajo los sobacos, alcanzando sus omóplatos en la espalda y cerca de la clavícula en el pecho. Su pelo rojo estaba cubierto en parte con un trozo de un viejo gorro de lana. Miraba al osezno con una curiosidad tan intensa como la que el osezno le dedicaba a él. Cada uno recibía su primera lección de historia natural.

Mientras hubo luz diurna suficiente para ver al osezno, George Birt se quedó y observó fijamente al animal. Después condujo a casa al viejo caballo en la oscuridad incipiente, asemejándose a un pequeño alfiler en un gran alfiletero.

En casa encontró a los adultos poco razonables… Como suele pasar. La cena se había retrasado cerca de una hora por la falta de harina para las tortitas. Se la «ganó» considerablemente, pero no lo suficiente para quitarle el apetito de tortitas. Después de todo aquello, estaba listo para acostarse cuando llegó la hora de irse a la cama, pero mientras cabeceaba junto al fuego, oyó una palabra que lo despertó.

—Estas malditas astillas están tan húmedas que no arden —dijo su madre—. Traeré mi ala de pavo para avivar el fuego.

—¡Señor! —exclamó—, ¡oh, eso! ¡Ethan Tynes no me dará nunca las alas del pavo salvaje como prometió!

—¿Pero cuando has visto a Ethan? —preguntó Pete, interesado por su amigo.

—Lo vi en el bosque y me prometió las alas del pavo.

—¿Por qué? —preguntó Pete, algo sorprendido por aquella generosidad improcedente.

—Vaaale… —Había una expresión de embarazo en la gran cara pecosa, y la pequeña cabeza pelirroja se meneaba hacia delante con un gesto significativo—. Se cayó en el desfiladero tras las alas del pavo… Quiero decir que fue hasta la cornisa a por el pavo y las lianas se rompieron y no pudo subir nunca más. Y me dijo que si te

decía que le llevaras una cuerda para subirlo me daría las alas. Esto pasó… poco… después de la comida.

—¿Quién le llevó la cuerda para subirlo? —preguntó Pete.

Apareció de nuevo en la gran cara aquella indescriptible sombra de vergüenza.

—Bueeeno… —El niño escogió sus palabras con cuidado—. Me olvidé de las alas de pavo hasta este momento. Creo que sigue allí.

—¡Tal vez este maldito viento y la lluvia lo hayan derribado de la cornisa! —exclamó Pete, horrorizado, y se levantó rápidamente —. Ya te digo yo —añadió, volviéndose hacia su madre— que el mejor uso que puedes darle a este niño es ponerlo en el fuego en lugar de un leño.

Pete se preparó deprisa. Cogió la cuerda del pozo, le preguntó al cabizbajo y atemorizado niño dos o tres cosas relativas al lugar, se subió al viejo caballo sin montura y, en pocos minutos, se lanzó a galopar en mitad de la noche.

La lluvia había parado justo en el momento en que alcanzó el manantial sulfuroso que George le había señalado, pero el viento todavía era intenso y las nubes rotas pasaban veloces ante la cara de la luna.

Cuando ató el caballo a un árbol y empezó a caminar en busca del desfiladero, los rayos de luna, aunque brillantes, eran tan intermitentes que su avance era irregular y obligadamente precavido. Mientras la luna brillaba llena y nítida, seguía su camino bastante rápido, pero cuando las nubes se interponían, se detenía y esperaba.

—No llegaré a esa caída del desfiladero sin conocerla —dijo para sí en uno de aquellos eclipses— aunque esté aquí toda la noche.

La luz de la luna era brillante y constante cuando llegó al filo del barranco. Identificó el lugar por el arbusto de tallos rotos y, con mayor certeza, por el rifle de Ethan tirado en el suelo justo a sus pies. Lo llamó, pero no obtuvo respuesta.

—¿Se habrá quizá despeñado? —se preguntó con gran preocupación y sobresalto. Entonces gritó una y otra vez. Y al fin hubo respuesta cuando el que hablaba se despertó.

—¡Bonita noche para estar por ahí, eh! —comentó Pete. Ató un cabo de la cuerda alrededor del tronco de un árbol, hizo nudos a intervalos y lo lanzó al desfiladero.

Al principio Ethan tenía miedo de estirarse. Extendió lentamente

la mano y agarró la cuerda. Entonces, con el corazón acelerado, se puso de pie.

Se quedó parado un momento para estabilizarse y tomar aliento. Con gran esfuerzo, empezó a ascender, mano sobre mano, arriba y arriba y arriba, hasta que estuvo de nuevo de pie en lo alto del barranco.

Y ahora que todo el peligro había pasado, Pete se dispuso a reñirlo.

—Creo que —dijo con severidad— no hay bicho en esta maldita montaña, desde un oso a una serpiente, que se hubiera puesto en esta situación excepto tú, Ethan Tynes.

Ethan permaneció callado.

—¿Qué es esa maldita cosa al final de la cuerda? —preguntó Pete mientras comenzaba a tirar hacia arriba y sentía el peso suspendido.

—Es el pavo —dijo Ethan dócilmente—. Lo até al final de la cuerda antes de subir.

—¡Vaaale, tío! —exclamó Pete sorprendido e indignado.

Y George fue remunerado con las dos alas por el deber cumplido, aunque Ethan aún se pregunta si se las merecía o no.

[65] «Among the Cliffs» y «How long was it to last?» son dos de los relatos breves incluidos en *The Young Montaneers* [Los jóvenes montañeses], publicado en 1897 por la editorial Houghton & Mifflin. Los personajes de este relato tienen un acento peculiar que hemos reproducido de manera leve, para no caer en expresiones muy extemporáneas o en regionalismos inadecuados.

[66] *Circuit rider* en el original. Los clérigos a caballo eran predicadores de la iglesia metodista que, en los primeros años de la formación de Estados Unidos, cabalgaban por territorios lejanos para fundar y organizar congregaciones.

JACK LONDON
(1876-1916)

EL SILENCIO BLANCO[67]

—Carmen no durará más de un par de días.

Mason escupió un trozo de hielo y examinó con compasión al pobre animal, luego puso una pata en su boca y procedió a morder el hielo albergado entre las garras.

—Nunca he visto un perro de nombre pretencioso que acabara bien —dijo mientras terminaba la tarea y apartaba a la perra—. Agonizan y mueren simplemente por la responsabilidad. ¿A que no has visto malograrse a ninguno con un nombre decente como Cassiar, Sirwash o Husky? ¡No, señor! Mira a Shookum, es…

¡Zas! El animal tendido se volvió hacia él con sus dientes blancos añorando la garganta de Mason.

—Te gustaría, ¿eh? —Un golpe hábil detrás de la oreja con el látigo tendió al animal sobre la nieve, temblando ligeramente, con una baba amarilla goteando desde sus colmillos.

—Como estaba diciendo, basta con mirar a Shookum… Él tiene actitud. Te apuesto a que se come a Carmen antes de que acabe la semana.

—Cubro la apuesta con la contraria —replicó Malemute Kid, dando la vuelta al pan que estaba tostando sobre el fuego—. Nosotros nos comeremos a Carmen antes de que acabe el viaje. ¿Qué dices tú, Ruth?

La mujer indígena preparaba café con un trozo de hielo, y miró a Malemute Kid y luego a su marido, después a los perros, pero no soltó respuesta alguna. Era una perogrullada tan evidente que no era necesario. Con más de trescientos veinte kilómetros de camino ininterrumpido por delante, comida para ellos apenas suficiente

para seis días y nada para los perros, no podía admitirse otra alternativa. Los dos hombres y la mujer se reunieron alrededor del fuego y se comieron sus magras raciones. Los perros estaban tumbados con los arneses puestos, pues era la parada de mediodía, y miraban cada bocado con envidia.

—A partir de hoy se acabaron los almuerzos —dijo Malemute Kid—. Y tenemos que vigilar de cerca a los perros…Se están volviendo agresivos. Si tienen oportunidad, pronto acabarán unos con otros.

—Una vez fui director de una escuela Epworth[68] y enseñé en la escuela dominical… —Y soltando esto de manera irrelevante, Mason cayó en una ensoñada contemplación de sus mocasines humeantes, que fue interrumpida por Ruth al llenarle la taza—. ¡Gracias a Dios tenemos reservas de té! Lo he visto crecer, allá en Tennessee. ¡Lo que daría ahora por un pan de maíz caliente! No te preocupes, Ruth, no pasarás hambre durante mucho tiempo ni llevarás mocasines.

La mujer se despojó de su tristeza y sus ojos mostraron un gran amor por su dueño, el primer blanco que había visto y el primer hombre que conocía que trataba a una mujer como algo mejor que un animal o una bestia de carga.

—Sí, Ruth —continuó su marido recurriendo a una jerga macarrónica, la única que les hacía posible entenderse—, espera a que limpiemos todo y nos vayamos al Exterior. Cogeremos la canoa del hombre blanco e iremos al Agua Salada. Sí, agua mala, agua dura… Las grandes montañas danzan arriba y abajo todo el tiempo. Muy grandes, y muy muy lejos… Viajas diez y duermes, veinte y duermes, cuarenta y duermes —enumeraba gráficamente los días con sus dedos—, y todo el tiempo agua, agua mala. Entonces llegas a un gran pueblo, lleno de gente, con los mismos mosquitos, justo el verano que viene. *Wigwam*, oh, muy altos… diez, veinte pinos. ¡Hey, *skookum*![69] —Se detuvo impotente, lanzándole una mirada suplicante a Malemute Kid y luego apiló los veinte pinos, uno a uno, con lenguaje de signos.

Malemute Kid sonrió con un cinismo alegre, pero Ruth abrió los ojos con admiración y placer, porque medio creía que estaba bromeando y esa condescendencia agradaba a su pobre corazón de mujer.

—Luego entras en una… una caja y ¡puf, allá vas! —Arrojó al

aire su taza vacía a modo de ilustración y al cogerla con destreza, exclamó—: ¡Y paf, aquí vuelves! ¡Oh, grandes curanderos! Tú vas al fuerte Yukon; yo a la ciudad de Arctic… veinticinco descansos… gran cuerda, todo el tiempo… Yo cojo la cuerda y digo: «¡Hola, Ruth!, ¿cómo estás?»; y tú dices: «¿Es mi buen esposo?»; y yo digo: «Sí»; y tú dices: «No poder hacer buen pan, no más levadura», entonces yo digo: «Busca en el escondite, debajo de la harina, adiós». Miras y encuentras mucha levadura. Y todo el tiempo tú en el fuerte Yukon, yo en la ciudad de Arctic City. ¡Hey, tú, curandero!

Ruth sonrío tan ingenuamente con el cuento de hadas que ambos hombres estallaron en carcajadas. Una pelea entre los perros cortó de cuajo el relato de las maravillas del Exterior y, para cuando los enredados combatientes fueron separados, ella había cargado los trineos y todo estaba preparado para el camino.

—¡Arre, Baldy! ¡Hey, vamos! —Mason sacudía el látigo rápidamente y, mientras los perros gemían bajo los restallidos, sacó el trineo por la vara.[70]

Ruth lo siguió con el segundo dejando a Malemute Kid, que la había ayudado a arrancar, situarse detrás. Fuerte y bruto como era, capaz de acabar con un buey de un solo golpe, no podía soportar que se golpeara a los pobres animales, sino que los animaba como rara vez lo hace un conductor de perros; no, casi se lamentaba como ellos por su dolor.

—¡Vamos, adelante, pobres bestias de pies llagados! —murmuró después de varios intentos infructuosos por arrancar. Pero su paciencia se vio al fin recompensada y, aunque aullando de dolor, aceleraron para unirse a sus compañeros.

Nada de conversación; los afanes del camino no permitían tal extravagancia.

De todos los esfuerzos agotadores, el de la ruta del norte era el peor. Dichoso aquel que puede superar un día de viaje pagando el precio del silencio en una ruta transitada, pues, de todos los trabajos angustiosos, el de abrir ruta es el peor. A cada paso, las grandes raquetas se hunden hasta que la nieve llega a la rodilla. Luego han de subir rectas, pues una pequeña desviación de un centímetro es una auténtica precursora del desastre. Las raquetas deben alzarse hasta que su superficie está limpia y luego otra vez abajo, y el otro pie se levanta de manera perpendicular unos cuarenta centímetros. Si el que lo intenta por primera vez evita

colocar, por desgracia, sus raquetas en una peligrosa cercanía y no mide la longitud de los pasos traicioneros, puede acabar exhausto a los cien metros; quien puede mantenerse alejado del camino de los perros durante todo el día puede meterse en su saco de dormir con la conciencia limpia y un orgullo más allá de todo entendimiento; y aquel que viaja veinte jornadas por el largo camino es un hombre a quien envidian los dioses.

La tarde pasó y, con la reverencia nacida del silencio blanco, los mudos viajeros se dedicaron a su tarea. La naturaleza tiene muchos trucos para convencer al hombre de su finitud —el incesante fluir del río, la furia de la tormenta, el temblor del terremoto, el largo redoble de la artillería celeste—, pero el peor de todos, el que deja más estupefacto, es la pasividad del silencio blanco. Todo movimiento cesa, el aire se limpia, el cielo es como de latón, el más ligero susurro parece sacrilegio, y el ser humano se vuelve tímido, se asusta hasta del sonido de su propia voz. Es una mota solitaria de vida que viaja a través de los desiertos fantasmales de un mundo muerto y tiembla ante su audacia, se da cuenta de que su vida es como la de una larva, nada más.

Surgen pensamientos extraños no convocados y el misterio de todas las cosas pugna por manifestarse.

Y si aparece el miedo a la muerte, a Dios, al universo —la esperanza en la resurrección y la vida, el deseo de inmortalidad, la vana lucha del alma encarcelada—, el hombre camina entonces solo con Dios.

Así se fue el día. El río trazaba un extenso meandro y Mason dirigió su trineo por el atajo a través de la estrecha franja de arena. Pero los perros se resistieron en la empinada subida a la ribera. Una y otra vez Ruth y Malemute Kid empujaron el trineo y este retrocedía. Entonces llegó el esfuerzo conjunto. Las doloridas criaturas, débiles por el hambre, gastaron sus últimas fuerzas. Arriba, arriba, el trineo alcanzó la cima de la ribera, pero el líder arrastró la traílla hacia la derecha y se enredó en las raquetas de Mason. El resultado fue grave.

Mason fue derribado, uno de los perros cayó sobre los arneses y el trineo descendió de nuevo arrastrándolo a la zona baja.

¡Ras! El látigo restalló entre los perros salvajemente, y más aún sobre el que se había caído.

—No… Mason —suplicó Malemute Kid—, el pobre diablo no

puede dar un paso. Espera y pondremos a mis perros.

Mason retuvo el látigo hasta que se hubo desvanecido la última palabra, y luego lo volvió a sacudir sobre el cuerpo de la criatura infractora. Carmen, porque era Carmen, se agazapó en la nieve, aulló lastimosamente y se enroscó de costado.

Fue un momento trágico, un lamentable incidente del camino: una perra moribunda, dos compañeros enfadados.

Ruth miró inquieta a un hombre y al otro. Pero Malemute Kid se contenía aunque había un mundo de reproche en sus ojos, y, agachado sobre el perro, cortó las correas. No se dijo ni una palabra. Ataron a los perros en doble hilera y la complicación se solventó. Los trineos prosiguieron su camino, el perro moribundo se arrastraba tras ellos. Mientras un animal puede viajar, no se le dispara, se le da la última oportunidad: arrastrarse hasta el campamento, si puede, con la esperanza de que se haya abatido un alce.

Arrepentido de su airado comportamiento, pero demasiado testarudo para retractarse, Mason iba en cabeza de la comitiva, sin intuir que el peligro flotaba en el aire. La leña se apiñaba densamente en el suelo protegido y, a través de ella, tenían que seguir camino. A unos quince metros por el sendero se elevaba un alto pino. Había estado allí durante generaciones, y durante generaciones el destino había previsto su final, tal vez el mismo que había escogido para Mason.

Mason se paró a atarse uno de los cordones de los mocasines. Los trineos se detuvieron y los perros se tumbaron en la nieve sin una queja. La quietud era extraña, ni la brisa sacudía el bosque cubierto de hielo; el frío y el silencio de la atmósfera habían congelado el corazón y sellado los labios temblorosos de la naturaleza. Un suspiro latió en el aire, no parecieron oírlo, pero lo sintieron como una promesa de movimiento en el vacío inmóvil. Entonces el gran árbol, cargado con el peso de sus años y de la nieve, protagonizó su última escena en la tragedia de la vida. Mason oyó el chasquido de alerta e intentó saltar, pero, estando casi de pie, lo golpeó de lleno en el hombro.

El peligro repentino, la muerte rápida, ¡cuán a menudo había tenido que enfrentarlos Malemute Kid! Las agujas del pino aún temblaban cuando dio las órdenes y se puso en movimiento. Ni la muchacha indígena se desmayó o alzó la voz, en un lamento inútil,

como muchas de sus hermanas blancas. A su orden, se lanzó con todo su peso sobre el extremo de una palanca improvisada para aliviar la presión y escuchó los quejidos de su marido mientras Malemute Kid atacaba el árbol con su hacha. El acero sonaba alegremente mientras mordía el tronco helado, cada golpe acompañado por un respiración jadeante y audible: los ¡ah, ah! del leñador.

Al fin Kid dejó sobre la nieve la cosa maltrecha que una vez fuera un hombre. Sin embargo, aún peor que el dolor del compañero era la angustia muda del rostro de la mujer, con su expresión de esperanza y desesperanza entrelazadas. Poco se dijo, los del norte han sido educados en la futilidad de las palabras y el inestimable valor de los hechos. Con una temperatura de quince grados bajo cero, un hombre no puede estar tumbado muchos minutos en la nieve y sobrevivir. Así que cortaron las correas del trineo y el sufriente, envuelto en pieles, se tendió en un lecho de ramas. Ante él crepitaba una hoguera hecha con la madera portadora de la desgracia. Por detrás, se extendió en parte sobre él un toldo primitivo, un trozo de lienzo que capturaba el calor irradiado y lo arrojaba por detrás y por encima de él, un truco que deben conocer los hombres que estudian los preceptos de la física.

Los hombres que han compartido cama con la muerte saben cuándo suena su llamada. Mason estaba terriblemente destrozado. El examen más somero así lo revelaba. Su brazo, pierna y hombro derechos estaban rotos, sus piernas paralizadas desde las caderas, y eran presumibles graves daños internos. Un lamento ocasional era el único signo de vida.

No había esperanza, ni nada que pudiera hacerse. La noche despiadada se arrastró lentamente al lado de Ruth y el desesperado estoicismo de su clase, y añadió nuevas arrugas al rostro de bronce de Malemute Kid.

De hecho, Mason era el que menos sufría, porque pasaba el tiempo en el este de Tennessee, en las grandes montañas Smoky, reviviendo escenas de su niñez. Y más patética era la melodía de su largamente olvidado acento vernáculo sureño mientras recordaba pozas y cacerías de mapaches y robos de sandías. Aquella jerga era como griego para Ruth, pero Kid la entendía y la sentía: la sentía como solo es capaz de sentir alguien que ha estado aislado durante años de todo lo que significa la civilización.

La mañana devolvió la conciencia al hombre golpeado y Malemute Kid se agachó para oír sus susurros.

—¿Recuerdas cuando nos encontrábamos en el Tanana, hará cuatro años el próximo deshielo? Entonces no me importaba mucho. Como que era más bien bonita y me golpeaba la pasión, creo. Pero, ¿sabes?, he llegado a pensar un montón en ella. Ha sido una buena esposa, siempre cubriéndome las espaldas en la desgracia. Y, cuando toca comerciar, sabes que no hay nadie como ella. ¿Te acuerdas de cuando disparó en los rápidos del Moosehorn para sacarnos de aquella roca, las balas entrando en el agua como granizo…? ¿Y los días del hambre en Nuklukyeto… cuando se adelantó al deshielo para llevarnos noticias? Sí, ha sido una buena esposa, mejor que ninguna otra. ¿Sabías que había estado casado antes? No te lo había contado, ¿eh? Bueno, lo intenté una vez, abajo en los Estados. Por eso estoy aquí. Habíamos crecido juntos. Me fui para darle la oportunidad de divorciarse. Lo consiguió.

»Pero esto no tiene nada que ver con Ruth. Había pensado en recoger y subir al Exterior el año que viene, ella y yo, pero es demasiado tarde. No la envíes de vuelta con su gente, Kid. Para una mujer, volver es demasiado duro. ¡Piénsalo…! Casi cuatro años con nuestra panceta y judías, harina y fruta seca, y luego volver a su pescado y su caribú. No es bueno para ella haber probado nuestras costumbres, llegar a comprender que son mejores que las de su gente y tener que volver luego con ellos. Cuida de ella, Kid, ¿querrás…? Pero, no, tú siempre has huido de ellas y nunca me has contado por qué viniste a este país. Sé amable con ella y envíala de vuelta a los Estados tan pronto como puedas. Pero arréglalo para que pueda regresar… por la nostalgia, ya sabes.

»Y luego el pequeñín… Él nos ha acercado más, Kid. Solo espero que sea un niño. ¡Imagínate… carne de mi carne, Kid! No debe quedarse en este país. Y, si es una niña, menos aún. Vende mis pieles, valdrán al menos cinco mil, y tengo mucho más en la compañía. Ocúpate de mis intereses junto con los tuyos. Creo que la reclamación del banco se resolverá. Asegúrate de que tenga una buena educación y Kid, sobre todo, no lo dejes volver. Este país no está hecho para los blancos.

»Me muero, Kid. Tres o cuatro jornadas como mucho. Tenéis que seguir. ¡Debéis seguir! Recuerda, es mi mujer, es mi hijo… ¡oh, Dios, espero que sea un niño! No podéis quedaros a mi lado… Te

ordeno que sigas, yo, un moribundo.

—Dame tres días —suplicó Malemute Kid—. Puedes mejorar, algo puede cambiar.

—No.

—Solo tres días.

—Debéis continuar.

—Dos días.

—¡No, no, te lo ordeno…!

—Solo un día. Podemos ahorrarnos la comida; podría abatir un alce.

—No… Está bien, un día, pero ni un minuto más. Y Kid, no… no dejes que lo afronte solo. Apenas un disparo, apretar el gatillo. Tú lo entiendes, ¡piensa en ello, piensa en ello! ¡Carne de mi carne y no viviré para verlo!

»Dile a Ruth que venga. Quiero decirle adiós y que ha de pensar en el niño y no esperar hasta que yo muera. Puede negarse a ir contigo si yo no estoy. Adiós, viejo amigo, adiós. ¡Kid! Una cosa más… Hunde un plato en el agua, junto a la cascada. Yo saqué cuarenta centavos de oro de allí. ¡Y Kid! —Se agachó más para captar las últimas débiles palabras que el moribundo sacó de su orgullo—. Lo siento… ya sabes… por Carmen.

Malemute Kid dejó a la muchacha llorando suavemente sobre su hombre, se puso el abrigo y las raquetas, cogió el rifle y se internó en el bosque. No era un novato en las penalidades del norte, pero nunca había tenido que enfrentarse a un problema tan grave como aquel. En abstracto era una proposición simple, matemática: tres vidas posibles frente a una condenada. Pero ahora dudaba. Durante cinco años, hombro con hombro, por ríos y caminos, en campamentos y minas, enfrentándose a la muerte por hielo, las inundaciones y el hambre, se habían tejido los lazos de su camaradería. Era tan fuerte su unión que a menudo había sido consciente de sentir unos vagos celos hacia Ruth desde que se interpuso entre ellos. Y ahora debía ser su mano la que cortara aquel vínculo.

Aunque rogó por un alce, por uno nada más, toda la caza parecía haber desertado; la noche encontró al hombre exhausto arrastrándose al campamento, con las manos vacías y un gran peso en el corazón. El alboroto de los perros y los gritos agudos de Ruth le hicieron darse prisa.

Al llegar al campamento vio a la muchacha en medio de la jauría, dando hachazos a su alrededor. Los perros habían roto la regla de hierro de sus dueños y estaban devorando la comida. Se unió a la pelea a culatazos de rifle y la vieja lucha de la selección natural tuvo lugar con toda la dureza de su entorno primitivo. Rifle y hacha iban arriba y abajo, y golpeaban o fallaban con regularidad monótona, los cuerpos elásticos brillaban con ojos salvajes y colmillos babeantes, y seres humanos y animales lucharon por la supremacía hasta el más amargo de los finales. Entonces las bestias apaleadas se arrastraron hasta el límite de la hoguera a lamerse las heridas y a contarle su dolor a las estrellas.

Toda la reserva de salmón desecado había sido devorada y quizá restaban dos kilos de harina para sostenerlos a lo largo de trescientos kilómetros de naturaleza salvaje. Ruth volvió junto a su marido mientras Malemute Kid troceaba el cuerpo caliente de uno de los perros, cuyo cráneo había sido atravesado por el hacha. Cada pedazo de carne fue guardado cuidadosamente, excepto la piel y las vísceras, que fueron arrojadas a sus compañeros de batalla.

La mañana trajo nuevas dificultades. Los animales se volvieron unos contra otros. Carmen, que se aferraba al débil hilo de vida que le quedaba, fue devorada por la jauría. El látigo cayó sobre ellos sin piedad. Se encogían y aullaban bajo los golpes, pero se negaban a dispersarse hasta haber dado cuenta del último y miserable pedazo: huesos, pellejo, pelo, todo.

Kid se dedicó a sus tareas mientras escuchaba a Mason, que había regresado a Tennessee y soltaba discursos incomprensibles y exhortaciones delirantes a sus hermanos de los viejos tiempos.

Aprovechando los pinos cercanos, Kid trabajaba deprisa, y Ruth miraba cómo fabricaba un escondite similar al que algunas veces usaban los cazadores para ocultar la carne a lobos y perros. Una tras otra dobló las copas de dos pequeños pinos entre sí y cerca del suelo, y allí las ató con piel de alce. Luego sometió a los perros a latigazos y los ató a dos de los trineos, donde lo cargó todo menos las pieles que cubrían a Mason. Envolvió a este con ellas, las ató con fuerza a su alrededor y unió los cabos de las cuerdas a los pinos doblegados. Un simple golpe de su cuchillo de caza y se liberarían para llevar el cuerpo a lo alto.

Ruth conocía los últimos deseos de su marido y no luchó. La pobre muchacha había aprendido bien las lecciones sobre la

obediencia. Desde niña se había sometido y había visto someterse a todas las mujeres a los señores de la creación; no parecía ser propio de la naturaleza de las mujeres rebelarse. Kid le permitió un arrebato de dolor cuando besó a su marido —su gente no tenía esa costumbre—, y luego la condujo al primer trineo y la ayudó a ponerse las raquetas. Enceguecida, asió instintivamente la vara del trineo, hizo restallar el látigo y arreó a los perros hacia el camino. Kid regresó junto a Mason, que había entrado en coma, y mucho después de que ella se hubiera perdido de vista, se acuclilló junto al fuego, esperando, deseando, suplicando que su camarada muriera.

No es agradable quedarse solo con lúgubres pensamientos en el silencio blanco. El silencio de la oscuridad es clemente, lo envuelve a uno con protección y mil consuelos intangibles, pero el luminoso silencio blanco, limpio y frío bajo el cielo de acero, es despiadado.

Pasó una hora, pasaron dos horas, y el hombre no se moría. A mediodía, el sol, sin mostrarse siquiera sobre el horizonte meridional, lanzó una llamarada a los cielos y la retiró al instante. Malemute Kid se levantó y se agachó junto a su camarada. Le echó un vistazo. El silencio blanco parecía burlarse y le invadió un gran miedo. Sonó un restallido; Mason colgó de su sepulcro aéreo, y Malemute Kid condujo los perros a un galope salvaje y huyó sobre la nieve.

67 «The White Silence», publicado por primera vez en la *Overland Monthly* en 1899, es uno de los relatos más celebrados de London.

68 Escuela cristiana metodista.

69 Jerga chinook de significados variados, que puede traducirse como «fuerte», «monstruoso», «poderoso» o «bravo», entre otros.

70 *Gee pole,* en el original, una vara que se colocaba en el lado derecho de los trineos de perros a principios del siglo XX para estabilizar la carga.

BRET HARTE
(1836-1902)

LA SIRENA DE LIGHTHOUSE POINT[71]

Hace algunos años, en la costa septentrional de California, cerca del Golden Gate, se levantaba un faro. Se volvió anticuado y, cuando fue sustituido por uno más acorde a la creciente magnitud del puerto adyacente, atrajo escasa atención en la costa desierta y aún menos en el solitario océano frente a él. Era una estructura gris de madera, piedra y cristal, sacudida y acosada por constantes vientos cambiantes, tostada por seis meses de sol limpios de nubes, oculta durante unas horas por la bruma marina de la tarde y rodeada por los graznidos de los araos en los Farallones. Lo mantenía un cautivo, un hombre inquieto, de gustos científicos, quien, en vergonzoso contraste con sus colegas inmigrantes, había aceptado el empleo, escasamente lucrativo, para asegurarse un aislamiento que valoraba más que el oro. Algunos creían que era víctima de una temprana desilusión amorosa, un punto de vista que mantenían por caridad los que creían también que el Gobierno no debería haber elegido a un «chiflado» para un puesto de responsabilidad. No obstante, cumplía con sus tareas y, ayudado por un indígena, cultivaba un pedacito de tierra junto al faro. ¡Su soledad era completa! Había poco que atrajera a los curiosos: las minas más cercanas estaban a ochenta kilómetros, en el bosque virgen de las montañas se internaban solo los aserradores y leñadores de los no menos remotos asentamientos de la bahía. Aunque a veces, desde la costa, se distinguían nítidamente las luces del gran puerto, la soledad que lo rodeaba únicamente estaba habitada por nativos, una rama de la gran tribu del norte de «buscadores de raíces», pacífica y sencilla en sus costumbres, no perturbada aún por el hombre blanco ni empujada al antagonismo por ninguna agresión.

La civilización lo afectaba en momentos determinados y de manera acuciante cuando un barco del Gobierno le llevaba los suministros. A no ser por su contigüidad al remolino perpetuo de aire y agua, habría vivido una tranquila vida arcádica en los alrededores del faro, aunque su soledad fuera interrumpida en ocasiones por el vago recuerdo del gran puerto cercano, que era un malestar similar al de los elementos. En cualquier caso, la playa ante su puerta y las rocas detrás de ella no parecían haber sido holladas por ningún otro hombre blanco desde que estos llegaron por mar. Era cierto que la pequeña ensenada figuraba en el mapa como «la bahía de sir Francis Drake», y la tradición la situaba como el lugar donde el astuto pirata y hacedor de imperios había atracado sus barcos para limpiar de crustáceos sus quillas aventureras. Pero Edgar Pomfrey —o «capitán Pomfrey», como lo llamaban en virtud de su cargo semioficial— había pensado poco en ello.

Porque durante los seis primeros meses había disfrutado profundamente de su aislamiento. En la compañía de los libros, de los que se había llevado tal número que las estanterías se alineaban en sus apretadas paredes y excluían muebles más confortables, encontraba su diversión principal. Y le parecía una ocupación interesante y nueva su inusitado trabajo manual: el ajuste de la lámpara, la limpieza de sus reflectores y las labores del hogar, en las que a veces lo ayudaba el indígena. Como ejercicio al aire libre, un paseo por la playa, el ascenso a un montículo rocoso o remar en el bote del faro eran sobradamente suficientes para él. «Chiflado», como se le suponía, estaba bastante cuerdo para defenderse de las recaídas en la barbarie que acechaban a los solitarios mineros del oro. Su propio carácter, así como los deberes de su trabajo, mantenían su persona y su hogar cordiales y limpios. Incluso el pequeño huerto a sotavento del faro era simétrico y ordenado. De modo que la luz exterior del capitán Pomfrey brillaba sobre la naturaleza de la orilla y las olas al igual que la de su faro, cualquiera que fuera su luz interior.

Era una luminosa mañana de verano, notable incluso para la monótona excelencia de la estación, con un ligero toque de calor que provocaba que las invencibles corrientes del norte todavía no se hubieran enfriado. Había aún una ligera bruma lejos en la costa, como si la niebla de la noche anterior hubiera atrapado la veloz luz del sol y las arenas brillantes estuvieran calientes, pero sin su

habitual resplandor deslumbrante. El ligero perfume de una pintoresca flor morada, cuyas corolas agrupadas salpicaban la arena como gotas de espuma petrificada, sustituía al aroma a mar del que carece el océano Pacífico. Unas pocas rocas, a kilómetro y medio de allí, sobresalían a varias alturas en el momento más acusado de la bajamar, y estaban coronadas con la espuma del oleaje que las golpeaba o por la marea que las hacía desaparecer limpiamente del mar. Allí, sobre una de las rocas más altas, se movía un objeto singular.

Pomfrey estaba intrigado, pero no sorprendido. Había visto focas una o dos veces jugando en las rocas y, en cierta ocasión, un león marino, extraviado de su hábitat en las rocas del otro lado del Golden Gate. Aun así, interrumpió su trabajo en el huerto y regresó a la casa para cambiar la azada por un catalejo. Cuando tuvo el misterio en el foco, se quedó pasmado y limpió la lente con su pañuelo. Pero cuando lo colocó de nuevo sobre su ojo, apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos. El objeto parecía una MUJER, con la parte inferior del cuerpo sumergida en el mar y una larga melena sobre los hombros y el pecho. No había nada en su actitud que sugiriera miedo o que fuera víctima de algún accidente. Se movía despacio y complaciente en el mar, e incluso —algo aún más asombroso— parecía estar peinando con los dedos las guedejas de su larga cabellera. Podría haber sido una sirena, con su cuerpo medio oculto.

Recorrió la playa y el horizonte con el catalejo: no había bote ni barco ni nada que se moviera excepto el intenso oleaje del Pacífico. Solo podía haber llegado por mar, porque para alcanzar las rocas por tierra tendría que haber pasado por el faro, donde la estrecha franja de arena que se curvaba hacia el norte, más allá de lo que alcanzaba la vista, sabía que estaba habitada solo por indígenas. Pero la mujer era, sin duda, insultantemente BLANCA y su cabello parecía desprender un brillo dorado a la luz del sol.

Pomfrey era un caballero y, como tal, estaba perplejo, consternado y avergonzado sin piedad. Si era una simple bañista de alguna población desconocida e insospechada, estaba claro que lo que debía hacer era cerrar el catalejo y regresar a su huerto, aunque su cercanía y la del faro debían de ser tan claramente visibles para ella como ella lo era para él. Por otro lado, si era la superviviente de algún naufragio y estaba en peligro o, como podía deducir de su

imprudente comportamiento, había perdido la cabeza, igual de claro estaba su deber de rescatarla. Ante el dilema, se decidió por el deber y corrió hacia su bote. Lo echó al mar, pasó entre las rocas y la sección curvada de arena y atisbó más de cerca las playas y el mar en busca de señales de un naufragio o algún bote inadvertido cerca de la costa. Ella podría llamarlo si lo necesitaba o escapar a su bote si disponía de uno.

Poco después, la marea arrastró el bote contra las rocas. Remó rápidamente, volviéndose de vez en cuando para comprobar que la extraña figura, cuyos movimientos podía distinguir a simple vista, permanecía allí, pero manteniendo la mirada fija en la orilla cercana en busca de cualquier signo de vida o de población. En diez minutos había alcanzado la curva que se abría hacia el norte y la larga línea de la orilla se abrió ante él. La recorrió ansioso con un solo golpe de vista. El mar y la playa estaban vacíos. Se volvió rápidamente hacia la roca, apenas a cien metros de su manga. ¡También estaba vacía! Olvidando sus escrúpulos iniciales, remó directamente hacia ella hasta que la quilla crujió. No había nada excepto la roca, manchada del limo verde amarillento de las algas: ningún rastro ni señal de la figura que la ocupaba hacía un instante. Remó alrededor, no había cueva o lugar donde ocultarse. Por un momento su corazón latió a la vista de algo blanco, captado en el rompiente del arrecife exterior, pero era solo una caja de bambú anaranjada, descolorida, que habría caído de la cubierta de algún barco mercante de los Mares del Sur, como las que a menudo se esparcían por la playa. Se alejó de la roca, se quedó al pairo y escrutó el mar resplandeciente. Finalmente regresó, perplejo y molesto, al faro.

¿Era simplemente una foca juguetona transformada por algún engaño de la visión? Pero la había observado con el catalejo y recordaba detalles del rostro, enmarcado por un contorno de pelo dorado, y creía que incluso podría identificarlos. Examinó de nuevo la roca con el catalejo y se sorprendió al ver qué nítida se dibujaba entonces en su árida soledad. Debía de haberse equivocado. Su mente científica y precisa no se permitía fantasías descarriadas, siempre se había mofado de lo maravilloso, como resultado de una observación rápida o superficial. Estaba algo preocupado por aquel lapso en su cabal precisión, temía que pudiera ser efecto de su reclusión y soledad, como las visiones que asaltaban a los presos.

También era raro que tuviera la forma de una mujer, pues Edgar Pomfrey tenía un pasado… común y corriente.

Después, sus pensamientos se aligeraron, regresaron al recuerdo de sus libros y finalmente a los libros mismos. Cogió un volumen de viajes antiguos de una estantería y lo hojeó hasta un fragmento que recordaba: «En otros mares abundan maravillas como las arañas de mar, del tamaño de una piña, bien conocidas por atacar y destruir; víboras marinas, que alcanzan la altura de un mástil considerable, desde donde pueden derribar a los marineros en los aparejos por la succión de su aliento; y el pez diablo, que vomita fuego por la noche y hace que el mar brille de manera prodigiosa; y sirenas, mitad peces, mitad doncellas de gran belleza, que han sido avistadas por buenos buzos, testigos fiables, cerca de las rocas y ocultas hasta el pecho en el mar, peinando sus cabellos, para lo cual se ayudan de un pequeño espejo tan grande como sus dedos». Pomfrey dejó el libro a un lado con una ligera sonrisa. ¡Mira que llegar a creer en esto!

A pesar de todo, ese día volvió a utilizar el catalejo. Pero el incidente no se repitió y se vio obligado a creer que había sido víctima de alguna ilusión extraordinaria. En cualquier caso, a la mañana siguiente, las dudas volvieron a visitar su sereno juicio. No había a quién preguntar sino a su ayudante indígena, y su conversación se restringía normalmente a la lengua de signos y el uso de unas pocas palabras que aquel había aprendido. De todas formas, se las compuso para preguntarle si había una mujer *waugee* (blanca) en las cercanías. El indio meneó la cabeza con asombro. No había ninguna *waugee* más cerca de la remota montaña a la que señalaba. Pomfrey tuvo que contentarse con ello. Si su vocabulario hubiera sido más extenso, habría tenido reticencias a revelar el secreto embarazoso de la mujer, a quien creía de su etnia, a un simple salvaje, como si le hubiera pedido que verificara sus impresiones dejándole mirarla aquella mañana. Pero al día siguiente pasó algo que lo obligó a retomar sus pesquisas. Estaba remando en la ensenada cuando vio entrando y saliendo de las olas, hacia el norte de la playa, un grupo de objetos negros que tomó de inmediato por indígenas. Un acercamiento le mostró que era un grupo de mujeres y niños recolectores de algas y conchas. Habría llevado sus pesquisas aún más lejos, pero cuando el bote pasó el cabo, todos a una huyeron como zarapitos asustados. A su regreso,

Pomfrey preguntó a su ayudante si sabían nadar.

—¡Oh, sí!

—¿Tan lejos como a la roca?

—Sí.

Aun así, Pomfrey no estaba satisfecho. El color de la extraña aparición seguía sin explicación y no era el de una mujer indígena.

Sucesos sin importancia se sucedieron en una existencia monótona, y pasó una semana desde que Pomfrey abandonara su revisión diaria de la roca con el catalejo. Volvió a sus libros y, por extraño que parezca, a un volumen de viajes y, por casualidad, al relato de la ocupación de la bahía por sir Francis Drake antes que él. Siempre le había parecido raro que el gran aventurero no hubiera dejado rastro o señal de su estancia allí, y aún más raro que hubiera pasado por alto la existencia de oro, conocida incluso por los indígenas, perdiendo la oportunidad de descubrir algo que excedía sus sueños más grandiosos para conseguir un tesoro comparado con el cual la carga de los galeones filipinos que había interceptado era una bagatela. ¿Se había contentado el incansable explorador con pisar esas playas desangeladas durante tres semanas de actividad, sin pensar nunca en internarse en los bosques lejos de la orilla, ni siquiera en visitar más allá la gran bahía? ¿O era la localización del lugar una mera leyenda tan absurda y sin fundamento como las «maravillas» del otro libro? Pomfrey poseía el escepticismo de la mente inquisitiva del científico.

Habían pasado dos semanas, y regresaba de una larga excursión tierra adentro, cuando se detuvo a descansar en su descenso hacia el mar. El panorama de la costa se abría ante él desde el límite más lejano al faro del cabo norte. Quedaba una hora para la puesta del sol, tiempo que le llevaría más o menos llegar a casa. Pero desde aquel lugar privilegiado podía ver —algo que no había observado antes— que lo que siempre creyó una pequeña cueva en la costa norte era, realmente, el estuario de un pequeño río que nacía cerca de donde estaba él y descendía hacia el océano. También podía ver que, junto al estuario, había una edificación de algún tipo, cubierta con techo de paja, que parecía un «túmulo», aunque un ligero humo que salía de ella, difuminándose tierra adentro, era señal de que podía estar habitada. No estaba lejos de su camino y decidió torcer en aquella dirección. En el descenso oyó una o dos veces el ladrido de un perro indígena y supo que debía de estar cerca de un

campamento. Una hoguera, con las cenizas aún calientes, le indicó que se hallaba en la senda de alguna de las tribus nómadas, pero el sol poniente lo alertó de que debía acelerar hacia su casa. Cuando al fin alcanzó el estuario, vio que el edificio no era otra cosa que una gran cabaña, cuyo techo de paja y arcilla le daba la apariencia de una cueva. El único hueco era la entrada, que daba a la orilla del agua, y el humo que había visto caracoleaba a través de la entrada desde un fuego encendido en su interior. Pomfrey no tuvo dificultad en identificar la extraña construcción gracias a los relatos sobre las costumbres indígenas que había oído a los leñadores. La cueva era una sauna, una estancia caliente en la que los indígenas se encerraban juntos, desnudos, con unas brasas o un fuego de hojas hasta que, sudados y medio asfixiados, salían precipitadamente por la puerta y se arrojaban al agua cercana. El fuego humeante aún le indicaba que la casa había sido utilizada aquella mañana, y no le cupo duda de que los indígenas acampaban cerca. Le gustaría haber seguido con sus pesquisas, pero se dio cuenta de que casi había agotado su tiempo y se alejó muy deprisa… Tan deprisa, de hecho, que una figura que debía de haberlo seguido con precaución a distancia, no tuvo tiempo de esconderse. Su corazón latió de asombro. Era la mujer que había visto en la roca.

Aunque su vestimenta nativa solo dejaba al descubierto cabeza y manos, no había duda sobre su color, que era claramente blanco, excepto por el bronceado y una marca rojo ocre en la frente. Y su pelo, largo y desaliñado como estaba, le mostró que no se había equivocado en su primera impresión: era castaño, con ligeras decoloraciones por efecto del sol. Sus ojos eran de un azul claro norteño. El vestido era peculiar, ni el tipo de galas de la civilización ni la franela barata o el calicó «prescriptivos» en las tribus de California: era puramente nativo, con flecos de piel de ciervo, y consistía en una camisa suelta y larga y unos pantalones trabajados con plumas brillantes y conchas coloreadas. Un collar, también de conchas y piedras brillantes, colgaba de su cuello. A pesar del aspecto aniñado de su cabello, parecía una mujer adulta; y, aunque la informe largura de su vestimenta, como una gabardina, no permitía apreciarlo bien, era más alta que las indígenas ordinarias.

Pomfrey lo vio todo de un vistazo, porque ella se fue de inmediato y desapareció por detrás de la sauna. Corrió tras ella, y la vio de nuevo, agachada con el trote característico de los indígenas,

corriendo entre las rocas y los arbustos en su huida por las orillas del río. Excepto por su distintivo cabello, parecía otra indígena asustada. Esta percepción, que convertía la persecución en algo inhumano y ridículo, unida al hecho de que se acercaba la hora de empezar a trabajar y el faro aún quedaba lejos, lo asaltó en plena carrera y regresó pesaroso. Al principio la había llamado y ella no le había prestado atención. Tampoco sabía qué le hubiera dicho. Corrió a casa indispuesto, casi avergonzado, aunque emocionado hasta un grado que no había creído posible en él.

A lo largo de la mañana, sus pensamientos se dirigieron a ella. Examinó y descartó una teoría tras otra sobre su extraña existencia. Abandonó su primera idea: que era una mujer blanca, la mujer de algún colono, cuando la vio moverse: ninguna podría imitar el trote de los indígenas ni se le ocurriría intentarlo si estuviera asustada. La idea de que era una cautiva blanca, retenida por los indígenas, se volvió ridícula cuando pensó en la cercanía de la civilización y en el talante pacífico y tímido de las tribus de buscadores. Un vistazo a sus ojos claros, sinceros, inteligentes y curiosos contradecía que se tratara de alguna criatura demente y desafortunada que había escapado de su cuidadora y vagaba por el bosque. Solo quedaba una teoría —la más razonable y práctica—: que era la descendiente de algún hombre blanco y una mujer indígena. Aunque esta, por extraño que parezca, le parecía a su gusto la idea menos sabrosa. Y los niños que había visto no se parecían a ella.

A la mañana siguiente se dirigió de nuevo a su ayudante indio, «Jim». Con infinita dificultar, de manera prolongada, y no sin embarazo, le hizo comprender que había visto a una «*squaw* blanca» cerca de la sauna y que quería saber más cosas de ella. Con igual dificultad, Jim reconoció finalmente la existencia de tal persona, pero poco después sacudió la cabeza en una negación enfática. Con más dificultad aún y mortificación, Pomfrey adivinó en aquel momento que la negativa de Jim venía de la creencia de que su jefe pensaba seriamente en secuestrar a la mujer. Pero también comprendió que se trataba de una indígena verdadera, que había tres o cuatro como ella, hombres y mujeres, y que sus padres eran del mismo color, pero no había hombres o mujeres blancos o *waugee* entre ellos; que se los consideraba una casta superior de indígenas y que disfrutaban de ciertos privilegios en la tribu; que evitaban de manera supersticiosa a los hombres blancos, a los que tenían pavor,

y que eran protegidos de ellos por los demás indígenas; que era maravilloso, y casi más allá de todo crédito, que Pomfrey hubiera podido ver a uno, porque nadie lo había hecho o conocía siquiera su existencia.

Pomfrey no podía decir con seguridad cuánto de esto entendió Jim y cuánto provenía del hecho de que el indígena creyera que él quería secuestrar a la extraña. Pero fue suficiente para aumentar grandemente su curiosidad y ocupar su mente hasta renunciar a sus libros… excepto uno. Entre los de menor tamaño, encontró uno sobre el idioma chinook, con un léxico de las palabras que usaban con más frecuencia las tribus del Pacífico norte. Intentó durante una o dos horas aumentar su vocabulario y su nueva ocupación con un Jim que no entendía nada. Cada día la insólita pareja estudiaba un par de lecciones. En una semana Pomfrey sería capaz de dirigirse a la extraña misteriosa. Pero no la sorprendería de nuevo en ninguno de sus paseos o en una visita tardía a la sauna. Había aprendido de Jim que la casa solo la usaban los «machos» u hombres, y que la presencia de ella había sido accidental. Recordó que tuvo la impresión de que había estado siguiéndolo con cautela y el recuerdo le produjo una alegría con la que no contaba. Pero entonces ocurrió algo que le dio una idea nueva de sus intenciones hacia él.

Hasta entonces, la dificultad de hacer que Jim lo entendiera había prevenido a Pomfrey de confiarle el cuidado de la lámpara, pero, con la ayuda del léxico, fue capaz de hacerle entender el trabajo, y, bajo su guía, el indígena encendió una o dos veces la lámpara y puso en funcionamiento la maquinaria. Solo le quedaba probar la capacidad de Jim para hacerlo sin su ayuda, en el caso de que él no estuviera o cayera enfermo.

Parecía que iba a ser un atardecer cálido y hermoso. La niebla de la tarde había retrasado por una vez la invasión de la línea de costa cuando Pomfrey dejó el faro al cuidado de Jim y se tumbó en una duna, caliente aún por el sol, a observar el resultado del primer intento de Jim. Mientras oscurecía y el primer destello de la lámpara luchaba contra los esplendores decrecientes del sol, Pomfrey se dio cuenta de que no era el único espectador. Una pequeña figura gris salió a cuatro patas de la sombra de otra duna y se detuvo de rodillas, mirando fijamente la luz creciente. Era aquella mujer. No estaba ni a diez metros y, absorta en su

concentración en la luz, era obvio que no lo había visto. Podía ver su rostro claramente, sus labios abiertos de asombro, ausente y sin aliento como una devota. Le asaltó una ligera desilusión. ¡No era a ÉL a quien miraba, sino la luz! Mientras crecía sobre la arena gris oscura, ella se giró para mirar el efecto a su alrededor y su vista cayó sobre Pomfrey. Con un gritito de alarma —el primero que había lanzado—, escapó corriendo. Él no la siguió. Hacía un instante, cuando la vio por primera vez, un saludo indígena que había aprendido de Jim afloró a sus labios, pero el extraño sentimiento que había causado en él la fascinación de ella por la luz provocó que no hablara. Vio su figura agachada escabullirse como un animal asustado y, con la conciencia crítica de que ella era apenas humana, regresó al faro ¡No correría de nuevo tras ella! Pero aquella noche siguió pensando en ella y recordó su voz, que le pareció entonces a la vez melodiosa y aniñada, y deseó haberle hablado al menos, y quizá haber recibido respuesta.

No volvió, sin embargo, a vigilar la sauna junto al río. Continuaron las lecciones con Jim y, quizá de aquella manera harto impremeditada, se ganó un humilde aliado. Pasó una semana sin que mencionara a la mujer hasta que una mañana, volviendo de remar, Jim salió a su encuentro en la playa de forma inusual.

—Venga despacio, despacio —dijo Jim muy serio, aireando su inglés recién adquirido—, no haga ruido… He cogido a la doncella india. —Así es como el léxico se refería de manera educada a la *squaw*.

Pomfrey, aunque no muy seguro, siguió despacio al silencioso y escurridizo Jim al faro. Jim abrió con precaución una puerta y le hizo un gesto a Pomfrey de que entrara.

La base de la torre tenía dos estancias, un almacén y un depósito de combustible. Cuando Pomfrey hubo entrado, Jim cerró la puerta tras él suavemente. Al principio, la transición abrupta entre el resplandor de la arena y el sol y la penumbra del almacén le impidió ver nada, pero el susurro de alguien escabulléndose y el pulso intenso de las paredes, como si fuera una jaula, lo distrajeron de inmediato. Al instante siguiente pudo ver a la extraña, que temblaba de miedo y corría bruscamente hacia la ventana enrejada, las paredes, la puerta cerrada, rodeando la habitación en un intento desesperado de encontrar una salida, como una gaviota cautiva. Asombrado, perplejo e indignado con Jim y consigo mismo, e

incluso con su desafortunada cautiva, Pomfrey le pidió en chinook que parara, y yendo a la puerta, la abrió por completo. Ella salió disparada tras él, alzó sus dulces ojos azules un momento, con una mirada rápida, esquinada, entre la atracción y la admiración, asustada, y salió por la puerta. Pero allí, para su sorpresa, ella no se fue corriendo. Al contrario, recuperó la compostura, con una dignidad que parecía aumentar su altura, y caminó majestuosa hacia Jim, quien, ante la huida inesperada, se había arrojado sobre la arena, con un terror rastrero y en actitud de súplica. Pomfrey se le acercó lentamente con la mano levemente alzada en un gesto amenazador. Jim estaba contraído, avergonzado. Ella se volvió, miró a Pomfrey, que permanecía parado junto a la puerta, y se fue tranquilamente. Asombrado, pero gratificado por aquella nueva aquiescencia, Pomfrey la llamó de manera respetuosa, pero, ¡ay!, incauta. En un instante, al sonido de su voz, ella se agachó de nuevo en desgarbado trote indígena y se escabulló dunas allá.

Pomfrey no añadió ningún reproche al malestar de su ayudante, ni intentó preguntarse por el poder secreto que ejercía la muchacha sobre él. Era evidente que había dicho la verdad cuando le había contado a su jefe que era de una casta superior. Pomfrey recordó su figura erguida e indignada, de pie ante el postrado Jim, y se quedó de nuevo atónito y desilusionado por el repentino cambio a salvaje tímida ante el sonido de su voz. ¿Habría tenido el bienintencionado aunque miserable truco de Jim el efecto de aumentar la desconfianza irrazonable y animal de ella hacia él? Días más tarde llegó una inesperada respuesta a esa pregunta.

Era la hora más calurosa del día. Había estado pescando más allá del arrecife de rocas donde la había visto por vez primera, y ya había recogido el anzuelo e iba remando despreocupado hacia el faro. De repente, llegó a sus oídos un pequeño grito musical, no muy distinto al de un pájaro. Se apoyó en los remos y escuchó. El grito se repitió, pero esa vez lo reconoció sin dudar como la voz de la muchacha indígena, aunque solo la había oído una vez. Se volvió con decisión hacia la roca, pero estaba desierta; remó a su alrededor, pero no vio nada. Miró a la orilla, y dirigía el bote hacía allí cuando sonó de nuevo el grito, seguido de una carcajada muy ligera, en el mar, aparentemente delante de él.

Por primera vez miró hacia abajo y allí, en la cresta de una ola, a menos de doce metros, danzaban el pelo amarillo y los ojos risueños

de la muchacha. La seriedad y el miedo habían abandonado su rostro, perdidos en el resplandor de sus dientes blancos y los hoyuelos temblorosos que sobresalían del agua. Cuando sus ojos se encontraron, ella se sumergió de nuevo, pero reapareció rápidamente a proa, nadando a brazadas lentas y ágiles, con la cara sonriente vuelta sobre sus blancos hombros, como si lo invitara a una carrera. Si su sonrisa fue una revelación para él, todavía lo fue más aquel primer gesto de coquetería femenina en su actitud.

Remó con fuerza hacia ella; con unas pocas brazadas largas ella mantenía la distancia o, si él se acercaba demasiado, se sumergía como un somorgujo y resurgía a popa con la misma risa burlona e infantil. En vano la persiguió, pidiéndole que parara en su lengua y protestando entre carcajadas, pero ella esquivaba cada vez el bote sin dificultad alguna. De repente, cuando estaban casi frente al estuario del río, ella emergió y, moviendo sus pequeñas manos en un gesto de adiós, se volvió, arqueó la espalda como un delfín y se sumergió en la corriente de la barra del estuario para perderse entre la espuma. Habría sido una locura intentar seguirla en el bote y vio que ella lo sabía. Esperó hasta que la cabeza amarilla apareció en las aguas más tranquilas del río y después remó de vuelta. En su entusiasmo y preocupación, había olvidado su larga exposición al sol durante aquella actividad y que apenas estaba equipado para la fría niebla marina que el calor había traído antes de tiempo y que empezaba a ocultar, de manera silenciosa, el mar y la costa. Esto le hacía avanzar más lento y con mayor dificultad, y para cuando hubo alcanzado el faro, estaba congelado hasta los huesos.

A la mañana siguiente se levantó con un dolor de cabeza sordo y un gran cansancio, y solo pudo atender sus tareas con una dificultad considerable. Por la noche, al sentirse peor, decidió pasarle a Jim el cuidado del faro, pero se asombró al ver que el sirviente había desaparecido, y, peor aún, tampoco estaba una botella de licor que Pomfrey había sacado del armario la noche anterior. Como todos los indígenas, el conocimiento rudimentario de la civilización que tenía Jim incluía el «agua de fuego»: evidentemente, había sido tentado, había caído y estaba demasiado avergonzado o borracho para enfrentarse a su jefe.

Pomfrey, no obstante, se las arregló para ocuparse del faro, y después, apenas supo cómo había llegado a la cama en un estado febril. Atormentado por el dolor, se movía de un lado a otro con

labios ardientes y fuertes latidos. Lo asaltaban sueños extraños. Cuando encendió el faro vio que una extraña embarcación surgía del estuario —un lugar donde no se había visto ni se vería una vela — y se sintió aliviado de que la luz de la torre pudiera mostrar al imprudente o ignorante marino el rumbo correcto al Gate. A veces escuchaba voces por encima del sonido familiar del oleaje e intentaba levantarse de la cama, pero no podía. En ocasiones aquellas voces eran raras, extranjeras, disonantes, en su propio idioma pero parcialmente ininteligibles, y entre ellas siempre sonaba una particular, musical, familiar, aunque en una lengua que no era la suya… ¡sino la de ella! Y entonces, en su delirio —que eso demostró ser al cabo—, contemplaba una extraña visión. Estaba seguro de haber encendido el faro, pero, por alguna extraña y desconocida razón, se apagaba y rechazaba todos sus esfuerzos por revivirlo. Además, en aquella situación desagradable, podía ver bastante claro desde la linterna un extraño barco quieto en el mar. Estaba tan alejado del curso hacia el Gate que él sabía que no había visto la luz, y sus miembros temblaban de vergüenza y horror intentando volver a encender en vano la luz moribunda. Para su sorpresa, el extraño barco seguía con decisión y sorteaba los peligrosos farallones hasta llegar a las aguas de la bahía. Pero más raro que todo aquello era que, en el mar, junto a él, emergía la cabeza dorada y la cara sonriente de la muchacha indígena tal como la había visto el día anterior. Un inusitado sentimiento de aversión lo asaltó. Al creer que había guiado al barco a su destrucción, corrió hacia la playa y luchó por detenerlo, alertándolo de su destino inminente. Pero no podía hablar, de sus labios no salía ningún sonido.

El barco en sí le había distraído de su alarma. De proa y popa altas, curvilíneo como la luna menguante, era la embarcación más rara que había visto jamás, incluso cuando se deslizó acercándose y al fin varó silenciosamente ante él en la playa. Una veintena de figuras tan bizarras y estrafalarias como el barco salieron en tropel del alto castillo de proa —un castillo guerrero, por su forma y por su propósito— y saltaron desde las portillas. Los marineros iban desnudos hasta el pecho; los oficiales parecían más soldados que navegantes. Y lo que le sorprendió más aún era que parecían todos ajenos a la presencia del faro, paseaban arriba y abajo despreocupados, como si estuvieran en una franja de arena

deshabitada, incluso hablaban —tanto que podía entender el viejo dialecto de los libros— como si hubieran alcanzado una tierra desconocida. Su ignorancia de la geografía de toda la costa, e incluso del mar por el que habían llegado, le provocó en aquel momento indignación; sus groseras y estúpidas alusiones a la nativa rubia que nadaba como «una sirena», a la que habían visto en sus flancos, le pusieron si cabe más furioso. Pero aún no podía expresar su ira incontenible y revelarles su presencia.

Siguió un intervalo de incoherencia y vacío profundo. Cuando tomó de nuevo el hilo de su ensoñación, el barco parecía estar en la arena sobre la quilla; el extraño arreglo de la cubierta superior y de los aparejos, más como una morada que como cualquier otro barco que hubiera visto, estaba por completo a la vista, mientras los hombres de mar parecían trabajar con artilugios rudos, calafateando y rascando los costados llenos de moluscos. Cuando no trabajaban, vio a aquella tripulación fantasma de fiesta, divirtiéndose; oyó los gritos de los juerguistas borrachos, vio como encerraban a los más incontrolables tras unas vallas, y luego presenció la huida furtiva de media docena de marineros tierra adentro, en medio de andanadas infructuosas de trabucos obsoletos. Después aquella extraña visión lo transportó tierra adentro, donde vio a los marineros persiguiendo a algunas mujeres indígenas. De repente, una de ellas se volvió y corrió frenética hacia él como en busca de socorro, perseguida de cerca por uno de ellos. Pomfrey luchó por alcanzarla, peleando violentamente con una parálisis que parecía retener sus miembros por el miedo, y entonces, mientras ella lanzaba al final un pequeño grito musical, él rompió sus ataduras y… ¡despertó!

Mientras la conciencia luchaba por volver a él, podía ver las paredes de madera desnuda de su dormitorio, el armario, la única ventana iluminada por la luz del sol, la puerta abierta del baño. Hizo el esfuerzo de levantarse, pero, al hacerlo, una mano bronceada lo detuvo suave y firmemente a su espalda, y oyó el mismo tono musical de antes, pero esta vez modulado en la risa de una muchacha. Levantó la cabeza ligeramente: medio agachada, medio arrodillada, la extraña de pelo amarillo estaba junto a su cama.

Desconcertado todavía por el recuerdo del sueño, dijo con voz débil:

—¿Quién eres?

Sus ojos azules se encontraron con los suyos, mostraban una inteligencia rápida y ningún signo de su anterior timidez. Un brillo suave y acariciador había ocupado su lugar. Señalándose el pecho con un gesto infantil, dijo:

—Yo… Olooya.

«¡Olooya!». De repente recordó que Jim siempre usaba esa palabra para referirse a ella, pero hasta ese momento siempre había creído que era el término indígena para su casta.

—Olooya —repitió. Luego, en un complicado intento de usar su lengua, preguntó—: ¿Cuándo viniste?

—Anoche —respondió ella en la misma lengua—. No estaba el fuego hechicero, allí —continuó señalando a la torre—, cuando no hay, ¡Olooya viene! Olooya encontró al jefe blanco enfermo y solo. ¡Jefe blanco no podía levantarse! Olooya encendió el fuego hechicero por él.

—¿Tú? —dijo asombrado—. Lo encendí yo.

Lo miró con piedad, como si todavía reconociera su delirio y meneó la cabeza.

—Jefe blanco estaba enfermo… ¿cómo pudo? Olooya hizo el fuego hechicero.

Echó un vistazo rápido al reloj que colgaba en la pared a su lado. Estaba PARADO, aunque le había dado cuerda antes de acostarse. ¡Evidentemente había estado desamparado durante veinticuatro horas!

Gruñó y se giró para levantarse, pero ella lo obligó con suavidad a tenderse de nuevo y le dio una infusión de hierbas en la que reconoció el sabor de la hierbabuena que crecía junto al río. Luego le explicó en su idioma que Jim había sido engañado cuando estaba borracho en una goleta que había en la costa, en un lugar donde ella había visto algunos hombres cavar en la playa. Ella no había ido allí, porque le daban miedo los hombres malos, y un destello de su antiguo terror volvió a sus cambiantes ojos. Ella sabía cómo encender la luz, le recordó que había estado antes en la torre.

—Salvaste mi faro y quizá mi vida —dijo él, débilmente, tomando su mano.

Era probable que no le hubiera entendido, porque solo contestó con una leve sonrisa. Pero al instante se puso en alerta, escuchando con atención, y entonces, con un grito de terror apartó la mano y

salió de repente del edificio. En mitad de su asombro, una silueta oscura apareció en la puerta: un sujeto vestido de minero. Se detuvo un momento para contemplar la huida de Olooya, se volvió y miró alrededor de la habitación, y, con una sonrisa grosera, se acercó a Pomfrey.

—Espero no molestarlo, pero me lo he permitido porque vivo justo al lado, y me he acercado al ver que esto es propiedad del Gobierno; mis compañeros y yo, como ciudadanos americanos que pagan sus impuestos, venimos a ayudarlo. Hemos costeado desde Trinidad buscando oro en las playas. ¡Parece tener aquí un buen amarradero… nada que hacer… ¡y un montón de mestizos puros a su alrededor!

El descaro del hombre fue excesivo para el autocontrol de Pomfrey, debilitado por la enfermedad.

—ES propiedad del Gobierno —respondió acaloradamente—, pero no tiene más derecho a inmiscuirse ni a engañar a mi ayudante, un empleado de la administración, durante mi enfermedad y comprometer así esta propiedad.

Lo inesperado de su ataque, y la repentina revelación de la enfermedad de Pomfrey, en su cara enrojecida y su voz ronca, asustaron y, aparentemente, confundieron al extranjero. Este balbuceó una excusa arisca, regresó a la entrada y desapareció. Una hora más tarde llegó Jim, cabizbajo, compungido y arrepentido de manera desorbitada. Pomfrey estaba muy débil para reproches o insultos, y solo pensaba en Olooya.

Ella no regresó. La recuperación bajo sus cuidados, ayudada, como pensaba a veces, por las hierbas que le había dado, fue tan rápida como su enfermedad. Los mineros no volvieron a entrar en el faro ni le molestaron en su reclusión. Cuando pudo ponerse al sol en la playa, pudo verlos a distancia trabajando en ella. Pensaba que ella no volvería mientras estuvieran allí y no hubieran terminado. Pero una mañana apareció Jim, incómodo y avergonzado, guiando a otro indígena a quien presentó como el hermano de Olooya. Pomfrey desconfió. Excepto porque el extraño tenía algo de las maneras superiores de la muchacha, no tenía ningún parecido con su amiga de cabello rubio. Pero una indignación airada se añadió a sus sospechas cuando supo del asombroso propósito de su visita. No era sino por una oferta del presunto hermano para VENDER a Pomfrey a su hermana ¡por cuarenta dólares y una jarra de whisky!

Por desgracia, el temperamento de Pomfrey superó, una vez más, a su juicio. Con una cáustica explicación de las leyes bajo las cuales indígenas y hombres blancos vivían en igualdad, y del castigo por el delito de secuestro, arrojó de su presencia a quien creyó un impostor. Apenas otra vez solo, se percató de que su imprudencia podía afectar al futuro de su relación con la muchacha, pero ya era demasiado tarde.

Todavía se aferraba a la creencia de que la vería cuando los buscadores se fueran, y saludó con placer el desmontaje del campamento cercano a la sauna y la desaparición de la goleta. Parecía que la búsqueda de oro había sido infructuosa, pero Pomfrey se quedó pasmado cuando, al visitar el lugar, vio que la excavación en la arena del estuario había descubierto los restos de madera de un pequeño bote salvavidas de construcción antigua y obsoleta, que le hizo pensar en su extraño sueño, con una vaga sensación de alarma que no pudo sacudirse y, a su vuelta al faro, tomó un ejemplar de los viajes antiguos de las estanterías para comprobar cuánto había afectado su lectura a la ensoñación.

En el relato de la visita de Drake a la costa encontró una nota al pie que había pasado por encima y que decía como sigue: «Parece que el almirante perdió a varios miembros de su tripulación por deserción, a quienes se les supone muertos miserablemente de hambre en el interior inhóspito o a manos de los salvajes. Sin embargo, viajeros posteriores han sugerido que los desertores se casaron con mujeres indígenas, y hay una leyenda que afirma que cien años después una etnia singular de mestizos, que tenían rasgos anglosajones inconfundibles, apareció en el lugar». Pomfrey cayó en un ensueño de extrañas hipótesis y fantasías. Decidió que, cuando viera de nuevo a Olooya, le preguntaría si su miedo a aquellos hombres era simplemente congénito o hereditario.

Pero su intención no se cumplió jamás. Pasaron días y semanas, y buscó vanamente en el estuario del río y en el farallón del faro alguna señal de ella, al punto que tuvo que tragarse el orgullo y preguntarle a Jim. El hombre lo miró con un asombro estúpido.

—Olooya se fue —dijo.

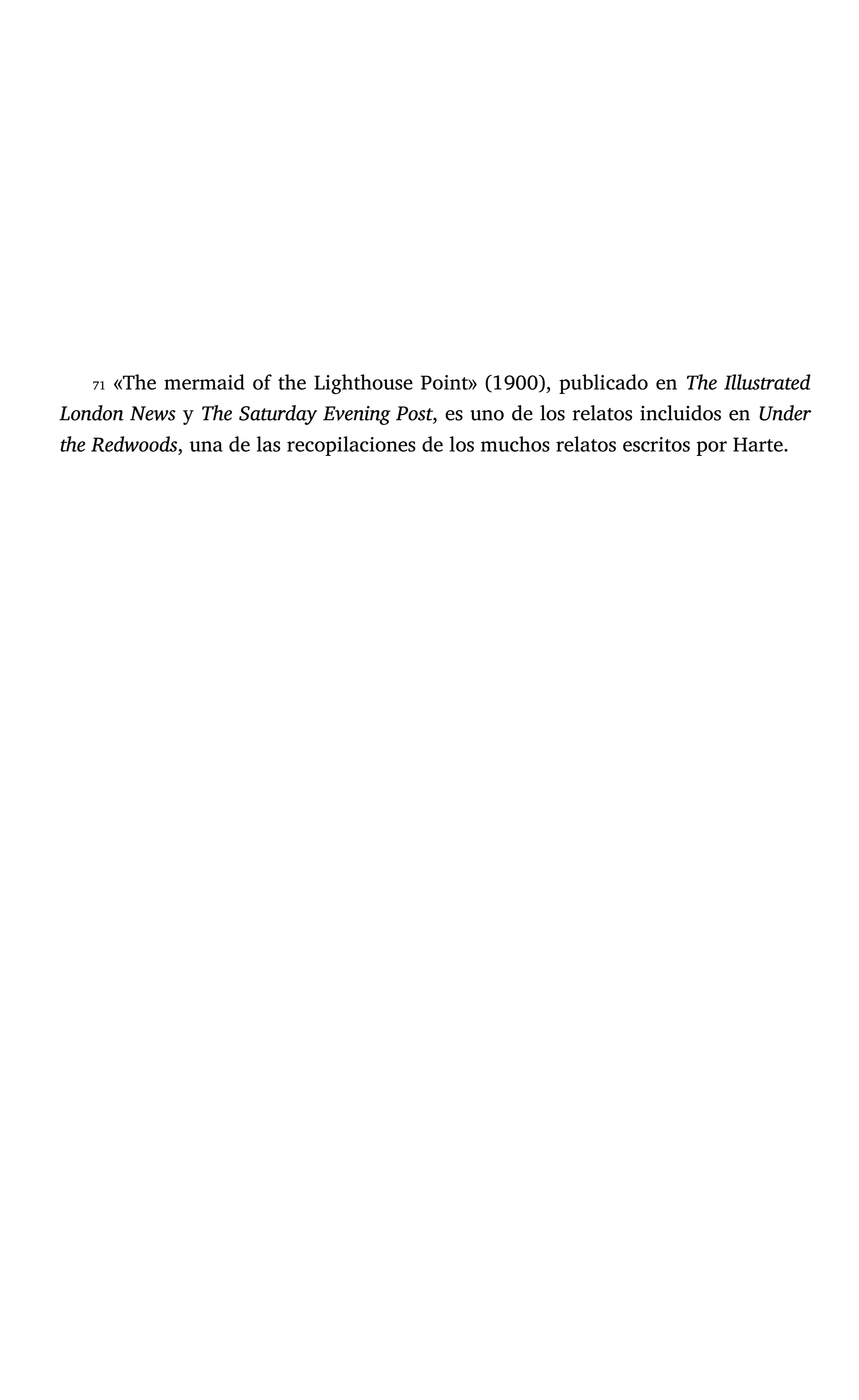
—¿Se fue…? ¿Adónde?

El indígena hizo un gesto hacia el mar que parecía comprender todo el Pacífico.

—¿Cómo? ¿Con quién? —insistió su enfadado y medio asustado

jefe.

—Con hombres blancos en barco. Dijo no querer a Olooya… cuarenta dólares demasiado. Hombre blanco dio cincuenta dólares… y llevó Olooya.



71 «The mermaid of the Lighthouse Point» (1900), publicado en *The Illustrated London News* y *The Saturday Evening Post*, es uno de los relatos incluidos en *Under the Redwoods*, una de las recopilaciones de los muchos relatos escritos por Harte.

MARY E. WILKINS FREEMAN
(1852-1930)

EL OLMO[72]

El olmo tenía terreno propio. Se levantaba aislado en una extensión de hierba amplia y profunda mecida por el viento, que surgía una vez al año a su alrededor salpicada de ondas coronadas por el rosa del trébol, la blancura de las margaritas y el amarillo de los ranúnculos. El resto del tiempo el campo era verde, con un sesgo de hierba exuberante, o una superficie parda, o un llano de nieve brillante, pero el árbol siempre estaba allí, con sus ramas verdes en verano, doradas en otoño, verde brillante en primavera, y de gracia desnuda en invierno: siempre magnífico.

No había árbol en el condado que pudiera compararse a él. Era inigualable. Ningún forastero pasaba a su lado sin detenerse, contemplarlo y decir o pensar algo sobre él. Incluso los campesinos aburridos lo miraban y se producía un lapso momentáneo en su tedio. El árbol era atractivo. Se obstinaba en que reconocieran su belleza y elegancia. Dejad que alguien intente pasar junto a él distraído, absorto en sus pequeños problemas y, ¡oh!, se verá obligado a caminar por el campo no solo por las vistas, sino por su alma; saldrá de sí mismo para contemplar el árbol a través de la ventana, como una revelación, una prueba de lo que hay afuera y más allá. En tales ocasiones, a algunas mentes les parece un símbolo divino. En la soberbia extensión de esas grandes ramas que, con simetría inigualable, se curvan hacia el cielo y la tierra, hay a veces algo que parece facilitar pensamientos y fantasías elevadas.

El campo sobre el que se asentaba el árbol era un gran paralelogramo. A mano izquierda, a través de un muro de piedra, había una casa casi tan vieja como el árbol. Al otro lado, cruzando una valla nueva y pintada, había una casa nueva, pretenciosa,

adornada con cornisas enfáticas, miradores, una glorieta y una cúpula. La cúpula perturbaba especialmente la mente del habitante de la casa vieja. Su nombre era David Ransom. Era bastante viejo y tenía una pierna rígida, que, al caminar, le hacía dar medio giro con la otra pierna antes de cada paso. Estaba incapacitado para trabajar desde hacía unos años. Todo lo que tenía en el mundo era su pobre y vieja casa y una hectárea de tierra, en la parte de atrás, en la que cultivaba verduras y mantenía unas pocas gallinas que le proporcionaban un humilde sustento. Antaño fue muy distinto. Suyo era el gran terreno en el que se hallaba el olmo y la casa nueva más allá del árbol, aunque de arquitectura más sencilla. Le había llevado bastante tiempo construirla con sus propias manos, pues, aunque sin duda era granjero, había sido un manitas capaz de hacer cualquier cosa con habilidad. Había vivido en la vieja casa Ransom, que perteneció a su familia durante cuatro generaciones, hasta que casi fue un anciano y su mujer una anciana; entonces, con los escasos ahorros de toda una vida, construyeron la nueva. Había amado y sujetado con ternura cada clavo que había puesto en ella, cada fragante tabla de pino: la había construido con lo mejor que había en él. Después, justo cuando estuvo terminada, la había perdido. El banco en el que guardaba sus ahorros había quebrado y no quedaba nada para hacer frente a los pagos de los materiales. Vendió la casa y el campo por una miseria y usó el dinero para pagar las deudas, excepto una cantidad que guardó. Poco después, la desilusión mató a su anciana mujer. Toda su vida había soñado con la casa nueva y planeado que debía estar en el terreno vacío. Había pensado en ella casi como si ya viviera allí y la habían derribado ante sus ojos.

Tras morir su mujer, David vivía solo y se encerró en sí mismo como una oruga en su crisálida, lleno de queja y misantropía. Parecía amargado hasta la médula. Era un revolucionario anarquista de corazón. La mención de los bancos le producía un ramalazo de ira. Alimentaba sus agravios hasta que volvía en sí y el dolor de su alma le escocía. Una de sus principales amarguras eran las mejoras que el nuevo propietario había hecho en la que fuera su nueva casa. Se resentía de ellas como si alguien señalara sus propios defectos.

Cuando el nuevo propietario, cuyo nombre era Thomas Savage, empezó a construir el mirador en el lienzo vacío del muro sur,

David se inflamó de justa indignación sintiéndose humillado. Aquella mañana cruzó la calle y descargó su furia sobre el viejo Abner Slocum. El viejo Abner vivía con su hija, que era modista —un trabajo poco cualificado y esporádico por el que cobraba muy poco— y de ese modo sostenía a su padre, que estaba sordo, y a sí misma en su frugal bienestar. El viejo Abner, en los días agradables de clima cálido, pasaba la mayor parte del tiempo en el porche, pues el salón era también la estancia dedicada a probador.

David Ransom pasaba muchas horas con él, sentado en el escalón superior del porche. Abner tenía una vieja silla de cocina apoyada en el muro. Aquella mañana, cuando se hubo colocado el andamio para el nuevo mirador, David cruzó la calle meneando su pierna coja con decisión. Era la segunda primavera desde que le atacara el reuma, una mañana cálida y húmeda de primeros de mayo. Los árboles empezaban sus brotes y el aire era empalagoso. En el porche, el viejo Abner estaba en mangas de camisa, los pies cubiertos por unas grandes zapatillas. Sonrió sin sustancia mientras David se acercaba. Detrás de él se cerró la cortina de la ventana de golpe, dejando entrever a una mujer joven a la que su hija iba a probar un vestido nuevo.

Abner no lo oyó, pero lo percibió, y sonrió tímidamente al recién llegado.

—Mari le está probando un nuevo vestido a la chica de los Ames —masculló.

David asintió con la cabeza con un desdén impaciente. La cortina bien podía haberse corrido por él o por una sombra en su lugar. Se sentó con dificultad en el escalón del porche frente a Abner. Estiró su pierna rígida sobre las violetas salvajes de Maria Slocum, que florecían fielmente, en el mismo sitio, cada primavera. David enterró el tacón despiadadamente entre las flores. Frunció el ceño hacia Abner casi con maldad. Movió un brazo hacia la derecha.

—¿Has visto lo que están haciendo allí? —preguntó bruscamente.

El viejo Abner no lo oyó. Había estado contemplando los esplendores de la mañana de primavera y contestó con la mente distraída.

—Sí, supongo que la primavera casi ya está aquí; seguro, estoy bastante seguro —dijo alegremente.

Se movió de una manera curiosa, como acurrucando sus viejos

hombros en un cálido rayo de sol que caía sobre ellos como un brazo amigo. Sonrió contento. Llegaban para él los largos días de dormitar tranquilamente en el porche, sin que la actividad de modista de su hija lo molestara, días llenos de jardines verdes y verduras y fruta. El viejo Abner Slocum era muy sensible a las dulzuras materiales.

Pero David Ransom resopló con furia.

—¡Primavera! —exclamó. Y entonces gritó, alzando un puño y agarrándose con la otra mano la pierna coja. Gesticuló con violencia contra la casa donde los hombres estaban martillando—. ¿Has visto lo que están haciendo allí? —preguntó, masticando cada palabra y sílaba, y el viejo Abner lo oyó o, si no lo hizo, interpretó el significado de la mano que señalaba y de la garra sobre la pierna.

—Sí —respondió alegremente—, haciendo mejoras, ¿verdad?

—¡Mejoras! —chilló David Ransom—, ¡mejoras, mejoras! Cuando esa casa fue hecha para el presidente. ¡Mejoras, santo dios!

—Esa ventana se verá bonita, ¿verdad? —preguntó el viejo Abner con inocencia.

David estalló. Se levantó arrastrando la pierna coja tras él.

—¿Estás loco? —gritó.

Luego se fue por el camino con su severo contoneo mientras el viejo Abner lo miraba, boquiabierto y afable como un niño. En ese momento empezó a menear la cabeza y finalmente se quedó dormido en la luz húmeda, con la cabeza hundida en el pecho.

Pero David Ransom se sentó solo a la puerta de su casa, con la mirada fija todo el día en los carpinteros que trabajaban en la nueva casa al otro lado del campo. Cuando se terminaron el mirador y la glorieta y los tejados de chapa brillaron al sol, David se sintió completamente enfermo. No comía ni dormía. Sus ojos estaban ausentes sobre la jungla de su barba sin arreglar y su largo pelo blanco. Hablaba bastante consigo mismo y hacía gestos airados cuando caminaba. Los niños se volvían para mirarlo y a veces se alejaban corriendo al verle venir. Se empezó a hablar de cuidarlo, de enviarle a alguien que lo vigilara, no fuera a hacerse daño a sí mismo o a los demás. Su vieja casa y su tierra podrían servirle de pensión para el resto de su vida; parecía débil.

David no supo nada de ello. Siguió arremetiendo con un rencor que tenía una fuerza maligna contra las mejoras de la casa nueva. El clímax se alcanzó al levantarse la cúpula. Maria Slocum lo vio venir

cruzando la carretera para hablar con su padre y apremió al viejo para que entrara en casa.

—David Ransom ha perdido la cabeza —dijo— y no lo quiero aquí. Le tengo miedo.

De modo que, cuando David Ransom llegó a la casa, encontró la puerta cerrada y la cortina echada. Maria y su padre la agarraban de las esquinas con sigilo, con la ayuda de la mujer que se estaba probando, pero David no los vio. Volvió directo a casa, hablando todo el camino tan alto que podían oír lo que decía.

—Bastante malo eran ya los miradores y glorietas, y ahora cúpulas, como si no fuera suficiente para él. Supongo que lo que era bastante bueno para Sarah y para mí, no lo es para él. —Y entonces terminó con una cantinela dolorosa—: Miradores, glorietas, cúpulas, escalones absurdos y tejados de chapa —esto último le salió con una especie de sonsonete—, una y otra vez. Este era el peso de sus pensamientos, la cima de sus penas.

—Hay que hacer algo con David Ransom —dijo Maria Slocum a su clienta y ella estuvo de acuerdo.

Aquella noche pasó algo raro, una de esas catástrofes que perturban la monotonía de la vida rural. La casa nueva construida por David Ransom, y comprada y mejorada por Thomas Savage, se quemó hasta los cimientos. A medianoche el cielo se tiñó de rojo en kilómetros a la redonda y el airé resonó de campanadas. Al amanecer solo había un lecho de brasas ardientes y cenizas. Todos, desde luego, sospecharon de David, aunque no tenían prueba alguna salvo su bien conocida amargura hacia las mejoras. Fue amonestado, pero no lo detuvieron. Se decidió que era una persona peligrosa, a pesar de su edad y debilidad, y que no debía tener entera libertad para manejarse solo; es más, desde un punto de vista humanitario, estaban obligados a cuidarlo.

Una tarde, Abner Slocum, mientras estaba sentado, y aparentemente dormido, en el porche, con un pañuelo sobre la cara para mantener alejadas las moscas, oyó a su hija Maria decirle a la mujer que se estaba probando que, al día siguiente, iban a llevar a David a la casa de Eleazer Wise para que lo hospedara. Eleazer y su mujer alojaban ocasionalmente, por poco dinero, a gente mayor que nadie más quería acoger.

—El ayuntamiento se hará cargo —dijo Maria.

—No digas eso —dijo la mujer, poniéndose de lado para ver

cómo le quedaba el corpiño—. ¿No hay una bolsita donde va la manga?

—Quedará bien cuando lo cosa. No creo que sea seguro para él andar por ahí, y piensan que no come adecuadamente. Por mi parte, ya no le tengo tanto miedo como antes de que se quemara la casa. No habla solo ni hace gestos como los que solía hacer. Solo se sienta muy tieso en los escalones de entrada. Vino a ver a mi padre el otro día y parecía tranquilo y amable. No le tengo ni un pelo de miedo, ni temo tampoco que prenda fuego a la casa, y nunca he creído que lo hiciera con la casa de Thomas Savage. La señora Savage es muy descuidada con la chimenea, solía llevar brasas encendidas en una pala por toda la vivienda cuando quería encender las estufas estancas, y el niño Savage hizo una vez una hoguera en el granero. No lo cuentan por el seguro, pero lo he oído y es cierto. No van a reconstruir, se van de la ciudad, supongo que tienen motivos suficientes. No creo que David Ransom hiciera algo como eso, aunque solía hablar de ello. Ha pasado tiempos difíciles y no es culpa suya.

—Supongo que no se tomará a bien ir donde Leazer —dijo la mujer.

—Estoy terriblemente preocupada por eso y no lo culpo. Conozco a Leazer Wise y a su mujer, y sé cómo me sentiría si se tratara de mi padre.

—Tu padre se sentirá fatal al dejar que se vaya.

—Sí, no me he atrevido a decirle nada.

Un poco más tarde, Maria, mirando por la ventana, después de acabar la costura de la sisa, exclamó:

—¿Dónde está padre?

—¿No está ahí? —preguntó la mujer, girando la cabeza para mirar alrededor.

—No, estaba sentado ahí hace justo un minuto, parecía dormido. Bien, quizá las moscas lo fastidiaban y ha bajado al huerto, como suele, bajo los árboles.

El viejo Abner Slocum caminaba fuera de su vista alrededor de la casa Ransom, justo enfrente, hacia la huerta donde David estaba recogiendo maíz para la cena. Volvió un poco más tarde y su hija lo vio. Salió a la puerta con la cinturilla del vestido de la mujer en la mano.

—¿Dónde has estado, padre? —exclamó pasando una hebra.

El viejo Abner no la oyó, pero sabía qué decía.

—Donde David —contestó tembloroso. Tenía los ojos acuosos y la mandíbula inusualmente firme.

Maria lo miró con intensidad, pero se convenció de que no había podido oír lo que ella y la mujer habían estado hablando porque, entretanto, estaba dormido.

—Vale, mejor te sientas y te quedas tranquilo, padre —dijo—, pareces muy alterado.

Después entró en casa y el viejo Abner se acomodó en su silla del porche. En aquel momento, uno de los concejales del pueblo, que vivía un poco más allá, junto a la carretera, y que era quien debía llevar a David a la mañana siguiente donde Eleazer Wise, pasó en su calesa entre una nube de polvo.

—¡Hola, Abner! ¡Qué calor! —exclamó educadamente.

Abner esperó a que se hubiera ido y entonces sacudió lentamente el puño hacia él.

A la mañana siguiente, Maria Slocum mantuvo corrida la cortina de la ventana que daba a la casa Ransom.

—Yo no, como puedes ver —dijo a su primera clienta—, pero esta mañana se llevan a David Ransom para alojarlo donde Leazer Wise, creen que han de cuidarlo y no quiero verlo. Ha vivido ahí desde que nací, padre lo aprecia un montón, y está pasando un mal rato, el pobre hombre. No veo por qué no pueden dejarlo en paz. Nunca ha prendido fuego a nada más de lo que pudiera hacer yo misma, ni ha hecho daño a un gatito; nunca lo haría a pesar de todo lo que suele decir. Si no está bien donde está, desde luego estará más contento ahí que donde Leazer.

—He oído que Leazaer Wise no es muy agradable —dijo la otra mujer.

—Yo no querría que padre fuera allí —dijo Maria.

De fuera llegó un sonido de ruedas.

—Supongo que Leazer y John Dagett han venido a por él —dijo Maria.

La mujer se asomó entre la cortina.

—Sí —dijo—, es la calesa de John.

—Van a intentar alquilar la casa y emplear la renta para pagar el alojamiento —dijo Maria—. ¿Lo ve a él?

—No, justo van a la puerta de entrada. Ahora están llamando.

—¿Sale alguien a abrir?

—No, están llamando otra vez.

—¿Alguien sale?

—No, ahora intentan abrir la puerta.

—¿Han entrado?

—Sí, están dentro.

Se hizo silencio. Maria habló entonces.

—¿Lo ves?

—No, no veo señal de nadie.

—¿No es muy raro?

—Me lo parece. No creerás que ha pasado algo, ¿no?

—No lo sé. Es muy raro.

La mujer soltó una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Maria nerviosa—. ¿Qué ve, señora Abbot?

—Están saliendo —contestó la mujer.

—¿Está con ellos?

—No… ¡ay, dios?

—¿Qué pasa?

—Vienen hacia aquí.

En efecto, mientras hablaba, Eleazer Wise y el notable cruzaron la carretera hacia la casa Slocum y Maria se fue temblando hacia la puerta.

La mujer que se estaba probando dio un paso atrás para no estar a la vista, pues no estaba vestida, y escuchó tras la puerta. Oyó a Maria responder a las preguntas con su voz chillona y agitada.

—No, David Ransom no está aquí, no le visto en todo el día. ¿No lo encuentran? ¡No digan eso! ¿Qué creen que le ha pasado?

El viejo Abner Slocum estaba sentado en el porche, con el pañuelo sobre los ojos. Ni se había movido. Maria le sacudió fuertemente los hombros mientras Eleazer Wise le preguntaba si había visto a David Ransom ese día, con un tono agudo como de navaja, aunque era de natural suave. Pero el viejo Abner no lo oyó. Soltó un gruñido soñoliento, como un animal cuando lo molestan, sacudió los hombros para soltarse del agarrón de su hija y el pañuelo sobre su cara, como si fuera un niño, echó la cabeza hacia atrás y dejó salir un ostentoso ronquido.

Eleazer Wise, que era un hombre de nariz afilada y aspecto pensativo, y el concejal, excesivamente alto, que se movía con una dignidad absurda, se fueron en la calesa del último arreando al

caballo a un trote ligero, presumiblemente en busca de David Ransom. Maria los llamó para saber qué iban a hacer, pero no respondieron. Miró duramente a su padre, que seguía sentado muy quieto, roncando con fuerza. Luego entró en la casa. Se acababa de ir cuando el viejo Abner se quitó el pañuelo de la cara y se quedó mirando con una asombrosa acuidad en sus brillantes y ancianos ojos el olmo en medio del campo, entre la espuma rosada y verde de hierba y trébol. Ondeó el pañuelo que se había quitado del rostro. Hubo un leve resplandor de respuesta desde el espeso verdor del árbol. El viejo Abner se rio por lo bajo. Luego susurró para sí: «No se puede hacer nada hasta la noche», y se acomodó para dormir la siesta a conciencia.

Era una noche muy cálida y oscura excepto por las estrellas. La puesta de sol duró un buen rato, pero al fin el pueblo descansaba entre sombras intensas y no se podían distinguir los objetos lejanos a simple vista. Maria Slocum oyó un ruido en el porche y saltó de la cama para asomar la cabeza por la ventana abierta. «¿Hay alguien ahí?», dijo en voz baja y timorata. El silencio era total. Escudriñó la oscuridad, pero no pudo ver nada. Volvió a la cama y pensó que se había equivocado. Más tarde la despertó un ruido extraño, y en esa ocasión encendió la vela y atravesó el pequeño vestíbulo hasta la habitación de su padre. Abrió la puerta con sigilo y de un vistazo captó la reluciente cabeza blanca sobre la almohada.

«Deben de haber sido las ratas», pensó, y regresó a su habitación para dormir sin molestias el resto de la noche.

A la mañana siguiente, Maria fue a la despensa para cortar unas tajadas de una pieza de ternera en salmuera y se quedó mirándola intrigada. Buscó por todas partes, poniéndose de puntillas para llegar a las estanterías más altas. Luego corrió a la cocina, donde su padre estaba sentado esperando el desayuno. Notó la preocupación en su mirada al verla entrar, después giró la silla con un chirrido y se quedó mirando por la ventana.

—Bien, tendrás que pasar sin tu desayuno —dijo Maria.

El viejo Abner no hizo movimiento alguno.

Maria alzó la voz.

—¿Me oyes, padre? —gritó—. Tendrás que pasar sin tu desayuno. No hay nada qué comer en la casa salvo pan y mantequilla.

El anciano le echó una mirada por encima del hombro y volvió

de nuevo la vista a la ventana. Era evidente que su cuello había enrojecido hasta el límite del pelo.

—Toda la carne en salmuera ha desaparecido, hasta el trozo más diminuto —dijo Maria con voz trágica—. Oí un ruido por la noche. Lo sabía. Había un ladrón en casa por la noche, padre.

El viejo Abner pareció oírla. Sus hombros se movieron, pero no se volvió.

—Un ladrón entró en la casa por la ventana de la despensa y robó toda la carne —insistió Maria—. La carne no está, y no tiene patas. Algún vagabundo, supongo, que estaba hambriento. Pagué casi cincuenta centavos por esa carne en salmuera, pero supongo que he de estar agradecida. Podría haberse llevado el vestido de seda negra de la señora Bemis. Tendrás que conformarte con pan tostado para desayunar, padre. ¿Me oyes, padre? Tendrás que conformarte con pan tostado y café como desayuno.

—Vale —farfulló el anciano.

Maria salió de la habitación y el sonido del molinillo de café en la despensa resonó por la casa. Entonces el viejo Abner se giró y se dobló de risa en silencio.

El día era muy agradable y nítido, aunque caluroso. Maria trabajó en la costura y el viejo Abner se sentó plácidamente en el porche. El concejal y Eleazer visitaron una vez la casa y les preguntaron si sabían algo de David; también buscaron de nuevo en la vieja casa Ransom. Por la tarde, justo después de que se fueran los dos hombres y Maria hubiera corrido las cortinas de la fachada para resguardarse del sol, el viejo Abner paseó alrededor de la casa, cogió un cubo de latón de la despensa, lo llenó de agua fría en el pozo, se escabulló sigilosamente, y caminó como un perro viejo en sus zapatillas a través del campo de enfrente hasta el olmo.

Permaneció debajo, vigilando miradas no deseadas; sostuvo el cubo, que cogió el brillo del sol del oeste, y entonces, de repente, como por un organismo oculto, este se elevó y desapareció de la vista entre el follaje verde del gran árbol. El viejo Abner se volvió alegre por un siseo furtivo que sonó a su espalda después de subir el cubo. De forma inesperada, su hija Maria estaba detrás suyo. El sigilo y la astucia eran característicos de la familia. Ella sospechaba algo desde que desapareció la carne por la mañana. El viejo Abner se puso bastante pálido. Se rio levemente para ocultar su consternación y se quedó mirando, desamparado, a Maria.

—Por todos los santos, ¿qué estás haciendo, padre? —preguntó enfadada. Habló bastante bajo, pero él la oyó perfectamente.

—Nada, Mari —contestó débilmente, deslizándose en sus zapatillas.

—No me hables así, padre, te conozco bien, tramas algo. ¿Qué haces con ese cubo y cómo ha subido al árbol?

Maria miró hacia arriba y se quedó perpleja. En la gran copa del árbol, aquella majestad de brillos verdes, sombras violáceas y resplandores intensos como de esmeraldas; entre aquel jaspeado mágico, como de joyas, sombras y rayos de sol, asomaba la cara del viejo David Ransom, que había cambiado inexplicablemente. Toda la amargura y el rencor habían desaparecido.

Era el rostro de un hombre ajeno a los dolores y las tensiones de la vida. Miraba hacia adelante desde los hermosos brazos del gran árbol como un niño en los de su madre. Había huido buscando amparo en el corazón de la naturaleza y esta no le había fallado. Sonrió a Maria con una paz triunfante.

—No pensaron en buscarme aquí —dijo—. No voy a ir donde Leazer.

—David Ransom, ¡no habrá estado todo este tiempo ahí arriba, en ese árbol! —dijo Maria con voz entrecortada—. Pues tienen hombres buscando por los bosques y van a dragar la laguna.

David se rio con una carcajada tan cordial como la de un niño.

—Nunca pensaron en buscarme aquí —dijo—. No voy a ir donde Leazer.

—¿Cómo demonios se ha subido ahí con su pierna coja?

—Trepé.

—¿Cómo? No querrá pasar ahí toda la noche.

David negó con la cabeza y se acomodó entre las hojas verdes. Estaba sentado a horcajadas en una gran rama, con otra delante que le permitía descansar los pies. Su espalda y cabeza estaban contra el tronco del árbol. Estaba tan cómodo como en un sillón en medio del árbol, oculto por completo a la vista excepto para quien estuviera justo debajo.

—No entiendo nada —dijo Maria—. ¿Supongo que le has dado la carne, padre? Ahí es donde se fue.

—No quería dejar a un viejo vecino morir de hambre, Mari —dijo el viejo Abner con valentía.

Maria se quedó mirándolo.

—También le traje algo de pan y un trozo de tarta de calabaza —dijo el viejo Abner, desafiante, con su voz aguda y cascada por la edad.

Maria miró al viejo David, arriba en el árbol.

—Señor Ramson, baje tan rápido como pueda —dijo con autoridad.

David hizo un intento de trepar más arriba. La rama se balanceó.

—Venga aquí ahora mismo —insistió Maria—. No va a ir donde Leazer. Ya no le tengo miedo. Usted no prendió fuego a esa casa, ¿no?

—No —dijo David.

—Vale, baje aquí. No tendrá que ir donde Leazer. Puede alojarse conmigo. Necesito el dinero tanto como Leazer Wise. Puede quedarse en la habitación del sur o puede dormir en su casa, si lo prefiere, hasta que esté alquilada, si se siente mejor allí.

—He dejado mi vieja casa —dijo David.

—Vale, puede quedarse en la habitación sur de la mía, y usted y mi padre podrán pasar buenos ratos juntos. Baje. ¿Puede bajar?

David empezó a deslizarse hacia abajo con penosa lentitud.

—Tenga cuidado, no vaya a caerse y se rompa los huesos.

David descendió. Cuando estaba a punto llegar al suelo desde el tronco desgreñado por las largas ramas, se detuvo y miró hacia abajo a Maria con duda y desconfianza persistentes.

—No se preocupe —dijo Maria. Las lágrimas caían por sus mejillas—. No irá a ningún sitio al que no quiera ir. Velaré por usted y me gustaría ver quién me lo va a impedir.

Había una determinación en la voz de Maria que daba confianza. Pero David aún miraba hacia abajo, indeciso, como un niño temeroso de dejar a su madre.

—Baje recto —dijo Maria— y cuide de no caerse y romperse los huesos. Tengo unas magníficas tortitas y pastel de crema para cenar.

David se deslizó hacia abajo.

Después de esto, se vio a los dos hombres sentados todo el día en el porche de la casa Slocum, envueltos en el silencio de recuerdos agradables. Una familia se mudó a la casa Ramson, y ellos se entretenían mirando a los niños jugar alrededor. David se encariñó con una niña pequeña. A veces la engatusaba y le contaba una historia de su infancia que su padre le había contado a él. Era

grosera y sin sentido, pero a la niña le encantaba, y los dos hombres saludaban el final con risas inocentes. Los tres juntos se volvían niños. El viejo David ya no estaba amargado ni rebelde, su mente parecía influida por un singular, por así decirlo, talante misericordioso. Maria decía abiertamente que era una bendición que viera las cosas como lo hacía, y creía que Dios le había contado historias para que pudiera soportar la dureza de la vida, como los padres cuentan cuentos a sus hijos. Lo había descubierto incluso antes de que David ya viviera con ellos.

Fue a la mañana siguiente de llegar. Él y su padre conversaban en el porche y oyó a David decir al viejo Abner:

—¿Ves esa casa de allí? ¿No es bonita? Es la casa más bonita del pueblo y es toda mía. Nadie más tiene el derecho a entrar en ella. La tengo pintada de verde y es más alta que la iglesia. Nadie puede ponerle un defecto. Nadie va a construir cúpulas ni miradores en ella, ya te digo. Es perfecta.

Maria y la mujer a la que estaba probando se miraron entre ellas.

—¿Ha oído eso? —dijo Maria, pálida y temblorosa.

—Ha perdido la cabeza —dijo la mujer.

Maria se asomó a la ventana.

—¿Dónde está su casa, señor Ransom? —preguntó con voz amable.

El viejo David señaló.

—Se refiere al olmo —dijo Maria.

[72] «The Elm-tree» (1903) es uno de los relatos de una clase de árbol distinta, como parte de los protagonistas o protagonistas indirectos, o escenario de los relatos, publicados entre diciembre de 1901 y enero de 1903 en la revista *Harper's Bazaar*.

MARK TWAIN
(1835-1910)

Historia de una perra[73]

I

Mi padre era un san bernardo, mi madre una collie, pero yo soy presbiteriana. Eso es lo que me decía mi madre, yo no distingo estas sutiles diferencias. Para mí son solo palabras largas y elegantes que no significan nada. A mi madre le encantaban, le gustaba pronunciarlas y ver cómo otros perros la miraban sorprendidos y envidiosos, como si se preguntaran de dónde salía tanta educación. De hecho, no era una educación real, sino solo postureo: conocía esas palabras porque las había escuchado en el comedor o en el estudio, cuando había gente, y al ir con los niños a la escuela dominical de la iglesia. Siempre que oía una palabra larga se la repetía para sí muchas veces para retenerla hasta que había una reunión perruna en el vecindario; entonces la soltaba para sorprenderlos y angustiarlos a todos, de los perritos falderos a los mastines, que la recompensaban por su esfuerzo. Cuando había algún forastero, ella solía ponerse a la defensiva y, cuando recuperaba el aliento, aquel le preguntaba qué quería decir. Y ella siempre lo explicaba; y como sea que él nunca se lo esperaba, sino que creía haberla pillado, era él quien se avergonzaba al escucharla, aunque antes tuviera pensado que la avergonzada iba a ser ella. Los otros siempre esperaban que esto sucediera; les divertía y estaban orgullosos de ella, porque sabían que iba a pasar eso, puesto que ya lo habían vivido. Cuando explicaba el significado de una palabra importante, se lo tomaban con tal admiración que a ninguno se le ocurría dudar nunca de si estaba en lo cierto; y esto era normal, porque, por un lado, respondía tan rápidamente que parecía un

diccionario parlante, y por otro, ¿dónde iban a comprobar si el significado era correcto o no, si el único perro culto que había era ella? Más tarde, cuando me hice mayor, en cierta ocasión trajo a casa la palabra «iletrado» y la utilizó bastante a menudo, en distintas reuniones durante toda la semana, provocando mucha infelicidad y desaliento; fue entonces cuando me di cuenta de que, durante la semana, le habían preguntado por el significado de cuatro términos diferentes y cada vez había propuesto una definición nueva, lo que me demostró que tenía más presencia de ánimo que cultura, aunque, desde luego, no lo mencioné. Ella tenía siempre a mano una palabra como salvavidas, una palabra de emergencia de la que tirar cuando estaba a punto de ser lanzada de repente por la borda: era la palabra «sinónimo». Cuando recuperaba una palabra larga que había tenido su momento semanas antes, cuyos elaborados significados ya formaban parte del montón de las cosas usadas, cuando había un forastero, lo dejaba grogui durante un par de minutos; y al volver este en sí, ella ya había tomado otros derroteros y no esperaba pregunta alguna; de modo que, cuando llamaba su atención y le preguntaba por ella —el único perro que le seguía el juego—, yo podía ver el cuerpo de ella vacilar un instante —pero solo un instante—, el vientre sobresaliente, tenso y lleno, y decía con la calma de un día de verano: «Es un sinónimo de supererogación», o cualquier otra palabra parecida, larga e impía como serpiente: luego se daba la vuelta plácidamente, alejándose por otro rumbo, totalmente cómoda, ya sabéis, dejando que el forastero pareciera vulgar y avergonzado, mientras los iniciados golpeaban el suelo con sus colas al unísono y sus caras se transfiguraban con una alegría bendita.

Lo mismo sucedía con las frases. Podía arrastrar a casa una frase entera si tenía un sonido imponente, la utilizaba durante seis noches y dos mañanas, y la explicaba de una manera diferente cada vez, como debía ser, porque lo único que le importaba era la frase: no estaba interesada en lo que significaba, y, en cualquier caso, sabía que aquellos perros no eran lo bastante inteligentes para pillarla en un renuncio. ¡Sí, era soberbia! Y lo sabía, así que no estaba preocupada por nada, tal era su confianza en la ignorancia de aquellas criaturas. Incluso llevaba anécdotas que había oído contar a la familia, y que hacían reír y gritar a los invitados a comer; enganchaba por norma un meollo con otro por allí donde,

por supuesto, no encajaban ni tenían un punto en común; y cuando lo soltaba se tumbaba y rodaba por el suelo, riendo y ladrando de la manera más insensata, mientras yo podía ver que se estaba preguntado por qué no resultaba tan divertido como la primera vez que lo oyó. Pero no causaba daño alguno: los demás se retorcían y ladraban también, avergonzados de no cogerle el punto y sin sospechar que la culpa no era suya, pues no había nada que coger.

Por todo esto ya os daréis cuenta de que tenía un carácter bastante vanidoso y frívolo; aun así, creo que poseía virtudes suficientes para compensarlo. Su corazón era bondadoso y sus maneras amables, y nunca albergaba rencor por las injurias recibidas, sino que las apartaba fácilmente de su mente y las olvidaba; transmitió a sus hijos su bondad y de ella aprendimos también a ser valientes y rápidos ante el peligro y a no salir huyendo, sino a enfrentarnos con el que amenazara a amigos y extraños, ayudándolos cuanto podíamos sin pararnos a pensar en el coste que esto podía suponer para nosotros. Y nos enseñó, no solo con palabras, sino con el ejemplo, que es la mejor manera, la más infalible y duradera. ¡Qué de cosas valientes hizo, qué espléndidas! Era como un soldado muy humilde al respecto; bueno, no podías evitar admirarla e imitarla, ni siquiera un spaniel King Charles podía comportarse de manera odiosa en su compañía. Así que, como podéis ver, aparte de su educación, llevaba más cosas dentro de ella.

II

Cuando al fin me hice mayor, me vendieron, me alejaron de allí y nunca volví a verla. Estaba descorazonada, lo mismo que yo, y aullamos, pero ella me consoló como pudo y dijo que habíamos sido enviados a este mundo por un motivo sabio y bueno, y que debíamos hacernos cargo de nuestro deber sin quejarnos, tomar la vida como venía, vivirla para el bien de todos, y no preocuparnos por el resultado, que no era asunto nuestro. Dijo que los hombres que se comportaban así tenían, luego, una noble y hermosa recompensa en otro mundo; y aunque los animales no iríamos allí, hacer el bien y la justicia sin recompensa daría a nuestras breves vidas un mérito y una dignidad que ya son, en sí mismas, una

recompensa. Había atesorado estas cosas cuando iba de tanto en tanto a la escuela dominical de la iglesia con los niños y las había retenido en su memoria con más cuidado que aquellas palabras y frases; las había estudiado en profundidad por su bien y por el nuestro. Uno podría deducir de esto que tenía una cabeza sabia y reflexiva, pero en ello había mucha frivolidad y vanidad.

Así que nos dijimos adiós y nos miramos por última vez a través de las lágrimas, y lo último que dijo —dejándolo para el final para que, según creo, yo lo recordara mejor— fue: «En recuerdo mío, cuando alguien esté en peligro, no pienses en ti mismo, piensa en tu madre y haz lo que ella haría».

¿Creéis que podría olvidar esto? No.

III

¡Era una casa encantadora! Mi casa nueva, una gran casa elegante, con cuadros, adornos delicados y muebles excelentes, y sin tristeza en ningún lado, sino que la iluminaba toda una gama de colores delicados cuando el sol la inundaba. Y los amplios terrenos a su alrededor y el gran jardín, ¡oh, claros y árboles nobles y flores sin fin! Yo era como un miembro más de la familia, me querían y me cuidaban, y no me cambiaron el nombre, sino que me llamaban por el antiguo, que era tan preciado para mí porque me lo había puesto mi madre: Aileen Mavourneen.[74] Lo sacó de una canción, y los Gray la conocían, decían que era un nombre precioso.

La señora Gray tenía treinta años, y era tan dulce y amable como no podéis imaginaros. Sadie tenía diez años, y era como su madre, una copia pequeña, esbelta y encantadora de ella, con una cola castaño rojiza a la espalda y vestidos cortos. El bebé tenía un año, era regordete y de pelo rizado; encariñado conmigo, nunca me tiraba lo bastante del rabo y me abrazaba y se reía con toda su inocente felicidad. El señor Gray tenía treinta y ocho años, y era alto, esbelto y guapo, un poco calvo por delante, despierto, rápido de movimientos, serio, solícito, decidido, nada sentimental, y con un rostro como cincelado ¡que parecía brillar y destellar con inteligencia glacial! Era un científico de «renombre». No sé qué significa esa palabra, mi madre hubiera sabido cómo utilizarla y causar efecto. Sabría como deprimir a un ratonero con ella y que un

perro faldero pareciera apenado. Pero esta es mejor: «laboratorio». Mi madre podría haber creado una empresa con ella que habría despellejado los collares fiscales[75] de toda la jauría. El laboratorio no era un libro o un cuadro, ni un lugar para lavarse las patas, como afirmó el presidente del comité perruno. No, esto es el «lavadero»: el laboratorio es muy diferente, está lleno de vasos, botellas, aparatos eléctricos y cables, y de máquinas extrañas. Y cada semana venían otros científicos y se sentaban allí y utilizaban las máquinas, discutían y hacían lo que ellos llaman «experimentos y descubrimientos»; y yo también iba a menudo, me quedaba por allí y escuchaba e intentaba aprender, en aras de mi madre y de su querido recuerdo, aunque era doloroso para mí, al darme cuenta de lo que ella había perdido en la vida para que yo tuviera algo y de que, por mucho que lo intentara, yo no sería capaz de sacar ninguna conclusión.

Otras veces yacía en el suelo del estudio de la señora y dormía. Ella me usaba con cuidado de reposapiés al saber que me gustaba, pues era una caricia; otras veces pasaba una hora en la habitación de los niños, donde me despeinaban a base de bien y me hacían feliz; otras miraba la cuna que estaba allí mismo, donde el bebé dormía y la niñera se desentendía por unos minutos de los asuntos del niño; otras retozaba y hacía carreras por los terrenos y el jardín con Sadie hasta que nos cansábamos, luego nos tumbábamos en el césped a la sombra de un árbol mientras ella leía su libro; otras iba a visitar a los perros vecinos, pues había algunos agradables no muy lejos, y uno muy guapo, cortés y elegante, un setter irlandés de pelo ondulado que se llamaba Robin Adair, presbiteriano como yo, y pertenecía al pastor escocés.

El servicio de nuestra casa era muy amable conmigo y me quería: así que, como veis, la mía era una vida placentera. No podría haber una perra más feliz ni más agradecida. Digo esto yo misma porque no es nada más que la verdad: intenté por todos los medios hacer el bien y lo justo en honor a la memoria de mi madre y sus enseñanzas, y me gané la felicidad que me habían regalado lo mejor que pude.

Luego llegó mi pequeñín y entonces llenó mi vida, mi felicidad era perfecta. Era la cosita bamboleante más querida, tan suave y dulce y aterciopelado, con unas patitas muy curiosas, unos ojos amorosos y una cara limpia e inocente. Me hacía sentir muy

orgullosa ver cómo los niños y su madre lo adoraban y lo querían y lanzaban exclamaciones a la más mínima maravilla que hacía. Me parecía que la vida era demasiado bonita para…

Entonces llegó el invierno. Un día estaba vigilando la sala de los niños. Mejor dicho, estaba durmiendo en la cama. El bebé dormía en la cuna, que estaba a un lado de la cama, cerca de la chimenea. Era la clase de cuna que tiene un toldo encima hecho con un tipo de gasa por la que se puede ver a través. La niñera no estaba, y nosotros, los dos durmientes, estábamos solos. Saltó una chispa de la chimenea y encendió un lado del toldo. Supongo que siguió un intervalo de silencio hasta que el grito del niño me despertó ¡y allí estaba la tienda de campaña, llameando hacia el techo! Antes de poder pensar, salté al suelo con espanto y en un segundo estaba a medio camino de la puerta, pero en el siguiente medio segundo el adiós de mi madre resonó en mis oídos y regresé a la cama. Metí la cabeza entre las llamas y agarré al bebé por la cinturilla, tiré de él y caímos juntos al suelo entre una nube de humo. Lo agarré de nuevo y arrastré a la criaturita gritona hasta sacarlo por la puerta y a lo largo de la curva del vestíbulo; y estaba todavía tirando de él, emocionada, feliz y orgullosa, cuando oí la voz del amo gritar:

—¡Vete, maldito animal!

Y salté para salvarme, pero fue asombrosamente rápido y me atrapó, y me golpeó furiosamente con su bastón, lo esquivé aquí y allá, asustada, y finalmente un golpe fuerte cayó sobre mi pata delantera y me hizo aullar y caer, indefensa, durante un instante. El bastón subió para preparar otro golpe, pero nunca descendió, porque la voz de la niñera sonó bien alto: «¡La habitación de los niños está ardiendo!». El amo se fue corriendo en esa dirección y mis otros huesos se salvaron.

El dolor era intenso, pero no importaba, no debía perder nada de tiempo, podía regresar en cualquier momento, así que cojeé a tres patas hasta el otro extremo del vestíbulo, hasta una pequeña y oscura escalera que conducía a un desván donde se guardaban viejas cajas y esas cosas, como había oído decir, y donde apenas iba nadie. Me las arreglé para subir allí, busqué un camino en la oscuridad entre los montones de cosas, y me escondí en el lugar más recóndito que pude encontrar. Era de tontos tener miedo allí, pero lo tenía, tanto que me contuve y apenas me quejé, aunque habría sido un alivio hacerlo, porque eso disminuye el dolor, ya

sabéis. Pero pude lamerme la pata y eso me hizo algo de bien.

Durante media hora hubo una conmoción escaleras abajo: gritos, pasos acelerados y luego todo quedó de nuevo tranquilo, silencioso durante unos minutos, algo que mi espíritu apreció, porque desde entonces mis temores se aplacaron, y los temores son peores que el dolor —oh, mucho peores—, ¡pero entonces llegó un sonido que me dejó helada! ¡Me estaban llamando por mi nombre, buscándome!

Estaba amortiguado por la distancia, pero no había error, y fue para mí el sonido más espantoso que había oído jamás. Se oía allá abajo, por todas partes, a lo largo de los pasillos, en todas las habitaciones, en los dos pisos y en el sótano y la bodega, y luego fuera, cada vez más lejos… Después volvía y recorría de nuevo la casa, y pensé que no se acabaría nunca, nunca. Pero al fin terminó, horas y horas después de que el impreciso crepúsculo en el desván hubiera sido absorbido hacía rato por la negra oscuridad.

Entonces, en aquella bendita quietud, mi miedo disminuyó poco a poco, me quedé tranquila y dormí. Fue un buen descanso el que tuve, pero me desperté antes de que la penumbra llegara de nuevo. Me sentía bastante bien y podía pensar en un plan. Ideé uno muy bueno, que era arrastrarme abajo por todo el tramo de escaleras y esconderme tras la puerta de la bodega, escabullirme y huir cuando el hombre del hielo viniera al anochecer, mientras él estaba rellenando el congelador. Me escondería todo el día y empezaría el viaje cuando llegara la noche, mi viaje a… Bueno, a cualquier lugar donde no me encontraran y me devolvieran al amo. Ahora me sentía casi alegre, pero de repente pensé: «¿Cómo? ¿Y qué será de mi vida sin mi cachorro?».

Llegó la desesperación. No había plan posible, lo vi claro, debía quedarme donde estaba, quedarme y esperar y aceptar lo que viniera —no era mi problema, así es la vida—, lo había dicho mi madre. Entonces…bueno, ¡entonces empezaron de nuevo los gritos! Todas mis penas regresaron. Me dije a mí misma: «El amo no me perdonará». No sabía qué había hecho para volverlo tan enconado e inmisericorde, y consideré que era algo que un perro no podía entender, pero que estaba claro para un hombre. Y era espantoso.

Me llamaron una y otra vez… durante lo que me parecieron días y noches. Tantos que el hambre y la sed estaban a punto de volverme loca y notaba que me debilitaba. Cuando estás así duermes una barbaridad como hice yo. Una vez me desperté con un

miedo terrible: ¡Me parecía que la llamada estaba justo ahí, en el desván! Y así era: era la voz de Sadie y estaba llorando. Mi nombre salía entrecortado de sus labios, pobrecita, y no pude creer a mis oídos de la alegría que sentí cuando la oí decir:

—Vuelve con nosotros, oh, vuelve con nosotros y perdónanos… Todo está muy triste sin nuestras…

La interrumpí con un ligero aullido de agradecimiento y al instante Sadie se zambulló y tropezó en la oscuridad contra la madera y gritó para que la oyera toda la familia:

—¡La he encontrado, la he encontrado!

Los días siguientes… bueno, fueron maravillosos. La madre y Sadie y el servicio… pues me adoraban. No había cama que les pareciera lo suficientemente buena para mí y, en lo tocante a la comida, no se daban por satisfechos con nada excepto caza y exquisiteces fuera de temporada; y cada día los amigos y vecinos venían a oír hablar sobre mi heroísmo, que era el nombre que le daban y que significa «agricultura». Recuerdo a mi madre llevarlo una vez a la perrera y explicarlo de ese modo, pero no dijo qué era agricultura, excepto que era sinónimo de «incandescencia intramuros»; y la señora Gray y Sadie podían contarle el cuento docenas de veces a los recién llegados y decir que había arriesgado mi vida para salvar al bebé, y demostraba cómo nos hubiéramos quemado ambos; y luego las visitas venían a verme y me acariciaban y lanzaban exclamaciones sobre mí, y podías ver el orgullo en los ojos de Sadie y de su madre. Y cuando la gente quería saber por qué cojeaba, parecían avergonzados y cambiaban de tema y, a veces, cuando la gente los perseguía en un sentido u otro con preguntas sobre ello, me miraban como si fueran a echarse a llorar.

Y esta no fue toda la gloria, no. Vinieron los amigos del amo, un grupo de veinte personas de lo más distinguido, y me tuvieron en el laboratorio y discutieron sobre mí como si yo fuera un descubrimiento, y alguno de ellos dijo que era asombrosa la mayor muestra de instinto que podían recordar en un animal tonto, pero el amo dijo con vehemencia:

—Está muy por encima del instinto, es razonamiento, y muchos hombres, privilegiados porque serán salvados e irán, como tú y yo, a un mundo mejor por derecho propio, tienen menos que este pobre y tonto cuadrúpedo que está predestinado a morir. —Y después rio y dijo—. ¡Qué, miradme a mí… soy un sarcasmo! Dios te bendiga,

con toda mi enorme inteligencia, lo único que deduje fue que la perra se había vuelto loca e iba a acabar con el niño, y si no hubiera sido por la inteligencia del animal —¡su razón, os digo!— ¡el niño habría muerto!

Discutieron y discutieron, y yo estaba en el mismo centro de todo el asunto y deseé que mi madre pudiera saber que me había sido concedido tan grande honor, la habría hecho sentirse orgullosa.

Entonces hablaron sobre «óptica», así la llamaron, y si cierto daño en el cerebro podría producir o no ceguera, pero no se pusieron de acuerdo en esto, y dijeron que debía probarse luego con un experimento; y después discutieron sobre plantas, y eso me interesó, porque, en verano, Sadie y yo habíamos plantado semillas —la ayudé a cavar los hoyos, ¿sabéis?—, y tras días y días salía allí una pequeña mata o una flor, y era asombroso cómo podía pasar eso, pero pasaba y deseé saber hablar: se lo habría contado a aquella gente y les habría mostrado cuánto sabía y estarían todos interesados en el asunto, pero no me importaba nada la óptica, era aburrida, y cuando volvieron sobre el tema me cansaron y me fui a dormir.

Pronto fue primavera y estaba soleado, agradable y encantador, y la dulce madre y los niños nos dijeron adiós a mí y al cachorro y se fueron de viaje a visitar a su familia. El amo no nos hacía compañía, pero nosotros jugábamos juntos y pasábamos buenos ratos, y el servicio era amable y amigable, de manera que así seguimos, bastante felices, contando los días y esperando por la familia.

Y un día aquellos hombres regresaron y dijeron que era para el experimento. Se llevaron el cachorro al laboratorio y yo fui también, cojeando con mis tres patas, sintiéndome orgullosa, porque cualquier atención que se le prestara al cachorro era, desde luego, un placer para mí. Discutieron y experimentaron y, entonces, de repente, el cachorro aulló y lo dejaron en el suelo, y él se tambaleó por allí, con la cabeza cubierta de sangre, y el amo dio una palmada y gritó:

—Pues he ganado… ¡admitidlo! Está ciego como un murciélago.

Y todos dijeron:

—Así es… has probado tu teoría y, en adelante, la humanidad sufriente tiene una gran deuda contigo. —Y lo rodearon y le dieron la mano, cordiales y agradecidos, y lo elogiaron.

Pero yo apenas vi o escuché estas cosas, porque corrí de inmediato junto a mi queridito y me enrosqué a su alrededor donde estaba y le lamí la sangre y puse su cabeza contra la mía, lloriqueando suavemente, y supe en lo profundo de mi corazón que era un consuelo para él en su dolor y apuro sentir la caricia de su madre, aunque no pudiera verme. De repente languideció, y su pequeño morro de terciopelo descansó sobre el suelo y estaba quieto y no se movió más.

De pronto, el amo dejó de discutir un instante y, pidiendo al lacayo que entrara, le dijo:

—Entiérrelo en el rincón más alejado del jardín. —Y luego siguió con la discusión.

Troté detrás del lacayo, feliz y agradecida, porque sabía que el cachorro ya no sentía dolor porque estaba dormido. Bajamos por el jardín hasta el límite más alejado, donde los niños, la niñera, el cachorro y yo solíamos jugar en verano a la sobra del gran olmo, y allí el lacayo cavó un hoyo y vi que iba a plantar al cachorro, y me puse contenta, porque podría crecer y salir un perro guapo y bueno, como Robin Adair, y ser una sorpresa para la familia cuando volvieran a casa, así que intenté ayudarlo a cavar, pero mi pata coja no estaba bien sino rígida, ya sabéis, y tienes que usar dos o es inútil. Cuando el lacayo hubo terminado y cubrió al pequeño Robin, me acarició la cabeza, había lágrimas en sus ojos, y dijo:

—Pobre perrita, tú SALVASTE a su hijo.

He vigilado dos semanas enteras ¡y no sale! Esta última semana me ha cogido miedo. Creo que hay algo terrible en todo esto. No sé qué es, pero el miedo me pone enferma y no puedo comer, aunque el servicio me da lo mejor de la comida y me cuida también, e incluso vienen por la noche y lloran y dicen «Pobre perrita… No te rindas y vuelve a casa, ¡no nos rompas el corazón!». Y todo esto me da aún más miedo y estoy segura de que algo ha pasado. Y estoy tan débil que desde ayer no me sostienen las patas. Y en este momento el servicio, que mira hacia el sol allí donde desaparece de la vista y llega el frío de la noche, dicen cosas que no entiendo, pero que le llevan algo frío a mi corazón.

—¡Esos pobres niños! No sospechan nada. Llegarán por la mañana y preguntaran ansiosos por la pobre perrita que hizo el acto

heroico, y quién de nosotros tendrá el valor suficiente para decirles: «La humilde amiguita se ha ido donde van los animales cuando mueren».

[73] «A Dog's Tale» fue publicado por primera vez, en 1903, en el *Harper's Magazine*.

[74] Canción popular inglesa compuesta por el inglés Frederick Crouch, en 1837, con letra de Julia Crawford, que se hizo muy popular en Estados Unidos durante la guerra civil.

[75] Tax-collar es un collar que se ponía a los perros en esa época para indicar que estaban registrados, como los chips actuales.

A modo de posfacio

WALT WHITMAN (1819-1892)

PENSAMIENTOS BAJO UN ROBLE. UN SUEÑO[76]

Este es el cuarto día de una oscura tormenta del noreste, viento y lluvia. Anteayer fue mi cumpleaños. Ahora he entrado en mi año sesenta. Cada día de la tormenta, protegido por albarcas y una capa de lluvia, bajo regularmente al estanque y me he acomodado a sotavento del gran roble. Ahí estoy ahora escribiendo estas líneas. Las nubes coloreadas de un gris humo oscuro giran en un silencio furioso a lo largo del cielo; las hojas verde claro penden a mi alrededor; la música relajante y ronca del viento suena constantemente sobre mi cabeza: el poderoso susurro de la naturaleza. Sentado aquí en soledad he meditado sobre mi vida, relacionando hechos, fechas, eslabones de una cadena, ni triste ni alegre, sino, de alguna manera, hoy, bajo el roble y la lluvia, con un espíritu insólito de realidad.

Pero mi gran roble —robusto, vital, verde—, de casi dos metros de diámetro en el pie... Estoy un buen rato cerca o debajo de él. Luego, el tulípero cercano —el Apolo de los bosques—, alto y elegante, aunque vigoroso y nervudo, inimitable en su follaje colgante y en sus miembros salientes, como si la criatura hermosa, viva, frondosa pudiera caminar, si tan solo pudiera. (Tuve una especie de trance onírico el otro día, en el que vi mis árboles favoritos salir de paseo, arriba, abajo y alrededor, y, de forma muy curiosa, uno de ellos se inclinó al pasar junto a mí y susurró: «Hacemos todo esto en esta ocasión, y excepcionalmente, solo por ti».)

[76] «Thoughts under an oak. A dream» es la entrada del 2 de junio del diario de Whitman, publicado en *Complete Prose Works* [Obra completa en prosa] en dos volúmenes por David MacKay, en 1891, en el apartado titulado «Días memorables» [*Specimen days*].

LA FLAUTA DE THOREAU
UN POEMA[77]

Suspirando decimos: «Nuestro Pan ha muerto»,
su flauta yace muda junto al río;
alrededor tiemblan, anhelantes, los rayos de sol,
pero su voz aérea ha volado.
La primavera se lamenta por el hielo prematuro;
el azulejo entona un réquiem;
las flores del sauce lo aguardan;
el genio del bosque se ha ido.

Pero de la flauta intacta
brota un débil, armonioso aliento:
«Para él, no existe la muerte;
su vida exige la llama eterna;
sobre los anhelos del hombre se eleva su ser,
la sabiduría del justo,
y compone en verso la prosa de la vida.

Persiguiendo montañas, ríos, bosques,
la golondrina y el áster, el lago y el pino,
en él crece lo humano, lo divino,
compañeros ideales de este gran corazón infantil.
La naturaleza no olvida jamás sus homenajes
Y, año tras año, sobre el lecho
bajo el que reposa escondido su amado
escribirá su nombre con violetas.

Él no merece vanos pesares,
su alma, exquisito instrumento,
no arrojó al mundo una simple queja,
sino notas de madera siempre dulces y sonoras.
¡Oh, único amigo! Todavía será
una presencia palpable, aunque invisible,
constante, sagaz y serena:
No lo busques. Esta contigo.

[77] Elegía escrita por Louisa May Alcott en The Athlantic Monthly (1863) a la muerte de su maestro de escuela cuando era niña y el inspirador de esta antología.